ANDREA SERRAZ

Los días para tenerte



ALFAGUARA

ANDREA SERRAZ

Los días para tenerte

ALFAGUARA

Para el amor de mi vida.
Mi chico de pelo negro y ojos color miel.
Gracias por hacerme sentir cada día
ese amor incondicional tan tuyo.
Sin ti, nada de esto tendría sentido.

Prólogo

Si el amor duele, ahí no es.

Si el amor sana, ahí es.

Esa es justo la pregunta que deberíamos habernos hecho hace cuatro años. ¿Acaso nuestro amor dolía? ¿O era de los que curaban por dentro? Porque lo que sentíamos el uno por el otro era tan inmenso como el mar, tan amplio como el océano y tan fuerte como las olas rompiendo contra el rocoso acantilado.

La verdad es que, el amor que sentíamos el uno por el otro sanaba. Con cada risa, con cada caricia, con cada detalle, con cada mirada, con cada te quiero y con cada beso.

Pero nos dejamos ir.

Nos perdimos y no supimos encontrar el camino de vuelta a los brazos del otro.

¿Dejaremos de pagar algún día por ese error?

Nina y Scott.

Capítulo 1

Nina



No se puede volver a romper algo que ya está roto, algo que está destrozado y hecho trizas. Tan solo se puede intentar recomponer las piezas y esperar que no vuelvan a desperdigarse.

Debería haber estado arreglándome para salir, pero no tenía ganas de nada. De hecho, llevaba casi un año así. Durante todo ese tiempo, había estado viviendo envuelta en una especie de neblina y, a pesar de que había intentado convencer a todo el mundo de que las cosas habían cambiado, no era verdad.

Lo más peligroso de todo eso, sin duda, era el hecho de intentar autoconvencerme de que no me sentía como una absoluta mierda. Porque así era como me sentía y nada bueno salía de eso. En el fondo, sabía que no podía pasarme la vida entera anclada al pasado. No quería. No debía. Y no lo iba a permitir.

Supongo que, por esa misma razón, mis hermanas estaban aporreando la puerta de la habitación como dos desquiciadas.

Porque hace un par de días me había comprometido a salir con ellas, pese a que tenía los ánimos por los suelos.

De niña, adoraba la primera noche de agosto. Aquí, el ayuntamiento organiza una especie de feria al lado del paseo marítimo. Hay muchas casetas, puestos de algodón de azúcar, palomitas y alguna que otra atracción. Empezó como algo divertido y puntual un año, pero unió tanto al pueblo que se acabó convirtiendo en una tradición local que ya define nuestros veranos. Aunque una de mis cosas favoritas de vivir junto al mar es precisamente la sensación de vivir en una especie de verano eterno, además de la sensación de tener la piel repleta de pequeños granitos de sal, imperceptibles a la vista, y el pelo revuelto y enredado por la humedad.

Ese verano constante siempre me había calentado el corazón, pero por desgracia, ni siquiera eso me hacía sentir nada ya. No sentía esos nervios de siempre. El latido acelerado del corazón. Tampoco sentía con la misma intensidad cómo las tripas se me revolvían por la emoción. Ni siquiera ese hormigueo de anticipación.

¿Acaso sentía algo?

Nada era como antes.

Mi vida se había convertido en una repetición de ese mismo día. Un día en el que no pasaba nada nuevo. Nada cambiaba. Solo quería quedarme tumbada bajo las sábanas, a pesar del calor infernal y pegajoso de agosto, viendo una peli, leyendo o sin hacer nada, pero sola. O casi. Porque conmigo estaba esa voz interior decidida a asfixiarme con lo mismo de siempre: que ya me había graduado, que era verano y que seguía navegando a la deriva.

—¡Nina!

El aporreo de la puerta me devolvió a la realidad.

¿A quién quería engañar? Sabía que mis hermanas no iban a dejar de insistir hasta que estuviera levantada, arreglada y en la feria. Así que, cuando al final les abrí la puerta, no me sorprendió el espectáculo que encontré al otro lado.

—¡Nina! —Catalina se llevó las manos a la cadera—. ¿Aún estás así? ¡No me lo puedo creer…! Vamos a llegar tarde. Ni siquiera te has duchado, tía. ¡Laia, dile algo!

Tengo dos hermanas: Cata, la mayor, y Laia, la mediana. Hemos estado siempre muy unidas. A nuestros veinticuatro, veintitrés y veintidós años respectivamente, seguíamos igual. Mis padres no se complicaron, la verdad, se lanzaron a la aventura y tuvieron a sus tres hijas de golpe.

Nunca lo han dicho en voz alta, pero me apostaría el brazo derecho a que una de las tres, como mínimo, tuvo que venir de sorpresa. Es imposible que se coordinaran tan bien para tenernos. Eso sí, sin quererlo, nos habían hecho a las tres el mejor regalo que nos podían haber hecho jamás. Nos llevábamos tan poco tiempo que no éramos solo hermanas, sino también mejores amigas y nuestro mayor apoyo. Ellas eran lo mejor que tenía.

No existía nada ni nadie en el maldito planeta a quien quisiera más que a mis hermanas.

En un momento, hubo alguien por quien sentí un amor tan grande e incondicional como ese, supongo. Alguien por quien creí que era buena idea darlo todo. Pero tal y como vino, se fue. Sin más.

—¿Quieres que te saque a rastras? —dijo Laia—. Porque sabes que soy capaz. Y si te tengo que arrastrar de ese pelo dorado tan bonito que tienes por todo el paseo marítimo, lo hago.

—¡Ni se te ocurra!

La asesiné con la mirada y me pasé los dedos por el pelo. Laia era una bruta de cuidado, y lo peor, es que la veía perfectamente capaz

de cumplir con su palabra.

—Pues venga: levántate, ponte algo bonito y vámonos ya. Es nuestra noche favorita del año y no vamos a llegar tarde.

Miré de soslayo a Laia, resoplando.

—Chicas, de verdad que no me apetece.

Me volví a tumbar en la cama, esperando a que se cansaran y me dejaran en paz.

—Nina…, habías quedado con nosotras.

—Ya lo sé, Cata. Pero es que… En serio, no puedo, ¿vale?

Lo decía de verdad. No podía. Me agobiaba mucho el simple hecho de estar rodeada de tanta gente desconocida. No siempre fue así, claro. Sin embargo, en este momento de mi vida, necesitaba tenerlo todo bajo control.

No me di cuenta de que un par de lágrimas traicioneras me recorrían la cara hasta que mis hermanas se sentaron a mi lado en la cama y me las limpiaron con delicadeza. Los recuerdos del pasado empezaron a revolotearme por la cabeza, pero una simple mirada bastó para saber que estaba todo dicho entre nosotras. Ese gesto quería decir que me entendían.

Habían sido unos años difíciles en casa, la verdad. Mi dolor nos había afectado a todos y no podía evitar sentir un pinchazo de culpabilidad al respecto. Así que decidí que, por ellas, haría el esfuerzo. Por ellas, saldría esa noche. Habían estado conmigo todo ese tiempo, apoyándome sin descanso. Podía darles ese rato, al menos una noche.

—Si te sirve de consuelo, no nos vamos a separar de ti en ningún momento.

Sabía con total certeza que Cata lo decía en serio y que Laia estaba incluida en esa afirmación.

—¿De verdad?

—Si es lo que necesitas, claro que sí.

—Bueno, vale… Dadme media hora y estoy lista.

En el fondo, era consciente de que no me iba a venir nada mal salir de casa y que la brisa del mar me acariciase la cara.

—¡Genial! Te esperamos abajo.

En perfecta sincronía, mis hermanas se abalanzaron sobre mí y me envolvieron en un cálido abrazo. Ellas lo eran todo para mí. Después, se levantaron de la cama y cerraron la puerta al salir. Con eso, me quedé sola en la habitación, pensando en lo fácil que habría sido todo si las cosas hubieran ocurrido de otra manera. Si hubiera tomado otro camino.

Aunque en voz alta dijera que esa noche salía por mis hermanas, sabía que en el fondo mi cabeza intentaba tirar del carro. Estaba haciendo esto por mí. Estaba afrontando los problemas poco a poco, a mi manera, y eso también era muy valiente. Porque, aunque fueran pasos pequeños, lo importante era que los daba, ¿no?

Me iba a venir bien. Estábamos en el pueblo, mi hogar, donde conocíamos a todo el mundo y todo el mundo nos conocía a nosotras. Podía estar tranquila, ¿verdad? Aquí nunca pasaba nada. Mi vida tendía a desmoronarse solo cuando ponía un pie fuera de mi hogar. Mientras estuviera aquí, todo estaría bien. O al menos, eso quería pensar. Conozco las calles, a la mayoría de la gente. Todo va a estar bien. Solo tengo que concentrarme en que el aire me entre en los pulmones.

Inspirar.

Espirar.

Poco a poco.

Paso a paso.

Me di una ducha rápida dándole vueltas a qué me iba a poner. En cuanto abrí el armario y lo vi, algo cambió. El hormigueo volvió.

Pude sentirlo, extendiéndoseme por las manos con anticipación y decisión. Me llevó a coger el vestido de tirantes rosa clarito y largo. Era de un material similar a la seda y se me ajustaba al cuerpo a la perfección. Era mi favorito. Siempre había hecho que me sintiera preciosa y me gustaba mucho cómo me marcaba las caderas.

Decidí ignorar el sofocante calor de agosto y me dejé el pelo suelto. Lo tenía bastante largo, pero me encantaba así, con los destellos dorados y ese volumen tan característico. No era liso ni rizado. Con la humedad del mar, era inevitable que el volumen tomase el control y dibujara suaves ondas en él. No era una chica que se maquillase demasiado, aunque me encantaba. Prefería un estilo natural antes que uno recargado, eso sí. Busqué resaltar las facciones y darle un poco de color a la cara, ya que, como había estado prácticamente recluida en casa, no me había puesto morena y parecía un puñetero fantasma.

Me puse unos zapatos beige de cuña, recogí el desorden que había provocado al arreglarme y bajé a la planta de abajo, donde Cata y Laia me esperaban charlando con nuestros padres sobre algo que no llegué a escuchar.

Fingí no darme cuenta, pero, mientras bajaba las largas escaleras que conectaban las habitaciones con el salón, vi que tanto mis padres como mis hermanas me sonreían. Supuse que era porque hacía tiempo que no me arreglaba así. Bueno, en realidad, hacía tiempo que no me arreglaba, punto. Parecía que por fin era hora de dar pasitos como ese.

—Estás guapísima, cielo.

—Gracias, mamá.

Sonreí con la vista fija en el suelo.

No pude evitar sonrojarme. No por el comentario en sí, sino porque habían sido unos meses muy complicados para todos y sabía

que verme salir de mi zona de confort les llenaba de esperanza y alegría.

Mi padre no dijo nada. Sin embargo, cuando nuestras miradas se cruzaron, vi que también sonreía, incluso se le marcaron un par de arrugas nuevas, provocadas por la edad. Supe que pensaba exactamente lo mismo que yo: salir esta noche ya era un pequeño gran paso a mi favor.

Justo media hora después de que mis hermanas irrumpieran en la habitación, como había calculado, nos despedimos de nuestros padres y salimos de casa. Ellos también iban a la feria, pero por su cuenta con unos amigos de toda la vida.

Se merecían una noche para ellos, una noche de desconexión.

—Pasadlo bien y tened cuidado, chicas —dijo mi madre mientras mi padre le pasaba un brazo por los hombros con cariño.

En cuanto pusimos un pie en la calle, escuchamos la voz grave pero dulce de nuestro padre:

—¡Ey, Catita! —Nos volvimos las tres en el momento en el que oímos el mote cariñoso que había acompañado a nuestra hermana mayor desde pequeña y la vi coger algo al vuelo—. Las llaves… que siempre os las dejáis. —Nos señaló a cada una de nosotras y añadió —: Y lo digo por las tres.

Una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro y en el de nuestra madre. Cata alzó las llaves, las sacudió en el aire y le dio las gracias con un guiño sutil. Las tres le devolvimos la sonrisa, asentimos a modo de despedida y cerramos la puerta al salir.

Era el momento, empezaba nuestra noche.

Mis hermanas también se habían puesto guapísimas. Habíamos heredado buenos genes. Las tres éramos rubias, aunque en diferentes tonalidades, cosa bastante curiosa. Catalina tenía el pelo rubio oscuro y largo; iba preciosa, con varias ondas despeinadas y

un vestido largo verde que le resaltaba los ojos. Laia era la que tenía el pelo más claro de las tres. Al contrario que nosotras, lo llevaba corto, justo por encima de los hombros. Se había puesto unos *shorts* vaqueros con una camisa ancha blanca a juego, también iba monísima. Mi pelo era una mezcla del de mis hermanas: una melena larga y dorada de la que me sentía muy orgullosa. Y nuestros ojos eran un calco de los de nuestros padres: azules como el mar.

No vivíamos lejos del paseo marítimo. Aunque nuestra casa se situaba en una calle con cierta pendiente que complicaba un poco la tarea de caminar con los tacones, no la cambiaría por nada.

Nuestro pueblo es costero, de esos en los que tienes todo a mano, con casas de dos plantas y fachadas de ladrillo blanco, muchas más cuestas de las que a veces nos gustaría, suelos empedrados, tiendecitas con toldos de colores vivos, un pequeño puerto con varios barcos balanceándose al ritmo de las olas todos y cada uno de los días del año y algunos turistas en verano. Me gustaba que no fuera un sitio demasiado concurrido, a pesar de lo bonito que era.

Esa noche no era una noche de verano más, si no el primer día de las fiestas del pueblo. La inauguración. El ayuntamiento no escatimaba en gastos y, además de las típicas casetas y algunas atracciones, montaba una tómbola gigante. Las reglas eran simples. Comprabas los boletos que quisieras y, después, a esperar que la suerte se pusiera de tu parte. Sinceramente, algunos de los premios eran surrealistas. Era mi noche favorita del verano precisamente porque el ambiente familiar y de buen rollo que se respiraba era increíble. Sin embargo, ese era el primer año en que, conforme más nos acercábamos al paseo marítimo, menos sabía cómo sentirme. Era extraño.

No era capaz de descifrar ni anticipar lo que iba a sentir al llegar. Y eso me agobiaba. Era una mezcla extraña de nervios, nostalgia,

miedo y alegría.

Podía decirse que las Marín no llevábamos la suerte en las venas. Solo habíamos conseguido ganar algo en la tómbola un año de todos los que llevábamos asistiendo a la feria. Y para colmo, no fue un premio de los tochos. Fue la típica tontería de feria: un pulpo de peluche verde feísimo que Laia aún guardaba en su habitación.

Aun así, sin perder la esperanza, todos los veranos, Cata, Laia y yo comprábamos un boleto cada una. Era una pequeña tradición que nuestros padres habían empezado cuando éramos niñas y que nosotras habíamos mantenido con el paso de los años. Para ser sincera, me hacía ilusión pensar que, en algún momento de nuestra vida, quizá serían nuestros hijos quienes heredaran esta simple tradición familiar. Aunque todavía faltaran muchos años, claro.

—¿Sabéis que dicen que este año el primer premio de la tómbola va a ser una auténtica locura? —comentó Cata mientras cruzábamos las calles.

Una cálida y agradable brisa nos acariciaba la cara y nos revolvía un poco el pelo. Se me pegaron un par de mechones al brillo de labios. Algo que en otro momento hubiera sido un fastidio me hizo pensar y ser consciente de la cantidad de tiempo que llevaba sin disfrutar de las pequeñas cosas, como salir a pasear un rato con mis hermanas.

—Aquí está —anunció Laia teatrera—, con todos ustedes, la futura alcaldesa Catalina Marín. Por ahora organizadora del programa de fiestas. Nina, apláudele a tu hermana, anda.

Se le escapó una pequeña risa que acabó contagiándome a mí.

Laia siempre se burlaba de lo cotilla que era Cata, aunque era increíble de lo que se enteraba nuestra hermana. Si no hubiera sido por ella, jamás habría sabido que mi supuesta mejor amiga, ahora ex mejor amiga, me iba poniendo verde por todo el campus.

Conocí a Julia en la facultad y conectamos enseguida, pero esa historia acabó siendo toda una decepción. A ese tipo de personas es mejor mantenerlas lo más lejos posible.

—Pero entonces ¿cuándo te nombran concejala de fiestas o alcaldesa, Cata? Es por ir pensando en el modelito que me pondré para el gran evento. —Se rio Laia siguiendo con la broma.

—Cuando se te baje la tontería que tienes metida en el cuerpo. No seas imbécil. Lo de la tómbola me lo contó Tomás.

—¿Qué Tomás? —pregunté confusa.

—¿Cuántos «Tomases» conoces en el pueblo?

—¡¿El hijo del alcalde?!

—¡Laia! ¡No chilles, tía! No es plan de que se entere todo el mundo.

En cuanto Laia y yo nos miramos, supimos que íbamos a gritar lo mismo y así fue, aún a sabiendas de que Cata se moriría de vergüenza.

—¡Estáis liados!

—¡No gritéis, locas!

—Perdón, perdón —dijimos Laia y yo a la vez entre risas.

Empezaba a darme cuenta de cuánto había echado de menos a mis hermanas durante el tiempo que había pasado en la sombra.

—Y no, no estamos liados. ¿Cuántas veces os tengo que decir que solo somos amigos? —siguió Catalina enfurruñada—. Y no se os ocurra hacerme la trece catorce esta noche. Ni le echéis miraditas ni me hagáis pasar más vergüenza de la que estoy pasando ahora mismo, que os conozco.

Nos apuntó con el dedo índice mientras levantaba las cejas. Era su manera de ponernos sobre aviso y de demostrar que ese era un tema importante para ella.

—Lo que tú digas…, pero que sepas que, donde tú solo ves una amistad, él quiere comerte toda la boca.

Laia siempre tenía que decir la última palabra, así que no pareció que le importase demasiado que Cata le lanzara una mirada asesina.

—¿Qué dices, Laia? Nos conocemos de toda la vida. Además, ¿qué sabrás tú de tíos y de lo que quieren si ni siquiera te gustan?

—Que no me gusten no significa que no sea más lista, avispada y perspicaz que tú.

Vi cómo le guiñó el ojo con gesto burlón y, al segundo, las quejas de Cata se empezaron a escuchar por toda la calle.

Eso éramos las Marín: bullicio, vida, piques que escondían mucho amor, voces altas pero cargadas de alegría… Y no quería seguir perdiéndome cosas. Necesitaba que la Nina de siempre volviera. Tenía que dar ese paso por mí misma. Y en este momento parecía que estaba un poco más cerca de conseguirlo.

Al llegar a la zona de la feria, una lluvia de luces, colores y el eco de la multitud nos envolvieron. Una mezcla de olores distintos flotaba en el ambiente: algodón de azúcar, mazorcas de maíz asadas, ese olor a mar y sal… La gran cantidad de gente que había me generó un poco de ansiedad al principio, pero el aire festivo y alegre que se respiraba calmó el nudo que sentía justo en el centro del pecho.

El año anterior, en comparación con ese, la feria había sido una absoluta cutrez. Este año había como tres atracciones más, un montón de casetas de juegos nuevas y lo que parecía ser la joya de la corona: la increíble y gigante ruleta de la tómbola en medio del recinto. Era mucho más grande que cualquier otro año y, al verla, supe qué era lo primero que teníamos que hacer.

—Chicas, a por los boletos, ¡ya!

Quizá fue el agobio de los últimos meses, que no me habían dejado ser yo, pero de repente me sentí eufórica. Nada de nudos en el pecho, nada de miedos ni de darles demasiadas vueltas las cosas. Me apetecía horrores estar ahí y olvidarme de todo durante unas horas.

—¿Cuántos compramos? ¿Uno cada una?

Escuché la voz de Laia, pero no le presté demasiada atención, porque solo podía pensar en la idea que se me empezaba a formar en la cabeza.

—Sí, ¿no? Como siempre. —Cata era la más cuadriculada de las tres. Sus rutinas eran sagradas para ella.

—No, venga… Vamos a comprar varios.

—¿Cuántos quieres comprar, Nina?

La duda en los ojos de Cata me hizo sonreír. Y ese minúsculo momento de distracción fue suficiente para que Laia se abalanzase sobre la ventanilla del puesto y decidiera por nosotras.

—Buenas, mi hermana quiere veinte boletos.

Le sonrió al chico de la taquilla con tantas ganas que el pobre fue incapaz de averiguar si lo decía en serio o le estaba tomando el pelo. La aparté de un empujón y tomé el control de la situación.

—Nada, no le hagas caso, está de coña.

Le reproché la bromita con la mirada, pero al contrario de lo que esperaba, mi hermana me guiñó el ojo con gesto cómplice. Me di cuenta entonces de por qué lo había hecho. A veces lo único que necesitamos es un pequeño empujón de alguien que nos quiere para poder volar. Le devolví una sonrisa, le di las gracias en voz baja y me giré para seguir hablando con el chico de la taquilla.

—¿Podrías darme tres boletos? O sea…, nueve, perdona. Tres para cada una.

Fue un pensamiento impulsivo, pero al decirlo en voz alta, me pareció mejor idea aún.

Juraría que mis hermanas se sorprendieron al verme tan alegre y dispuesta de repente. Por eso no pusieron ninguna pega, claro. Por un lado, la tómbola les encantaba. Por otro, ninguna se había gastado más de un par de euros en boletos antes, pero no pareció importarles. Aunque siendo sincera, no sabía si Cata no había dicho nada porque le parecía bien o porque estaba demasiado distraída buscando a alguien con la mirada.

Después de conseguir los boletos, vino la mejor parte: el reparto aleatorio. Nos sentamos en un banco, muy cerca de un puestecillo de algodón de azúcar que olía de muerte. Hacía años que no lo comía y se me estaba haciendo la boca agua.

—¡Nina! Te toca.

Catalina me devolvió a la realidad del reparto. Se la notaba impaciente por ver qué papeletas le tocaban a ella.

Normalmente, comprábamos solo tres, los poníamos boca abajo en un banco o en el suelo para no ver los números y cada una cogía uno al azar. Esa vez hicimos lo mismo, pero cogiendo tres boletos cada una y era mi turno de elegir los míos. No me compliqué demasiado y alcancé los que tenía más cerca.

Me tocaron el 4589, 7634 y el 1212. La suerte estaba echada.

Antes de que empezase la rifa, jugamos un par de partidas en las casetas. Siempre había querido conseguir uno de esos peluches gigantes de oso marrón, pero se me daban de pena ese tipo de juegos. Fallaba muchas más veces de las que acertaba, daba igual que fuera tirar dardos a globos, pescar patos de goma o disparar con esas escopetas trucadas. Aun así, ya me daba igual. Me estaba riendo con mis hermanas como hacía tiempo que no me reía,

agradecida y orgullosa de mí misma por haber dado el paso de salir de casa.

No nos dio tiempo a jugar mucho más porque cuando quisimos darnos cuenta, el alcalde ya estaba subido en el escenario.

—¡Hola a todo el mundo! —empezó a decir—. Como cada año y como manda nuestra ya arraigada tradición, no hay fiestas de verano sin nuestra feria y no hay feria sin nuestras fiestas de verano. —Señaló con gesto exagerado la enorme ruleta que tenía al lado, orgulloso a más no poder. —Y este año dudo de que nuestra notablemente mejorada tómbola le pase desapercibida a nadie.

La gente gritaba y aplaudía ilusionada por la idea de probar suerte. Algunas personas solo gritaban porque tenían las manos tan llenas de boletos que no podían aplaudir. De repente, me resultó algo gracioso y ridículo pensar que a la gente que conocía desde niña le iba la vida en ese entretenimiento. Aunque, para ser sincera, ese año yo misma formaba parte de ese grupo y sentaba de maravilla olvidarse de todo por un rato.

—Este año tenemos novedades y me apuesto mi candidatura… Bueno no, es broma, mi candidatura no… —bromeó el alcalde, provocando una oleada de risas entre el público—. Apuesto a que el primer premio no va a dejar indiferente a nadie.

Un murmullo de asombro se extendió por todo el recinto. Catalina, que estaba entre Laia y yo, nos pasó un brazo por los hombros a cada una. Estaba claro lo que iba a decir, qué predecible era.

—Os lo dije.

Se le dibujó una sonrisa en la cara tan grande que no pude evitar que se me escapase una carcajada. Y más con el tono de repipi que había usado.

Con lo de Cata, me perdí un par de frases del alcalde.

—Mil euros y… ¡un viaje en barco! —le oí decir al final.

Para cuando terminó la frase, los gritos y los aplausos del público, loco ante tremenda noticia, podrían haberse oído en el pueblo de al lado.

En la vida habían dado un premio tan gordo. Por un momento, me alegré de haber comprado más de un boleto, por si nos tocaba, pero esa alegría se esfumó tan rápido como vino. Había tanta gente…

Seguramente todo el mundo tuviera mucha más suerte que yo.

—Estoy convencido de que todos los vecinos, o al menos la mayoría, os acordáis de Scott Hovland —siguió el alcalde, dejándome paralizada—. Hacía años que no se dejaba caer por aquí, pero se presentó en mi oficina el otro día con una gran propuesta. Una de esas que es imposible rechazar…

Hizo una breve pausa para llamar aún más la atención del público.

«No, no, no…». ¿Qué hacía él aquí? Hacía cuatro años que no lo veía. Hacía cuatro malditos años que no sabía nada de él.

Tenía que ser una broma. De repente, empecé a sentir como si todo me diera vueltas. El olor dulzón del algodón de azúcar me provocó náuseas. Hice acopio de todas mis fuerzas y autocontrol para no darme media vuelta y echar a correr de vuelta a la conocida seguridad de mi habitación.

—Scott se ha ofrecido a dar el primer premio. Y… ¡antes de que digáis nada, que os veo venir…! —La gente reía al tiempo que el alcalde—. No, no es un crucero con todos los gastos pagados. El viaje es en su barco, una pequeña escapada de fin de semana por el Mediterráneo.

En vez de correr, me volví hacia mis hermanas. Inspiré y espiré, intentando mantener cierta compostura, por eso de que estábamos en mitad del gentío y tal.

—¿Vosotras sabíais que iba a estar aquí? ¿Por eso queríais que viniera?

Cata y Laia se miraron entre sí, confundidas.

—Nina, no teníamos ni idea —trató de calmarme Cata.

Clavé la mirada en mi otra hermana.

—Júrame que esto no es una encerrona, Laia.

—Joder, te lo juro. ¿En serio crees que después de todo lo que ocurrió te haríamos pasar por esto? Y encima con él… ¡Te partió el corazón, Nina! Se largó. ¿Crees de verdad que jugaríamos con eso?

Sí, ese corazón que mis hermanas me habían ayudado a recomponer y que en ese momento iba a mil por hora. Ellas me habían ayudado a recoger todos y cada uno de los pedazos después de lo que pasó entre Scott y yo. Pero al oír que estaba allí, sentía como si esas cicatrices que tanto me había costado cerrar se estuvieran reabriendo sin control.

—Laia tiene razón, nunca te haríamos eso, Nina.

Cata se acercó, envolviéndome con un corto abrazo.

Las creí, claro que sí. Ellas no me harían algo así. Nunca. Pero el *shock* de enterarme que estaba aquí de nuevo, saber que Scott había vuelto al pueblo, hizo que algo se me revolviera por dentro. ¿Cómo no iba a reconocerlo?

Scott fue mi primer amor.

Fue un amor épico.

O eso creí pensar.

—Así que, sin nada más que añadir… —concluyó el alcalde—. ¡Quedan inauguradas las fiestas de verano! ¡Que dé comienzo la rifa de premios!

El juego era siempre el mismo: se repartían diez premios. Los primeros solían ser una chorrada: una batidora, una sombrilla, toallas de playa… Todos excepto el último, claro. Después de quince minutos, cuando llevaban ya ocho repartidos y no nos había tocado ninguno, Cata resopló:

—Siempre igual, chicas, nunca nos toca nada.

Asentí. La suerte no corría por las venas de las Marín. Aun así, vi de reojo cómo Laia asesinó a nuestra hermana con la mirada.

—¡Shhh! Catalina, aún quedan dos premios. Estate atenta a tus números, a ver si encima nos toca algo y ni nos enteramos.

—Qué irritante eres cuando te lo propones, hija.

—Callaos las dos. Venga va, a ver si tenemos suerte.

Ser la pequeña significaba saber que, si no me metía entre ambas, esas dos iban a enzarzarse en otra discusión y dudaba de que algo así les hiciera gracia a la gente que nos rodeaba.

Dieron el noveno premio, que tampoco fue nuestro. No me importó mucho. Después de escuchar el nombre de Scott, centrarme fue una tarea casi imposible, la verdad. Era lo único que había hecho falta para desestabilizarme: escuchar su nombre. Saber que estaba en el pueblo. Saber que existía la posibilidad de que nos cruzáramos. Saber que, después de cuatro años, había vuelto.

Maldito Scott. ¿Qué se le habría perdido aquí? No quería verlo. No quería ni cruzármelo ni saber nada de él. Ni siquiera respirar el mismo aire que él. Me había quedado muy claro que él quería vivir su vida fuera del pueblo y sin mí. Así que, por supuesto, no entraba en mis planes regalarle ni un solo minuto de mi tiempo. Nunca más.

Aun así, me puse a comprobar mil veces los números de los boletos para tratar de distraerme. Todavía no había perdido la esperanza de que este año hubiera un poco de suerte, pero ni el 4589, ni el 7634 ni el 1212 habían salido.

—¡Y vamos con el premio gordo! —continuó el alcalde, desde el escenario—. ¿Quién será el afortunado o afortunada que se irá un par de días por el Mediterráneo con tan buena compañía?

¿Tan buena compañía? Ese no sabía lo que ese chico era en realidad…

El alcalde hizo un gesto con la mano para invitar a alguien a subir al escenario.

Fue en ese momento cuando lo vi. Solo oír su nombre había bastado para desestabilizarme, pero en ese momento lo tenía a unos metros de distancia. Casi como si lo hubiera invocado, como si solo estuviéramos él y yo aquí, nuestras miradas se cruzaron.

¿Acaso había tenido el valor de buscarme entre la multitud? ¿Qué pretendía?

El contacto visual duró apenas un maldito segundo. Clavé los ojos en los boletos porque no estaba dispuesta a darle la satisfacción de sostenerle la mirada. Me destrozó. Me hizo mucho daño y pareció no importarle lo más mínimo. No se merecía ni un ápice de atención por mi parte.

*«*Por mí, como si vuelves a desaparecer*»*, pensé.

Aun así, ese corto vistazo fue suficiente para ver que había cambiado. O yo lo veía diferente: lo notaba más mayor y más… ¿serio? Quizá fueran los nervios de subirse ahí delante de todos, porque por lo que recordaba, nunca le gustó demasiado ser el centro de atención. Llevaba el pelo negro, con su tupé despeinado de siempre. Y madre mía, esos ojos color miel. Siempre me volvieron loca. Por desgracia, aunque no quisiera admitirlo, seguían removiendo algo en mi interior.

Estaba guapo, muy guapo. Tanto que dolía. Y me estaba dando mucha rabia verlo así y sentir que me había perdido cosas de él.

«Maldito Scott».

No quería que tuviera el poder de desestabilizarme. No iba a permitirlo.

El alcalde tenía ya el número ganador en la mano. Todo el mundo estaba en completo silencio, rezando para que la bolita que acababa

de salir del bombo tuviera su número escrito. Por supuesto, le acercó el micrófono a él para que anunciase al ganador.

—Y el afortunado es… —anunció Scott con la voz más grave de lo que recordaba— el número 1212. ¡Enhorabuena, seas quien seas!

«Mierda».

Capítulo 2

Scott



Seis años antes del reencuentro

Como dos imanes que se atraen. Eso es lo
que hacen las almas gemelas: imitar el movimiento.

La había visto miles de veces por el pueblo. Siempre me había parecido una chica preciosa. Tenía un brillo diferente. Te hacía querer saber todo de ella. Tenía unos gestos tímidos, un pelo dorado y unos ojos azules que te atrapaban y una sonrisa contagiosa a rabiar.

La había visto miles de veces por el pueblo, sí, pero nunca como esa noche. La noche en la que la empecé a ver de verdad. La noche que Nina Marín se me coló en la cabeza y el corazón y lo sacudió todo a su paso. La maldita noche en la me volví adicto a ella.

Llevaba mirándola un rato. No podía evitarlo. Los ojos me traicionaban y se desviaban todo el rato hacia ella. Físicamente,

estaba en el pub con mis amigos. Mentalmente, estaba ideando la manera perfecta de acercarme a hablar con la chica de pelo dorado. A esas alturas de la noche, hablar con ella se había convertido en una necesidad, joder.

De repente, lo vi claro. Había estado con sus amigas todo este tiempo, pero yo aproveché que se había alejado de ellas y se había acercado a la barra para hablarle. Me alejé de mis amigos y les indiqué con un gesto que iba a pedir algo a la barra.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté al acercarme.

Ella se giró hacia mí. Le pilló por sorpresa, supongo. No me esperaba.

—Eh, no. No, gracias.

Me dedicó una sonrisa leve y siguió rebuscando en el bolso que le colgaba del hombro.

—¿Seguro? No lo parece —insistí.

Me apoyé en la barra de madera, estaba un poco pegajosa a esas alturas de la noche. Lo hice adrede, claro. Quería acercarme un poco más a ella. Y surtió efecto, porque un tinte rosado empezó a cubrirle las mejillas.

Dios, de cerca era aún más guapa.

—Pufff, esto… Yo he…

La observé con atención. Se rascó la nuca y empezó a mirar nerviosa hacia todos lados. Tenía una cara redonda enmarcada por esos grandes ojos azules que me hacían querer saberlo todo de ella.

Nos habíamos estado lanzando miradas furtivas durante años, jugando el uno con el otro con una extraña tensión muy nuestra. Por eso me tomé la quizá excesiva confianza de tocarla y, con una mano, le alcé el mentón para que clavase esos ojos hipnóticos en los míos. No iba a malgastar esta oportunidad de oro.

Tenía una piel muy suave. No pude evitar deslizarle el pulgar por la mejilla con disimulo.

—No tienes suficiente dinero para pagar la copa, ¿me equivoco? —solté.

Desvió la mirada, angustiada, y supe que había dado en el clavo.

—Más bien… Me he dejado el monedero en casa —susurró.

De no haber estado tan cerca, quizá no la hubiera oído.

Con un gesto rápido, la chica me agarró la muñeca y me apretó más fuerte de lo que me esperaba. Seguramente por lo nerviosa que parecía.

—¡Madre mía! No puedo pagarlo. ¿Qué hago? Ya me he tomado más de la mitad. Estamos celebrando los dieciocho de una amiga, pero yo aún no los tengo y… —Empezó a mirar a todos lados angustiada—. Voy a pasarme la noche en el calabozo, van a llamar a la policía. Ay, madre mía. Mis padres me van a matar si se enteran, porque…

—Nina, ¿verdad?

Sabía su nombre porque vivíamos en un pueblo pequeño y, aunque nunca habíamos hablado, algo que me parecía imposible de explicar me cautivaba de ella. Era como la fuerza que ejercen dos imanes cuando están a punto de unirse. Inevitable. Le puse las manos en los hombros e intenté que se centrara en mí.

—Sí. Scott, ¿no?

Lo dijo sin dejar de mirarme a los ojos, provocando que un cosquilleo que nunca antes había sentido se me instalase en lo más hondo del estómago.

«Hostias, son preciosos».

Cautivado, me incliné hacia el hueco de su cuello y susurré para que solo ella me pudiera escuchar:

—No vas a pasar la noche en el calabozo, eso te lo aseguro.

Me separé de su lado y noté como su pequeño cuerpo se estremecía, como si ansiara de nuevo mi contacto. Y ahí estaba otra vez: ese raro cosquilleo en el estómago que tan extraño me resultaba.

—Gracias —contestó nerviosa—. Te prometo que mañana te lo devuelvo. En casa tengo dinero suelto y…

—¿Quién ha dicho que te lo vaya a pagar?

El brillo de los ojos le cambió. Se volvió más frío ante mi comentario. De golpe, dio un paso hacia atrás, puso distancia entre ambos y rompió ese contacto visual tan bonito que nos había unido.

La música sonaba a todo volumen, pero era como si en el pub solo estuviéramos la chica de pelo dorado y yo. Llevaba un vestido rosa de seda que se le ajustaba al cuerpo a la perfección. Todo de ella me invitaba a acercarme más y más. Me armé de valor y le pasé un mechón dorado bastante rebelde por detrás de la oreja. Me acerqué otra vez, con la excusa de que me escuchase mejor y le susurré:

—Créeme, te lo prestaría encantado si lo llevara encima, pero voy sin nada. Hoy nos invitaba Raúl. —Señalé a mi amigo a través del gentío—. Así que, si quieres salir del apuro, haz lo que yo te diga. Nadie se va a enterar de nada, ¿vale?

—¿A qué te refieres?

Susurrándome al oído, su voz sonaba demasiado sexy. Nos acercamos más el uno al otro y pegamos las caderas casi sin darnos cuenta.

—Ojos claros, no levantes la mirada y nadie sospechará. Tú y yo vamos a salir como si nada por la puerta del pub.

Apartó de golpe la cabeza, claramente estaba sorprendida. Me miró con los ojos más abiertos que he visto en mi vida. Traté de contener la risa de la mejor manera que pude.

—Scott, no sé si…

—Nina, ¿confías en mí?

No sé de dónde salieron esas tres palabras, pero las pronuncié. Y, a pesar de que ella no tenía por qué confiar en mí, lo hizo. Por la forma en la que me miró supe que confiaba en mí.

—Creo… que sí.

Su voz entrecortada no dejaba nada a la imaginación. La pobre era un manojo de nervios andante.

Le dediqué una mirada cómplice en el momento en el que el camarero se puso a atender a otros clientes. La acerqué a mí, le pasé el brazo por los hombros e intenté ocultarla en la medida de lo posible. Me parecía bastante imposible que alguien como Nina pasase desapercibida a ojos de nadie, pero lo íbamos a intentar de todos modos. Se tapó un poco la cara con el pelo. Quise decirle que eso le serviría de poco, pero mi comentario tampoco iba a ayudar demasiado.

Estaba nerviosa. Muy nerviosa. Tanto que hasta podía notar que no paraba de temblar. Seguramente eso fuera lo más ilegal que había hecho esta chica en su vida y, por un momento, me gustó pensar que era conmigo con quién lo estaba haciendo. Me fascinaba pensar que acabábamos de crear nuestro primer recuerdo real juntos.

Les hice un gesto rápido a mis amigos para hacerles saber que me marchaba. Cuando el aire fresco tan característico de una noche de verano nos dio en la cara, Nina me miró sin saber qué hacer.

Deslicé el brazo desde sus hombros hasta su mano, nos tomamos nuestro tiempo para entrelazar cada uno de nuestros dedos con un gesto suave. Y segundos después, empecé a correr con ella a mi lado.

Acabamos en un rincón de la playa lo suficiente alejado del pub. Nuestras manos seguían entrelazadas cuando pisamos la arena fría.

Eso no nos detuvo. Seguimos corriendo entre risas por la playa. Casi en la orilla, se tumbó boca arriba, sin importarle que la arena se le pegase al cuerpo o al pelo. Parecía cansada después de tanto correr.

La imité y acabé tumbado a su lado. Aún sin soltarnos de la mano, empezamos a juguetear con los dedos del otro.

—Scott…

—Dime.

«No digas mi nombre con esa voz, ojos claros. O voy a empezar a estar muy jodido».

—Hemos hecho un simpa.

Giré la cabeza para mirarla a los ojos y allí estaba ella: esperando para verme a mí. No pudimos evitarlo. Las risas inundaron la playa desierta a estas horas de la noche. Ella reía por la adrenalina de lo ocurrido y yo, por su reacción.

Qué guapa estaba.

Qué guapa era.

—¿Ves? Te dije que no ibas a acabar en el calabozo. Además, dudo mucho que te hubieran detenido por eso.

—¿Y eso por qué? Es delito, ¿sabes? Hay una ley que dice que…

Me eché a reír. No podía callarme más. No podía dejarle terminar esa frase pese a la curiosidad que sentía.

—¿No te has dado cuenta de que le he dejado veinte euros al camarero en la barra? No puede llamarse delito si, cuando pagas la copa, encima dejas una propina de la hostia.

Le guiñé el ojo y, a pesar de la poca luz que había, pude ver cómo se sonrojaba y nos volvimos a reír juntos.

—¡Scott! ¡Podrías haberme avisado! Estaba muy nerviosa…

No pude evitar preguntarme si ella estaría sintiendo el mismo hormigueo extraño que yo en lo más profundo del estómago.

—Hubiera perdido la gracia, ojos claros.

Así pasamos varias horas más: tumbados en la arena, mirando las estrellas y escuchando el mar. En realidad, ella miraba las estrellas y yo la miraba a ella.

Ahí fue cuando la vi. Cuando la vi *de verdad.* Cuando supe que esa chica con los ojos del color del mar y pelo dorado iba a ser mi talón de Aquiles.

Mi perdición.

Capítulo 3

Nina



Digamos que el destino siempre encuentra la manera
de entrometerse en tus planes.

Ni de coña.

Jamás había tenido la suerte de mi parte y ¿de repente la tenía toda conmigo? No, claro. No podía ser eso. Simplemente seguía en mi línea, porque esto no podía ser otra cosa que una gran oleada de mala suerte.

—Nina, creo que… Creo que es tu boleto.

—Ya lo sé, Catalina, pero ni muerta voy a subir ahí arriba.

No era mi intención ser borde, pero tenía los nervios a flor de piel y no estaba en mi mejor momento.

No iba a subir. No pensaba hacerlo. Mucho menos después de todo lo que había ocurrido con Scott. No después de que se largase sin mirar atrás y sin darme una mínima explicación de por qué lo hizo. Subir ahí significaba verlo de cerca, tener que saludarlo y remover cosas que ya tenía muy superadas y enterradas. Además,

no quería verlo. Así de simple. No quería estar cerca de él y mucho menos respirar el mismo aire que él mientras todo el pueblo miraba.

—¿Nadie tiene el 1212? —La voz del alcalde resonó como en un segundo plano en mi cabeza.

Por lo que a mí respectaba, este boleto no había existido en la vida. Mi intención era tirarlo a la papelera. A la primera que viera. Me iba a deshacer de él sí o sí. Me iba a olvidar de que Scott estaba ahí. Me iba a olvidar de su voz grave anunciando que mi número era el ganador y de sus ojos buscándome entre la multitud.

Me iba a deshacer de él como él había decidido deshacerse de mí.

—¡Aquí! ¡Mi hermana!

Laia empezó a gritar como una descosida, haciendo señas para que todo el mundo me viera. La gente se giró hacia nosotras y me clavó los ojos muriéndose de celos por no tener el boleto que ahora mismo a mí me quemaba en las manos.

—¡Laia! Pero ¡¿qué haces?! —alcé la voz al notar que el enfado se apoderaba de cada rincón de mi ser.

—Chica, para una vez que nos toca algo… Subes, lo coges, y ya veremos qué hacemos.

—¡¿Cómo puedes decir eso?! Sabes lo que me hizo Scott. Sabes lo que pasó. No quiero ni verlo. No me hagas pasar por eso, por favor…

—Nina, sabes que subiría yo, pero creo que vas a tener que hacerlo tú, porque te está mirando todo el mundo —dijo sin más—. Acabo de gritar que eres quien ha ganado.

Mierda, no tenía escapatoria.

«Vale, Nina, tú puedes. Te subes al escenario, coges el puñetero premio y te bajas. No hace falta ni que crucéis la mirada. Venga, esto está hecho».

Intenté controlar la respiración mientras caminaba hacia una pesadilla asquerosa. La gente me miraba con envidia. Si tan solo

supieran lo poco que yo quería eso… En ese momento, solo podía pensar en que hubiera ganado más si esta noche no hubiera salido de la comodidad de mi habitación.

—Pero ¡si es Nina Marín! —anunció el alcalde—. Dichosos los ojos. ¡Enhorabuena!

Forcé mi mejor sonrisa, haciendo malabares para no tropezar mientras subía las escaleras hacia el infierno. Cogí el ticket del premio, di las gracias a toda velocidad y, acto seguido, me di media vuelta y regresé con mis hermanas tan rápido como pude.

Todo ello casi sin levantar la vista del suelo.

Ni una sola mirada.

No se la merecía.

—Te odio, Laia.

Ambas sabíamos que no era verdad, pero en ese momento estaba muy molesta con ella por haberme hecho pasar tan mal trago.

—Para una vez que nos toca algo… ¿Qué querías? ¿Qué lo dejásemos pasar?

—Pero ¿tú te estás oyendo? Por si no lo recuerdas… ¡SCOTT! ¡ES! ¡MI! ¡EX!

A esas alturas de la noche, ya me daba igual alzar la voz y que me mirase todo el mundo. Total, ya me había visto todo el pueblo haciendo el ridículo.

—Me dejó tirada. Subirme a un barco con él es lo último que quiero y necesito ahora mismo. ¡Es que, ni barco ni nada…!

—Nadie te ha dicho que tengas que irte. Pero los mil euros sí que pueden venirte bien. ¿No crees? —dijo Cata.

Se me había olvidado que el premio también incluía dinero. En eso tenían razón. Para ser sincera, no me venían nada mal. Era un pequeño empujón para cambiar de aires, para empezar a construir

algo por y para mí misma. El premio económico significaba tener un poco de libertad y eso era algo que ansiaba con todas mis fuerzas.

—Laia tiene razón, Nina —siguió diciendo Cata—. No te ha obligado a irte de viaje con él. De hecho, dudo que le parezca buena idea. A mí, desde luego, no me la parece.

—Ya… Vale. Bueno. Pero, joder, he tenido que subir al escenario. Ni siquiera lo he mirado. ¡Ha sido muy incómodo! Podríais haberlo recogido vosotras, ¿no?

—Mierda. —Cata palideció.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Laia me miró preocupada.

—Viene hacia aquí.

«Por favor, que esto sea una pesadilla. Por favor, que esto sea una pesadilla».

—¿Nina? —Esa voz. Esa maldita voz.

Scott.

—No.

«No, no».

Me cogió del brazo con suavidad, como solía hacer años atrás.

—¿Podemos hablar?

Lo aparté de un codazo, de la manera más brusca que pude.

—Ni se te ocurra tocarme. Y no, no podemos hablar.

Miré a Scott a los ojos intentando ser todo lo fría y distante posible. Me hicieron falta menos de dos segundos para darme cuenta de que seguía usando la misma colonia que antes. Desprendía el mismo aroma amaderado que me volvía loca. Intenté recomponerme, reconstruir las barreras y no pensar en él, pues no quería que notara ese momento de flaqueza.

Se cruzó de brazos.

—No sé si te has dado cuenta, ojos claros, pero has ganado un premio que incluye…

¿Ojos claros?

—No tienes ningún derecho a seguir llamándome así —le corté antes de que pudiera terminase la frase—. No lo vuelvas a hacer. En la vida.

Se pellizcó el puente de la nariz mientras expulsaba el aire contenido. Después, alzó la cabeza y me clavó de nuevo esos penetrantes ojos color miel. No pude evitar que el revoloteo de mariposas que sentía en el estómago me amenazara con echar todo lo que había comido hoy.

—Vale.

A juzgar por su reacción, creo que Scott no esperaba que fuera tan tajante. Pero me daba igual. Porque la realidad era que dolía demasiado escuchar el mote que usaba años atrás para dirigirse a mí.

—Bien —dijo serio—. Pues, Nina…, has ganado el puñetero primer premio, que incluye un viaje en mi barco. Aunque visto lo visto, intuyo que no te apetece…

«Pero ¿en qué planeta vive este tío?».

—¡Puf! Aunque visto lo visto, intuyo que no te apetece… —lo interrumpí. El tono burlón salió de lo más profundo de mí, fui incapaz de controlarlo.

Levanté el mentón como desafiándolo. Creo que buscaba llevarlo al límite y que desapareciera de mi vista cuanto antes. Más claro no se lo podía dejar. Y, si le quedaba algo de intuición, esperaba que la usara.

—Lo suponía.

—Bien.

—Genial.

Scott y yo nunca habíamos tenido silencios incómodos. Los nuestros siempre habían sido agradables porque, aunque no tuviéramos nada que decirnos, estábamos juntos y eso era lo único que necesitábamos. Pero ya no lo estábamos. Ya no éramos Scott y Nina, y ese silencio era el único que tendríamos a partir de entonces: raro e impropio de nosotros.

Por otro lado, conocía muy bien la cara que puso, la de cuando estaba incómodo y quería sacar un tema de conversación delicado. Y yo esperaba de corazón que no se atreviera a hacerlo. Frunció los labios y se rascó la nuca, como si buscase fuerzas para verbalizar lo que se le pasaba por la cabeza.

«No, Scott. Ni se te ocurra, no…».

—Sigo pensando que deberíamos hablar.

¿Por qué era y seguía siendo tan directo? No se andaba con rodeos. Si algo le gustaba, te lo decía. Si algo le molestaba, te lo decía. Cualquier cosa que sintiera, lo hablaba conmigo. Y solía encantarme que fuera tan transparente, claro. Cuando confiaba en su opinión. Porque confié en él a ciegas, sí.

¿Y de qué me sirvió al final?

—Lo dudo mucho. —Hice el amago de irme y me despedí con sarcasmo—: Venga chao, un placer verte, eh.

En cuanto me giré para buscar el apoyo de mis hermanas, descubrí que estaba sola. Laia y Cata habían desaparecido. Se habían alejado, seguramente para darnos algo de privacidad. El problema era que ellas eran mi vía de escape. Necesitaba encontrarlas antes de que Scott me siguiera.

Cosa que hizo para sorpresa de nadie.

—Nina, por favor. Lo creo de verdad, no estoy para coñas… —Me giré de golpe al escuchar esas palabras.

«Tiene que ser una maldita broma».

—¡¿QUE TÚ NO ESTÁS PARA COÑAS?! ¡¿TÚ?! Mira, ¿sabes qué? Genial, ¿quieres hablar? Hablemos. ¿Se puede saber de qué? Ah, sí, ¡espera! —Solté una carcajada llena de rencor—. Quizá quieres explicarme por qué me dejaste tirada como una colilla hace cuatro años. O espera, espera… Espera que esto es más gracioso aún. ¿Igual quieres contarme que no dudaste en cambiarme por otra a la primera de cambio? —Sentí que la valentía me llenaba los pulmones mientras me volvía a girar para buscar a mis hermanas entre la multitud. Empecé a caminar y, como esperaba, Scott me siguió, así que, continué hablando, porque era imposible frenar esa corriente de rabia contenida que sentía—: ¿Quieres que hablemos de que no te molestaste en mirar atrás? ¿O prefieres hablar de que te fuiste y no he sabido nada de ti en todo este tiempo? Dime, Scott, ¿es eso de lo que quieres hablar?

Él recorrió la distancia que nos separaba de una zancada y se puso justo delante de mí para hacerme frenar en seco.

—Ey, ey ey, echa el freno. Hostia, Nina, ¿en serio?

¿Acaso le sorprendía que le dijera todo eso? ¿De verdad era él el sorprendido? Increíble.

—Scott, te agradecería que dejases de vacilarme, porque si te soy sincera, yo sí que no estoy para coñas. Dudo que quede algo entre nosotros de lo que hablar.

Di un paso hacia atrás para deshacer la distancia que él acababa de recorrer. Necesitaba separarme de él, no rozarnos. No compartir el mismo aire.

La rabia solo hizo que el ya de por sí agobiante calor de agosto se hiciera aún más desagradable. Estaba enfadada, claro que sí. Con él, pero sobre todo conmigo misma. Porque habían pasado cuatro años y este chico de pelo negro y ojos color miel seguía siendo capaz de

poner mi mundo patas arriba en cuestión de segundos. Y eso era lo último que necesitaba.

Él era lo último que necesitaba.

—¿Has dicho que te cambié por otra? —preguntó Scott de repente —. ¿De verdad has tenido el valor de decirlo en voz alta? Si piensas eso, es que sí que hay cosas de las que hablar. —Se pellizcó el puente de la nariz de nuevo mientras controlaba la respiración—. ¡¿Tú te estás riendo de mí, verdad, Nina?!

—¿Ahora también tienes pérdidas de memoria? Me lo dijiste tú. Y encima por mensaje. Eres un cobarde de mierda, Scott.

Quizá estábamos hablando más alto de lo que nos hubiera gustado admitir. Después de todo, las miradas de los curiosos se posaban en nosotros. Pero entonces, de la nada, Scott me cogió por los antebrazos con un gesto suave pero firme a la vez.

En cuanto se acercó, empecé a temblar de la cabeza a los pies.

Hacía demasiado tiempo que no estábamos tan cerca el uno del otro. Que no sentía su pecho sobre el mío, subiendo y bajando; su respiración agitada contra la mía. Hacía demasiado tiempo que no notaba el tacto de sus manos callosas sobre mi piel, haciéndome cosquillas allá por dónde pasaban. Literalmente, solo habían hecho falta dos segundos para que mi cuerpo lo reconociese y se amoldase al suyo.

Dos malditos segundos. Nada más.

—¿Y la carta? ¿Qué pasa con la maldita carta, eh? —dijo a menos de dos centímetros de mi boca. Definitivamente las piernas me iban a fallar en cualquier momento.

—¿Qué carta? ¿De qué me hablas, Scott…? Yo no tengo nada tuyo y menos una carta.

No supe cómo reaccionar. ¿Había dicho una carta? Y, casi sin darme cuenta, mi tono de voz cambió a uno más calmado.

«No, Nina, ahora no bajes las defensas. Sigue mostrándole que no te importa nada de lo que suelte por la boca».

—Así que no la has leído.

Relajó los hombros con un gesto que desprendía decepción y tristeza a la vez.

—No sé de qué estás hablando. Desde que me dejaste, no he vuelto a saber nada de ti. Porque te recuerdo que fuiste tú quien se largó.

Sacudí los brazos para deshacerme de él con brusquedad. Con la distancia, el enfado y la rabia regresaron de golpe. Sin embargo, mentiría si dijera que no me estaba matando no entender de qué estaba hablando.

¿Una carta?

—Lo recuerdo.

—Genial.

Si lo que parecía que estaba intentando decir era cierto, era muy posible que las cosas fueran diferentes a como yo pensaba que habían sido. ¿De qué carta estaba hablando Scott?

—Pero volví a por ti, Nina.

—¿Qué?

Capítulo 4

Scott



Las cosas más capaces de partirnos en dos
son aquellas que más queremos.

No pude evitar acercarme más a Nina. Todo mi ser me pedía estar cerca de ella, reencontrarme con ella. Era como si una corriente eléctrica me recorriera de la cabeza a los pies. Como si esa misma energía tomara el control de mi cuerpo, y me animara a acortar la distancia que nos separaba. Llevaba cuatro largos años sin verla. Cuatro años sin saber ni la más mínima cosa de ella: si estaba bien, si estaba mal, cómo le habían ido las cosas. Su vida era un completo misterio para mí.

Y, por Dios, llevaba el dichoso vestido rosa.

Ese puto vestido que tan loco me volvía.

Lo recordaba a la perfección. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era el mismo que llevaba la primera noche. La noche de la playa.

Nina siempre fue mi perdición. Fue quien me hizo entender lo que era querer a una persona y lo que significaba el amor sincero. Fue ella quien me lo dio todo sin saberlo. Y también fue ella la que decidió que nuestras vidas tomasen caminos separados.

Sí, fui un capullo. La cagué a lo grande. La relación se tambaleó por mi culpa. Yo fui quien nos precipitó al vacío, pero volví.

No podía vivir con la culpa y volví a por ella.

—¿Qué quieres decir con que volviste a por mí?

Me miró extrañada, intentando descifrar si lo que escuchaba era mentira o no.

—No creo que haya mucho que explicar, ¿no crees?

Solo tardé dos días en volver a por ella después de aquel mensaje. Y porque me costó encontrar un vuelo y, encima, con el único que pude conseguir tuve que hacer varias escalas. Si no, habría llegado antes.

Yo: No pierdas el tiempo por mí, ¿vale? No me esperes. Dudo de que seamos capaces de hacer que esto funcione. Busca a alguien que te complemente. Yo voy a hacer lo mismo. Ha sido bonito, pero ya no hay espacio para un «nosotros». Que te vaya bien, Nina.

Me di cuenta dos segundos demasiado tarde: tendría que haberlo hablado con ella en persona, no por mensaje. Enviarlo fue una de las mayores cagadas de mi vida. Un error por el que claramente seguía pagando cuatro años después.

Tendría que haberme explicado. Hablarlo con ella. Nina tenía razón: fui yo quien dio el paso que provocó que nos separásemos. Fui un cobarde y un egoísta. No tenía ningún derecho a decidir por ella y, aun así, lo hice. Éramos un equipo y la dejé fuera de la

ecuación. Pensé que no querría vivir anclada a mí, a un tío que iba a estar a miles de kilómetros en vez de a un par de metros. A alguien a quien el trabajo y el entrenamiento le iban a consumir casi todas las horas del día.

No quería que Nina sintiera que no estaba ahí para ella o que la estaba dejando de lado y la única manera que se me ocurrió para evitarlo fue la más estúpida de todas. Me comporté como un maldito miserable.

Al separarnos, sentí que no podía darle lo que necesitaba y lo único que hice fue hacerle el mismo daño que quería evitarle.

—Tú. Jamás. Volviste.

Enfatizó cada una de las palabras con odio para recriminarme todo lo que había pasado con una frialdad que no reconocí en ella. Estaba seguro de que su cabeza iba a mil por hora en ese momento para tratar de comprender. Ni siquiera cuatro años de distancia podrían haber conseguido que su lenguaje corporal me fuera desconocido.

Nina empezó a caminar en círculos. Se llevó ambas manos a la cabeza, quizá para intentar procesar lo que yo le estaba queriendo explicar.

—Nunca volviste —continuó diciendo en voz alta—. Te fuiste sin mirar atrás, Scott. Tú… tú no… tú no volviste.

Me clavó el dedo índice en el pecho y me miró los ojos con frialdad. El dolor y confusión estaban ahí, en esos ojos azules. ¿Era posible que de verdad no tuviera ni idea de lo que pasó?

«Nina, cariño, volví a por ti».

Ese era el único pensamiento que me recorría la cabeza.

Quería que se diera cuenta. Que entendiera lo que de verdad estaba pasando. Pero sabía perfectamente que ella necesitaba tiempo para procesarlo todo. A pesar de que hubieran pasado cuatro años y me hubiera perdido mil cosas de su vida, sentía que la seguía

conociendo. Nina siempre funcionó así y lo último que quería era agobiarla más. Por eso le di el espacio necesario y no dije nada hasta que ella levantó las cejas esperando la respuesta se merecía.

—Volví. Claro que lo hice, Nina. ¿Cómo no iba a regresar?

Puede que la voz me sonase más rota de lo que pretendía que sonara. Tuve que intentar controlar mis emociones, porque esto también me estaba pillando por sorpresa. Para mí, hasta que no la escuché decir que no tenía ni idea de la carta, la realidad había sido otra muy distinta.

—¡Estabas con otra, Scott! O por lo menos, pretendías estarlo.

—¡Claro que no! ¿De dónde te sacas eso?

Ignoré ese dolor rasposo que se me estaba formando en la garganta y me llevé los dedos al puente de la nariz frustrado. Por supuesto que no estuve con otra. ¡Ni en un millón de vidas la engañaría de esa manera tan ruin! ¿Cómo podía creer algo así?

—Nina, escúchame…

—Scott, que no. Ya está bien —me soltó—. Si no, ¡¿por qué querías rehacer tu vida de la noche a la mañana, eh?! Dime, ¿por qué?

No podía más.

No soportaba que siguiera pensando eso.

—¡No quería rehacer mi vida, joder! —Traté de calmarme y elegir bien las palabras, pero no fue fácil—. Entiendo que pienses eso, pero tenía mis motivos. Y si, tal y como parece, te resulta demasiado incómoda mi presencia como para sentarnos y hablar…

Harto de esta frialdad y distancia, me acerqué a ella para dejar de hablar a voces y evitar que todos los curiosos siguieran escuchándonos. Me incliné y, despechado, le susurré al oído:

—¿Sabes qué? Mejor que te lo expliquen tus hermanas.

Todo el dolor salió de golpe. El desconcierto no desapareció de sus ojos ante la cantidad de información que le había caído encima de sopetón. ¿Tal vez era cierto que no sabía nada sobre lo que de verdad había pasado? ¿Era posible que no le hubieran contado nada en todo este tiempo?

—No sé qué tienen que ver ellas en todo esto.

A pesar de todo, no soportaba verla así: tensa, distante, fría. Estaba agobiada y parecía que estaba pasándolo mal. Por mí. Porque yo estaba ahí. Yo, que solo podía enfrentarme a volver a sentir esas ganas incontrolables de protegerla de lo que fuera. Yo, que solo quería mantenerla a salvo de cualquier cosa que pudiera hacerle daño, por minúscula que fuera. Incluso si eso me incluía a mí.

Nunca había entendido del todo el efecto que Nina provocaba en mí.

Sobrepasado, acerqué la mano hasta ese mechón dorado que siempre se le escapaba y se lo coloqué detrás de la oreja como tantas veces había hecho años antes.

Esta vez, Nina no se apartó.

Necesitaba explicarme, pero, al parecer, no me correspondía a mí contar esa parte de la historia si sus hermanas no le habían contado la suya.

—Habla con ellas —le supliqué—. Y si después de esa conversación quieres que tú y yo pongamos las cartas sobre la mesa, ya sabes dónde encontrarme. Te aseguro que yo sí quiero hablar contigo.

Tenía mucho que decir, pero era una conversación que solo podía ocurrir si ella estaba dispuesta a escucharme.

Capítulo 5

Nina



En todo conflicto hay dos versiones de la misma historia. Y para conocer la verdad más absoluta, hay que tener la valentía de luchar contra el orgullo, contra el dolor y escuchar ambas partes.

¿Volvió después de mandarme ese mensaje? ¿De qué carta estaba hablando? ¿Y qué se suponía que tenían que ver Catalina y Laia en todo esto?

Localicé a mis hermanas, que al parecer no estaban muy lejos de donde Scott y yo habíamos estado discutiendo segundos antes. Estaban sentadas en un banco, hablando tan tranquilas de algo que no alcanzaba a escuchar. Mientras caminaba hacia ellas, un millón de pensamientos amenazaban con desbordarme. ¿Qué estaba pasando en realidad?

En cuanto me vieron llegar, se pusieron de pie.

—¿Qué te ha dicho? ¿Todo bien?

Me tomé unos segundos antes de contestar. La decepción y el enfado que se estaban formando en mi interior no paraban de crecer.

—No lo sé, dímelo tú, Catalina.

No me importó sonar fría. Necesitaba entender lo que estaba pasando. Y cuanto antes.

—¿Cómo? Nina, no sé a qué te ref…

Ni siquiera la dejé terminar, la impaciencia me estaba comiendo viva. No me iba a conformar con respuestas vagas y confusas.

—¿Estuvo aquí Scott hace cuatro años?

—¿Hace cuatro años…? Claro, antes de dejarte tirada, estaba aquí, sí.

—¡Laia, no es momento de bromas!

Me giré de sopetón alzando la voz. Escuchar ese comentario dolió. Oír en alto lo que tanto me había costado asimilar estos años era como reabrir las heridas. Estaba fuera de mis casillas, y eso era lo último que necesitaba en este momento de confusión.

Ya no sabía ni cómo me sentía. Era una mezcla de dolor, incomprensión y traición. Al verlas, era evidente que me estaban ocultando algo y ser consciente de eso me estaba matando. Pensar que mis hermanas podían haber estado jugando conmigo… Era demasiado.

Suficientes traiciones había vivido ya.

No necesitaba ninguna más.

—Vale, Nina, tranquila, es mejor que hablemos en casa.

Pum. Eso fue confirmación suficiente de lo que tanto me temía. No hacían falta palabras para saber que Catalina se sentía culpable. Entonces ¿era posible que llevasen años mintiéndome?

—¿Tú también lo sabías, Laia? ¡¿Por qué me…?!

Tuve que darles la espalda unos segundos para recomponerme y respirar. Puede que estuviera muy enfadada con mis hermanas, pero, en el fondo, lo único que sentía era vacío, dolor y pena. Había llegado el punto en el que me estaba costando respirar.

—¡¿Por qué me estáis ocultando cosas?! —Me giré de nuevo—. ¡¿Desde cuándo nos ocultamos cosas, eh?! ¡Porque yo acabo de enterarme!

Después de todo lo que estaba pasando, necesitaba dejar salir la rabia acumulada por algún lado. Sí, levanté de más el tono de voz. Y no, no me importó.

—Nina, por favor, vamos a casa y te lo contamos todo.

Fulminé a ambas con la mirada. ¿Cómo habían sido capaces de hacerme eso? ¿Por qué también ellas?

—¡No! ¡Lo quiero saber aquí y ahora! Me lo debéis. Es lo mínimo que podéis hacer después de haberme estado mintiendo durante cuatro años.

Se miraron la una a la otra. Sabían que no tenían escapatoria.

—Díselo, Catalina…

Ambas soltaron el aire contenido, y Cata empezó a hablar.

—Hace cuatro años —empezó—, unos días después de que Scott te mandara aquel mensaje, apareció en la puerta de casa. —Hizo una breve pausa—. Estaba como loco, muy nervioso… Vino preguntando por ti.

—¿Así que es verdad?

Scott no me había mentido. Al menos, no en eso. Sin embargo, cualquier alivio que pudiera sentir fue sustituido por un dolor punzante que se me clavó en el pecho. No era capaz de procesar que había vivido encerrada en una mentira durante cuatro años.

Intenté controlar la respiración.

—Fui yo la que abrió la puerta, pero no le dejé pasar —siguió Catalina—. Dijo que necesitaba hablar contigo, explicarte todo y pedirte perdón.

—¡¿Y POR QUÉ NO LE DEJASTE ENTRAR?! Sabías que en ese momento lo necesitaba… Tú sabías que…

—¡No así, Nina! —me interrumpió—. No lo necesitabas. No tal y como estaba. ¡Él se fue y te dejó con un puñetero mensaje!

—Catalina, te juro que…

—Déjala terminar, Nina. Lo hizo pensando en ti. En lo que creyó que era lo mejor para ti tal y como estabas…

Resultaba bastante raro oír a mi hermana mediana así. Era un contraste demasiado grande que chocaba con su tono bromista habitual.

—¡Ella no tenía derecho a decidir por mí, Laia!

—Tienes razón, pero en ese momento ni tú misma estabas para tomar decisiones. ¿O es que no te acuerdas?

Claro que me acordaba. Una secuencia de imágenes mías, llorando a pleno pulmón por el chico que creía que me quería como yo a él, volvieron a cruzarme la mente. Me pasé semanas sin ganas de nada, echándolo de menos, viendo fotos antiguas, releyendo mensajes, escuchando su voz en audios y cayendo en la mierda más profunda. Lloraba por él, por nosotros y por las promesas rotas que ya jamás se cumplirían.

Claro que lloré. Lloré porque, a pesar de saber que sin él yo valía mucho, su presencia me hacía bien. Con él me sentía como en casa. Él, que fue mi hogar y aun así se marchó sin mirar atrás. Como si no le pesara la situación. Como si no hubiéramos vivido nada juntos.

Scott se había ido y yo me convencí una y otra vez de que me había dejado por otra.

Lo peor de aquella época fue sentir que para él fui extremadamente fácil de reemplazar. Incluso después de todo lo que habíamos vivido juntos.

Jamás tendríamos la vida que habíamos planeado. No adoptaríamos un perro juntos, ni tendríamos la casa con jardín con la que tanto soñábamos. No habría versiones nuestras en miniatura correteando por allí. Porque siempre hablábamos de eso, de lo que haríamos para cumplir nuestros sueños: una vida sencilla, pero juntos. Y él no dudó en romperla en pedazos, como si de unos apuntes viejos se tratara.

Estuve destrozada.

—Además —insistió Laia—, si tienes que culpar a alguien, cúlpame a mí. Cata vino a hablar conmigo en cuanto Scott se fue. Ella quería contártelo todo. Fui yo la que le paró los pies —admitió—. Porque sabía que eso te destrozaría.

—Estoy flipando… —dije. Me pasé las manos por la cara, olvidando la fina capa de máscara de pestañas que llevaba puesta. Genial, lo que me faltaba ya…

—Ni la una ni la otra teníais ningún derecho a decidir por mí…

—¡Eres nuestra hermana pequeña, Nina! Quizá nos equivocamos, pero ite aseguro que lo hicimos pensando en ti y en que levantases cabeza! Así que, ahora deja que Cata se explique y luego, si eso, nos juzgas.

Me tragué todo el orgullo y asentí. Era la única manera de conocer toda la verdad.

Catalina retomó la historia en el punto exacto en el que se había quedado.

—Le pregunté si venía para quedarse y me dijo que no. Dijo que tenía que volver a Edimburgo esa misma noche, pero que quería hablar contigo. ¿Cómo crees que te hubiera afectado hablar un rato

con él después de lo que había pasado y que después se volviera a esfumar? Pensé que Laia tenía razón —suspiró—. Hubiera sido como volver a empezar el duelo de cero, Nina. Y estabas tan mal… No podíamos hacer eso. Apenas te habías recuperado de él.

—Deberíais haberme preguntado qué era lo que yo quería. ¡Lo que yo necesitaba! No sé si hubiera sido mejor o peor hablar con él, pero me quitasteis el derecho a decidir por mí misma. Y eso no os lo voy a perdonar.

Me sentía dolida y engañada por dos de las personas que más quería. Jamás pensé que justo ellas serían capaces de traicionarme de esa manera.

Ellas no, joder.

—Sí, tienes razón. Lo siento, ¿vale? Te prometo que pensaba que hacíamos lo mejor para ti —continuó Cata.

—Ya bueno…

Les di la espalda de nuevo. A esas alturas no soportaba ni mirarlas.

—Nina, por favor… —No me molesté en contestar tras la súplica de Laia.

Sin embargo, la conversación con Scott seguía reproduciéndose a todo volumen en mi cabeza. Bombardeándome con la necesidad de encontrar respuestas. Tenía que saberlo, así que me giré de nuevo.

—¿Dijo algo sobre otra chica?

—No. —Cata bajó la mirada, supongo que la culpa se la estaba comiendo por dentro.

—¡¿Y no preguntaste?! ¡Joder, Catalina! Tú leíste el mensaje mil veces conmigo. ¡Sabías que esa era una de las cosas que más daño me estaba haciendo, que…!

—Estás siendo muy injusta, Nina.

Fijé la vista en Laia, sorprendida. ¿Cómo podía ser capaz de decirme que yo era la injusta de las tres? Era absurdo.

—Cállate, Laia. Eres igual de culpable que ella —le solté—. Tú tampoco me dijiste nada. En cuatro años, ni siquiera pensaste en…

—Tendrías que haberte visto esas semanas. No podíamos hundirte más.

Un silencio tenso se instaló entre las tres. Como todos los hermanos del mundo, discutíamos. Pero aquello…

Ellas sabían que Scott había sido especial para mí. Si me lo hubieran dicho, quizá no hubiera vivido el infierno que vino después de la ruptura. Quizá mi camino hubiera sido diferente al que tomé y no llevaría meses viviendo así. Con esta sensación horrible en el centro del pecho. Pero… ¿qué más daba ya?

—Scott me ha dicho algo sobre una carta… —retomé la conversación.

Intercambiaron una mirada cargada de dudas que duró más de lo que esperaba. Extendí los brazos exasperada.

—¡No puede ser! ¿De verdad? ¡¿Qué habéis hecho con ella?! ¡¿La habéis tirado?!

A Laia no le tembló la voz.

—Está en casa.

—¿Y ni siquiera se os ha pasado por la cabeza dármela en todos estos años? —Hablaba desde el dolor, porque era lo único capaz de sentir en ese momento—. Aunque fuera tiempo después, no pensasteis…

—¿En serio crees que hubiera sido lo mejor? ¿Después de este último año?

—No lo sé Laia, no lo sé. —Luché por tragarme ese molesto nudo que se me empezaba a formar en la garganta. Escocía, pero no

quería derrumbarme aquí—. Quizá si la hubiera leído, no habría tenido que pasar por todo lo que vino después de él.

—Eso no lo sabemos.

—Por desgracia, no lo sabremos jamás.

¿Qué hubiera pasado si hubiera leído la carta de Scott? Mi carta. ¿Se hubiera torcido mi vida tanto como…?

—Dádmela.

No contestaron. Se miraron y asintieron.

Mi vida había empezado a parecer un cúmulo de tropiezos. A cada segundo, aparecían más agujeros y más baches en el camino. No había manera de taparlos ni tiempo para esquivarlos. Me estaba cayendo en todos y cada uno de ellos. Cada vez que pensaba que por fin había dejado de tocar fondo, descubría que el siguiente hoyo era aún más profundo que el anterior.

—¿La habéis leído?

—No, claro que no.

Bueno, al menos me habían respetado en ese aspecto. Eran las últimas palabras de Scott antes del desastre. Tenía derecho a que siguieran siendo solo para mí.

Empezamos a caminar de vuelta a casa sin decir palabra. Jamás podría haber adivinado lo que me esperaba aquella noche. Antes de salir de la feria me sorprendí a mí misma buscándolo con la mirada.

No lo encontré.

Toda historia tiene siempre dos versiones y yo estaba a punto de conocer la del que fue el amor de mi vida.

Capítulo 6

Scott



Nadie nos prepara para los golpes más duros de la vida. Simplemente un día aparecen y lo llenan todo. Y tienes que aprender a convivir con ellos porque, si no luchas en su contra, acabarán contigo.

Por supuesto que tenía la esperanza de verla. Lo que no esperaba era que la noche en cuestión acabara así.

Había estado convencido todo este tiempo de que Nina había leído la carta. Me había convencido de que lo había entendido todo y que, con eso, había tomado la decisión de perderme de vista. Pensé que me la encontraría con sus hermanas jugando en una de las casetas que tanto le gustaban, quizá intentando conseguir algún peluche de esos gigantes o comiendo algodón de azúcar. Y eso fue justo lo que me encontré al llegar.

Pero no esperaba verla así.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, noté que su expresión era diferente, más seria. A pesar de estar con sus hermanas, era

como si la envolviera un aura de tristeza. Fue extraño y no me gustó una mierda.

Vale, sí, no iba llorando por las esquinas ni nada de eso. Pero, cuando has tenido una conexión tan fuerte con una persona, cuando conoces cada uno de sus gestos, puedes notar la tristeza que esconden ciertas sonrisas.

Ella no me vio. Pero después de verla ahí, comprando boletos, no la perdí de vista ni un solo segundo Era inevitable. Siempre había destacado entre la multitud. Cuatro años sin verla era mucho tiempo, pero no el suficiente como para cambiar el efecto que seguía provocando en mí.

A pesar de estar pasándoselo bien con sus hermanas, repartiéndose los tickets en esa extraña tradición suya, supe que algo no estaba bien.

Era la Nina de siempre, sí, pero no tenía su brillo característico.

Yo no había vuelto al pueblo desde la tarde que marcó nuestro punto y final. Desde lo de la carta, vamos. Estaba convencido de que ella no quería saber nada más de mí y respeté su decisión a pesar de que me doliera como nunca antes me había dolido nada.

La respeté porque era consciente de que me había portado como un absoluto cabrón al escribir el mensaje. Tenía lo que me merecía. Y, con el paso de los meses, supongo que aprendí a vivir con ello de la mejor manera posible. Esperé su llamada, pero nunca llegó.

Me convencí de que la había cagado y la había perdido. De que no me quedaría otra que asumir las consecuencias de mis propias acciones.

Si durante estos cuatro años hubiera tenido un mísero indicio de que Nina no sabía nada de todo aquello, me habría faltado tiempo para coger otro avión de vuelta. Hubiera regresado a España de

inmediato. Habría afrontado las consecuencias con mis padres y me habría dado igual. Por ella, merecía la pena.

Sin embargo, lo dejé pasar porque estaba convencido de que ella quería que estuviéramos separados.

Empecé a centrarme en mi carrera. En ser el mejor en lo mío. En destacar y arriesgarme para proteger a los demás. Lo que hacíamos en la empresa. Me dejé la piel. Seguía dejándome la piel cuatro años después, porque trabajar para el negocio familiar era lo que mejor se me daba.

Durante los tres primeros años, ni siquiera soportaba la idea de que otra persona me tocase. Luego, cuando me atreví a verme con otras chicas, ninguna consiguió hacerme sentir como ella.

A decir verdad, dudaba de que algo así fuera posible siquiera.

Me encantaba mi trabajo, pero una parte de mí echaba de menos el mar. Echaba de menos navegar, tener el pelo revuelto y la piel llena de salitre. Sabía que después de todo lo que había pasado las últimas semanas, necesitaba unas vacaciones y por eso volví.

A pesar de que no había pisado el pueblo en cuatro años, tuve la necesidad de volver. Supongo que lo que me pasaba en realidad era que echaba de menos a mi mar.

A mi Marina Marín.

O al menos a la que un día había sido mi Nina.

Capítulo 7

Nina



Cinco años antes del reencuentro

Hay que tener cuidado con las promesas que se hacen.
Algún día pueden volverse en tu contra.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Pulsé varios botones del cuadro de mandos a la vez.

—Ey, ey, ey… Más despacio, ojos claros.

Se rio tan cerca de mí que una corriente eléctrica me recorrió de la cabeza a los pies. Lo tenía detrás, pegado a la espalda y con sus manos en la cintura.

Estábamos en su barco. Después de mucho insistir, por fin había conseguido que me enseñase a navegar. Siempre era él quien llevaba el control, lógicamente. Scott era quien conocía el mar como la palma de su mano. Yo no tenía ni idea. Pero, de tanto verlo, me moría de ganas de aprender.

Yo también quería llevar el control.

—Antes de volvernos locos al barco y a mí pulsando todos los botones, tienes que aprender ciertas cosas.

Atrajo aún más mis caderas hacia él y deshizo por completo el espacio físico que apenas nos separaba. Entonces, empezó a llenarme el cuello de besos.

En un momento dado, sentí que su lengua me recorría la sensible piel con deseo. Supe que así iba a ser tarea imposible concentrarme, así que levanté la mano y se la puse en la cabeza. La idea de pararlo no entraba en mis planes, porque esa corriente eléctrica que solo él conseguía hacerme sentir empezaba a extendérseme por todo el cuerpo. Así que enredé los dedos en su pelo negro azabache.

Sabía lo mucho que le gustaba eso.

—¿Qué me tienes que enseñar?

Le apoyé la cabeza en el hombro izquierdo para así dejarle más espacio para que no parase con el reguero de besos. No lo hizo.

—Las mareas, por ejemplo.

Los besos no paraban.

—¿Y qué más?

Me dio la vuelta con un gesto que derrochaba confianza. Me apartó el pelo con suavidad, acercó los labios a los míos y murmuró contra mi boca:

—El clima.

Cuando me rozó los labios, cerré los ojos y me dejé llevar contra mi mayor debilidad.

—¿Algo más?

Abrí los ojos para comprobar que seguía ahí. A unos centímetros de mi boca, sin besarme. Pero ¿por qué?

—Claro que sí. —Me dio un pico rápido en la nariz en vez de en los labios—. Pero ya habrá tiempo para enseñarte los detalles.

«¿¡Dónde estaba mi beso!?».

—¿Y cómo controlo el barco?

—No te preocupes por eso ahora… —susurró.

—Hoy conduzco yo —afirmé impaciente.

Fingí total confianza para tratar de convencerlo, aunque solo conseguí que soltara una carcajada.

—¿Qué? Oye, no te rías, Scott… Lo digo muy en serio.

—Primero —me colocó el mechón rebelde de siempre detrás de la oreja—: se dice navegar, no conducir. Cosa que solo me da más motivos para querer hacer las cosas con calma, ojos claros.

Su tono de voz cambió. Físicamente también, Scott se alejó un poco de mí. Ya no hablaba de navegar.

—¿Estás hablando de las clases de navegación o de nosotros?

—De ambas.

Deshice la poca distancia que acababa de crear Scott y lo abracé por la cintura. Apoyé la barbilla sobre su pecho y lo busqué de nuevo con la mirada. Él puso las manos sobre mis mejillas y las acunó con cuidado.

—¿Por qué quieres ir despacio?

No contestó de inmediato. En lugar de eso, se tomó un instante para responder. Cogió aire y me miró con ojos tristes. Habló sin dejarme de acariciar las mejillas con los pulgares:

—No te equivoques, lo quiero todo contigo. Ya. Lo único que pido es que tengamos los pies en la tierra. Lo que tú me haces sentir… es algo que nunca antes había sentido, ojos claros. Y me mata pensar que pueda estropear lo que tenemos.

Lo abracé aún más fuerte.

—No vas a estropearlo.

—Nina…

—Confío en ti, Scott.

Vi que todo atisbo de duda desaparecía de sus ojos.

Y ahí estaba: mi beso.

Primero los labios, después la boca entera. Nuestras lenguas jugaron a buscarse. Los besos se volvieron cada vez más y más profundos, los dos íbamos a la deriva en su barco.

Ese día no hubo clase de navegación, tan solo mil promesas de un futuro juntos.

Capítulo 8

Nina



A veces, las peores traiciones vienen de quienes más cerca tenemos.

Y eso te destruye por dentro.

—¿Por qué te dio la carta si vino a casa para hablar en persona, Catalina?

Una vez que salimos de la feria y me aseguré de que nadie nos escuchaba, empecé a bombardear a preguntas a mis hermanas. Suficiente había llamado la atención antes. Y lo mínimo que ellas podían hacer por mí en esa situación era contestarme con sinceridad. Eso hicieron: responder a todas y cada una de mis preguntas. Aunque ya no estaba segura de sí me decían la verdad.

Podía oír la culpabilidad en sus voces.

—Porque yo le dije que se fuera. Tal y como estaba, no iba a dejarle hablar contigo. Solo os habría perjudicado a los dos.

—¿Y…?

—Quizá también le dije que no querías verlo.

—Estás de coña, ¿¡verdad!?

«Esto no puede ir a peor…», me decía a mí misma.

No quería aceptarlo, pero, en el fondo, sabía que mis hermanas no estaban del todo equivocadas.

En aquel momento, lo único que yo sabía era que, después de casi toda una vida en el pueblo, los padres de Scott habían decidido mudarse a Edimburgo de manera permanente. Sabía que su padre había nacido allí, que había vivido gran parte de su vida allí. Al menos hasta que el amor le hizo mudarse a la costa mediterránea.

Una semana después de llegar a la capital escocesa, tan fría y nublada, Scott me envió ese maldito mensaje que lo cambió todo.

Llegamos a casa y, por suerte, nuestros padres todavía no habían vuelto. Bien. No tenía ganas de que se enterasen por ahora.

—Cata, ¿y por qué te dio la maldita carta?

Subimos las escaleras de camino a la habitación. Yo pisaba los escalones más fuerte de lo normal mientras ellas iban por detrás de mí. Conforme me iba acercando más y más a la primera planta, el enfado se iba transformando en nervios.

—Apareció una hora después —me explicó mi hermana mayor—, un poco más calmado y con la carta en la mano. Me la dio y me pidió que por favor te la entregase. Dijo que necesitaba que la leyeras para que lo entendieras todo.

—¡¿Y por qué no me la diste?!

La encaré de golpe. No pude evitar elevar el tono y decirlo con rabia. Una rabia que me estaba carcomiendo por dentro.

—Puede que seas mi hermana, pero no eres nadie. ¡NADIE! —grité—. No eres nadie para decidir algo que solo me correspondía a mí.

Catalina se encogió en el sitio.

—¡Pensaba que solo serían excusas y mil palabras que no te servirían de nada! El daño ya estaba hecho.

La rabia volvió. Simplemente no me lo podía creer: que decidieran por mí, que me quitaran la voz y el poder de tomar mi propio camino. ¡Mis hermanas…!

—Lo que a ti te pasaba en realidad era que estabas jodida. Jodida y celosa, Catalina. ¿Apareció Justin por la puerta con Scott? No, ¿verdad? Y ese fue tu maldito problema. ¡Que él no vino!

En cuanto esas palabras cargadas de odio salieron de mi boca, me arrepentí al instante. Sin embargo, solo le di la espalda y terminé de subir las escaleras.

—Ese es un golpe demasiado bajo hasta para ti, Nina.

Ignoré el comentario frío y distante de Laia, era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera la carta.

—Dadme mi carta de una vez.

Jamás había usado un tono de voz tan duro con ellas, pero el dolor que sentía en ese momento me impedía comportarme de otra manera.

Después de rebuscar un rato entre las cajas que Cata tenía al fondo del armario, me tendió un sobre con algo de polvo. En el mismo instante en el que el papel desgastado me rozó los dedos, me marché a mi habitación y las dejé atrás dando un portazo a mi paso. Necesitaba estar sola. Leer tranquila las palabras que debí haber leído cuatro años antes.

Me senté en la cama y, con las manos temblando, abrí el sobre con cuidado. Saqué el folio que había doblado en cuatro y lo desdoblé.

Era la letra de Scott.

La reconocería en cualquier parte.

Te mentí.

No puedo irme sin que sepas la verdad.

Pensé que tenía que hacerlo, pero me arrepentí el mismo jodido instante en el que envié el mensaje. No entra en mis planes estar con nadie más. No podría. Tú eres la única a la que quiero a mi lado, ojos claros.

Siempre lo has sido.

Nos separan dos mil seiscientos cuarenta y dos kilómetros y yo quiero que vivas. Que disfrutes de todas las experiencias posibles sin ataduras. Y creo que para eso tengo que dejarte marchar. Porque no sé si soy capaz de darte todo lo que necesitas a tanta distancia. ¿Cómo se pasa de poder verte a cada rato del día a ni siquiera poder tocarte en... a saber cuántos meses? Y cuando nos veamos, ¿qué? Estaremos un par de días juntos y después volveré a echarte de menos como un condenado, sin saber cuándo volveremos a estar juntos, a tocarnos, a besarnos.

Pero también quiero decirte que no he podido parar de darle vueltas al tema. He estado pensando mucho en nosotros, en la distancia y en lo que hablamos aquel último día en la playa. En lo que dijiste acerca de la relación a distancia.

Yo estoy dispuesto a dejarte ir, si eso es lo que sientes que necesitas en algún momento. Aunque me mate por dentro. Solo quiero que seas feliz, Nina. Pero, si tú crees que podemos hacer que funcione, si crees que vamos a ser capaces de sobrellevar la

distancia, jamás te volveré a apartar de mi lado. Porque te aseguro que eso es lo último que quiero.

Perdóname, ojos claros. Esta situación me ha sobrepasado y, aunque he hecho todo pensando en ti, nadie puede negar que he sido un egoísta.

Catalina no me deja entrar en tu casa. Me ha dicho que no quieres verme. Te entiendo, cariño. Después de esa mierda de mensaje, te entiendo. Todo se ha torcido cuando no debería haber sido así.

Esta noche tengo que coger un avión de vuelta a Edimburgo. Pero estaré toda la tarde en nuestro sitio de la playa, esperándote. No sé cómo conseguiremos que esto funcione y eso me tiene bastante acojonado, Nina.

Creo que por eso envié el peor mensaje que te podría haber enviado jamás.

Tú solo llámame y, si es lo que de verdad quieres, que estemos juntos a pesar de la distancia, estaré ahí para ti.

Encontraremos la manera de hacer que funcione. Siempre. Incluso si no apareces hoy, estaré esperando toda la vida tu llamada.

Cada pedazo de mí es tuyo.

Te quiero con toda mi alma.

Scott

No fui.

Scott me estuvo esperando todo el día en nuestro sitio de la playa y no aparecí. No fui. Y Scott al final se marchó a Edimburgo pensando que yo no quería saber nada de él. Esperó una llamada que jamás llegó.

Nada.

Me sequé las lágrimas que me recorrían la cara con manos temblorosas. Sentí que la herida del pasado se había vuelto a abrir, pero era diferente. Porque sentía que esta vez iba a abrirme en canal. Si tan solo hubiera leído la carta en el momento correcto…

Llevaba cuatro años viviendo una mentira. Una maldita mentira. No sabía con quién estaba más cabreada, si con mis hermanas por no contármelo o con Scott por tener los huevos de mandarme ese mensaje y marcharse así para después escribirme esa carta. Quizá con ambos.

Cualquiera de los tres podría haber evitado el infierno que vino después.

Mi vida podría haber sido otra.

¿Por qué tuve que pasar por aquello? No solo por la ruptura con el que creí que en algún momento fue el amor de mi vida, si no lo que vino después… ¿Por qué tuvo que irse Scott? Con él todo habría sido diferente, ¿no?

Me costaba respirar. Era como si el aire no me llegase a los pulmones. Sentí un pinchazo en la espalda, en el estómago, otro en las costillas. Necesitaba relajarme, pensar. Pero solo era capaz de recordar imágenes de los peores años de mi vida. Una y otra vez.

Me tumbé en la cama sin ni siquiera molestarme en quitarme el vestido y cerré los ojos. El frío de la noche entraba por la ventana, pero no me levanté a cerrarla. Quería sentirlo, aunque solo fuera

para dejar de notar el dolor en ese punto, justo en el centro del pecho.

No sé cuánto tiempo estuve así o si llegué a dormir algo. Pero en cuanto cogí el móvil, me di cuenta de que eran las seis de la mañana. Llevaba un rato dando vueltas en la cama, incapaz de dormir y con una sensación incómoda. Cuando pensé en ello…

No dudé.

Me quité el vestido y me puse unos pantalones cortos de lino azul marino, una camiseta básica blanca de tirantes, unas zapatillas y una gorra roja. Muy chica Pinterest para el poco tiempo que tenía. Me lavé la cara con jabón para quitarme los restos de maquillaje de la noche anterior y me puse un poco de colorete para no verme tan pálida.

Cogí una mochila lo suficientemente grande y metí en ella lo necesario: algo de ropa, mis productos de aseo y el cargador. Con la mochila al hombro, me fui sin despedirme de nadie.

Tenía que irme. Alejarme de todo y de todos para aclararme.

Para pensar y organizarme la vida.

Si es que podía.

La idea era montarme en el primer tren que saliera de la estación, me daba igual a dónde fuera. Había cogido la tarjeta, además de los mil euros del premio. En realidad, era un cheque que ya me apañaría para cobrar.

La estación no estaba lejos de mi casa, pero para llegar tenía que cruzar parte del paseo marítimo.

Tenía que recorrer *ese* trozo de playa.

Y entonces lo vi. Lo vi demasiado claro.

Ya no iba a coger ningún tren.

Capítulo 9

Scott



Como un soplo de aire fresco.
Eso es lo que son algunas personas. Personas que te curan
las heridas, a pesar de que ellas mismas no se den ni cuenta.

Siempre me ha gustado la vida en el mar. O por lo menos cerca de él. Desde que tengo uso de razón, el mar lo ha sido todo y, por suerte, lo he tenido cerca toda la vida. En ese sentido, siempre he sido bastante privilegiado. Mis padres tienen una empresa de seguridad privada reconocida nivel mundial. Colaboramos con entidades muy gordas de diferentes países, de ahí que facturemos millones de libras al año.

Cuando tienes esa obscena cantidad de dinero, puedes permitirte comprarte un barco o lo que te dé la gana siempre que se te antoje. Y eso es justo lo que hicieron mis padres cuando decidieron regalarme un maldito barco al cumplir los dieciocho. Aunque más bien era una especie de yate bastante grande.

Aunque, cuando nos mudamos a Edimburgo decidí dejarlo aquí, amarrado en el puerto del pueblo. Y, aunque se lo negase a todo el mundo, siempre supe que era mi excusa perfecta para volver. Necesitaba tener algo que me mantuviera anclado al pueblo, algo que pudiera servirme para volver.

Más que anclado al pueblo, a ella.

Me encantaba hacer vida en él. Tenía todo lo que necesitaba y espacio no faltaba. En cuanto tomé la decisión de pasar las vacaciones en el pueblo, supe que me quedaría en el mar. ¿Para qué iba a pagarme un apartamento teniendo el barco? Por eso ofrecí el viaje en barco como premio. Me encantaba este pueblo, conocía a la gente desde crío y simplemente se me pasó por la cabeza. Quizá era una idea estúpida, pero lo sentía como una manera de reconectar con la gente y el lugar que tanto me había dado.

Además, así tenía una excusa en caso de que Nina no quisiera ni verme. Cosa que, tras lo ocurrido la noche anterior en la tómbola, asumí que se había hecho realidad. Por otro lado, además de Nina, no es que tuviera a nadie más aquí. Al marcharme a Edimburgo, perdí completamente el contacto con los que fueron mis colegas. Estaba seguro de que hubieran aceptado si les proponía vernos para tomarnos unas cervezas y ponernos al día, pero sentía que ya no era lo mismo. Viéndolo con perspectiva, lo único que habíamos hecho juntos era salir de fiesta. Nunca nos habíamos comportado como amigos de verdad.

Al fin y al cabo, en los momentos difíciles, ninguno había estado ahí para mí.

De repente, un golpe seco me despertó. Me froté los ojos tratando de despejarme un poco y entender qué estaba ocurriendo. Mierda.

¿Quién coño había tenido los huevos de subirse a mi barco?

Más golpes.

Me estaban tocando mucho las narices. Había que ser gilipollas para pensar que, fueran quienes fueran, tenían algo que hacer contra mí. Y, si una pelea iba a ser mi manera de empezar el día…, pues oye, ningún problema. No me faltaban ganas después de lo ocurrido en la feria. Después de que Nina…

«¿Están preparando todo para zarpar? Pero ¿cuánta gente hay aquí por Dios?», pensé.

Me levanté de la cama de un salto. Subí las escaleras hasta la cubierta y después las otras, las más estrechas y empinadas, las de madera que llevaban a la zona de control.

El yate tenía dos pisos más el camarote, aunque en el más alto solo estaban los controles, el timón y unos sillones bastante cómodos.

«Hostias. Se supone que este es un sitio tranquilo».

Me esperaba cualquier cosa, menos lo que se encontraron mis ojos.

—¿Nina?

No me respondió.

—¿Qué haces? —pregunté con una media sonrisa.

Al ver que era ella, me relajé por completo. Suspiré mientras me estiraba en el sitio. Al fin y al cabo, me acababa de despertar de una manera no muy agradable.

Nina iba de aquí para allá, bajando y subiendo las escaleras, haciendo todo lo que le enseñé años atrás. Solo necesitó un par de clases para saber manejar el barco tan bien como yo. Y eso era algo de lo que me sentía orgullosísimo. Aun cuando me vio allí plantado justo delante de ella, no dijo ni media palabra.

No hizo falta: si seguía a ese ritmo, no tardaría en tenerlo todo listo para zarpar. ¿Eso era lo que quería? Me acerqué a ella, intenté

acortar la distancia que nos separaba, pero ella se alejó dando tres pasos hacia atrás.

«Vale, captado».

—Nina, ¿puedes decirme que cojones estás haciendo?

La seguí de un lado a otro como un gilipollas, tratando de entender por qué parecía estar fuera de sí, en mi barco y a las malditas seis y media de la mañana intentando levar ancla.

—Nos vamos —fue lo único que dijo sin ni siquiera dignarse a mirarme a la cara.

Joder. Qué difícil era sentir que estaba a miles de kilómetros de distancia aun cuando la tenía a menos de un metro.

—Vale… ¿A dónde vamos? Si se puede saber.

—He ganado.

—¿Has ganado? Vale, hummm… ¿Puedes parar dos malditos segundos y explicarme de qué va esto?

Me estaba poniendo nervioso. La noche anterior no quería ni verme y ahora de repente estaba ahí, en mi barco. Preparándolo todo para Dios sabía qué. No entendía nada y seguir medio dormido no ayudaba.

—El premio —dijo seria—. Nos vamos. Me lo debes.

Un traqueteo brusco nos zarandeó. Pero ¿cuándo había desamarrado el barco? Esta chica iba demasiado en serio.

Subió otra vez las estrechas escaleras de madera que conectaban la cubierta con la zona de control y fue directa hacia el timón. Lo manejaba todo con una destreza increíble. Me sorprendió que no se hubiera olvidado de ningún detalle.

En realidad, me encantaba verla tomar el control de las situaciones.

—Joder, Nina. Un segundo. Primero vamos a hablar y, si después sigues queriendo navegar conmigo, te prometo que nos iremos.

Pero, ey…

Recorrí la distancia que nos separaba y le busqué la cara con las manos. Le levanté el mentón para que me mirase.

—Por favor. Así no puedes navegar y lo sabes.

Me golpeó los antebrazos y se zafó de mi gesto de manera brusca. No le brillaban los ojos con ese color azul suyo, si no por lo que parecía ser pura rabia acumulada.

—No me toques. Te lo dejé muy claro ayer.

Levanté los brazos en señal de disculpa y rendición a la vez. Estábamos saliendo del puerto. El aire fresco de la mañana nos acariciaba la cara y nos revolvía el pelo como antaño. Y allí estaba ella de nuevo, con sus ojos azules y su cabello dorado. En el lugar que tantas horas habíamos pasado juntos.

Iba a volverme loco. Aún estaba decidiendo si en el buen o en el mal sentido.

—Ni siquiera hemos preparado nada —insistí—. Y deberíamos haber hecho, como mínimo, la compra. Lo sabes bien, Nina. Además de la gasolina, claro.

Era de las primeras cosas que le había enseñado: jamás salir a navegar sin provisiones suficientes, tanque incluido. Nunca se sabe lo que puede pasar. No podía dejarla avanzar más, mucho menos con esa actitud. Podía vérselo en la cara. Puede que hubieran pasado cuatro años, pero seguía siendo capaz de detectar cuándo algo la carcomía por dentro.

La aparté de los mandos y del timón con suavidad.

—¿Qué coño haces, Hovland?

Me quedé paralizado por un segundo. Mi apellido sonaba demasiado raro en sus labios. En la vida lo había usado para dirigirse a mí. No me eché atrás por eso: volveríamos a puerto, hablaríamos lo necesario y luego ya veríamos qué hacíamos.

—¿Hovland? ¿Desde cuándo me llamas tú así? —Fruncí el ceño.

—Creo que después de todo lo que has hecho, tengo carta blanca para llamarte como me dé la gana.

La miré sorprendido y juro que solo fueron dos segundos. Dos malditos segundos en los que bajé la guardia. Tiempo suficiente para que se colara por delante de mí y agarrase la palanca del acelerador. Apretó a fondo.

De repente, volábamos en vez de navegar. Nina se había pasado las reglas básicas para salir de puerto por el forro. El viento le ondeaba el pelo dorado de una forma bestial. Y yo no podía dejar de mirarla, estaba embobado con su sola presencia.

Verla tomar la iniciativa de esa manera me hizo pensar que había perdido la batalla, pero me negué a darle la satisfacción de que me lo viera en la cara.

Capítulo 10

Catalina



No hay nada más fuerte que el lazo entre hermanas.
Hasta que este se rompe y, en ese momento, te das
cuenta de que la fuerza se volverá en tu contra.

Me sentía culpable tras lo de anoche. Sabía que Nina tenía razón: ni Laia ni yo teníamos ningún derecho a decidir por ella. Pero, en aquel momento, cuando Scott vino a buscarla, estaba tan destrozada…

Prácticamente no comía. Tenía el corazón hecho pedazos. Vi a Scott en ese estado y sentí que no podía ofrecerle nada bueno a mi hermana de esa manera. Lo último que quería era que, cuando inevitablemente él se volviera a ir, a ella le afectara el doble.

Así que sí, supongo que fue un error, pero si volviera a estar en la misma situación y viera que mi hermana podía pasarlo mal por un tío, estando ya en su peor momento… no estaba al cien por cien segura de no volver a hacerlo.

De cualquier manera, sabía que tenía que hablar con ella. Seguro que estaba dolida y no quería ni verme, pero aun así tenía que intentarlo. No volví ayer por la noche a su habitación porque quise darle su espacio, pero era consciente de que las tres necesitábamos abrir el cajón de mierda.

Por eso, crucé el pasillo y di dos toques suaves en la puerta de Laia. Para que saliera. Juntas, fuimos hacia el final del largo pasillo que compartíamos, hacia la habitación de Nina. Llamé a la puerta para anunciar nuestra llegada.

Eran las nueve de la mañana y Nina todavía no había salido de su habitación. Tampoco sabía si estaba despierta, pero correríamos el riesgo.

—¿Nina? ¿Podemos hablar? Solo queríamos… —Abrí la puerta de par en par sin pensarlo dos veces—. ¿Nina?

Laia estaba a mi lado y vio lo mismo que yo. Nos asomamos al interior a la vez y descubrimos que no había ni rastro de nuestra hermana pequeña. Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

Nina no era de hacer tonterías, pero…

—Cata, ¿crees que…?

—¿Tú la has visto?

—No desde anoche.

«Joder, joder, joder».

—Nina nunca hace estas cosas.

—Lo sé…

—No está.

—No, no está…

Intercambiamos una mirada fugaz llena de preocupación.

—Llámala, Laia, a ver si nos coge el teléfono.

No contestó ni a esa ni a ninguna de las más de diez llamadas que probablemente le hicimos entre la dos.

Capítulo 11

Nina



Lo peor de tener el corazón destrozado no es la apatía,
la falta de sueño o el malestar físico. La verdadera tortura está
en el interior. En el dolor desgarrador que puede llevarte
a tomar algunas de las peores decisiones de tu vida.

Íbamos demasiado deprisa. Hasta estando cegada por el enfado, era capaz de ver que íbamos demasiado rápido y que algo iba a salir mal. Nadie en su sano juicio recorrería esas aguas, tan cercanas al puerto, a tanta velocidad. Pero estaba bloqueada. Tenía las manos agarrotadas alrededor del timón y no podía soltarlo. Solo quería sentir que dejaba los problemas atrás y, por un pequeño instante, funcionó.

—¡Nina!

No veía nada más que el horizonte. No tenía ningún rumbo fijo, pero tampoco quería frenar.

—¡Nina!

Scott era solo una voz en segundo plano.

—¡Hostias, Nina, para el barco!

Al menos hasta que lo vi.

Todo pasó muy rápido. De repente, teníamos delante un pequeño barco pesquero que, en comparación con el yate de Scott, era minúsculo. E íbamos demasiado rápido, sí. Si no corregía la dirección a tiempo, nos lo íbamos a llevar por delante. Era consciente de ello. Sin embargo, no era capaz de reaccionar. El que en un principio solo era un pequeño punto rojo en el horizonte, se iba haciendo cada vez más y más grande.

No iba a llegar a tiempo para corregir el rumbo.

Noté un cuerpo sólido contra la espalda. Unas manos fuertes y callosas se posaron sobre las mías, sobre el timón, y me hicieron salir del trance extraño en el que estaba sumida. Con una destreza que conocía demasiado bien, Scott hizo girar el timón peligrosamente rápido hacia estribor y yo reaccioné de golpe. Sentí que el miedo se apoderaba de mí.

Noté en la espalda como todos los músculos se le tensaban por la fuerza que estaba haciendo. Lo tenía justo detrás.

«Ufff…».

—¡Deja de acelerar! —Su voz era fría, pero desprendía fuerza y control.

Ni siquiera me había dado cuenta de que seguía aumentando la velocidad. Le hice caso sin pensármelo dos veces.

No sé cómo lo hizo exactamente, pero se las apañó para evitar el impacto. Hizo que pasáramos, aunque a una velocidad de infarto, a menos de un metro del pequeño barco. Noté que el nuestro se balanceó por un instante. Scott soltó todo el aire que había contenido por la tensión del momento sin romper nuestro contacto.

En la distancia, el hombre del pequeño barco nos insultaba en todos los idiomas habidos y por haber. Tenía toda la razón el pobre señor.

Cuando Scott consiguió estabilizar la velocidad, fue reduciendo poco a poco, hasta que estuvimos completamente parados, pero no se separó de mí. Lo seguía teniendo pegado a la espalda, con sus manos alrededor de las mías sobre el timón, agarrándolo con fuerza.

—Scott, mis manos, me haces dañ…

Sus manos se deslizaron rápidamente hasta colocármelas en los hombros y me hizo girar de golpe. Quedamos frente a frente.

—¡¿En qué cojones estabas pensando?!

—No lo sé, yo…

—¡Hostias, Nina! ¡Sabes lo peligroso que es el mar! ¿Cómo se te ocurre hacer esa locura?

—Scott, yo…

—Esto podría haber acabado muy mal y sé que lo sabes. ¡Conoces el maldito mar tan bien como yo!

Se alejó un par de pasos de mí, frotándose la cara con las manos. Claramente estaba agobiado y sobrepasado por la tensión del momento que acabábamos de vivir. Si él no hubiera estado ahí… No me cabía la menor duda de que la cosa habría acabado de la peor manera posible.

Caminaba de un lado al otro de la zona de control. Todo él era un manojo de nervios. Se paró frente a mí de golpe.

—Mira, Nina, he intentado ser lo más comprensivo posible. Tanto anoche como ahora mismo. Sé muy bien que ante ciertas situaciones necesitas tu espacio, te lo estoy intentado dar, pero esto es demasiado. Hasta para ti. ¡¿Qué cojones pasa?! ¡Ni siquiera me has dicho por qué!

—¿Por qué qué? —Apenas me salía la voz.

Scott recorrió la poca distancia que nos separaba y clavó su mirada en la mía. Siempre me habían encantado esos ojos rodeados de frondosas pestañas. No eran ni muy grandes ni muy pequeños, pero tenían un color diferente. No eran marrones, sino de un tono más bien color miel. Lo que más me gustaba de ellos era ese brillo tan característico. Sus ojos eran mi calma. O por lo menos, lo fueron en algún momento.

Pero en este instante solo veía angustia en ellos.

—¿Por qué has venido, Nina?

Fue más bien un susurro.

—No lo sé.

Debería haberlo evitado. Debería haber puesto distancia. Scott perdió la pelea primero: estiró una mano para apartarme el pelo de la cara. Y yo, que después del susto me sentía bastante vulnerable, no tenía fuerzas para apartarme. Así que, ni pude ni quise evitar apoyar la mejilla sobre su palma.

—Cariño, sí lo sabes…

—Scott…

Se separó de mí y rompió este pequeño momento que habíamos compartido. Sentí frío cuando se alejó, a pesar de que estábamos en pleno agosto. ¿Acaso quería que no se alejase? No, probablemente solo estaba vulnerable por el bajón de adrenalina.

—Perdona, tienes razón. —Scott se recompuso con rapidez—. Me quedó claro ayer, nada de tocarte. Lo siento.

Levantó las manos y agachó la cabeza en señal de disculpa. Quería decirle que me había gustado volver a sentirlo cerca de mí, pero no lo hice. En lugar de eso, di un paso hacia atrás para que la distancia que nos separaba fuera más evidente.

—Me he bloqueado. No sé cómo. Por eso no he sabido reaccionar —dije, mirando hacia todos lados menos a él y me abracé a mí

misma.

—Me he dado cuenta.

No me apetecía enfrentarme a la dureza que con total seguridad reflejaba su expresión. Aun así, no iba a permitir que siguiera viendo mi lado más vulnerable. Así que, alcé la mirada, desafiante.

—Ya.

—Mira, Nina, sabes que siempre me ha encantado que estés en este barco. Para mí es tan tuyo como mío. Pero ahora de verdad, ¿qué haces aquí…? ¿Qué estamos haciendo? Porque yo te juro que necesito entenderlo.

Al contrario de lo que imaginaba, tenía una mirada de súplica, no había ni un atisbo de reproche. Esa era una de las cosas que más nos diferenciaba cuando estábamos juntos. A diferencia de mí, Scott siempre había necesitado comprender y tener un plan o un esquema. Sabía que, aunque para mí no era ningún problema dejarme llevar, para él era un infierno. En el fondo, me encantaban esas pequeñas manías. Así que, al menos, le debía eso.

—Yo… necesito alejarme de… em… —Me encogí en el abrazo—. Solo necesito pensar. Estar fuera unos días. Sé que ahora no lo entiendes, pero, por favor, Scott…

Vi que la duda le cruzaba la mirada, pero parece ser que al final su parte menos racional ganó la batalla. Lo mandó todo a la mierda y deshizo la distancia que yo había marcado antes.

—¿Puedo? —Levantó las cejas, como pidiendo permiso. Y lo entendí.

—Sí, puedes —suspiré.

Empezó a pasarme los pulgares por las mejillas. ¿Estaba llorando? Ni siquiera me había dado cuenta. Scott, sin embargo, parecía no ver otra cosa. Siguió recorriéndome los pómulos con los dedos, con suavidad e intentando borrar todo rastro de dolor.

No me aparté. Quería sentir su calor y él lo entendió. No hicieron falta palabras: me puso las manos alrededor de la nuca y pegó su frente a la mía. Tampoco me aparté entonces. Quizá estaba siendo egoísta o imprudente, pero en ese instante necesitaba este contacto.

Cuatro años no había sido tiempo suficiente para borrar esa sensación de estar en casa que me invadía cuando él me tocaba. Cuando él estaba cerca.

—Vale. Si necesitas alejarte, te ayudaré.

Se hizo el silencio tras sus palabras. Estaba tan centrada en su contacto, sintiendo cada uno de sus dedos sobre mi cara, que no necesitaba nada más. El único sonido era el agradable y suave ruido del vaivén de las olas. Le agradecí que no dijera nada más en ese momento, que no cuestionara lo que le estaba pidiendo. Entonces, separó la frente de la mía, me buscó con la mirada y decidió romper el silencio.

—Esto… No sé si es buena idea después de lo que acaba de pasar hace unos minutos, pero ¿necesitas pasar esos días de los que hablas sola?

Sentí un pinchazo en el pecho.

¿Quería estar sola?

—Bueno… Supongo que no me importaría que te quedaras… Solo por si acaso. —Lo miré un poco avergonzada. Seguramente me había puesto colorada porque me ardían las mejillas—. Al fin y al cabo, es tu barco, Scott. Y controlas el mar mejor que yo, ¿no? Además…, eres tú el que tiene la licencia para navegar, ¿recuerdas?

—Claro, solo por si acaso… —soltó con una pequeña risa incómoda. Se separó de mí, sin quitarme la vista de encima—. Entonces ¿hablaste con tus hermanas?

—No sé si es buena idea hablar de eso ahora…

—Solo necesito saberlo.

Había cierta desesperación en su mirada. El corazón se me aceleró a más de mil pulsaciones por minuto. Tampoco podía ser egoísta. Se merecía una respuesta, ¿no?

—Sí, hablé con ellas.

—¿Y la carta? ¿Has podido…? —Se aclaró la garganta—. ¿La has leído?

—Sí.

Claro que la había leído. Cuatro años tarde, pero la había leído. Se rascó la nuca, nervioso.

—¿Quieres hablar de ello?

Sí, sí que quería. Quería decirle todo lo que deberíamos haber hablado hace cuatro años. Mi corazón me decía que sí, pero mi cabeza me traicionó. Parece ser que tenía otros planes.

—No.

Dos letras fueron suficientes para sentir esos dos mil seiscientos cuarenta y dos kilómetros de distancia que esos cuatro años habían puesto entre nosotros.

Capítulo 12

Scott



El amor también puede definirse como la sensación
de tener una daga clavada en el corazón.

¿Esperaba que me dijera que sí? Por supuesto.

No pensaba que de la noche a la mañana fuéramos a actuar como si no hubiera pasado nada. Porque había pasado. Estaba convencido de que teníamos una conversación pendiente. Pero llevaba cuatro malditos años sin saber nada de ella. Cuatro años preguntándome qué habría pasado si jamás hubiera enviado ese maldito mensaje. Cuatro años arrepintiéndome de haberlo hecho y quería hablar de ello porque a esas alturas lo necesitaba.

Así que no, por supuesto que no esperaba una reconciliación de película. Pero sí esperaba poder poner las cartas sobre la mesa. Quería hablar de lo que nos había pasado. Sincerarnos. No quería que viviéramos en esa mentira eterna. Nos lo debíamos, aunque solo fuera por los años que habíamos pasado juntos.

Me equivoqué, pero al segundo me arrepentí.

Volví, joder. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando sentía que la distancia nos estaba ahogando?

¿De verdad Nina llevaba cuatro años creyendo que la había cambiado por otra? ¿Que había renunciado a ella por una vida diferente? Supongo que me había ganado su desconfianza a pulso. Pero ya sabía la verdad, así que me mataba que ni siquiera quisiera hablar del tema. Mucho más teniéndola a menos de dos malditos pasos de mí. No sabía cómo iba a ser capaz de convivir en un espacio tan pequeño con ella durante a saber cuánto tiempo sin sacar el tema a la luz. ¿Iba a poder aguantarlo?

Probablemente no. Pero a lo hecho, pecho.

Escuché que me sonaba el móvil, que estaba en la zona de abajo del barco. En el camarote. Resoplé, pero bajé las escaleras para ver quién era. Allí abajo estaban mi habitación, una cocina pequeña pero bastante bien equipada, un pequeño salón con un sofá cama y el baño. No era un barco enorme, porque los había más grandes, pero el mío ni de coña se quedaba corto. Tenía todo lo necesario y más.

Era blanco y azul marino por fuera, con un estilo moderno. Por dentro, las paredes y el suelo eran de madera, cosa que le daba un toque acogedor que me encantaba. Y en cuanto lo vi la primera vez, supe el nombre que le iba a poner: Bruma.

Rebusqué el teléfono por todo el camarote y, cuando estaba a punto de dejar de sonar, lo encontré entre los cojines de la cama.

Llamada entrante: Justin Hovland.

—Ey —contesté.

—¡Hola, hermanito! ¿Cómo va todo? ¿Has reconquistado ya a tu chica?

—No es mi chica, capullo.

—Bueno, lo fue.

—Sí. Lo fue. Pasado —corregí rápido—. Pero no he venido para eso.

En teoría, solo estaba de vacaciones. O al menos, eso es lo que me decía a mí mismo.

—Venga ya, no me cuentes milongas. No has dejado de babear por ella en años.

—Justin.

—Bueno, hablamos del tema en un par de semanas. O días, depende de…

Lo escuché reírse solo al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres, Justin?

—Saber cómo está mi hermano pequeño, aunque por tu tono, intuyo que no muy bien.

—Creo que esperaba otra cosa, otro tipo de reacción —admití—. ¿Sabes qué? Olvídalo. Supongo que había idealizado demasiado este momento.

Procuré hablar bajito, para que Nina no me escuchase. La había dejado atrás en la zona superior del barco. Era poco probable que me oyera, pero preferí cubrirme las espaldas. No sé qué habría hecho si además de tener que oírla decir que no quería hablar del tema me pillaba hablando de ese mismo tema con mi hermano.

—¿Ves cómo has vuelto por ella? —soltó él burlón.

—Justin, escúchame…

—Si la quieres, no la vuelvas a cagar, Scott. Sé claro con ella. Es lo único que puedo decirte. Y ni una jodida palabra sobre lo otro. Sabes lo mucho que nos jugamos.

—Hostias, Justin, te recuerdo que soy tu jefe. No tienes que hacer de maldita niñera conmigo —dije exasperado. Cambié de tema, porque dolía seguir pensando en Nina—. Oye, y… ¿cómo estás?

—Mejor que nunca. Cero preocupaciones, hermanito.

Usó un tono bastante animado para el infierno que nos había tocado vivir. Sobre todo a él.

—Hablo en serio, Justin.

—Scott, deja de machacarte, va. ¿Cuántas veces te tengo que decir que no fue tu culpa?

—Te recuerdo que hace no mucho te estaba llevando al hospital después de que una bala te atravesase el puñetero brazo izquierdo por empeñarte en acompañarme al operativo, así que…

—No puedes llamar «operativo» a que tu hermano pequeño tenga tan pocas neuronas como para ir solo detrás de un tipo jodidamente peligroso y toda su banda —me interrumpió—. Operativo es cuando hay un plan y una estrategia detrás, jefe. Ah, bueno, y un pequeño detalle… ¡Cuando vas con tus compañeros!

—No había tiempo para montar nada y lo sabes.

—Cierto, por eso te acompañé. Porque vi la situación tan clara como tú.

No contesté. Solo podía pensar en lo culpable que me sentía tras lo ocurrido hacía un mes y medio.

—Te lo voy a repetir las veces que haga falta, Scott. No fue culpa tuya.

Me sequé con furia una lágrima traicionera que se me empezaba a escurrir por la mejilla. Sentía de nuevo ese nudo horrible en la garganta. Empezaba a ser insoportable, pero hice de tripas corazón y mantuve las emociones a raya. Lo último que necesitaba mi hermano era tener que, además de recuperarse, lidiar con esto ahora.

—Vale.

Como si me leyera la mente, fue él quien cambió de tema:

—¿Cuándo vas a volver? Sabes que te apoyo en todo esto, hermanito, pero mamá y papá están de un pesado increíble. Que si sopa por aquí, croquetas por allá, que si ahora entro en tu casa, ahora te pongo un cojín. Mamá se tira en mi piso todo el día. Y no puedo más, Scott. —Lo oí resoplar, era un teatrero.

Justin era un tío muy sociable. El problema era otro: desde hacía un tiempo, su relación con nuestros padres no era la mejor. Y yo no era excepción, porque sentía lo mismo que él respecto a ellos.

Decían que les habíamos fallado.

Pero nosotros lo sentíamos al revés.

—Es lo que tiene que le hayan disparado a su primogénito —bromeé.

Ambos nos reímos. La situación era complicada, porque en todos los años que llevábamos trabajando en eso, nunca antes ninguno de nosotros había sufrido una herida tan grave como la de Justin. Hasta este momento, solo habían sido roces de bala, huesos rotos o alguna que otra caída. Así que supongo que un par de risas era lo que nos ayudaba a sobrellevar el asunto lo mejor posible.

—Supongo que sí. —Se hizo un breve silencio al otro lado de la línea—. En serio, Scott, ¿cuándo vuelves?

—De verdad que no lo sé. Ojalá estuvieras aquí y pudiéramos navegar juntos. No recordaba lo increíble que era la vida aquí.

—¿La vida allí? ¿O cierta chica costera?

Suspiré. No iba a dejarlo pasar, ¿verdad?

—Está aquí conmigo, en el barco, ¿sabes?

—¡Y una mierda! ¡¿Por qué no has empezado por ahí, tío?! ¡Cuéntamelo todo!

—Que cotilla eres, joder. Pero sí. —Se me escapó una corta risa ante su efusividad—. Aunque no hemos empezado con buen pie que digamos. Te cuento cuando tenga un rato.

—Hecho. Espera, no cuelgues. —Un gruñido—. Mamá quiere decirte algo.

—No, Justin, no…

Joder, sabía lo que se me venía encima, así que me aparté el teléfono de la oreja para evitar quedarme sordo.

—¡Scott Hovland Fernández! —Usar los dos apellidos para llamarme solo podía indicar que estaba enfadada a niveles extremos y mis ganas de lidiar con ello eran nulas—. ¿Se puede saber qué haces en el pueblo? Hay mucho trabajo que hacer aquí. ¡No puedes irte así como así!

—Hola a ti también, mamá.

—Scott, lo que has hecho es una irresponsabilidad muy grande. Tienes a un equipo entero a tu cargo, muchas obligaciones que cumplir… ¿¡Y a ti solo se te ocurre la brillante idea de irte de vacaciones!? ¿Qué pasa con eso de dar ejemplo?

—¡ME HABÉIS QUITADO EL CASO! —salté—. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Es así como te revelas? ¿Huyendo?

—No estoy huyendo de nada y mucho menos revelándome. Estoy…

¿Qué estaba haciendo en realidad?

—Lo que tú digas, pero que sepas que tu padre está que se sube por las paredes y tu actitud no ayuda. ¡No ayuda, Scott! ¿¡Sabes la mala imagen que estamos dando con todo esto!?

—¡Me da igual la jodida imagen, mamá! ¿No lo entiendes? ¡Me dan igual los inversores! ¡Me da igual todo ese mundo! Por mí como si me sacan en la portada de todos los periódicos poniéndome a parir. Me. La. Pela. —Intenté calmarme y bajar el tono de voz. No quería que Nina escuchase lo que iba a decir. Dios, Nina estaba en el barco—. Una chica ha muerto por no actuar a tiempo, esa es la

imagen que te debería preocupar, no que tu hijo se vaya unos días de la puñetera ciudad.

Empecé a escuchar a mi hermano quejarse, diciéndole a nuestra madre que le devolviera el teléfono. Cogí aire y esperé.

—Hola, tu hermano favorito al habla de nuevo.

—Menos mal, tío. No sabía si iba a ser capaz de seguir aguantando la charlita explosiva eh —suspiré hastiado—. Hostias… Siguen sin cambiar de opinión, ¿eh?

—No parece que vayan a ceder pronto, no. Tranquilo, ya se nos ocurrirá algo.

—Sí, eso espero. Porque no pienso renunciar al caso. Tenemos que seguir investigando.

De verdad que lo esperaba. Estaba hasta los cojones de su actitud. Tenían que aceptarnos de nuevo a Justin y a mí en el caso. Si no lo hacían por las buenas, sería por las malas.

—Tengo que colgar. Te llamo en cuánto pueda, ¿vale?

—Cuídate.

—Tú también, hermanito. Toma mucho el sol, bébete muchos mojitos por mí y eh… no tires tan rápido la toalla, ¿vale?

Asentí, como si pudiera verme, y ambos colgamos.

Justin había sido mi mayor apoyo durante estos cuatro años. Me acompañó el día que volví a por Nina, a pesar de las trabas que pusieron mis padres y, después de pasarme todo el vuelo de vuelta llorando como un condenado, no se separó de mí ni un solo instante. De hecho, a su manera, seguía ahí a pesar de los años que habían pasado.

Sabía que iban a ser unos días complicados teniendo a Nina tan cerca. No quería agobiarla. Eso era lo último que pretendía. Quizá era mejor mantener cierta distancia con ella, dejar que estuviera sola sin estarlo. ¿Acaso no era eso lo que me había pedido?

Me acerqué al armario. Cogí una camiseta blanca sencilla y me la puse con cuidado. Tenía el cuello un poco entumecido por el esfuerzo que había tenido que hacer antes para hacer virar el barco tan rápido y a tanta velocidad. No era un barco pequeño que digamos, así que la fuerza que había tenido que hacer con todo el cuerpo había sido considerable.

Me abrí paso hasta el baño. Necesitaba lavarme la cara con agua fría para quitarme esta horrible sensación de encima.

Las imágenes de lo sucedido cuando dispararon a Justin empezaron a jugar conmigo. El estado de nervios en el que llevaba desde que me había despertado las estaban haciendo salir de esa parte de mi cabeza que tanto me había esforzado por enterrar. Apoyé las manos en el lavabo, sentí el frío de la cerámica y dejé caer la cabeza hacia delante.

No pude evitar revivir la escena una y otra vez en mi cabeza.

Gotas de sangre seca. En mi cara. En mis manos, en los brazos. Incluso con los ojos cerrados, todo era rojo. Mi uniforme manchado. Justin. En teoría, lo teníamos todo controlado. Hasta que todo se fue a la mierda. En un abrir y cerrar de ojos. Rojo. ¿Cómo era posible? Rojo, granate, escarlata.

¿Cómo podía haber tanta sangre…?

—¿Scott?

Su voz me trajo de vuelta. La tormenta de imágenes desapareció rápidamente al escuchar su cálida voz. Pero supe que volvería en cuanto me quedara solo de nuevo. Por más que me esforzaba, no era capaz de borrarlas del todo. Las tenía grabadas a fuego en lo más profundo de mí. Y dudaba sobre si alguna vez aprendería a vivir con ellas.

Levanté la cabeza a tiempo de ver a Nina a través del espejo. Encontré sus ojos, clavados en mi espalda tensa, en mis brazos, en

mis nudillos blancos. Seguí el recorrido de su mirada y al fin reaccioné. No me había dado cuenta de que tenía los puños apretados. Abrí las manos y unas cuantas medias lunas de color rojo se abrieron paso en mi piel. Me había estado clavando las uñas sin darme cuenta.

Por suerte, no me hice herida, era solo la intensa marca. Intenté esconderlo, pero ella se dio cuenta.

—¿Estás bien?

Su voz llegó apenas en un susurro. Me puso una mano en el hombro y una corriente eléctrica me sacudió de la cabeza a los pies. Levanté la cabeza y ahí estaban esos ojos azules observándome fijamente a través del espejo. No le aparté la mirada.

—Sí, no te preocupes —mentí.

Fingí una sonrisa, pero fue tan fugaz que no estuve seguro de si llegó a notarla. Sin decir nada más, salí del baño tan rápido como me lo permitieron los pies para buscar aire fresco. Esquivé sus manos, su cuerpo y su mirada.

Ella no tenía por qué ser parte de algo así.

Capítulo 13

Scott



Cuatro años antes del reencuentro

Como cuando te quitas una tirita:
cuanto más rápido, mejor.

Estábamos en el barco, como de costumbre. Era nuestro sitio favorito para pasar tiempo. Para nosotros, era nuestro hogar. Un lugar en el que podíamos empezar a construir momentos de nuestra vida juntos. Y, en parte, así era.

En esos pocos metros cuadrados, Nina y yo habíamos vivido muchas cosas: risas, peleas, reconciliaciones y sueños. Allí dentro habíamos compartido nuestras ilusiones, con el mar como único testigo. Allí nos habíamos entregado el uno al otro y habíamos jurado que jamás lo olvidaríamos.

Era nuestro lugar seguro.

Aquel día, por desgracia, era de todo menos eso.

Las palabras de mis padres me resonaban en la cabeza:

—Dentro de un mes nos vamos a Edimburgo. De manera permanente. Te vienes con nosotros, Scott. No es negociable.

Me había dejado la voz discutiendo con ellos sobre la dichosa mudanza. La había intentado retrasar todo lo posible, pero no hubo manera. Aunque entendía que no lo hacían por capricho. Mi abuelo, Wilson Hovland, había decidido jubilarse a los sesenta y dos años y le tocaba asumir la dirección de la empresa a mi padre, que siendo el único hijo y por lo tanto, heredero, siempre supo que ese momento llegaría. Mi bisabuelo había fundado Hovland Security hacía más de cincuenta años. No sabía si con la idea de que pasara de generación en generación, pero sin duda, era algo que estaba ocurriendo. Ya era la tradición.

«Me cago en la puta tradición», pensé.

Mi padre llevaba formándonos a Justin y a mí desde que tenía uso de razón. Nos había entrenado tanto física como mentalmente para lo que se nos venía encima. Y, para sorpresa de nadie, me gustaba. Me sentía útil y realizado. Lo que no me gustaba era tener que mudarme, dejarlo todo atrás. Incluida a ella.

En especial a ella.

Mi problema era que me quedaba una semana para el traslado y aún no había tenido el valor suficiente para contárselo a Nina. Me sentía en un callejón sin salida ¿Cómo le decía que, de la noche a la mañana, lo que teníamos se iba a convertir en algo totalmente diferente? ¿Cómo se le hacía frente a una situación así?

Una cosa era que Nina se fuese a mudar a Valencia para ir a la universidad. Una horita en coche era una situación manejable, ¿no? Ya teníamos planeado cómo y cuándo nos íbamos a ver. Yo podía ir muchas noches a dormir con ella. Pero ¿dos mil seiscientos cuarenta

y dos kilómetros de por medio? ¿Cómo se sostenía una relación a tanta distancia?

Ambos necesitábamos el contacto del otro. Nos gustaba estar así de cerca. Algunas parejas eran muy frías entre ellos, pero ese no era nuestro caso. Lo que habíamos encontrado juntos era indescriptible. ¿Cómo se desprendía uno de algo así? No quería renunciar a esa sensación. No quería renunciar a ella. Pero la mudanza era una cuestión inamovible y permanente. Justin y yo teníamos que seguir formándonos, ahora de manera más seria, con profesionales de campo para ser los mejores y, algún día, asumir el mando.

Sabía cuál era mi deber e iba a cumplirlo, pero ¿estaba dispuesto a pagar el precio?

Sabía que contárselo a Nina iba a marcar un antes y un después. Y aunque era lo último que quería, me armé de valor y empecé la conversación:

—Nina, tengo algo que decirte.

Estábamos en el camarote del barco, tumbados en la cama, ella con la cabeza apoyada en mi pecho. Yo jugueteaba con su pelo, enredando los dedos entre los mechones dorados.

—¿Qué?

Siguió apoyada en mí, con la confianza de alguien que no sabe que su vida está a punto de cambiar. Reuní fuerzas y lo solté de golpe. Como cuando te quitas una tirita: cuanto más rápido, mejor.

—Me vuelvo a Edimburgo.

Dolió decir en voz alta cada una de esas cuatro palabras. Pero lo peor vino después: Nina se incorporó y clavó esos ojos azules como el océano en mí. Hice lo mismo y ambos nos quedamos sentados en la cama.

—¿Cómo? —Sonrió de manera incómoda mientras ladeaba la cabeza—. Es una broma, ¿verdad, Scott?

—Ojalá lo fuera, ojos claros. —La acerqué más a mi cuerpo y la senté en mi regazo.

Si no podía soportar la distancia que nos separaba en ese momento, ¿cómo iba a soportar la que se nos venía encima?

—Pero… ¿Por qué? ¿Y cuándo?

—En una semana.

—¡¿UNA SEMANA?!

—Sí. Quería habértelo dicho antes, pero no sabía cómo.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Qué más da?

Sabía que sí importaba, pero era una situación complicada. No quería que pasáramos los últimos días juntos pensando en qué se iba a convertir nuestra relación. Quizá fui un egoísta, pero quería recordar las últimas semanas como siempre.

—¡Claro que importa, Scott!

Se levantó de golpe y dejó la cama atrás. Y a mí en ella. Me acerqué al borde y me quedé sentado ahí, esperando.

—Nina…

—¿Cuándo pensabas decírmelo, eh? ¿El día de antes? ¿Cuando ya estuvieras en el avión? ¿O quizá cuando ya vivieras en esa maldita ciudad? No lo entiendo… ¿Qué se supone que va a pasar con nosotros?

Me incorporé y me acerqué a ella rápido.

—Te lo estoy diciendo ahora. ¡¿Acaso crees que para mí ha sido fácil enterarme de esto y saber que no tengo otra opción?! Estoy atado de pies y manos, hostias. ¡Piensa en…!

—¿Por qué? —me cortó.

Estaba dolida y su tono de voz era un fiel reflejo de sus sentimientos.

—Mi abuelo se jubila y mi padre va a encargarse de la empresa. Justin y yo tenemos que empezar a conocer la compañía desde dentro. Ya no nos vale solo con entrenar y prepararnos aquí, porque algún día será nuestra. Algún día seremos nosotros los que asumamos el control.

—Nunca me has hablado mucho de esa empresa ni de lo que hacéis.

—Ya lo sé. Sabes que no puedo decirte mucho más, aparte de que es una compañía de seguridad privada.

—Ya, bueno…

—Oye, Nina, que esto me jode tanto como a ti, ¿sabes?

—¿Y por qué no hablas con tus padres? ¿Por qué no te quedas? Es Justin quien tomará el control un día, no tú ¿verdad? Scott, no puedes irte así como así… No puedes…

—Cariño…

La tomé por la cintura y la atraje hacia mí. La abracé, pero por desgracia fue un abrazo que más que sentirse como regresar a nuestro hogar, se sintió como si ya nos estuviéramos despidiendo.

—¿Crees que no he intentado retrasar la mudanza todo lo posible en estas tres semanas? —suspiré—. La decisión es firme. Justin y yo somos los siguientes. Mi padre nos necesita. A los dos.

—Yo también te necesito, Scott…

Cada palabra suya me partía en dos. Yo era el primero que no quería irme de esta manera. Si hubiera tenido elección, jamás hubiera decidido marcharme de su lado. Pero esa posibilidad no existía.

—No tengo alternativa —dije.

Le acaricié la cabeza. Ante todo, necesitaba que supiera que eso era tan difícil para mí como para ella.

No llegué a saber cuánto tiempo estuvimos así, abrazados. Quizá fueron solo segundos, pero el tiempo pasó muy despacio. Fue como si el destino se estuviera apiadando de nosotros y nos regalara una eternidad en esos últimos momentos juntos.

Al final, fue Nina quién rompió el silencio.

—Entonces ¿qué vamos a hacer? ¿Te estás despidiendo de mí?

Nos miramos con pena, éramos conscientes de la dura decisión que teníamos que tomar.

—Quiero que te grabes a fuego una cosa. —Acuné sus mejillas con las manos—. El día que me despida de ti, será el día que me muera, ojos claros. Si hay algo que tengo claro, es que esa primera noche en la playa te colaste en mi cabeza y ni has salido ni lo harás jamás. ¿Vale? —Asintió, mirándome con esos preciosos ojos azules. Respiré hondo y retomé la conversación—. Y respecto a qué vamos a hacer… No lo sé… Podemos vernos por videollamada todos los días.

—No va a ser lo mismo, Scott.

—Lo sé, cariño… Puedo venir de vez en cuando. Siempre que pueda, me tendrás aquí.

—Me parece bien, yo también ahorraré lo que pueda para ir a verte.

—Vale.

—Vale.

Quizá ese fue el primer momento incómodo que vivimos en toda nuestra relación. Ninguno sabía qué más decir. Ninguno quería tener que planear cómo afrontar la situación. ¿Por qué la vida tenía que ser tan injusta? Si dos personas estaban hechas para estar juntas, ¿por qué tenían que separarse?

Porque Nina y yo estábamos hechos el uno para el otro, ¿verdad?

Siempre había estado convencido de ello. Sin embargo, el destino era caprichoso y parecía tener otros planes para nosotros.

No volvimos a hablar sobre ello esa tarde. Ninguno se sentía cómodo hablando de cómo serían nuestras vidas al final de la semana. Teníamos planes, cosas que queríamos vivir juntos. Y, de repente, parecía como si todos esos objetivos y sueños se redujeran a cenizas.

Tres días después, la situación seguía prácticamente igual. Mentiría si no admitiera que me daba miedo. No éramos nosotros. Jamás habíamos sido así. Hostias, la situación era una mierda, pero ¿era esto lo que nos esperaba a partir de entonces? ¿Ser dos extraños?

Ella no estaba feliz. Era como si se le hubiera apagado la mirada y yo me sentía como una absoluta mierda por ello. Toda esa luz que desprendía Nina se desvanecía por momentos. Seguramente yo desprendía lo mismo, y es que, no sabía cómo dejar de sentir esa horrible punzada de culpa que me oprimía el pecho. No me estaba dejando respirar tranquilo.

Todo era culpa mía. De no haber sido por mí, nada de eso hubiera ocurrido. Si no me hubiera gustado el trabajo o si me hubiera opuesto más a mis padres…

Nina no se merecía eso.

Quizá era mejor para ella que la dejara marchar.

¿Iba a estar toda la vida con esa tristeza en los ojos por mi culpa? Dicen que cuando quieres a alguien, haces lo que sea por verle bien. Por supuesto, estaba totalmente de acuerdo con esa idea. Por ella, estaba dispuesto a hacer hasta lo impensable.

¿Iba a ser capaz de hacerla feliz a tanta distancia? ¿Qué podía hacer? ¿Cómo íbamos a sobrevivir a aquello? Quizá lo que estábamos descubriendo era que nosotros no éramos el final de la

historia. Quizá el mundo quería que viéramos que estábamos destinados a vivir cosas maravillosas juntos y después dejarnos marchar. Igual solo éramos el uno para el otro en un capítulo de nuestra larga vida. No de toda ella.

Aunque yo estaba seguro de que no quería eso, ¿lo querría ella? Ya no sabía qué pensar. Mi cabeza era un manojo de nervios y desconcierto. Puro caos. ¿Qué era lo correcto?

El día de antes de marcharme a Edimburgo, quedamos en nuestro rincón de playa, donde pasamos la primera noche juntos. En cierto modo, sentía que ese era el lugar en el que debíamos estar para despedirnos.

Todo empezó allí, ¿también acabaría todo en ese lugar?

Eran principios de julio. A pesar de las fechas, no era un día especialmente soleado ni agradable. El cielo estaba encapotado y lo teñía todo de un triste gris. Hasta el tiempo parecía acompañar nuestro humor de perros.

Extendimos una toalla sobre la arena húmeda y nos sentamos, no tan pegados el uno al otro como siempre. Era como si la distancia ya se estuviera imponiendo entre ambos. Yo la quería lo más cerca posible de mí, pero si ella no se sentía así iba a respetar su espacio.

—¿A qué hora te vas mañana?

¿Qué desprendía exactamente su tono? ¿Apatía, desapego, tristeza? Estaba hecho un lío.

—El avión sale a las seis de la mañana. Saldremos de aquí sobre las tres y media o las cuatro, más o menos.

—¿Quieres que vaya a despedirte?

Por supuesto que sí. Si lo único que nos quedaba era ese último momento en el aeropuerto, aprovechar hasta el último segundo a su lado era lo que más quería. Aunque lo que me resonaba en la

cabeza era esa horrible voz que me decía que todo esto era un maldito error. Que estaba cometiendo el mayor error de mi vida.

—No, Nina. Es muy pronto. Duerme tranquila. Nos despedimos hoy. Tú no te preocupes, ¿vale? —Todavía no me había ido y ya quería dar media vuelta.

—¿Seguro?

—Claro que sí, ojos claros.

Le acaricié la cabeza y aproveché para juguetear con su pelo enredando los dedos en la melena. La iba a echar demasiado de menos, a toda ella: esa sensibilidad y empatía que tanto la caracterizaba, la pasión por todo aquello que la motivaba, el cariño y amor que la inundaba, el calor de su cuerpo contra el mío cuando dormíamos juntos, el pelo dorado desparramado por la almohada, el olor de su piel mezclado con ese perfume floral tan dulce, los ojos azules como el mar, la amplia sonrisa cuando algo la hacía reír. Aunque mi tipo de risa favorita siempre iba a ser la que soltaba cuando yo, y solo yo, la hacía reír.

Su manera de estar ahí para la gente que quería, para mí, su manera de quererme, de cuidarme. Su manera de ser. La miré y supe que la echaría de menos hasta el fin de los días. Me dolía profundamente marcharme, pero me dolía más ser la causa de que esa sonrisa se estuviera esfumando. No tenía alternativa, tenía que marcharme, pero jamás me perdonaría ser el que causase ese dolor que veía en su cara.

—Vale, lo que prefieras.

—Nina, ¿estás bien? —dije con preocupación.

—Claro que sí.

Giró levemente la cara hacia mí y me sonrió, pero esa no era su sonrisa de siempre.

—Nina, por favor, habla conmigo.

La sonrisa desapareció.

—¿Qué quieres que te diga, Scott? No quiero impedir que te vayas, ni mucho menos. Sé que es algo que tienes que hacer. Tus padres cuentan contigo y tú mismo sabes que debes irte. A pesar de que no sepa nada de la empresa, veo en tus ojos lo mucho que la adoras y jamás seré yo la que te corte las alas. —Hablaba como si se hubiera preparado para decir esas mismas palabras treinta veces —. Has tomado tu decisión y la respeto, pero no esperes que te vea marchar y me quede con una sonrisa en la cara. Porque ver cómo te vas lejos es algo que me duele. Tú te vas, a vivir tu vida, a cambiar de aires, y yo me voy a quedar aquí, en el sitio de siempre, sin ti. Va a ser raro, ¿sabes?

—Cariño…, no va a ser como siempre, eso está claro. Vamos a estar lejos, pero yo voy a estar para ti, siempre que tú quieras y me necesites. Pase lo que pase.

—Te voy a echar de menos.

—Y yo a ti Nina, y yo a ti.

La despedida con Nina había acabado siendo de lo más amarga. Entre lágrimas y besos, nos dijimos adiós sin saber cuándo nos volveríamos a ver. No podía evitar preguntarme si la decisión de mantener una relación a distancia era la correcta. Jamás me había visto en una situación como esa y el vértigo de no saber llevarlo se atrincheró en mi cabeza. Empecé a escuchar esa intensa y horrible voz que te dice todo el rato lo que no quieres creer.

Esa noche no conseguí pegar ojo dándole vueltas a todo eso, eran las dos de la madrugada y seguía despierto. Me levanté, frustrado por no poder dormir. Quedaba una hora y algo para irnos al aeropuerto y aún tenía varias cosas por meter en la maleta. El problema era que todo lo que hacía me recordaba a ella.

En piloto automático, empecé a guardar en la maleta los productos de aseo y las zapatillas que seguían desperdigadas por la habitación. Justo en el instante en el que estaba a punto de cerrarla, me vino un recuerdo a la cabeza. Me acordé de la caja rectangular de color verde que tenía debajo de la cama. En ella, guardaba varios recuerdos de los que no me quería desprender. Por supuesto, todos de Nina. Cartas, fotos, velas de los cumpleaños que pasamos juntos… Incapaz de decidirme, guardé la caja en la maleta y la cerré como bien pude.

Cada paso que daba era un recordatorio constante de que me alejaba. Un recordatorio de que no iba a ser capaz de hacerla feliz a tanta distancia. Me recordaba que cualquier otra persona podría estar ahí para ella mejor de lo que yo podría estar a partir de ese momento. Es posible que el miedo te haga pensar cosas que quizá no son ciertas, pero en ese momento no veía con claridad. Jamás me había sentido tan vulnerable, tan reemplazable y tan indefenso. Me sentía atado de pies y manos.

Habíamos acordado vernos todo lo posible a pesar de la distancia. Yo vendría cada vez que tuviera ocasión, o Nina volaría a Edimburgo. A pesar de ello, yo solo pensaba en que no iba a poder estar para ella al cien por cien. ¿Cómo narices se lleva una relación a distancia? No estaba seguro.

Porque la idea de no ser yo quien estuviera a su lado me mataba por dentro.

Los primeros días en Edimburgo fueron un infierno. No dormía bien, no estaba atento en la instrucción y tampoco comía mucho. El vacío que sentía en el pecho se estaba apoderando de mí. No era capaz de darle a Nina lo que se merecía y eso me destrozaba. La única salida posible, para mí, era dejarla marchar. Me sentía una

persona horrible, pero a la vez quería creer que estaba haciendo lo correcto. Por ella.

Intenté aguantar, pero supongo que la situación me sobrepasó tanto que al final me desbordé. Supe que lo que tenía que hacer era darle el pequeño empujón que creía que necesitaba. Sabía qué hacer: lo que evitaría que se aferrase a mí. A nosotros. Y se perdiera su vida por mi culpa. Me partiría el corazón, pero al menos ella podría seguir su camino y hacer su vida sin ningún freno.

Lo siguiente que recuerdo fue enviar ese estúpido mensaje que lo jodió todo.

Capítulo 14

Nina



Siempre volvemos al lugar donde más felices fuimos.
No importa el tiempo que pase.

Tras el encontronazo en el baño del camarote, decidí no seguirlo. Quizá era mejor darle su espacio para no agobiarlo más de lo que ya parecía estar, así que me quedé en el camarote.

¿Tanto le había afectado el susto del barco como para hacerse esas marcas rojas en las manos? No era típico de él. Bueno…, ya no sabía que pensar, porque de cierta manera, ese chico que había estado en frente de mí hace un par de minutos no era el mismo que conocía cuatro años antes. ¿O… sí?

Aunque creo que lo que más me había llamado la atención de eso era que hasta él mismo había parecido confundido al ver las marcas rojas. Como si no se hubiera dado cuenta de que estaba apretando los puños con tanta fuerza.

Cuando me acerqué al camarote, su olor me invadió de golpe. Quizá había bajado las defensas un rato antes, tras el incidente,

pero no era momento de dejar caer las murallas que tanto me había costado construir en esos cuatro años de distancia. Todavía tenía que decidir si la carta cambiaba algo las cosas. Scott me había hecho daño, eso era innegable. Y, aunque de cierta manera hubiera cambiado mi percepción sobre el pasado, eso no era necesariamente bueno, ¿verdad?

En ese instante, solo había logrado hacerme soñar con la vida que podría haber tenido y que, injustamente, se me escapó sin piedad alguna ante mis ojos.

Sentí un extraño nudo en el centro del pecho. Con una mirada se veía todo el camarote. Sin embargo, no necesitaba echar un vistazo: conocía el lugar al dedillo. Me senté en el sofá, donde supuse que iba a dormir de ahora en adelante, y suspiré. Gracias al cielo que era sofá cama. Si no, sospechaba que mi espalda iba a sufrir más que nada en ese viaje. Desde allí sentada, veía la cama de matrimonio que Scott y yo tantas veces compartimos años antes. Pero eso ya no iba a volver a pasar.

Me hundí en el sofá. Yo solita me había metido en ese lío: la distancia que nos separaría a Scott y a mí al dormir iba a ser ridícula. Aunque bueno… era problema de la Nina del futuro.

Sola en el camarote, me entretuve recogiéndome el pelo en una coleta alta para estar más cómoda. Después, me tumbé.

¿Qué demonios hacía? ¿En qué pensaba? Estaba en el barco de mi ex, en medio del mar, y le había pedido que por favor nos fuéramos juntos por ahí. Ni siquiera le había propuesto un rumbo. Todo cuanto le había pedido era alejarme del pueblo y él… había aceptado sin más. No me había puesto ni una pega. Pero ¿acaso era buena idea?

La brisa marina empezó a entrar por la escotilla redonda que tenía justo al lado. El viento fresco me acarició la cara y, aunque fuera por un instante, me sentí en paz, como si me quitaran un peso de

encima. Estaba tan en paz, tan tranquila, que ni me di cuenta de que el sueño empezó a apoderarse de mí. No haber dormido prácticamente en toda la noche acabó por pasarme factura.

No sé cuánto dormí. Solo sé que, cuando el incesante sonido del móvil me despertó, sentí que había recuperado todas las horas de sueño perdidas durante el último año. Quizá fuera el barco. Los buenos recuerdos que me traía. No lo sabía y tampoco quería pararme mucho tiempo a pensarlo. El caso, me desperté descansada, alargué el brazo y, sin incorporarme siquiera, alcancé el teléfono.

Al desbloquear la pantalla, vi que me había llamado casi toda la familia. Tenía ocho llamadas perdidas de Catalina, cuatro de Laia, cinco de mi madre y dos de mi padre.

«Mierda».

Me había ido a las seis de la mañana sin avisar a nadie, ni siquiera a mis padres. ¿Había tenido tiempo de escribir? Sí. ¿Ganas? Ni una sola. Aunque claro, en mi defensa diré que, como me había quedado dormida, se me había olvidado por completo mandar algún mensaje. La situación me había sobrepasado y solo se me ocurrió hacer lo que mejor se me daba cuando las cosas se ponían feas: huir.

No me apetecía hablar con mis hermanas. Seguía enfadada. Aun así, decidí enviar un mensaje al grupo de la familia. Al menos que supieran que no me había pasado nada y no fueran tan locos como para ir a la comisaría a denunciar mi desaparición. Suficiente tenía ya como para que nos pararan en el siguiente puerto por secuestro o algo parecido.

Yo: No os preocupéis, estoy bien. Necesito un par de días para despejarme. Os aviso cuando vuelva.

Las respuestas fueron instantáneas.

Cata: ¿Dónde estás? ¡Estamos
preocupadísimos!

Aa Mamá: Nina, cielo, ¿qué ha pasado?

Aa Papá: No agobiéis a la niña 👍🏻

Se me escapó una risa. El típico emoticono de padre. Pero se lo agradecí.

Laia: Nina, dinos algo… Al menos dónde estás
o dónde te vas a quedar, joder.

Sabía que mi respuesta iba a ocasionar revuelo.

Yo: Con Scott.

Tal y como suponía, las notificaciones inundaron la pantalla a los pocos segundos. Opté por poner el teléfono en silencio. Tenía cosas más importantes que hacer que darle explicaciones a nadie.

Entre ellas, pensar bien qué narices iba a hacer ahora que volvía a tener a Scott tan cerca.

Y bueno, ya que estaba, dormir un poco más.

Capítulo 15

Scott



Y mientras pronunciaba esas seis letras, mi
ya roto corazón se partió un poco más.

¿Había visto Nina las marcas? Por supuesto. Antes que yo incluso, ¿verdad?

Suspiré. No encontraba la manera de escapar de aquellas últimas semanas. El operativo había acabado de la peor manera posible y eso me carcomía por dentro. Sentía que cada ápice de culpa me recorría las venas. Nada de aquello debería haber pasado. ¿Qué hicimos mal? No. ¿Qué hice mal yo?

Tuve que salir del camarote porque no podía soportar la mirada de Nina. No tenía intención alguna de hablarle jamás de mi trabajo. No quería que se viera envuelta en ese tipo de vida. Y si bien era cierto que me esforzaba por hacerlo siempre lo mejor posible, las cosas no siempre acababan tan bien como a uno le gustaría.

Necesitaba respirar. Intenté recordarme a mí mismo que ya no estaba en Edimburgo. No estaba en la misma situación que hace un mes y medio. Estaba en el Mediterráneo, en mi verdadero hogar. Ahí, de pie, en el barco. Y, aunque quizá fuera por fuerzas del destino que yo no era capaz de predecir, Nina estaba conmigo.

Podía estar tranquilo. O al menos todo lo tranquilo que la conciencia me permitiera estarlo.

Apenas eran las ocho y media de la mañana, pero, por la luz que había a estas horas, tenía pinta de que iba a ser un día increíble para navegar. El mar estaba en calma y mi experiencia me decía que se iba a mantener así por lo menos toda la mañana. Para intentar mantenerme ocupado, me dirigí al costado del barco y apoyé los antebrazos en la barandilla. Contemplé el paisaje y me empapé del clima. Raras veces veía algo así en Edimburgo.

El agua era de un azul precioso. Había poco oleaje, lo que permitía disfrutar de ese precioso y calmado mar. El cielo también estaba despejado. Era de un azul celeste, a juego con las olas. Varios pájaros volaban allá arriba.

Si me preguntasen la definición de paz, me hubiera bastado con describirles ese paisaje.

No sabía qué se suponía que tenía que hacer. ¿Qué querría hacer Nina? ¿A dónde querría ir? ¿Se estaría arrepintiendo ya de subirse al barco? De entre todas las cosas que podría haber imaginado, nunca pensé que aquella mañana me despertaría con Nina caminando de aquí para allá y entre golpes en el barco. No al menos después de lo que ocurrió en la tómbola. Los primeros minutos habían sido muy intensos, y ahora… la calma después de la tormenta.

Despegué los antebrazos de la barandilla y me incorporé. Me pasé las manos por la cara. Si ni siquiera el paisaje había conseguido relajarme del todo, pensé que quizá navegar un rato me ayudaría.

Me dirigí hacia la zona de control y subí las escalerillas de madera que la conectaban con la cubierta. Sin rumbo fijo, puse el motor en marcha y empecé a volar de nuevo.

«Deje el arma en el suelo y aléjese de la chica».

«Scott…, ¡me la suda tres cojones que seas el jefe! ¡Ante todo eres mi hermano pequeño! ¡Obedece mis putas órdenes y apártate!».

La voz de Justin sonó por el pinganillo que llevaba en la oreja mientras yo no dejaba de caminar hacia el peligro.

«¡Justin…!».

Un sonido estremecedor inundó la habitación y lo siguiente que vieron mis ojos fue que tanto la chica de pelo moreno como mi hermano caían al suelo.

Apoyé la frente en el timón. Navegar tampoco me estaba sirviendo de mucho. Con la vista puesta al frente, no pude evitar revivir la horrorosa escena en la cabeza. Era como volver a estar ahí. Como verlo en cámara lenta una y otra vez, siendo consciente de cada jodido detalle: los sonidos chirriantes que nos rodeaban, el olor mohoso de aquel garaje, la mirada de mi hermano y la chica tendida en el suelo sobre un charco de sangre. No sabía cómo iba a ser capaz de vivir con ello.

Una hora después, el barco estaba de nuevo amarrado en el puerto, en la misma dársena, de hecho. Nina todavía no había subido del camarote y yo no había bajado a buscarla. Tampoco quería ser yo quien diera el primer paso, y más aún cuando ella se negaba a hablar del pasado y de la carta.

Si esa era su decisión, yo no tenía nada más que hacer.

Sin embargo, como si mis pensamientos la hubieran invocado, apareció en la zona de control. Subió con la misma ropa, con el pelo

recogido en vez de suelto y cara de dormida. Sonreí.

Al menos uno de los dos sí que había podido descansar.

—Hola —murmuró.

Se empezó a desperezar. Saludó con tono amable, pero neutro. Como si solo fuéramos un par de desconocidos que hablaban de cosas sin importancia.

—Vaya… Buenos días de nuevo.

Nina se quedó de piedra.

—¿Cómo sabes que…? ¿Has bajado? ¿Por qué no me has dicho nada? Podrías haberme despertado si…

Se me escapó una pequeña risa. No sabía si quería chincharla, pero sí provocar algo en ella que no fuera aquella frustrante rabia que me costaba encajar. Quería que se diera cuenta de que quien estaba ahí era yo, no un desconocido. Era Scott. Su Scott. El de siempre. O al menos, así lo sentía yo.

—He estado aquí todo el rato, pero solo hace falta verte la cara para saberlo. —Se rio.

Se rio.

No fue una carcajada, pero me valió. Eso era lo máximo que había conseguido hasta la fecha. Hinché el pecho del chute de alegría y orgullo.

—Hacía tiempo que no dormía tan bien —confesó.

Se cruzó de brazos, como si quisiera abrazarse o protegerse, y bajó la mirada. Era la segunda vez que la veía hacer ese gesto.

—Bueno, pues como si estuvieras en casa.

Se lo dije porque lo pensaba de verdad. Si necesitaba un lugar al que ir, el barco siempre iba a ser su hogar. Pasara lo que pasara entre nosotros.

Alzó la vista, vi su expresión sincera. Clavó sus ojos azules en los míos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Ninguno de los dos rompió el contacto visual. Si las miradas hablaran, esta diría que todavía teníamos mucho por decirnos el uno al otro, pero ninguno tenía agallas para dar el paso. Por eso se instaló entre los dos un silencio ligeramente incómodo. ¿Qué se suponía que debíamos hacer?

Fue Nina quién se atrevió a romperlo.

—¿Has amarrado el barco? —preguntó con dudas.

—Sí. Aún no hemos hablado de a dónde vamos, pero sea a donde sea, sabes que primero hay que hacer la compra, echar gasolina… —Usé un tono amable y sarcástico para tratar de quitarle hierro al asunto—. Nada de salir a lo loco como antes, eh…

—Ya…

Jugueteó con un mechón de pelo, lo enrollaba nerviosa entre los finos dedos. Supuse que hasta ahí llegaba el momento. «Pequeñas victorias», me dije. Por eso, rompí el contacto visual e hice amago de ponerme en marcha.

—Me voy a comprar. Tú ve pensando a dónde quieres ir. ¿Necesitas que te traiga algo?

—En realidad… —Al oírla, me giré extrañado y fruncí el entrecejo —. ¿Tienes un minuto?

—Hummm… Sí, supongo que sí.

—¿Te apetece que bajemos al camarote y hablemos?

Me pilló por sorpresa. Vale… Nina quería hablar. Pues si quería hablar, hablaríamos. Yo quería hablar. Era fan de hablar.

—Claro. Después de ti.

Le hice un gesto con la mano para invitarla a que bajase primero mientras yo trataba de ocultar la sonrisa de gilipollas que amenazaba con delatarme.

Al entrar al camarote, vi en el sofá su mochila y la montaña de cojines que había usado para dormir.

—No vas a dormir ahí —dije serio, señalando el diminuto sofá.

—¿Y eso por qué?

Levantó las cejas, desafiante. Qué expresiva era, por Dios.

—Quédate tú la cama grande, yo dormiré ahí.

Su expresión cambió a una más relajada.

—No, Scott, no hace falta que…

—No te lo voy a repetir. Tú duermes en la cama grande. Y yo, en el sofá.

En otras cosas podía hacer lo que quisiera, pero no iba a permitir que me llevase la contraria en eso. No iba a dejar que durmiera en ese sofá tan malo. ¡Me acababa de decir que hacía tiempo que no dormía tan bien…! Qué menos que asegurarme de que esos días descansase lo mejor posible.

Ella soltó un suspiro, pero supe que esa batalla la había ganado yo.

Nina: 1 – Scott: 1.

—¿De qué querías hablar? —pregunté.

No pude evitar sentir como si mil mariposas me estuvieran revoloteando en el estómago. Hostias. Los nervios iban a comerme vivo. Más que mariposas, parecían pirañas, joder.

Por su lado, Nina se sentó en el borde de la cama grande e hizo un gesto para que me sentase a su lado. Ni me lo pensé. Recorrí la distancia que nos separaba y me senté junto a ella.

Esperando.

—Anoche leí la carta —dijo. Era incapaz de mirarme a los ojos. Quizá por eso se puso a juguetear con la colcha, alisando las arrugas de la tela.

Vaya, parecía que sí, que íbamos a hablar de eso. De la carta. Del tema. De nosotros. Y esa era mi oportunidad de oro para dar las explicaciones que hacía cuatro años que tenía atravesadas en la garganta. Era el momento perfecto de dar explicaciones en vez de esconderme en mí mismo y actuar de manera impulsiva y egoísta.

—Vale… ¿Y qué piensas?

—Que eres un gilipollas.

Esa no me la vi venir. Me levanté casi de un salto. ¿Qué me estaba diciendo? Me alejé un par de pasos. Cogí aire. Me giré para mirarla a la cara, estaba dolido.

—¿Perdona? Hostias, Nina, lo hice todo pensando en ti.

Podía aguantar muchas cosas, pero no que me insultara de esa manera. No cuando lo hice todo por ella. Por un momento, me pregunté si había leído la carta correcta, pues la mía lo explicaba todo bien claro. No daba motivos para insultos. Pero ¿y si Cata y Laia…? No habrían sido capaces…, ¿no?

—Eres un gilipollas por enviar aquel mensaje —añadió.

Vale, en eso no podía llevarle la contraria. Me crucé de brazos sin apartar la mirada de ella.

—Pero yo no sabía nada sobre esa carta, Scott —admitió—. Llevo cuatro años pensando que de verdad te olvidaste de mí en un par de días. Que una vez que llegaste a Edimburgo, no querías saber nada más ni de mí ni de nosotros ni de lo que habíamos vivido. Pensé que, al estar allí, querías empezar de cero. Una nueva vida alejado de todo. Y te resultó tan fácil…

—Nina, eso no es…

—Déjame terminar, por favor.

Asentí. Apreté los labios y dejé que hablara. Pero tenía que saber que dejarla cuatro años antes había sido una de las cosas más

difíciles que había hecho en mi vida. Eso tenía que saberlo. Porque lo sabía…, ¿verdad?

—Te fuiste —continuó—. De la noche a la mañana, dejaste de estar en mi vida. Y días después recibo ese mensaje. No volví a saber nada más de ti. Ni llamaste ni escribiste más. Nada, Scott…, nada. Y cuatro años después vuelves como si nada y me entero de que te presentaste en la puerta de mi casa y yo no tenía ni idea. Me entero de que mis propias hermanas me lo llevan ocultando todo este tiempo y que mi vida podría haber sido muy diferente. —Me miró a la cara, enfadada. Su voz cambió—. No tendría que haber pasado. No tendría por qué haber vivido ese engaño o malentendido, como quieras llamarlo. Y quizá, si no hubieras escrito ese mensaje, tampoco tendría que haber pasado por el horror que vino después.

—Un momento. —Me tensé al escucharla—. ¿Qué vino después, Nina?

¿De qué estaba hablando? Podía aguantar que me echara todas las culpas del mundo, pero escuchar eso… ¿A qué se refería? Me fijé en su cara, sus manos temblorosas. Algo me decía que no hablaba solo de… Bueno, de su corazón roto. Mis instintos se activaron. Me saltaron todas las alarmas. Después de todo, sí que llevaba la profesión en la sangre.

—Nada.

—Nina…

—No estamos hablando de eso ahora, ¿vale? Estamos hablando de ti y de mí, de lo que hicimos y de lo que pasó.

Asentí. Suficiente teníamos ya con tratar ese tema. Fuera lo que fuera lo otro, podía esperar. Aunque me aseguré de tomar nota mentalmente para volver a ello en cuanto tuviera la más mínima oportunidad.

—Y ahora estoy confundida —concluyó—. Es como volver al pasado, pero no del todo. Tú estás diferente. Yo, desde luego, también. Siento que me he quitado un peso de encima y es reconfortante saber la verdad, pero no creo que pueda volver atrás. Todo eso ocurrió, Scott… No puedo borrarlo.

Me estaba mordiendo la lengua. No quería interrumpirla, pero necesitaba hablar ya. La espera y la impaciencia me estaban matando. Le hice un gesto con las cejas. Debió de entenderlo, porque asintió a modo de respuesta. Era mi turno.

Era el momento de dar mi versión.

—Entiendo lo que dices —empecé—. Pensaba que habrías leído la carta en su momento y que no querías solucionarlo. Me tiré aquella tarde en la playa, esperándote y rompiéndome a cada minuto que pasaba y no venías. Me volví destrozado a Edimburgo por *ese* maldito error. La realidad es que entre la distancia y ese estúpido mensaje… Bueno, no quería aceptarlo, pero podía entender que quisieras olvidarte de mí.

La cogí de las manos y ella levantó la vista para mirarme fijamente. Clavó en mí esos ojos azules. Podría haberme perdido en ellos sin dudarlo. Era una Nina diferente a la que había dejado atrás, pero siempre sería mi Nina de ojos claros. Pasase lo que pasase entre nosotros, siempre sería un poco mía. Porque ella ha sido, es y será mi único amor.

Quizá ella pensaba lo mismo y por eso no me soltó. De hecho, se acercó más a mí con la excusa de acomodarse bien en el borde de la cama.

—La situación me sobrepasó —seguí— y lo siento. Me agobié pensando en que no iba a ser lo mismo, que no iba a poder estar allí para ti. Me autoconvencí de que dejarte marchar era lo correcto. Quería que vivieras, que fueras feliz y tuvieras a quien tú quisieras a

tú lado. ¿Y sabes lo que más me mataba? —Hice una breve pausa—. Saber que ese no iba a poder ser yo. —Me apretó con un gesto suaves las manos, que seguíamos teniendo entrelazadas—. La cagué, Nina, y no sabes cuánto lo siento…

—De lo que no te diste cuenta, Scott, es de que a quien yo quería a mi lado era a ti.

Escuchar eso fue como si me cruzaran la cara de un bofetón. Negué con la cabeza, dolido.

—¿Acaso piensas que yo no te quería a mi lado? Más que a nada, Nina. Lo hice todo pensando en nosotros… Pero me equivoqué. Y sí, es posible que haya pasado mucho tiempo, que estemos diferentes… Pero, cariño… —Le solté una mano para acariciarle la mejilla y susurré—: Seguimos siendo la Nina y el Scott de siempre.

Ella apartó las manos.

—No, no lo somos.

Intenté recuperarlas.

—Pero podemos volver a serlo, ¿no crees? En algún momento.

Nina se levantó de la cama, rígida a más no poder. Era como si la tensión le recorriera las venas. No me gustaba verla así. Parecía que el miedo se hubiera instalado en su cuerpo un día y no hubiera salido desde entonces. ¿Qué le había pasado?

—No, no podemos —afirmó seria—. Ese tren pasó hace mucho tiempo. Hace cuatro años que perdimos esto.

Hizo un gesto, señalándonos a ambos. Estaba claro, ella pensaba que lo que había entre nosotros se había roto del todo.

—Si tú quieres, siempre podemos coger un segundo tren, ¿no crees?

—No. Es imposible que yo… No. No puedo, ¿vale?

—De acuerdo, pero tengo que ser sincero contigo porque estoy harto de mentiras. —Me puse de pie para estar a su altura, aunque

en realidad le sacaba una cabeza y media—. No me voy a rendir tan fácilmente. He aprendido la lección

—Scott…

—Uno de los motivos por los que he vuelto es porque no aguantaba más —le confesé—. Sí, habrán pasado cuatro jodidos años, pero no te he podido sacar de mi cabeza ni un solo segundo desde la primera noche en la playa. Y sé que, aunque no lo quieras admitir, te sientes igual que yo.

—Yo no me siento así. Yo te superé.

Levantó la cabeza, desafiante. No lo iba a admitir.

—Eso no hay quién se lo crea, ojos claros.

—¿Amigos?

—Nina…

—Es lo máximo que puedo ofrecerte después de todo lo que pasó.

Agachó la cabeza y evitó mirarme de nuevo. ¿Qué le pasaba? Mi Nina no se acobardaba por nada, mucho menos conmigo. Suspiré. Jamás podríamos ser amigos, al menos yo no. Pero eso era mejor que no tenerla en mi vida, ¿no?

—No sé si…

—Por favor, Scott.

Me miró con una súplica escrita en esos ojos azules. No podía negarle nada. Mucho menos después de todo lo que había pasado.

—Que sepas que esta palabra me va a doler toda la vida —dije.

Pero le tendí la mano, esperando un apretón por su parte que no tardó en llegar.

—Amigos.

Seis letras de las que, con suerte, Nina acabaría arrepintiéndose.

Capítulo 16

Nina



No caigas en el error de creer que conoces a una persona hasta que
no has convivido con ella. Hasta que no has visto cómo es en realidad.
Hasta que no has conocido sus pequeñas y raras manías,
y has aprendido a quererlas.

Eso era lo único que podía ofrecerle: ser amigos.

Scott siempre tendría un hueco en mi corazón. Había sido mi primer amor y eso iba a ser imposible de borrar, pero era hora de pasar página, ¿verdad?

Hasta que leí la carta, le guardaba amor y rencor a partes iguales. Ese último, sin embargo, estaba empezando a desvanecerse. Leer la carta, descubrir que volvió, que luchó por nosotros… El hecho de hablar con él, de conocer su versión y de entender cómo se había sentido eran cosas que me estaban ayudado a sanar un poco más. Y lo entendía porque yo me sentía igual. Por supuesto que yo misma pensé que no seríamos capaces de mantener una relación a

distancia. Sobre todo estando tan lejos. También pensé que la situación nos vendría grande, que sería imposible cuidarnos a tantos kilómetros. Sin embargo, no quise aceptarlo.

Mirándolo con algo más de calma y perspectiva, no lo culpaba a él. Yo también me rayé. Esa voz también se metió en mi cabeza. La única diferencia era que él había dado el paso final y no yo.

Visto con cierta perspectiva, le había estado culpando de algo que yo misma había llegado a pensar que ocurriría.

¿Tan mal se había portado?

Años después, creo que nuestro único error fue perder la comunicación. Si durante los últimos días hubiéramos hablado de verdad, hubiéramos expresado cómo nos sentíamos, si simplemente hubiéramos puesto los sentimientos encima de la mesa… quizá nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento.

Pero eso era un simple quizá.

Después de la charla con Scott, me sentía mucho más ligera. Era como si me hubiera quitado un peso muy grande de encima. Para mi sorpresa, me encontraba mejor. Y hacía demasiado tiempo que esa sensación y mucho menos esas palabras formaban parte de mi realidad.

Cuando Scott se fue a Edimburgo, lo pasé fatal. Que te rompan el corazón duele. Pero fue lo que pasó con Cormac fue lo que me dio el golpe final y acabó de cerrar el ataúd. Quizá por eso culpaba de más a Scott. Aunque era egoísta admitirlo, parte de mí creía que, si él no se hubiera mudado a Edimburgo, si nuestra relación no se hubiera roto y perdido en la distancia, nunca habría estado con Cormac. Inevitablemente, nada de lo que pasó después de conocerlo hubiera ocurrido tampoco.

Pero quería dejar todo ese dolor atrás y hablar con Scott había sido muy liberador. Me negué a seguir pensando ni un segundo más

en Cormac.

Por eso, poco después de la conversación con Scott, cuando el sol ya empezaba a calentar, decidí aprovechar el buen tiempo. Había echado mucho de menos el estar al sol y sentir su hormigueo sobre la piel. Me cambié de ropa y me puse unos pantalones cortos de lino blanco, ya que los azul marino estaban demasiado arrugados después de haber dormido con ellos. Y en la parte de arriba, mi bikini rojo favorito. Era triangular, por lo que me realzaba el pecho. La genética no me había regalado uno superabultado, pero me encantaba tal y como era: mediano y muy cómodo.

Había metido dos bikinis más en la mochila, por si acaso, porque cuando salí de casa no sabía dónde iba a terminar. Pero en parte, había decidido ponerme el rojo ahora a propósito. Siempre me había vestido como me había dado la gana, pero era innegable que también me gustaba realzar esos atributos de los que más orgullosa estaba. Y sí, por supuesto, una diminuta parte de mí esperaba que este bikini causase algo en él.

¿Por qué? Acabábamos de quedar como amigos, pero algo dentro de mi cabeza seguía sin procesarlo del todo. Iba a necesitar un tiempo para verlo como tal, sin duda. Sin embargo, ese era el objetivo final, supuse. Que pudiéramos ser amigos.

Me solté el pelo, me puse crema solar y subí los escalones que te llevaban desde el camarote hacia la cubierta del barco. El camarote era muy acogedor, porque estaba repleto de tonalidades en madera, sin embargo, la cubierta era blanca, con tablones de madera clara en el suelo.

Era muy luminoso, hacía juego con el paisaje que nos rodeaba.

Scott estaba sentado en el mismo suelo, justo en la borda, con las piernas colgando por fuera del barco, entre los barrotes de la barandilla, como si quisiera que los pies rozasen el calmado mar. Se

había quitado la camiseta, porque la verdad era que estaba empezando a picar el sol.

Me acerqué a él y, sin decir nada, me senté a su lado e imité su pose. Estaba ojeando unos cuantos papeles y el teléfono, aunque no llegué a ver de qué se trataban. Por supuesto, no llegábamos a tocar el mar con los pies, pero era agradable estar así.

Me acerqué más y le di un golpecito en la pierna con el pie.

—Ey.

Dejó de mirar los papeles y me dedicó una media sonrisa, luego replicó el gesto que acababa de hacer yo con el pie.

—Ey —respondió.

—¿Qué haces?

Él se echó hacia atrás, dejó los papeles y el móvil a un lado y apoyó las manos sobre el suelo de la cubierta, por detrás de la espalda. No pude evitar ver que se le tensaban los músculos de los brazos y los hombros.

Aparté la mirada avergonzada con la excusa de peinarme los mechones que siempre me caían sobre la cara.

—Bueno, no me has dejado nada claro sobre a dónde quieres ir, así que me he tomado la libertad de pensar un par de rutas —dijo. Alzó las cejas, vacilón.

Seguía siendo tan atento como lo recordaba. Parecía ser que, por lo menos, el tiempo no había cambiado eso, y me gustó ser testigo de ello. Ladeé la cabeza e imité el mismo gesto que había hecho con las cejas.

—Oye, que sí tengo algo pensado…

Era mentira, todo esto había sido un impulso. No tenía ningún plan, pero decidí seguirle la corriente porque algo dentro de mí me invitó a no dejar que la conversación muriera.

—Vaya… Doña obsesa del control, controlando. No has cambiado ni un pelo —dijo con chulería.

Si él supiera todo lo que había cambiado… Todo lo que me había obligado a cambiar. Pero no le iba a dejar ver esa parte de mí. Esa parte que, de haber podido, habría arrojado al fondo del mar para olvidarme de ella. En lugar de eso, decidí seguir fingiendo. Iba a hacer como que no había pasado nada con Cormac, porque quería disfrutar de estos días. Pero había cosas que dejaban huella y no precisamente una buena, por mucho que me esforzara para olvidarlo.

—Por supuesto —respondí, con una mezcla de gesto vacilón y risa —. Pero vamos, que me da igual.

—Fenomenal. A mí también. Ahora mismo borro la ruta del mapa y trazas la tuya.

Se puso en pie de pronto y empezó a dirigirse a la zona superior, donde estaba el cuadro de mandos. Lo seguí como un imán.

—¡NO! ¡Espera, espera! —Me incorporé de golpe, siguiéndolo por las escaleras tan rápido como mis piernas me lo permitieron.

Se giró justo cuando llegué a la zona superior. Chocamos, quedando así su pecho musculoso pegado al mío. Pensé que el golpe me haría caer, pero, al contrario. Me sostuvo por los codos antes de que el choque me mandara al suelo, pero me soltó tan pronto como se dio cuenta de que me estaba tocando.

Aunque fue fugaz, sentí un pequeño pinchazo en el pecho.

Me miró con el gesto más socarrón posible.

—Lo sabía. Sabía que no tenías nada pensado.

Y, como si nada, se despegó de mí. Empezó a pasearse, con gesto vacilón, en el reducido espacio de la cabina de control. Se movía como si quisiera dejarme claro que había ganado ese extraño juego.

Me hizo reír. Era una forma sencilla y natural de romper el hielo y empezar de nuevo. A la vez, me hizo sentir como si el tiempo no hubiera pasado y pudiéramos estar juntos con la confianza de antaño.

—Ups. Pillada. —Me encogí de hombros y le di la razón—. Pero te lo advierto: no me vuelvas a llamar doña obsesa del control. No lo soy.

Lo acusé con el dedo. Me agarró la mano y me siguió el juego.

—Los amigos se vacilan, ¿no?

Era raro usar esa palabra para describirnos, pero sí, eso era lo que éramos.

Amigos.

Porque era lo que yo quería, ¿verdad?

—Es posible. —Volví a encogerme de hombros y me zafé de él—. Pues ya que estamos: presumes de bíceps que no tienes, lo siento. Alguien tenía que decírtelo.

Era mentira. Una mentira muy grande. Nunca lo había visto tan fuerte, pero sabía que eso le heriría hasta lo más profundo de su ego. Y, a juzgar por la sonrisa que dibujó, quizá ese ego necesita bajar un par de escalones.

—Vaaaya, así que no te has podido resistir a mirar, ¿eh, ojos claros?

Pum. Pillada. Noté que la vergüenza se apoderaba de mí y los colores se me subieron a las mejillas.

Lo miré a los ojos, avergonzada. Él me miró a mí. Y justo en ese momento, casi como si quisiera ahorrarme el mal trago, se lanzó sobre mí. Me buscó con las manos, encontró los puntos exactos y me hizo cosquillas. Los recordaba todos. Entre una carcajada y la siguiente, sentí una ligera corriente eléctrica por dentro.

Cuando sentía que me faltaba el aire de tanto reírme, Scott paró. Me soltó y me liberó de su ataque. Ambos lo pasamos por alto, como si no hubiera ocurrido, pero me había llamado «ojos claros».

Me había vuelto a llamar «ojos claros».

Escuché esas dos palabras que tantas cosas revolvían dentro de mí. Anoche en la feria el enfado se apoderó tanto de mí que no fui consciente de lo que realmente significaban, hasta ahora. En ese momento, sin todo el enfado hirviendo se sentían diferentes. Más reales.

Hacía cuatro años que dos simples palabras no me calentaban tanto por dentro.

Lo dijo como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotros.

«Ojos claros».

El mote por el que siempre me había llamado cuando estábamos juntos. No había sido consciente de cuánto echaba de menos esas dos palabras hasta que las había vuelto a escuchar de verdad.

«Ojos claros».

No sé cómo se sintió él. No me atreví a preguntar. Pero, por alguna extraña razón, esperaba que no hubiera sido un acto reflejo. Esperaba que no hubiera sido algo que dijera sin pensar provocado por la cercanía de ese último rato.

Por incoherente que pareciera, solo esperaba que esas dos palabras siguieran significando algo para él y que las hubiera dicho a propósito.

***

Al final, resultó que Scott había preparado una ruta que prometía bastante. La idea era salir de la costa valenciana y empezar con una visita a las islas Baleares y después movernos a lo largo de la costa

Brava. Así, seguiríamos hasta llegar a Francia. O a Italia, eso aún estaba por ver. La idea me parecía literalmente un sueño.

Se sentía raro hacer un viaje con él después de todo. Pero, a su vez, con cada minuto que pasaba en el barco, mi humor iba mejorando. Me lo merecía. Me merecía un respiro. Me merecía vivir de nuevo. No importaba si era el mar, Scott o la huida lo que me hacía sentir así.

Una vez tuvimos todo organizado, solo nos quedaban dos tareas pendientes: hacer la compra y poner gasolina. Al final, con la conversación que tuvimos Scott no había ido a comprar, y era algo necesario, porque salir a navegar sin combustible y comida era muy peligroso. Tanto por si le pasaba algo al barco como por mi humor de perros cuando no desayunaba.

Entre una risa y la siguiente, Scott y yo fuimos al supermercado más cercano. Decidí acompañarle porque no tenía nada mejor que hacer.

Además, me apetecía pasar tiempo con él. Como amigos, claro.

Yo estaba empeñada en comprar cosas básicas para salir del paso, como pizza, hamburguesas, pasta… Cosas para no complicarnos la vida, porque la verdad era que no me apetecía demasiado cocinar y tampoco es que se me diera especialmente bien. Pero al parecer el señorito medio escocés quería hacer platos de estrella Michelín. De ahí que su lista incluyera mil tipos de frutas y verduras diferentes, carne, pescado, pasta fresca…

—¿Vas a cocinar tú todo eso? —señalé en mitad del pasillo del supermercado—. No sé si te acuerdas de que a mí se me da fatal.

—Vaya, con que con esas seguimos, ¿eh? Pensé que igual en la uni…

Me miró con gesto burlón y metió una bolsa de brócoli en el carro. Arrugué la nariz, claramente estaba incómoda por el tema.

—Tampoco es que me haya esforzado mucho por aprender a cocinar, la verdad.

La cocina nunca me había llamado demasiado la atención y las pocas veces que había intentado hacer algo, había acabado quemado, pegado o pasado, así que sí, en esas seguíamos. Incluso después de la uni, una etapa en la que prefería no pensar.

—Tranquila, yo me encargo de que no nos muramos intoxicados o de hambre, señorita Marín.

Me hizo una leve reverencia, exagerando el gesto, y dejó caer otra bolsa de verduras en el carro. Resoplé y fingí que no le daba demasiada importancia al tema. Sin embargo, cada vez me sentía más cómoda. Era tan fácil estar a su lado…

No había cambiado nada. Seguía con el mismo humor de siempre. Ese que tan feliz me había hecho durante tantos años.

Ya que no me iba a dejar participar en la elección del menú, a excepción de los caprichos de picoteo y los dulces, me ofrecí a llevar el carro con la compra mientras él cogía lo que íbamos a necesitar. Estábamos caminando por el pasillo de las conservas y no podía quitarle los ojos de encima.

Scott llevaba un pantalón de chándal gris, una camiseta blanca y una gorra roja hacia atrás que destacaba con creces su pelo oscuro. Iba mirando la lista que había escrito en el móvil y añadiendo varias latas al carro. De vez en cuando, se daba la vuelta como si quisiera comprobar que seguía ahí. Y ahí estaba yo, en silencio, sonriéndole cada vez que me clavaba los ojos color miel con dulzura.

No era un silencio incómodo, pero aun así sentí que quería saber un poco más de él. De qué había sido de su vida durante todo ese tiempo.

¿De veras no había cambiado?

—Entonces… ¿Qué tal estás?

Apoyé los antebrazos en el carrito. Él se giró extrañado.

—Hummm… Bien. Haciendo la compra, supongo.

Me lanzó una pequeña sonrisa y se agachó para buscar el resto de las latas que necesitábamos.

—Quiero decir en general. ¿Qué tal estás? En Edimburgo. ¿Qué has hecho todos estos años?

Scott se incorporó y dejó varios productos en el carro para, de pronto, poder dedicarme toda su atención.

—¿De verdad vamos a hablar de eso ahora?

Se colocó a mi lado y empezamos a caminar uno al lado del otro, empujando juntos el carro de la compra.

—¿Por qué no? Somos amigos. Los amigos se preguntan ese tipo de cosas.

Levanté las cejas esperando su respuesta. Se rascó la nuca, ¿estaría extrañado o nervioso por mi pregunta?

Suspiró antes de contestar y soltó el aire que había estado conteniendo.

—Claro, los amigos se preguntan esas cosas… —Hizo una breve pausa y se tomó su tiempo para responder—. Pues bien y mal, supongo. ¿Y tú?

—No, yo he preguntado primero.

Apoyé el codo en el manillar del carro, apoyé la mejilla en la mano y sonreí con un gesto triunfal.

—De acuerdo, ¿jugamos a las cinco preguntas?

Un *flashback* inundó mi mente.

Era algo a lo que jugábamos, sobre todo durante las primeras semanas para conocernos mejor. Era una buena excusa. Tenías que preguntar las cinco cosas que tú quisieras e intentar ser capaz de conocer al máximo a esa persona solo con ellas. Era complicado, por eso había que elegir las preguntas muy bien. Por supuesto, había

que contestar solo con la verdad. Pero, por si no queríamos contestar algo, teníamos una sola carta blanca para evadir esa pregunta. Solo una.

Agité la cabeza para deshacerme de ese familiar recuerdo y le estreché la mano para sellar el trato antes de encaminarnos hacia la caja para pagar. Me aseguré de que todo el chocolate y las patatas fritas de bolsa de mil sabores diferentes que había elegido siguieran en el carro. Iba a ser mi tesoro durante esos días.

—Empiezo yo.

Quería pensar muy bien lo que le iba a preguntar. Al fin y al cabo, era una oportunidad de oro para saber más sobre él después de tanto tiempo.

—Hecho.

Justo cuando ya estábamos saliendo del supermercado, cargados con las bolsas, se me ocurrió una pregunta:

—¿Qué tres cosas importantes han pasado estos años en tu vida? Pueden ser buenas o malas.

—Jugando sucio, ¿eh, ojos claros?

¡Otra vez! Esas dos palabras. Una corriente eléctrica creció dentro de mí, me recorrió cada vena del cuerpo, pero traté de recomponerme lo mejor que pude. No quería que tuviera este efecto en mí, ¿verdad? Hice como si no hubiera escuchado nada.

—Uy, ¿por qué?

—Con una pregunta pretendes sacarme la información de tres.

—Es la gracia del juego, ¿no?

Llevaba cuatro bolsas, igual que él, pero el camino al barco se me estaba haciendo muy pesado. ¿Tanta comida necesitábamos? Scott debió de darse cuenta, porque le hicieron falta dos segundos para frenar en seco y robarme dos de las bolsas. Las cargó como si no le pesaran nada. Le sonreí para agradecerle el gesto sin palabras.

—*Touché* —respondió.

Mi intención era exprimir este juego al máximo. Necesitaba saber que, a pesar de todo, había estado bien. Incluso antes de leer la carta y enterarme de todo, habría querido que todo le hubiera ido bien. Así que, ¿era cierto? ¿Estaba bien?

—A ver…, ¿por dónde empiezo?

—Ve desde lo más a menos importante para ti, así te será más sencillo.

—Vale, pues… Ahora soy jefe.

—¿Qué? ¿En la empresa familiar? Eso es…

—¿Inesperado? —Soltó una risilla, aunque no parecía del todo cómodo con la idea.

—Sí, inesperado. Enhorabuena, Scott, me alegro de verdad.

—Gracias.

Agachó un poco la cabeza, como si algo le preocupase con respecto a este tema.

—¿Y Justin? Pensaba que el jefe sería él.

—Todos lo pensábamos, pero fue inevitable. Me gané a pulso llevar al equipo principal. Además, él dejó de tener interés en todo eso de liderar.

Le rodeaba cierta aura de preocupación, pero ni siquiera eso fue capaz de ocultar el brillo que le aparecía ojos al hablar de su profesión. Le encantaba y se notaba.

—¿Estás contento con el cambio?

—Eso es otra pregunta extra. Agradece que te haya respondido una de gratis. ¿Es esa tu segunda pregunta? ¿Si estoy contento?

Me miró de una manera que me sacudió por dentro. Con esa sonrisa y ojos desafiantes. Joder. Me recompuse, tratando de que no se me notase.

—Hummm, no… Ya me lo contarás sin tener que gastar una pregunta. —Le guiñé el ojo, pues era consciente de mis propias habilidades—. Continúa, jefe Hovland. ¿Cuál es la segunda cosa importante?

Le di un ligero codazo para invitarlo a retomar la conversación.

—Me he comprado un coche y un piso. Es mucho más de lo que necesito, pero la verdad es que estoy bastante orgulloso. —Se le notaba—. Es la primera vez que puedo decir que algo es mío y solo mío. Ambas cosas las he comprado con el dinero que gané yo con mi trabajo, no con el de mis padres. Así que sí, puede decirse que soy propietario.

Un pellizco cargado de orgullo me recorrió por dentro. Me alegraba por él. Su trabajo le había permitido tener una vida muy buena y eso era maravilloso. Sin embargo, escucharlo hizo que un sentimiento de culpa se me instalase en el pecho.

Me esforcé por que no se notara.

—Vaya, Scott, eso es… increíble. —Sonreí otra vez—. No sabes lo feliz que me hace saber que las cosas te han ido bien. Te lo mereces.

No era envidia ni mucho menos. Su éxito no había dejado de ser importante para mí, pero oír hablar de ello me hacía recordar que yo no había estado ahí con él viendo cada uno de sus logros y victorias. Además, yo no tendría algo similar que explicarle a él. ¿Cómo le contaba el desastre que era mi vida? ¿Los problemas que me rodeaban? ¿Lo rota que estaba? Me avergonzaba.

Era consciente de que mis circunstancias no habían sido las mismas y que no debería compararnos, pero no podía evitar preguntarme si, de no haber vivido lo de Cormac, hubiera podido tener una vida normal. De no haber sido por él, quizá podría haber avanzado y no haberme quedado estancada.

Intenté borrar ese pensamiento de mi cabeza. Quería seguir prestándole toda mi atención a Scott.

—¿Y la tercera?

—¿Hum? Pues… por razones obvias, estos no han sido mis mejores años —tanteó. No hacía falta que especificara por qué—. Pero no todo ha sido malo. He conectado mucho con Justin. Nuestra relación ha cambiado muchísimo. Ya no discutimos tanto como antes. Ahora no es solo mi hermano, también es mi mejor amigo y sienta bien, ¿sabes?

—Eso es muy bonito.

—Sí, la verdad es que sí. Sabes que siempre he admirado la relación que teníais tus hermanas y tú, así que me hace muy feliz poder vivir un poco de eso.

—Me alegro, Scott, de verdad.

Le sonreí. Era cierto, sabía que mi ahora amigo anhelaba una buena relación con su hermano mayor y me hacía sentir orgullosa saber que al fin la había conseguido.

—Me toca —dijo.

Asentí, esperando pacientemente a que lanzase su primera pregunta.

—¿Qué estudiaste al final?

Un dolor punzante me atravesó el pecho. Estaba esperando que no preguntara por eso. Todo lo relacionado con la universidad me provocaba náuseas. Aunque había evitado que se me notara en la tienda, dudaba de conseguirlo en ese momento. Ni siquiera había ido al acto de graduación. Para ser sincera, ni siquiera sabía cómo había hecho para aprobar el último curso. Había sido una época que prefería no recordar.

Si notó que mi gesto cambió de pronto, no dijo nada. Yo me esforcé por ocultarlo lo mejor que pude.

—Administración y Dirección de Empresas.

Me miró sorprendido. Sabía lo que me iba a decir.

—Vaya, Nina, eso es…

—Inesperado también, ¿verdad? —lo corté.

—Sí, supongo que los dos nos hemos salido un poco de lo que planeábamos, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—¿Y qué ha pasado con la escritura? ¿Lo sigues haciendo?

Decidí que le iba a regalar esa respuesta.

—No. Ya no escribo. Eso quedó muy atrás. En parte es culpa tuya —le sonreí, quitándole hierro al asunto.

—¿Perdona? —me miró confundido.

—Cuando te fuiste, te llevaste parte de la inspiración contigo, amigo mío —confesé con tono amable mientras forzaba una sonrisa —. ¿Qué le voy a hacer? No era capaz de escribir como me gustaba, desde el amor. Así que, terminé dejándolo.

Un breve silencio se instaló en el ambiente.

—Lo siento, Nina —dijo. Parecía sincero.

—No pierdo la esperanza de que esa inspiración vuelva algún día —confesé. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba diciendo? ¿Quería que volviera?

—Bueno, estoy aquí. Como amigo, pero estoy a tu lado —me dedicó una sonrisa forzada similar a la mía. Yo le regalé otra.

Casi sin darnos cuenta, llegamos al barco.

Bajamos al camarote y empezamos a organizar la compra en los armarios de la cocina sin que ninguno de los dos dijera nada más. Con suerte, pensé, Scott no se había dado cuenta de cómo me había sacudido la pregunta de la universidad.

Todo el mundo me decía que era muy expresiva. Nunca se me había dado demasiado bien ocultar mis sentimientos, así que,

aunque sorprendida, estaba orgullosa de mí misma.

—Voy a gastar mi segunda pregunta —dijo. Dejó de organizar la compra de golpe y centró su mirada en mí.

—Uy, tú verás, cuando te des cuenta te has quedado sin…

Me cortó antes de que pudiera terminar la frase.

—¿Qué te ha pasado en la universidad para que estés así?

Mierda.

—¿Cómo sabes que…?

—¿Qué te ha pasado, Nina?

Me cerré en banda. No, no iba a responder. Justo cuando estaba convencida de que no se había dado cuenta, de que había sabido disimular bastante bien… No podía contarle aquello.

Por eso hice lo que más lógico me pareció.

—Uso mi carta blanca.

Capítulo 17

Scott



Tienes que ver la intuición como a una mejor amiga.
Esa amiga que te da buenos consejos y a la que le
puedes confiar cualquier cosa. En los peores
momentos, puede ser tu única aliada de verdad.

Sabía que le pasaba algo. Era el mejor en lo mío. Por algo era el jefe del equipo principal. Se me da muy bien leer a la gente, por eso no se me escapa ni una, y Nina era mi área de especialización.

Me había bastado echarle un vistazo aquella noche en la tómbola para saberlo. Algo había cambiado drásticamente en ella. Tras su reacción en el supermercado, fue demasiado obvio relacionar ese cambio con algo que le había ocurrido durante su tiempo en la universidad. A pesar de que trataba de disimular y hacía como que no pasaba nada, siempre hay pequeños gestos que nos delatan a

todos. Y yo me había pasado años estudiando cada uno de los suyos.

Por otro lado, Nina cargaba con la cruz de ser demasiado expresiva. Tanto para lo bueno como para lo malo. Visto lo visto, dudaba de que ese cambio tuviera que ver con la universidad en sí y me inclinaba más bien a pensar que era por alguien de allí. Alguien que había estado en su vida. Quizá se tratara de alguien que aún estaba, aunque fuera a medias tintas, y le seguía haciendo daño.

Cuando vi su reacción, me juré a mí mismo que lo iba a averiguar. Quería saber la causa de que Nina se hubiera apagado, de que hubiera dejado de tener esa luz que había tenido años atrás. Porque me mataba verla así. En un momento, había incluso llegado a creer que era mi culpa. Que yo era esa persona que le había hecho *ese* daño. Pero no. Tenía que haber algo más ¿verdad?

Y entonces sacó la carta blanca.

—De acuerdo. —Levanté las manos en señal de rendición—. No hablar de nada relacionado con la universidad. Entendido. —Al menos por ahora. Pero eso no iba a decírselo.

—Gracias, Scott.

—No tienes por qué darlas. Nunca. —Le dediqué una media sonrisa para tratar de quitarle hierro al asunto.

Sin que ninguno de los dos dijera nada más al respecto, seguimos ordenando la compra como si no hubiera pasado nada. Una media hora más o menos después, ya teníamos la despensa llena y el depósito a tope, así que era cuestión de minutos que saliéramos de puerto.

—¿Algo que necesites antes de dejar tierra atrás?

Estábamos los dos en la pequeña zona de control, terminando de pulir los detalles de la ruta.

Habíamos acordado empezar por Formentera, nunca habíamos estado allí ninguno de los dos. La idea era descubrir la isla y después ir a Mallorca o Menorca. Supongo que tampoco queríamos tener todo planificado al detalle. Creo que ambos preferíamos ir viendo qué hacíamos sobre la marcha. Decidirlo en el camino.

Eso era lo bueno de unas vacaciones cuando tienes tu propio medio de transporte, que tienes libertad absoluta para hacer planes espontáneos. Cosa que parecía más que apetecible, sobre todo después de tantos años de rutina en Edimburgo.

—No, vámonos ya.

Nina fijó la vista en el mar. Conocía esa mirada y ese sentimiento de paz. El mar también era calma para mí, desconexión. Era todo lo que necesitaba. Estaba a punto de reconectar conmigo mismo una vez más y lo esperaba con ganas. Respiré hondo y me juré que me encargaría de que esos días fueran un recuerdo para toda la vida.

—Pues en marcha —dije—, que tenemos un buen trecho por delante.

Arranqué el motor y salimos del puerto con cuidado, no como unas horas antes. Tenía la ruta programada en la pantalla de la zona de control. Una línea de puntos me indicaba el camino a seguir, lo que hacía que fuera mucho más cómodo navegar.

—¿Me pasas la gorra roja, porfa?

Le dije mientras hacía un par de maniobras para no rozar ningún otro barco.

—Claro, ¿dónde la tienes?

—Hummm… Pues creo que me la he dejado en las tumbonas de atrás cuando hemos llegado con la compra.

—Voy a ver.

Unos segundos más tarde, Nina estaba de vuelta con la gorra en la mano. Se lanzó hacia mí y me la colocó con cuidado.

—¡No, Nina! Sabes que así no…

Me reí. Si había algo que no soportaba, era llevar la gorra de frente en vez de hacia atrás y ella lo sabía.

—Vaya…, así que con esas seguimos, ¿eh?

Sonrió con fanfarronería al devolverme mis propias palabras.

—*Touché.* Pero no te equivoques, cariño. A ti te sigue encantando cómo me queda hacia atrás.

Le guiñé un ojo y pude ver que un tinte rosado se apoderaba de sus mejillas. Estaba para comérsela a besos, joder.

Trató de disimular mientras me colocaba la gorra como a mí me gustaba. La miré agradecido y en sus ojos pude ver que algo se removía en su interior. Aunque no supe identificar con exactitud el qué.

Estaba confuso. No sabía muy bien cómo abordar la situación. Habíamos decidido quedar como amigos, pero era una sensación rara. Estar aquí con ella, compartiendo una «amistad». ¿Cómo se suponía que debería actuar? Jamás había visto a Nina como una amiga. Siempre había sido mucho más que eso para mí.

Era extraño. No quería que las cosas se volvieran raras entre nosotros, porque bastante lo habían estado ya. Quería que pasáramos unos días para recordar, hacer ese viaje improvisado y ver qué pasaba si…

Tampoco era que esperase nada diferente a lo que ya sabía. Nina había dejado muy claro lo que quería y sentía, y lo iba a respetar.

Por supuesto, me sentía culpable por el dolor que veía en sus ojos y no podía evitar sentirme responsable. Jamás sabría lo que podría haber pasado entre nosotros si no me hubiera ido a Edimburgo. Jamás podría cambiar eso. Pero verla tan cambiada, ver que ya no sonreía tanto, me hacía sentir responsable. Responsable por no haber estado. Responsable por haberla dejado sola. Responsable por

no haber sido capaz de manejar la situación y responsable y culpable de su dolor.

¿Qué le había pasado? No podía quitármelo de la cabeza.

—Voy a hablar con mis hermanas, ¿crees que habrá cobertura?

—Debería. Aún estamos muy cerca del puerto.

—Genial, gracias.

Nina se dio media vuelta y bajó directa a las tumbonas de la parte de atrás de la cubierta, que estaban pegadas a la barandilla del barco. Gracias a la altura de la zona de control, si desviaba la vista del frente y me giraba un poco, podía verla desde donde estaba. No pude evitar fijarme en lo bonito que tenía el pelo. Lo tenía muy largo y con la luz del sol lucía aún más bonito, dorado. Quería cambiar el chip, dejar de fijarme en esos malditos detalles que me volvían loco y mentalizarme de que ahora éramos amigos. Solo amigos. Nada más.

Al poco, empezó a dar voces. Unos gritos cargados de rabia inundaron todo lo que nos rodeaba.

—¡No tengo que consultar contigo cada decisión que tomo, Laia!

Y después…

—¡Si no me hubierais mentido durante años, quizá esto no habría pasado!

Una pequeña pausa.

—No lo sé, ya volveré.

Justo cuando parecía que iba a dejar de gritarles por teléfono, volví a escucharla:

—¡Claro que puedo irme sin daros ninguna explicación, Catalina! De hecho, ¡es justo lo que he hecho! No. No os la merecíais. Vosotras habéis sido las primeras en no dármelas a mí.

¿Se había ido sin decírselo a nadie? Me giré de golpe para observarla, desviando por unos instantes la vista del horizonte.

—Podéis decirle a mamá y papá que no sé cuándo volveré a casa. Sí, estoy con Scott. —Se pinzó la nariz—. ¡¿Qué más os da?! Pareció no importaros hace cuatro años, ¿por qué os importa ahora? No tengo nada más que deciros.

Clavé de nuevo la vista en el frente para asegurarme de que no nos desviábamos de la ruta marcada.

El silencio volvió a llenar el barco, así que supuse que había colgado sin despedirse.

Vaya. ¿Se había ido estando enfadada con sus hermanas y sin avisar a nadie? ¿Ni siquiera a sus padres? Joder.

Bajé la velocidad, tomé las precauciones necesarias, puse el piloto automático y me acerqué a hablar con ella. No se había movido del sitio. Seguía sentada en una de las tumbonas, abrazándose las piernas y con la mirada perdida en el mar. Me senté a su lado y esperé a que dijera algo. Al ver que no daba el paso, decidí darlo yo.

—¿Hay algo de lo que necesites hablar, Nina?

Giró la cabeza despacio y me miró con esos ojos azules en los que te podías perder durante horas.

—Lo has oído todo, ¿no?

—Sí, no estabas hablando precisamente bajito.

Le acaricié el brazo, en un intento por reconfortarla y respetar nuestra amistad al mismo tiempo. No quería sobrepasar la línea que habíamos marcado.

—No las entiendo. Me han ocultado lo de la carta y que viniste a casa después del mensaje durante cuatro años. ¿Qué más les da lo que haga ahora?

—Nina, creo que, a pesar de lo que haya podido pasar, se preocupan por ti.

Se tomó su tiempo para responder, quizá le daba vueltas a todo lo que tenía en la cabeza. No era un tema de conversación sencillo.

Todo el mundo en el pueblo era consciente del vínculo que tenían las Marín. Desde muy pequeñas, se desvivían la una por la otra. Si atacaban a una, las otras dos saltaban sin dudarlo. Así funcionaban ellas. ¿Sinceramente? Era envidiable.

La relación que yo tenía con mi hermano Justin no había sido siempre tan buena como en los últimos años. Había sido una relación de hermanos común, pero lo de esas tres chicas era de otro planeta. Lo que tenían era precioso y por eso sabía que lo que estaba pasando tenía que ser algo insoportable para Nina.

—Cuando lo descubrí —dijo—, no sé qué me dolió más: la verdad y lo mal que lo he pasado en vano durante este tiempo o que ellas lo supieran desde el principio y no tuvieran el valor de contármelo. Me han visto destrozada por ti y no han sido capaces de decirme nada. Son mis hermanas y duele, ¿sabes?

«Destrozada. Por. Ti».

Un pinchazo me atravesó el pecho al escuchar cada una de esas tres palabras. Si la bola de culpabilidad era grande, aquello solo consiguió que creciera aún más.

—Te entiendo, pero quizá… ¿lo hicieron para protegerte?

—¿Protegerme de qué? ¿De ti?

Levantó las cejas con gesto burlón.

—Ya, no tiene sentido. No hay nadie en el jodido planeta con quien pudieras estar más a salvo que conmigo, eso te lo aseguro.

Y lo dije en serio. En el tiempo que llevaba en la compañía, me había ganado el respeto de todo el personal. Por algo sería.

—Pufff, Scott… Venga ya. No seas palabrero.

Puso los ojos en blanco.

—¿Tú has visto esto? —Marqué bíceps para intentar distraerla.

Quise hacer que se riera. Y funcionó. Aunque fuera solo por un instante, funcionó: Nina sonrió y negó con la cabeza.

—Fuera bromas —seguí—. Yo no puse las cosas precisamente fáciles, ¿sabes? El día que fui a tu casa estaba fuera de mí, destrozado y desesperado por hablar contigo, Nina. Quizá eso les hizo pensar que no iba a salir nada bueno de una conversación así y quisieron evitarte el mal trago.

—De todos modos, no tenían derecho a decidir por mí, Scott. Puede que pensaran que era lo mejor para mí, vale, pero a ellas no les correspondía tomar esa decisión.

—Ahí tienes toda la razón, pero creo que… Date tiempo, y dales tiempo. Dejad que las cosas se enfríen un poco y volvéis a sacar el tema. ¿Cómo lo ves?

No dijo nada, pero asintió despacio. Después de eso, se giró para seguir mirando el mar.

—Voy a volver al timón, tengo que comprobar que todo está bien con la ruta.

Me levanté y, justo antes de irme, le revolví el pelo, como si de una hermana pequeña se tratase. «Solo es un gesto familiar», me dije.

Un gesto de amigos.

Aunque por dentro me muriera por un beso suyo.

—¡Scott…!

Suspiró y empezó a peinarse, fastidiada. Y el que reí fui yo. Al final, con un tono de voz casi imperceptible, dijo:

—Gracias.

Me di la vuelta, deshice la poca distancia que había recorrido y me arrodillé ante ella. Clavé los ojos en los suyos mientras le levantaba el mentón con suavidad.

—Jamás me des las gracias.

Le dediqué una sonrisa. Lo decía en serio, no tenía que darlas. Preocuparme por ella era y sería inevitable.

Tenía dos cosas muy claras. La primera, que quería recordar estos días como algo bueno. Parecían como un regalo del destino. Quizá esta era la manera definitiva de cerrar nuestra historia, sin dolor. La segunda, aunque no ayudaba, que a cada segundo que pasaba con Nina, más obvio me parecía que iba a ser jodidamente imposible desenamorarme de ella.

Capítulo 18

Nina



Cuatro años antes del reencuentro

A veces hay que echar la vista atrás para ser
capaces de entender el presente.

Era el primer día de universidad.

El *tan esperado* primer día de universidad.

En realidad, las clases empezarían dos días después, pero ese día teníamos una especie de jornada de acogida para nuevos alumnos y yo estaba que me moría de los nervios. No conocía a nadie. Tampoco sabía qué me iba a encontrar. Eran muchos cambios de golpe: irme de casa, no estar con mis padres, vivir fuera, las clases… Era como madurar a la fuerza. Por suerte, no todo era horrible, pues también tenía la inmensa suerte de que no iba a vivir sola.

Mis hermanas estaban conmigo y las tres íbamos a compartir el que habíamos apodado como «pisito Marín».

Al vivir en el pueblo y no tener universidades cerca, no teníamos más remedio que alquilar un piso. Así nos evitábamos tener que hacer mil horas de tren al día. Yo lo había tenido muy fácil: me iba a vivir con mis hermanas y ya. La que lo había tenido más difícil de las tres había sido Cata, ya que había estado completamente sola durante su primer curso de universidad.

Hacía solo dos meses de mi ruptura con Scott. Dos meses desde ese horrible cuatro de julio. Aunque yo también había estado nerviosa y con dudas sobre cómo nos íbamos a apañar a tanta distancia o cómo íbamos a conseguir que el amor no se desgastase día a día, sobre cómo íbamos a ser capaces de cuidarnos. Pero de ahí a romper con él… había un paso muy grande, ¿no?

La confianza que deposité en él fue total y me llevé una hostia tremenda. Nunca creí que fuera a ser capaz de dejarme por mensaje y, encima, quedarse tan ancho. Fue como si no le importase absolutamente nada: ni lo que teníamos ni yo.

Dos meses después, seguía sin comprender cómo había tenido el coraje para ello, pero ya no me quedaban lágrimas dentro que derramar. O eso quería creer. Dolía demasiado, pero con tiempo, estaba segura de que iba a ser capaz de recuperarme de este caos, de rehacer mi vida y de ser feliz.

Sin él.

Empezar una nueva etapa me tenía inquieta, pero también guardaba la esperanza de que alejarme del pueblo fuera justo lo que necesitaba. Era extraño, porque a pesar de que Scott estaba tan lejos, todo en el pueblo me recordaba a él. Era como si no se hubiera ido. Solo que sí lo había hecho. Se había marchado a Edimburgo. Estar en el pueblo era como no ser capaz de pasar página. Me estaba estancando. Por eso mismo estaba segura de que

la mudanza, empezar la universidad y conocer gente nueva me iban a ser de gran ayuda para olvidarlo.

Porque quería borrar todo recuerdo de él, ¿verdad?

Eran las siete de la mañana y la jornada de acogida para nuevos estudiantes empezaba a las nueve en punto. No sabía si la gente en la universidad era puntual, así que preferí organizarme para llegar allí un poco antes. Me levanté con tiempo suficiente para arreglarme, organizar un poco el piso e ir dando un paseo hasta la facultad. La noche anterior nos habíamos quedado despiertas hasta muy tarde. Estaba demasiado nerviosa por empezar, así que dormirse había sido una tarea casi imposible y el sueño ya me estaba pasando factura.

Una hora y media después, ya había desayunado, organizado el piso y estaba lista para salir. Decidí ponerme algo sencillo, pero formal a pesar del calor: unos vaqueros rectos con un top largo blanco y una chaqueta de traje gris oscuro con unos tacones granate bajitos. Antes muerta que sencilla. No sabía cómo iba a ir la gente vestida, pero yo me sentía muy cómoda con la ropa que había escogido, así que cogí el bolso en el que llevaba el ordenador y una libreta, por si acaso necesitaba hacer alguna anotación, y salí de casa con otro café en la mano. El sol de la mañana me calentó la piel y me hizo ser consciente del momento.

Iba a ser un buen día.

Tenía que serlo.

No llevaba más de cinco minutos caminando cuando el móvil empezó a sonar. Era mi madre.

—Hola, cielo, ¿cómo vas? ¿Estás nerviosa?

—¡Hola, mamá! Atacada de los nervios.

—Te va a ir bien. Tengo un buen presentimiento con esta nueva etapa.

—Ojalá tengas razón.

—Ya verás que sí, cielo. Nos veremos muchos fines de semana, y tu padre y yo te llamaremos cada día.

—Gracias. —Le sonreí, a pesar de que no pudiera verme. No estaba sola. Todo iba a ir bien—. Al menos también tengo a Cata y Laia conmigo.

—Claro que sí. Os tenéis las unas a las otras, siempre. Va a ir todo bien, Nina.

—Gracias, mamá. Oye, ya estoy llegando. Hablamos después, ¿vale?

—De acuerdo. —Escuché cómo se despegaba el teléfono de la oreja y murmullos de fondo—. ¡Un abrazo de parte de tu padre y mío, por supuesto! Que vaya fenomenal.

No pude evitar soltar una risita suave.

—Otro para vosotros. ¡Hasta luego!

—Adiós, cielo.

Unos dos minutos después de colgar, llegué al campus. Estaba repleto de estudiantes. La gran mayoría aparentaban tener la misma edad que yo.

Mi facultad estaba en una punta del campus y las de mis hermanas, Enfermería y Periodismo, en la otra. Me coloqué bien el bolso en el hombro y seguí mi camino, rumbo a esta nueva etapa.

Me sentía como la protagonista de un buen libro, de esos que termina de forma intensa, pero que tiene segunda parte. Iba a pasar un tiempo sin poder olvidar lo bueno que había sido el primer libro. Scott. Pero era cuestión de tiempo. En unos meses, iba a pensar en él y no sentiría este dolor en el pecho.

Al menos, esa era la idea.

Delante de mí apareció un gran edificio blanco de unas cinco o seis plantas. Vi un gran grupo de gente apelotonada a la entrada.

Me dirigí hacia allí para descubrir lo que todos miraban: un tablón de anuncios con varias hojas colgadas y perfectamente ordenadas.

Nos habían dividido en seis grupos y asignado un tutor. Empecé a buscar mi nombre en las listas. Por un momento, tuve miedo de no encontrarlo. No estaba en las cuatro primeras listas y me estaba poniendo nerviosa. Lo encontré en la última.

Éramos unas quince personas en cada grupo. El tutor que nos habían asignado se llamaba Cormac. Su nombre estaba marcado en negrita y subrayado con rotulador amarillo.

Nos fuimos juntando de manera poco ordenada. Nadie se conocía entre sí. A juzgar por las conversaciones que oí entre la gente, todo eran presentaciones y nervios. A mi alrededor, las conversaciones eran básicamente batiburrillos de nombres, ciudades, pueblos y cosas triviales como el tiempo que hacía. Alguno que otro mencionaba lo que esperaba de la universidad y había quien incluso contaba chismes sobre los profesores que conocían por antiguos alumnos…

No me dio tiempo a pararme a hablar con nadie, ya que, justo cuando pensé en atreverme, alguien pidió silencio.

El grupo de mentores nos explicó que íbamos a hacer una visita por el campus. La idea era presentarnos la facultad, su historia y todo tipo de datos interesantes que estaba segura de que no tardaría en olvidar. Ya divididos en grupos, la gente decidió quedarse en silencio y yo me sumé a mi grupo.

En cuanto empezamos a caminar, no pude evitar ilusionarme con todo lo que estaba a mi alrededor. Los edificios, los espacios verdes, las áreas comunes. La universidad parecía sacada del decorado de una película. Empecé a imaginar las largas sesiones de estudio en la biblioteca e incluso a romantizarlas con apuntes bonitos, un buen café o un té matcha. De hecho, incluso imaginé las tardes con Cata

y Laia en el piso. Me vi levantándome temprano y disfrutando del aire frío de la mañana y de la gran variedad de actividades que ofrecía el campus.

Todo iba a ir bien. Era una promesa.

Ilusionada, les mandé un mensaje a mis hermanas por el grupo que teníamos las tres.

Yo: ¡¡Esto es increíble, chicas…!! Había visto fotos y ya me gustaba, pero en persona es ALUCINANTE.

Laia: Cuánto me alegro, Nina. Te va a venir fenomenal.

Cata: ¡Por fin un cambio de aires! ¿Quedamos a comer en el campus? ¿O pedimos comida a domicilio?

Laia: Cata, tía, no seas vaga. Que nos dé un poco el aire.

Cata: Ufff, no te soporto.

Laia: ¡¡Mentirosa!!

Cata: Lo que tú digas.

No habían pasado ni dos minutos cuando me volvió a llegar una notificación.

Cata: ¿Dónde estás, Laia?

Laia: ??????

Cata: Va, ¿dónde estás? Ven rápido a casa, que te hago *haul* del paquete que me acaba de llegar.

Laia: Catalina, ¿eres tonta? Has pasado hace un rato por el salón y estoy justo aquí.

Cata: Ah, vale, gruñona, pues voy.

Cata: Llámanos cuando termines, Nina, y nos acercamos.

Cata: ¡Te queremos!

Yo: ¡Y yo a vosotras!

Estas dos a veces se llevaban matar, pero no podían vivir la una sin la otra.

Un sentimiento de nostalgia se instaló dentro de mí. Iba a ser raro dejar de caminar por las calles tranquilas y empedradas del pueblo cada día. Por lo que había podido comprobar, en la ciudad todo era bullicio y movimiento, como si fuera imposible pararse a respirar ni un solo segundo. La gente iba corriendo de un lado a otro, saturada por el estrés. Nada que ver con la calma de mi hogar en la costa. No estaba segura de si eso era bueno o malo. Por un lado, podía llegar a ser muy estresante. Por otro, tener la cabeza en mil cosas me iba a ser de ayuda para evitar pensar en Scott.

Pero ya hacía dos meses que se había marchado.

Dos.

Dos meses del mensaje que lo cambió todo. Hacía dos meses que se había subido a aquel avión sin mirar atrás. Hacía dos meses que abrió un agujero en mi pecho. Y yo no quería saber absolutamente nada más de él. O de eso intentaba convencerme. Porque dolía demasiado pensar en el chico que lo había sido todo para mí. Ese mismo chico que, en cierto modo y aunque me negase a decirlo en voz alta, lo seguía siendo.

Dos meses no bastaban para olvidarlo.

Dos meses no bastaban para borrar todo lo que vivimos. Todos los sueños y los planes que ahora nunca se harían realidad. Sabía que iba a ser duro sacármelo de la cabeza, borrar lo que en su día habíamos sido y, sobre todo, lo que creí que llegaríamos a ser.

No fue el barullo lo que me hizo salir del trance en el que me había sumido sin darme cuenta, sino la ausencia de él.

De repente, como si de una pesadilla se tratase, alcé la vista y descubrí que todo el grupo estaba mirándome. Esperando. ¿A qué?

Noté que la vergüenza me recorría de la cabeza a los pies. Seguramente tenía la cara tan roja como si me hubiera pasado el día entero en la playa sin protector solar. Miré a nuestro tutor que, si no recordaba mal, se llamaba Cormac. Un nombre que no había oído en la vida. Era alto, rubio y de ojos verdes. Los rubios no eran mi tipo, pero había que reconocer que era bastante atractivo. Tendría unos tres o cuatro años más que yo, no sabría decirlo con certeza. Me estaba mirando fijamente. A mí.

—Vaya, tenemos una despistada en el grupo —bromeó.

Se cruzó de brazos sonriendo. Su voz era grave y, para qué negarlo, bastante atractiva también.

—Perdón, estaba un poco distraída.

Agaché la cabeza con un gesto involuntario, estaba muerta de la vergüenza.

—No pasa nada. Es un día de muchas emociones y cosas nuevas. Nos ha pasado a más de uno en nuestro primer día. —Le quitó hierro al asunto y me guiñó un ojo. No pude evitar sonreírle para agradecerle con la mirada que hubiera desviado la atención de mí—. Déjame que recapitule: estábamos presentándonos para conocernos mejor. Así se hace más ameno el inicio de universidad.

—Ah, claro, pues… —Me armé de valor—. Me llamo Marina, pero todo el mundo me llama Nina. Tengo dieciocho años y vivo en un pueblo costero. Bueno, vivía. Con todo esto de la universidad me he mudado a un piso aquí en Valencia con mis hermanas.

—¡Genial! Gracias, Nina.

Me sonrió de nuevo, creando así una especie de pequeño momento íntimo entre ambos. Enseguida, se centró en el chico de azul que estaba a mi derecha, lo invitó también a que contara algo sobre él.

Decidí que no volvería a perderme en mis pensamientos y escuché a todos y cada uno de mis compañeros de grupo mientras se presentaban. No quería volver a pasar un mal rato por no estar atenta.

Algunos de ellos llevaban toda la vida viviendo en la ciudad. Muchos otros se habían tenido que mudar, como yo. Todos parecían buenas personas, emocionados y nerviosos por lo que les esperaba. Como yo.

Tras la ronda de presentaciones y la visita guiada por el campus, volvimos a la facultad para hacer un par de actividades en grupo de introducción a la carrera. Eso nos ayudó mucho a conocernos un poco mejor entre nosotros y a romper el hielo para cuando empezasen las clases.

Siempre me había gustado conocer gente nueva. Era agradable saber que ahí fuera había personas que compartían los mismos

intereses que yo. Solo hacía falta tener el valor de salir a conocerlas.

Un par de horas después, con el final de la jornada de acogida, mi vida ya era muy distinta. Había podido hablar con muchas de las personas de mi grupo, pero, sobre todo, había congeniado con dos en concreto: Julia y Guille. Ellos también se habían mudado para poder estudiar en la universidad y eso nos hizo sentirnos muy identificados. Pero también teníamos muchas otras cosas en común.

Aunque dio la casualidad de que ambos eran de pueblos pequeños, ambos venían de la montaña, por lo que veían poco el mar. Les estuve contando cómo era mi vida en el pueblo, cómo había sido y lo increíble que era. Para ellos, pisar la arena húmeda y que el agua fría de la playa te rozase los pies una mañana cualquiera era algo de otro mundo. El sol y la playa eran solo para las vacaciones de verano. Para mí, en cambio, era el día a día y eso me hizo sentirme aún más afortunada por tener la suerte de vivir cerca del mar.

Nos despedimos con la promesa de sentarnos juntos el primer día de clase y me fui hacia la entrada del campus, donde había quedado con mis hermanas. Cogí el teléfono para escribirles y avisarlas de que ya iba para allá. Sin embargo, no había recorrido ni un par de metros cuando escuché mi nombre.

—¡Nina, espera!

Me giré confundida. No sabía quién podía ser. Al volverme, me topé con Cormac. Había estado mirándome gran parte de la mañana. Para qué engañarnos, él también me había pillado a mí lanzándole alguna que otra miradita.

—Dime.

—¿Qué tal? —Venía al trote. Se detuvo delante de mí con una sonrisa que parecía sincera—. ¿Qué te ha parecido la jornada?

—Ah, pues… Genial. Ha sido entretenida y ha estado bien conocer a la gente en un ambiente más tranquilo. Creo que mejor que si hubiera sido el primer día de clase, con los nervios a flor de piel.

—Sí, a mí también me ayudó mucho en su día.

—Ya me imagino.

Le sonreí a modo de despedida y decidí retomar mi camino. Solo me dio tiempo a dar dos pasos cuando Cormac me alcanzó de nuevo.

—¿Y yo? ¿Cómo he estado yo?

La pregunta me pilló desprevenida. ¿Cómo había estado de qué? ¿Se refería a las miraditas? ¿O…?

—¿Qué? —pregunté algo nerviosa mientras me colocaba bien el bolso en el hombro—. ¿A qué te refieres?

—Yo. Como tutor. ¿Cómo he estado? —Se encogió de hombros—. Nos dan un par de créditos extra por hacer de mentores, pero solo si los alumnos nos dejan una valoración positiva en las encuestas del curso.

—Aaah. Vaya, no tenía ni idea. —Me aclaré la garganta—. Pues muy bien, Cormac. Creo que puedes contar con esos créditos. —Le dediqué una sonrisa mientras leía por encima los mensajes de mis hermanas avisando de que ya habían salido de casa—. Ha sido una suerte tener a alguien tan atento de tutor sobre todo si te ayuda después de dar la nota el primer día.

Alcé la vista y, cuando nuestras miradas se cruzaron, ambos rompimos a reír. Estaba siendo sincera: su intervención me había salvado de morirme ahí mismo de la vergüenza.

—Gracias —insistí.

—No hay de qué. ¿Para qué están los tutores si no?

Me guiñó un ojo. El segundo guiño del día. Yo le correspondí con una sonrisa amistosa, pues no sabía muy bien qué significaba lo que

hacía.

—Oye, ¿y hacia dónde vas? Podemos ir juntos, si te parece bien.

—¡Claro! He quedado con mis hermanas en la entrada del campus.

—¡Qué casualidad! Yo también iba hacia allí.

—¿En serio?

Nos miramos durante un instante y entonces se echó a reír.

—La verdad es que no, pero quiero acompañarte.

Hizo un gesto para que cruzase la puerta antes que él y yo acepté su compañía. De camino a la salida, empezamos a caminar mientras hablábamos como dos viejos amigos que se conocían de toda la vida.

En ese momento no supe ver quién era Cormac en realidad.

Ni en ese momento ni meses después. No tenía ni idea de que, en ese mismo instante, empezaba uno de los peores capítulos de mi vida.

Capítulo 19

Nina



Las cosas siempre ocurren por un motivo. Quizá ahora no le encontramos el sentido, quizá nos parecen injustas, pero la gracia es descubrir lo que el destino nos tiene preparado. Nos ofrece grandes oportunidades, solo si estamos dispuestos a luchar por ellas.

Horas más tarde, Scott y yo llegamos a uno de los lugares más bonitos que había visto en mucho tiempo.

No habíamos intercambiado más de dos palabras en todo el camino. Él había estado en la zona de control todo el trayecto con el semblante serio y mirando el móvil, la pantalla del barco y mil papeles que, a decir verdad, no sabía de dónde había sacado. No me había acercado a hablar con él porque se le veía ocupado. En su lugar, había decidido quedarme en la zona de atrás de la cubierta, en el mismo lugar en el que había llamado a mis hermanas horas antes. Desde aquí, aunque de espaldas, alcanzaba a verlo. No me

despegué de la barandilla del barco en todo el camino y tampoco revisé el teléfono.

No sabía si tendría algún mensaje de mis hermanas o de mis padres. Estaba todo muy reciente y lo último que me apetecía era ver si alguien había intentado contactarme. Quizá Scott tenía razón. Quizá era mejor dejar que las cosas se enfriasen un poco, poner un poco de distancia entre nosotras y, cuando volviera, hablar largo y tendido de todo lo que había ocurrido.

Y quizá quería centrarme en los días que teníamos por delante.

En lugares como el que veían mis ojos en este momento.

Scott aminoró la velocidad del barco hasta casi detenernos. Me levanté y subí las escaleras que llevaban a la zona de control, donde él aún revisaba papeles y pantallas.

Estuviéramos donde estuviéramos, era un lugar de aguas increíblemente azules y claras. De esas en las que, cuando te bañas, puedes verte el resto del cuerpo muy nítido sin necesidad de hundir la cabeza. Se veían calas muy poco concurridas a lo lejos.

—¿Ya estamos? —le pregunté. Deseaba que ese fuera nuestro destino final y no estuviéramos simplemente de paso.

Era un sitio precioso.

—Casi —contestó, levantando la vista dos segundos de la pantalla.

—Y… ¿nos queda mucho?

«Por favor di que no. Por favor di que no…».

Entonces, con cierta picardía y brusquedad, aumentó la velocidad sin previo aviso y me hizo perder el equilibrio. No tenía nada lo suficientemente cerca como para agarrarme, así que solo podía esperar el golpe y dolor punzante de la caída. Sin embargo, unos brazos firmes y rápidos me agarraron por la cintura antes de que llegase a tocar el suelo. Me quedé con las manos apoyadas en su

pecho, con la cabeza demasiado cerca y la boca a menos dos milímetros de distancia.

Nos miramos a los ojos, ambos testigos de este momento. Testigos de lo cerca que teníamos los labios el uno del otro. Scott fue incapaz de mantener la vista en un punto fijo entre mis ojos y mis labios. Reconocí esa mirada y también el fuego que ardió dentro de mí.

—No te recordaba tan torpe.

Noté que el calor de su aliento me rozaba la comisura de los labios.

—Eso es porque has estado fuera mucho tiempo —me defendí. Su gesto se endureció y me sujetó con más fuerza de la cintura.

—Pues tendré que recuperarlo, ¿no te parece?

A menos de dos centímetros de mi boca, su voz era apenas un susurro. Sabía que no estaba bien, que habíamos quedado como amigos y esto no debería estar ocurriendo, pero era incapaz de pedirle que me soltara.

—Y sabes que la paciencia nunca ha sido mi fuerte —añadió.

Con eso, zanjó la conversación y alzó la mirada hacia el mar sin soltarme la cintura. Se puso recto a mi lado, y con la mano derecha sujetó el timón, pero siguió sin apartar la otra de mi cintura. Despegué las mías de su pecho, pero no me moví. Me quedé ahí, en cierta manera acurrucada, sin deshacer la poca distancia que nos separaba, confusa y un poco avergonzada por lo que acababa de ocurrir.

Deseé que el fuego que estaba creciendo en mí se apagara y todo volviera a la normalidad, pero conocía demasiado bien esa sensación.

Cuando Scott encendía fuegos, el mundo ardía.

Volvió a reducir la velocidad hasta dejarnos totalmente parados, todavía anclados el uno al otro.

—Esperaba que no te mataras antes de poder ver esta preciosidad —dijo con una sonrisa en los labios mientras me miraba con atención.

Seguía con la mirada fija en él, pero sus palabras me hicieron reaccionar y empezar a observar el lugar. Si el paisaje de antes ya era bonito, este era insuperable. El agua seguía teniendo esa tonalidad cristalina. A nuestra derecha había un acantilado, pequeño a la vez que imponente. A su lado se extendía una cala, completamente desierta, como si estuviera hecha para nosotros dos.

Parecía el lugar correcto en el momento idóneo. O al menos, así es como lo sentía yo.

Sin pensármelo dos veces, me lancé al cuello de Scott y lo abracé con todas mis fuerzas. El lugar era increíble. Disfrutar de este paisaje, de las vistas y de esta sensación era un regalo. Y solo era posible gracias a él.

No tardó en devolverme el abrazo y me rodeó la cintura con sus anchos y fuertes brazos.

—Nina… —murmuró, exhalando con sorpresa el aire contenido en sus pulmones—. No voy a ser yo el que se queje de tenerte tan pegada a mí, pero… ¿todo bien?

—Gracias, Scott.

Empezó a acariciarme el pelo de arriba a abajo. Me peinó con los dedos y deshizo los nudos con cuidado.

—Te he dicho que no tienes que darlas, ojos claros.

Un ligero cosquilleo me recorrió el cuerpo. Rompí el abrazo solo para poder admirar esos ojos color miel.

—Sí, claro que sí. Gracias por haberme traído aquí. Este lugar es alucinante. No sé ni cómo describir lo bien que me siento ahora

mismo. Han sido unos años de mierda, pero estar aquí ahora… —Desvié la mirada un instante de sus ojos para volver a contemplar el paisaje—. En cierta manera me hace estar tranquila. No sabes el tiempo que hacía que no me sentía así…

Me acarició la mejilla con el pulgar para secar algunas de las lágrimas que, sin esperarlo, me recorrieron la cara. No eran lágrimas de tristeza, al contrario. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía feliz, viva y tranquila.

—Algún día me contarás lo que te ha pasado.

No fue una pregunta, sino una afirmación. Usó un tono serio, pero con un toque suave que empecé a sospechar que solo usaba conmigo.

—¿Además de una ruptura? —Hice un gesto con el dedo, señalándonos una y otra vez a ambos.

—Además de una ruptura —contestó envolviendo sus dedos sobre la mano con la que le había hecho el gesto.

—Quizá algún día —admití.

Igual fue la emoción del momento. Quizá fue el clima que nos envolvía, el paisaje de película que nos rodeaba, pero empecé a sentir que podía confiarle a Scott lo que antes me parecía impensable contarle a nadie. Aunque no fuera en ese instante, porque no quería estropear un momento así con mis problemas.

Pensándolo bien, era surrealista. En menos de veinticuatro horas, había pasado de sentir ese amor-odio a estar en mitad de Formentera y con ese desagradable sentimiento de rabia y rencor siendo sustituido por otro muy diferente. Bueno, era yo la que había dejado atrás todo eso, pues empezaba a sospechar que ese sentimiento nunca se apoderó de él.

¿Scott y yo siendo amigos después de todo?

Era raro, pero lo adecuado. Yo no estaba preparada para una relación y menos con mi ex. ¿Estábamos locos? Vale que hubiéramos aclarado las cosas y sacado a relucir todo nuestro pasado. Vale que dentro de mí había algo que me atraía hacia él. De hecho, era muy posible que jamás dejase de sentirme así. Éramos como dos imanes: a pesar de la distancia física y el tiempo, siempre buscábamos encontrarnos. Pero de ahí a tener algo con él… No, imposible.

«Nina, para. Si no quieres nada con él, deja de pensarlo y de darle vueltas. Ahora sois amigos, os conocéis demasiado. Lo único que ocurre aquí es que, después de haber solucionado vuestros problemas, la confianza que tenías en él está saliendo a relucir, pero nada más. Por eso te sientes tan cómoda a su lado».

Tenía que ser esa la explicación a por qué me sentía así.

—Venga, Scott, ¿nos hacemos una foto? —dije para romper la tensión que se había generado en un segundo.

Me separé de él para salir de la zona de control y busqué un buen sitio en la zona más alta del barco. Me arreglé un poco el pelo, apoyé la espalda sobre la barandilla, con el mar de fondo y la mejor luz posible. Alargué la mano hacia él para invitarlo a unirse.

—No, Nina, nada de fotos.

Frunció el ceño, incómodo.

—¿Cuatro años no han sido capaces de borrarte la vergüenza de salir en cámara? —Me reí. Era imposible evitarlo.

Scott odiaba salir en las fotos. Decía que se sentía incómodo. Daba igual que fuera un selfi o una foto grupal. Era superior a él. Y no sabía explicar por qué, pero siempre me había hecho gracia su reacción. De todas maneras, lo respetaba. Así que, nada de fotos. Al menos hasta que él se sintiera cómodo.

—Ya me conoces… —Sonrió. Se quitó la gorra y se peinó con los dedos los mechones rebeldes de color negro azabache. Era un gesto

que solía hacer cuando algo le incomodaba.

—Eso creo.

Nos miramos a los ojos, envueltos en un silencio extraño.

—Pero puedo hacértela a ti si quieres —cedió encogiéndose de hombros.

—Venga, vale. Quiero recordar este momento.

Se puso justo delante de mí y se sacó el móvil del bolsillo trasero.

—¡AY! —grité sin pensar en cuánto *ese* recuerdo me vino a la cabeza.

—¿¡Qué!?

Scott se llevó las manos a la cadera en menos de un segundo. De hecho, llevó las manos a la pistola que no me había dado cuenta que llevaba encima hasta ahora.

En ese preciso instante, la realidad cayó por su propio peso y me aplastó sin piedad. Haciéndome ver la cantidad de tiempo que había pasado. Todas las cosas que me había perdido y no reconocía en él.

No tuve miedo.

Con él no.

—¿Scott?

Miró hacia todos lados con una velocidad impresionante y después guardó el arma. Se pellizcó el puente de la nariz, angustiado, y enseguida volvió a centrar toda su atención en mí.

Recorrió los metros que nos separaban, colocó la mano sobre mi nuca y me acercó a él con fuerza. Sentí la calidez de su cuerpo y, como por instinto, le rodeé la cintura con los brazos. La risa que trataba de contener se me escapó sin remedio. ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Lo habían sacado de una película de acción o qué?

—Hostias, Nina, no tiene gracia.

—¿Desde cuándo llevas pistola?

Tenía la cabeza apoyada sobre su pecho y cada una de las palabras que salían por su boca resonaban contra mi cuerpo, lo que avivaba más y más el fuego que había vuelto a encender.

—¿Y desde cuándo no te dan miedo a ti? —contraatacó algo alarmado.

Sus palabras me calaron en lo más hondo. Pero no contesté. No estaba preparada para ello.

—Yo he preguntado primero.

Despegué la cabeza de su pecho y lo miré a los ojos. Sonrió y, por cómo lo hizo, supe que tampoco iba a responder a mi pregunta.

—Anda, vamos a hacerte esa foto, ojos claros.

—Espera, me acabo de acordar de que me he traído una cámara digital que hace fotos monísimas. Creo que la tengo abajo.

Me dirigí al camarote, aunque no pude evitar que me entrara la risa floja. Era inevitable. Y yo siempre había sido así: expresiva. A veces no llegaba a ser consciente de cuánto.

Al llegar al camarote, empecé a revolver en la mochila para buscar la cámara que sabía que había metido. La realidad es que la vi encima de la cómoda de la habitación justo antes de salir y como un acto reflejo la cogí. Scott vino detrás de mí. Se cruzó de brazos y se apoyó con el hombro contra la pared lateral de la escalera, esperando en una posición más sexy de lo que jamás admitiría en voz alta.

Mientras rebuscaba entre mis cosas, me di cuenta de algo.

«Esto no puede estar pasando…». Me detuve y resoplé. Por supuesto que, haciendo la maleta con tanta prisa e impaciencia, algo se me iba a olvidar.

—¿Qué ocurre? —Scott frunció el ceño.

—Pues… —Me rasqué la nuca, nerviosa—. No tengo pijama.

Una carcajada ronca e intensa resonó en todo el camarote. Me lancé hacia él, molesta ante su reacción y le propiné un pequeño golpe en el hombro. Casi ni se movió.

—¡No es gracioso, Scott!

¿Scott salido de una peli de acción? Graciosísimo. ¿Yo teniendo que dormir sin pijama? No tanto.

—Sí que lo es —dijo sin dejar de reírse y acercándose a mí— Nada… Dos simples cositas, ¿vale?

—¿El qué? —lo miré enfadada.

—La primera: ¿quién en su sano juicio se acuerda de traer una cámara antes que un pijama?

Se acercó aún más.

—Sabes lo mucho que me gustan las fotos —protesté. Estaba tan cerca de mí que me estaba haciendo que me pusiera nerviosa.

—Lo sé, ojos claros…

Su mirada volvió a caer en mis labios.

—¿Y la segunda?

Subió la mirada a mis ojos y *ese* intenso hormigueo me carcomió por dentro.

—Bueno, hemos dicho que ahora somos amigos… Pero, cariño, te he visto suficientes veces desnuda como para que ahora te importe no haber traído pijama.

—¡Scott!

Abrí los ojos como platos, sorprendida y avergonzada a partes iguales. Si antes estaba nerviosa, en ese momento estaba a punto de explotar. Aun así, el fuego no dejaba de crecer.

—Tampoco es que haya dicho ninguna mentira —añadió. Levantó las cejas burlón.

—No pienso dormir en pelotas, imbécil.

Scott se dio la vuelta, abrió el pequeño armario donde estaba su ropa, colocada y ordenada a la perfección. Ahora que me fijaba, incluso la había organizado por colores.

Scott y sus manías.

—Una pena, pero toma.

Con un gesto rápido, sacó una camiseta blanca del armario y me la lanzó. Suerte que la cogí al vuelo.

—Puedes quedártela y usarla de pijama.

—Gracias…

—De nada. Aunque, si algún día prefieres dormir en bolas, no seré yo quien te lo impida.

—¡SCOTT!

Me lancé hacia él, muerta de la vergüenza, y le golpeé en el centro del pecho. Lo único que conseguí despertar en él fueron carcajadas aún más intensas que las anteriores.

—Vale, vale… Ya me callo.

Me dio un toquecito en la nariz, burlón, se giró y volvió a subir hacia la cubierta. Me quedé escuchando sus carcajadas hasta que empezaron a perderse en la distancia. Aún sentía cómo ardía cada rincón de piel en el que la suya había rozado la mía. Y ahí estaba otra vez, ese fuego que no dejaba de crecer por minutos. ¿Qué me pasaba y por qué este chico conseguía provocar estas reacciones en mí?

«Madre mía…, y esto es solo el principio del viaje».

Si una cosa me había quedado clara después de todo, era que Scott jamás iba a dejar de provocar este fuego y ese vendaval de emociones en mí.

Y eso tenía que significar algo, ¿no?

Capítulo 20

Scott



Dicen que la distancia lo mata todo y eso mismo
llegué a pensar. Al menos, durante un tiempo.

Llevábamos oficialmente un par de horas en Formentera y las vistas eran tremendas. No me quedó otra opción que echar ancla ahí mismo en vez de ir y amarrar el barco en el puerto. De camino a la isla, había estado haciendo unas cuantas llamadas, pero no íbamos a poder alquilar un espacio hasta el día siguiente. Nos iba a tocar pasar la noche en mar abierto.

No me hacía especial ilusión. Me sentía más seguro con el barco amarrado y más con Nina a bordo. Pero el mar estaba en calma y tenía las corrientes y el clima controlados, así que me dije a mí mismo que todo iba a ir bien.

Serían sobre las tres de la tarde, más o menos. Habíamos hecho pasta para comer. Bueno, más bien: *yo* había hecho pasta para comer. Nina y la cocina no eran una combinación demasiado

acertada. Después de recoger y limpiar, cada uno se fue por su lado sin intercambiar demasiadas palabras. Empecé a notar entonces un dolor de cabeza bastante desagradable, más intenso aún si cabe por detrás de los ojos.

Padecía de migrañas y, en esos casos, lo mejor que podía hacer era dormir un rato. Oscuridad, mucha oscuridad. El problema era que estar en mitad del mar en pleno día y flotando en un barco no ayudaba con los mareos y las náuseas. Por suerte, no era la primera vez que me pasaba a flote y sabía lo que tenía que hacer.

Bajé al camarote y me tumbé en la cama de matrimonio. Le había dicho a Nina que era suya, pero la idea de dormir en el sofá cama era devastadora en ese momento. Me estaba empezando a encontrar fatal. Necesitaba descansar un rato.

Me tumbé boca arriba y me puse una camiseta sobre los ojos para intentar tapar de la mejor manera posible la intensa luz que entraba en el camarote a esa hora.

No sé cuánto tiempo pasó.

Lo siguiente que recuerdo es que noté que la cama se hundía. Nina se tumbó a mi lado y me tocó el brazo con caricias lentas y suaves.

—Scott… ¿Estás bien?

Me aparté la camiseta de la cara para mirarla con un ojo entreabierto y el otro cerrado. Intenté acostumbrarme a la luz que inundaba el camarote sin mucho éxito. El dolor que ya tenía se acentuó por la maldita luz.

—Sí, tranquila —mentí—. Solo necesito dormir un rato.

—Son migrañas, ¿verdad? —susurró.

Volví a colocarme la camiseta en los ojos, incapaz de soportar la luz. Levanté el pulgar para hacerle entender que estaba en lo cierto. No tenía ganas ni de hablar. Me encontraba fatal.

Ella, sin decir ni una sola palabra, se acercó aún más, puso varios cojines contra la pared que hacía de cabecero de la cama y apoyó la espalda en ellos. Con cuidado, me colocó la cabeza sobre sus piernas y empezó a acariciarme el pelo como había hecho tantas otras veces.

Sabía bien lo mucho que me afectaban estos dolores de cabeza, al igual que sabía lo mucho que me calmaba que hiciera justo lo que había empezado a hacer. Al segundo, me colocó una bolsa bien protegida con unos cuantos hielos, sobre la frente. No me había dado cuenta de que la había traído, pero se lo agradecí intensamente. Fue en ese momento cuando por fin sentí que podía descansar y el sueño se apoderó de mí.

—NO… ¡JUSTIN!

Apunté con agilidad y disparé al hombre que tenía en frente justo antes de que él pudiera vaciarme el cargador en el pecho. Acerté en el brazo y lo obligué a retirarse como una rata asquerosa mientras se presionaba la herida. Mi puntería era impecable. No pensaba disparar a matar justo en ese momento.

El cabrón iba a sufrir cuando lo pillara. Porque lo iba a atrapar. Ese desgraciado había asesinado a sangre fría a una chica, pero lo que más me importaba en ese momento era mi hermano.

Corrí hacia él todo lo rápido que pude esquivando el charco de sangre que rodeaba el cuerpo de la muchacha.

—¡Justin! ¡Justin! —Le di varias palmaditas en la cara para que reaccionara, aunque fuera lo más mínimo—. ¿Cómo estás, tío? Venga, no me jodas, despierta.

Nada.

—¡JUSTIN, JODER! ¡NO PUEDES DEJARME AHORA! ¡TE NECESITO!

A cada segundo que pasaba, el agujero que sentía en el pecho se iba haciendo más grande. Justin no despertaba. Estaba tendido en el suelo, inconsciente. Lágrimas de rabia me manchaban la cara. Este no podía ser su final. Me negaba a aceptarlo. Pasé de la negación a la ira en tiempo récord. Estaba cabreado. Conmigo mismo, sobre todo, y con él.

No podía dejarme. Era mi hermano, lo necesitaba.

Di un puñetazo en el suelo y me jodí los nudillos.

—Necesito apoyo médico, YA —dije mediante el pinganillo que nos conectaba con el equipo en la central—. Tenemos un agente herido. Repito, tenemos un agente herido.

Nadie sabía que habíamos salido de misión. Este mensaje era su primera noticia.

Y, justo al pronunciar la orden, mi hermano abrió los ojos muy despacio y salió del plano inconsciente para toparse de golpe con la jodida realidad. Me miró. En un acto reflejo, me cogió la mano como pudo. Sabía lo que venía a continuación.

Un grito de puro dolor resonó en el garaje asqueroso y mohoso en el que nos encontrábamos. Y no solo lo escuché, sino que también lo sentí como si fuera mío. Y lo que es peor: yo había tenido la culpa de que ahora él estuviera así.

Yo había desobedecido las órdenes y yo lo había arrastrado conmigo.

—Estoy aquí, Justin, no estás solo. La ayuda está en camino, ¿vale? —le dije mientras me secaba de manera brusca las lágrimas con la manga destrozada y sucia del uniforme. Seguramente me estaba manchando la cara, pero era lo que menos me importaba en ese momento.

—¿Y la chica…?

Le costaba hablar, pero, hasta en este estado, Justin se preocupaba más por los demás que por él mismo. Lo admiraba por ello. Mi hermano me miró fijamente, intentaba encajar el dolor de la mejor manera posible.

Mi única respuesta fue negar con la cabeza, pues me sentía culpable por no haber podido ayudarla. Daba igual que no la conociéramos de nada: cuando no puedes evitar perder a alguien que debes proteger, duele como mil demonios.

—No he… No he podido hacer nada… Lo siento.

Cerró los ojos con fuerza. Podía imaginarme la cantidad de dolor que sentía, pero ni siquiera podía imaginar cómo era añadirle encima ese tipo de duelo. La maldición de los Hovland parecía ser la empatía, o al menos la de mi hermano y mía. Me habría cambiado sin dudarlo por estar en su situación y evitarle, al menos, uno de esos dos dolores.

—Hazle pagar, Scott —susurró con dificultad.

No necesité nada más, ninguna explicación más. Esas dos palabras se instalaron en mi cabeza como una promesa.

Iba a hacérselo pagar a ese gran hijo de puta.

Costara lo que costara.

—Scott… —Alguien decía mi nombre en la distancia—. Scott, despierta.

Noté que me cogían por los hombros, de los brazos, y me sacudían.

—¿¡Scott!?

Abrí los ojos, desorientado. La camiseta había desaparecido de mi cara. Seguía molestándome la luz que entraba en el camarote, pero ni de lejos entraba con la misma intensidad de antes.

«¿Dónde estoy?».

Fui consciente entonces de que estaba apoyado sobre las piernas de Nina, pero no recordaba el momento exacto en el que había ocurrido esto. Me froté la cara con las manos para intentar deshacerme de la incómoda sensación que se me había quedado en el cuerpo tras revivir el accidente.

—Creo que estabas teniendo una pesadilla —susurró ella.

Me incorporé y apoyé la espalda sobre la fría pared.

—No era una pesadilla.

Me arrepentí al instante. No debería haber dicho algo así en voz alta.

—¿A qué te refieres? —Ella frunció el ceño y también se incorporó.

—Nada, Nina. Enseguida se me pasa.

Usé un tono serio. Intenté que no se me notara en la voz: la preocupación, la angustia… Pero alcé la vista y me topé con sus imponentes ojos azules.

—Estabas murmurando cosas, Scott…

«Mierda».

—¿Qué le ha pasado a Justin?

La preocupación de su voz aumentaba con cada palabra. Cuando estábamos juntos, mi hermano y ella siempre se llevaron de maravilla. La verdad, de toda la vida, Justin ha sido el que más don de gentes ha tenido de los dos. Claro que se llevaban bien.

—Pues no sé, Nina, no hablo con él a cada segundo del día.

Intenté reírme como pude para evitar la conversación. Ni en broma iba a dejar que Nina se enterase de cosas de mi trabajo. Y menos, de *esa* ¿no?

—Scott…, parecías preocupado. Y sollozar en sueños mientras dices el nombre de tu hermano y te revuelves intranquilo no es lo más normal del mundo que digamos.

Suspiré. Nina no se iba a rendir tan fácilmente.

—Sabes que hay cosas que no puedo contarte.

Mi voz era firme y seria. ¿Cómo no iba a serlo? Habían disparado a mi hermano por mi culpa. Dos segundos antes de verlo caer al suelo, había visto morir de un disparo a una inocente.

—Entonces ¿es verdad? ¿Le ha pasado algo malo a Justin?

Abrió mucho los ojos, estaba claro que esperaba mi respuesta. No podía dejarla así, comiéndose la cabeza e intentando averiguar lo que de verdad había ocurrido. Eso hubiera sido peor.

—Lo que voy a soltar ahora mismo por la boca es tremendamente confidencial, Nina.

Me estaba saltando como veinte normas del reglamento, pero supongo que me daba igual. Por ella estaba dispuesto a cualquier cosa.

—Vale.

—No, Nina. Necesito que esto no salga de estas cuatro paredes. Nadie puede saberlo.

—Confía en mí, Scott.

Conforme esas tres palabras salieron de su boca, se me clavaron en el pecho.

—Jamás he dejado de hacerlo —dije con intención.

Nos miramos a los ojos durante un instante. Después le cogí las manos con un gesto suave y me preparé para contarle lo que había ocurrido a pesar de saber lo horrible que era.

—Hace un mes y algo, dispararon a Justin.

Tal y como sospechaba, se quedó de piedra. Abrió la boca, pero no llegó a pronunciar ni una sola palabra hasta segundos después.

—¿Cómo…? ¿Qué pasó…? —preguntó impaciente.

—Shhh, mi vida, tranquila. Escúchame, ¿vale? —Le acaricié la mejilla para intentar calmar la tensión y la angustia que sabía que estaría sintiendo, pues era la misma que llevaba oprimiéndome el

pecho a mí desde que ocurrió. Lo único que, en mi caso, se sumaba la culpa.

—¿Está…?

—No, Nina, tranquila… Escúchame. Eh, escucha. —Me miró a los ojos y asintió temblando—. Está bien. Por suerte, la bala solo le atravesó el hombro izquierdo. Pero lo peor ya ha pasado. De hecho, está casi recuperado ya.

—¿Y cómo…? ¿Cómo pasó?

—Estábamos de misión, él y yo solos. En una en la que no debíamos estar. Fue todo culpa mía. Me obsesioné con perseguir a… a un tipo. Estaba preparándolo todo para escabullirme e ir por mi cuenta, pero Justin me pilló y se empeñó en acompañarme. No cumplí el protocolo, fui imprudente y él pagó las consecuencias.

Nina no respondió. La pausa se hizo eterna.

—No sé qué decir… —confesó al final—. Jamás me habías contado nada sobre tu trabajo. Y menos algo así. No pensaba… No pensaba que os exponíais a tanto o que…

—Lo sé. En realidad, no podía contarte nada y sigo sin poder. Pero tampoco podía dejarte con la incertidumbre.

Se tomó unos segundos antes de contestar.

—Gracias… por confiar en mí. Y me alegro de que Justin esté bien, de verdad.

Sonreí para enmascarar el dolor que sentía. Me levanté de la cama. Necesitaba deshacerme de esta angustia y enjuagarme la cara con agua fría parecía una buena solución a corto plazo.

—Scott, oye. —Nina me siguió hasta el baño y, con gesto suave, me colocó ambas manos sobre las mejillas—. No es culpa tuya. No dejes que ese pensamiento te coma vivo, ¿vale?

—Tranquila, Nina, puedo con esto.

Al menos, lo iba a intentar.

Nina me dio algo de espacio. Salió del baño y yo me quité la camiseta y me lavé la cara con agua helada a ver si así también me deshacía de los últimos resquicios de la migraña. A pesar del revoloteo de recuerdos horribles, me di cuenta de que había conseguido descansar un buen rato.

—Oye, Nina, ¿cuánto he dormido?

Salí del baño secándome la cara y me apoyé en el marco de la puerta. Para que se me pasaran las migrañas, tenía que echarme una siesta de dos horas como mínimo, pero tenía la sensación de que había dormido mucho menos.

—Hummm… ¿Unas tres horas y algo?

—¡¿Qué?!

Empecé a revolotear por la habitación buscando el móvil para comprobarlo. Lo encontré en la mesilla, al lado de la cama.

Eran las siete de la tarde.

Me había tirado más de tres horas durmiendo, apoyado encima de Nina, sin dejarla levantarse o moverse.

—¿Por qué no me has despertado? Llevo todo este rato encima de ti sin…

—Porque sé lo mucho que te afectan las migrañas. No quería que te encontrases aún peor al despertar.

Las palabras «solo amigos» resonaron en mi cabeza. No podía hacer ese tipo de cosas, cuidarme como antes y esperar que me conformara con esa estúpida promesa que no tenía sentido ninguno.

Quizá fue mi naturaleza impulsiva, pero una idea fugaz se me pasó por la cabeza. Antes de que se diera cuenta, la había cogido por las piernas y me la había echado al hombro. Ella tampoco llevaba puesta camiseta, solo la parte de arriba roja del bikini y unos pantalones cortos.

Fenomenal.

—¡Scott, bájame!

—Ya me encuentro mejor —dije con sorna, mientras subíamos las estrechas escaleras. Fui con cuidado de no golpearle la cabeza sin querer.

—¡Genial! Me alegro mogollón. PERO ¡BÁJAME!

Empezó a golpearme la espalda y a mover las piernas en un intento desesperado por escapar.

—Ni hablar, tú y yo vamos a recuperar el tiempo perdido.

—¡Qué tiempo! ¡¿Qué dices, Scott?!

—Podríamos haber hecho muchas cosas esta tarde y, por mi culpa, nos hemos quedado encerrados en el camarote. Cosa que me encanta, por cierto. Pero vamos a aprovechar lo que queda de tarde.

—Oh, ¡no te atreverás! ¡Scott, ni se te ocurra!

Por supuesto que se me iba a ocurrir. Ella y yo nos íbamos de cabeza al agua.

—Ponme a prueba —dije con una sonrisa burlona a pesar de que no pudiera verme.

Ya estábamos en la parte de atrás de la cubierta del barco, en un pequeño hueco sin barandilla. Años atrás, Justin y yo la quitamos mano a mano para poder saltar sin dificultad al mar cuando nos apeteciera.

—¡Coge aire, ojos claros!

—¡Scott!

Cogí impulso y salté con Nina.

Sentí el cambio de temperatura. ¡Y cuánto lo había echado de menos! El mar envolviéndome, la sensación de salir a tomar aire cuando los pulmones te queman y no pensar en nada más que en dejar la mente en blanco y disfrutar del paisaje que te rodea.

Nina salió del agua al mismo tiempo que yo. Se agarró a mi cuello mientras tosía el agua que parecía haber tragado.

—¡No me ha dado tiempo a taparme la nariz, idiota! —Tosió.

Nina en su mayor esplendor. Podían pasar los años, pero su manía de taparse la nariz como una niña pequeña no iba a desaparecer jamás. Y eran justo esas pequeñas cosas las que me encantaban de ella.

Con Nina aún agarrada al cuello, observé el paisaje mientras nos mantenía a flote.

—Mira esto, Nina… —Le hice un gesto con la cabeza para que viera el increíble paisaje que nos rodeaba.

Lejos, a nuestra derecha, había un pequeño acantilado con vegetación en la cima y, enfrente, unas calas casi paradisíacas de aguas cristalinas y prácticamente desiertas a estas horas. Era el contraste perfecto entre mar y montaña. Me había comido la cabeza para encontrar este punto exacto en el mapa en el que no hubiera casi gente. Detrás, a lo lejos, unos cuantos veleros blancos navegaban con tranquilidad. Uno estaba más cerca de lo que me gustaría, pero decidí no darle demasiada importancia y centrarme en el cielo despejado que nos cubría. Y, justo en el medio de todo ese paisaje, estábamos nosotros.

Era algo surrealista, que después de lo que habíamos pasado estuviéramos así. Después de años de contacto cero, de echarla de menos a cada segundo, de arrepentirme de haberme marchado del pueblo. Después de todo, ahí estábamos, como si nada.

Nadando juntos.

Me hacía el chico más feliz del planeta poder tenerla a mi lado, aunque fuera como amigos. La sujeté bien por la cintura para evitar que se me resbalase.

—Oye… —cambié de tema.

—¿Qué?

Me miró con esos ojos azules suyos y yo usé la excusa de mantenernos a flote para pegar su cuerpo al mío todavía más.

—Antes, cuando te estaba contando lo de Justin, te he llamado «mi vida». No te voy a pedir perdón por eso, pero quiero respetar tu decisión de ser amigos. No me he dado cuenta y…

Me interrumpió, agarrándose bien a mi cuello.

—Tranquilo, Scott. —Sonrió para quitarle importancia al asunto.

—No. Hicimos una promesa, aunque me toca mucho los huevos, para serte sincero… —Una risa se escapó de sus labios—. Pero te prometí que la cumpliría. Y esta vez no voy a fallar a mi palabra.

—Vamos a empezar de cero. Esto no ha pasado, ¿de acuerdo?

—Hecho.

Aceptar el trato me costó una barbaridad.

No quería que fuéramos solo amigos. Jamás iba a poder verla de esa manera. Me abrazó con fuerza y, si alguien hubiera podido capturar el momento, la estampa habría sido preciosa. Ella, con su pelo dorado y sus brazos sobre mi cuello, y yo, con el pelo negro azabache enmarañado, abrazándola por la cintura. Los dos. Y a nuestro alrededor, este pequeño paraíso.

Ojalá hubiera podido detener el tiempo.

Pasamos casi una hora nadando, disfrutando del Mediterráneo. Nos tiramos al agua desde la cubierta, nos hicimos ahogadillas. Cumplimos nuestra promesa. Después, nos duchamos. Por separado, por desgracia. Cocinamos juntos, eso sí. Bueno, yo cociné. Nina canturreó sus canciones favoritas a mi alrededor. Pero me gustaba verla así, más feliz.

Definitivamente, el mar también era su medicina.

Después de cenar unas hamburguesas con patas fritas y verduras, nos fuimos a dormir.

Estuve más de una hora dando vueltas en el incómodo sofá cama, era incapaz de dormirme. No podía dejar de pensar en que tenía a Nina a menos de dos metros, durmiendo solo con mi camiseta como pijama en la cama que tantas veces habíamos compartido. ¿Cómo habíamos llegado a este punto? Aunque si algo tenía claro era que prefería mil veces estar en ese sofá de mierda a dos metros de Nina mucho antes que estar en la mullida cama de Edimburgo a miles de kilómetros de ella.

Para cuando conseguí dormirme, el único pensamiento que me rondaba la cabeza era lo agradecido que me sentía por esos días que me había regalado la vida.

Días en los que la chica de pelo dorado y ojos claros como el mar volvía a estar en mi vida.

Capítulo 21

Nina



Bien, enfádate conmigo. Deja de ser tan tú conmigo. Deja de ser el Scott de siempre. Porque si tú eres el Scott de siempre, yo volveré a ser la Nina de antes y no lo voy a poder soportar.

De no ser por los molestos rayos de sol que entraban por la ventana, que me daban en la cara de lleno, hubiera dormido un rato más. A pesar de estar anclados en mitad del mar en vez de amarrados en puerto, había conseguido descansar bastante bien. Estar aquí, haber salido del pueblo y cambiar de aires había sido como dejar todos los problemas y preocupaciones atrás. O por lo menos, era lo que estaba intentando. Mi actitud y ánimo parecían haber dado un giro de ciento ochenta grados. Necesitaba aprovechar esta racha para dejarlos bien enterrados y, con suerte, no volver a saber nada más de ellos en lo que me quedara de vida.

Scott estaba durmiendo en el sofá cama, a escasos metros de mí. Su pijama no era más que un pantalón de chándal corto y gris que

dejaba su torso a la vista.

Ya no era un chiquillo. Había cambiado. Estaba mucho más fuerte que cuatro años atrás. Había cumplido los veinticinco en febrero y, por lo poco que había visto y él mismo me había contado, comprendía mejor el tipo de trabajo al que se enfrentaban su hermano y él día a día. Entendía el cambio: su cuerpo, agilidad y destreza eran un arma más para él. Pero, por otro lado, me ponía enferma solo de pensar en lo que habría llegado a ver o a qué se habría tenido que enfrentar.

Me levanté de la cama a eso de las ocho y media de la mañana, intenté no hacer demasiado ruido mientras revoloteaba un par de minutos por el camarote buscando el móvil. Subí a la cubierta de puntillas para no despertar a Scott.

No había vuelto a hablar con mis hermanas desde la llamada de ayer. Hacía años que no discutíamos así. Aunque con esfuerzo entendía su punto de vista, me negaba a dejarlas escudarse detrás del «No queríamos hacerte daño» y «No queríamos que lo pasaras peor» por y para siempre.

Agradecía que se preocuparan por mí y tenerlas de mi lado, pero era perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones y trazar el camino que quería que tomara mi vida. Es muy frustrante sentir que te arrebatan ese derecho, da igual lo cercanas que sean esas personas o lo mucho que te quieran.

Le eché un vistazo a los mensajes mientras deambulaba, aun medio dormida, hacia la zona de tumbonas. Ni Cata ni Laia me habían escrito.

Sin embargo, otra persona muy distinta sí lo había hecho.

Mamá: Tus hermanas nos han contado a tu padre y a mí lo que os ha pasado. Entendemos

cómo debes de estar ahora mismo. No queremos agobiarte, Nina, pero llámanos cuando lo necesites, ¿vale? Te queremos.

Yo: Gracias ♥

Fui breve. Conocía a mi madre y ella me conocía a mí. Ella sabía que yo necesitaba espacio y tiempo en este tipo de situaciones y agradecía que me lo estuviera dando. No me gustaba lo que estaba pasando con mis hermanas, claro que no. Ellas eran un pilar demasiado importante en mi vida. No solo habíamos crecido juntas en la misma casa, no. Nuestra relación siempre había ido más allá. Éramos uña y carne, como si juntas hubiéramos construido un muro impenetrable que nos protegía de todo lo demás. Si alguien se atrevía tocarle un pelo a una de las Marín, las otras dos saltaban como leonas. Así éramos.

Habíamos sido el salvavidas las unas de las otras en los momentos de mayor flaqueza. Habíamos sido nuestras amigas más íntimas. Ellas lo eran todo para mí y sentirlas a miles de kilómetros de mí por toda esta movida, dolía.

Suspiré.

Estaba cansada de sentir a demasiada gente lejos de mí.

No habían pasado ni diez minutos cuando apareció Scott con cara de dormido y desperezándose. No se había puesto camiseta, por lo que me regaló una vista preciosa de su cuerpo.

—Buenos días —dije alegre.

—Buenos días.

Su voz ronca se me clavó en el pecho. Con paso ligero, se dirigió a la tumbona que estaba a mi lado y se dejó caer en ella mientras exhalaba. ¿Le ocurría algo?

—¿Qué pasa?

Me incorporé un poco, lo vi taparse la cara a la vez que una risa incómoda se le escapaba de los labios.

—Mira que estoy acostumbrado a dormir en sitios de mierda, pero lo de este sofá cama es criminal…

Solté una pequeña risa.

—Venga va, no seas quejica. Si fue idea tuya. Yo ayer me eché una siesta y dormí fenomenal.

—Tú, uno sesenta. Yo, uno noventa. Se me salían hasta los pies, Nina…

No pude evitar reírme de nuevo, imaginando la mala noche que había pasado.

—Ey… Menos cachondeo, que te he dejado la cama buena a ti. Soy todo un caballero, ojos claros.

Me atravesó un pinchazo de culpabilidad. Por supuesto. Antes, dormíamos juntos en la cama grande, pero en ese viaje todo era demasiado distinto y, en cierto modo, extraño.

Estaba intentando que no me doliera cada vez que me llamaba «ojos claros». Que no se me revolvieran mil y una cosas por dentro al escucharlo. Porque cada vez que lo hacía, mi corazón se agrietaba un poco más. Era como un balazo directo al pecho. Un sentimiento que no podía controlar se despertaba dentro de mí y odiaba no tener las riendas.

Cuando Scott me llamaba «ojos claros», los recuerdos volvían. Era extraño a la vez que reconfortante, escucharlo de nuevo. Pero no podía seguir así, tenía que frenarlo si no quería volver a caer. Tenía que pararlo si quería evitar que este fuego, que tenía nombres y apellidos, siguiera creciendo dentro de mí.

—Oye, yo me ofrecí a dormir en el sofá cama —respondí—, fuiste tú quien se negó. Así que, si lo pensamos bien, el único que tiene la

culpa de que hayas dormido tan mal eres tú mismo.

Mientras las palabras salían por mi boca, hacía un esfuerzo titánico por no reírme.

—Voy a hacer como que no he escuchado nada de lo que acabas de decir.

Se puso el antebrazo sobre los ojos para taparse la luz que nos rodeaba.

—Puedes dormir tú en la cama grande, Scott. Te prometo que no me importa —cedí mientras volvía a tumbarme.

—No.

Usó ese tono autoritario y serio.

—Te lo digo de verdad.

—No.

Otra vez y sin moverse ni un solo milímetro.

—¡Scott! ¡Cede un poco, por Dios!

Me incorporé de golpe, fastidiada. Me estaba poniendo de los nervios. A mí no me importaba dormir ahí y a él le vendría mejor usar la cama grande. No solo porque era, según él, más cómoda, sino también por las migrañas. No me apetecía que volviera a ocurrirle lo de ayer.

Se quitó el antebrazo de los ojos, se incorporó y me miró con gesto autoritario.

—Te he dicho que no.

No fue lo que dijo, si no cómo lo dijo. Con ese tono de voz grave que hizo que un pinchazo cargado de nerviosismo se instalase en mi estómago.

—¿Por qué?

Levanté la barbilla y las cejas en un gesto de desafío. Si seguía mirándome así, no me veía capaz de controlar ese hormigueo que

me recorría entera. La sensación no parecía tener intención alguna de desaparecer.

—Te lo dije ayer y te lo repito hoy —empezó a decir mientras se peinaba los mechones rebeldes con los dedos—. Me dijiste que no habías dormido tan bien desde hacía mucho. Sé lo que es no poder descansar, el insomnio y comerte la cabeza con mil millones de cosas justo cuando te acuestas. Quiero que duermas bien estos días y, si para eso tengo que destrozarme el cuello y la espalda, que te quede claro que lo voy a hacer. Fin de la discusión.

Se dejó caer hacia atrás. Yo hice lo mismo y puse los ojos en blanco.

—Ufff, eres insufrible, Scott.

Mi mejor mentira hasta la fecha. Porque lo cierto es que Scott me hizo sentir tremendamente querida y agradecida.

—Gracias, preciosa.

Me guiñó un ojo desde la tumbona y la vergüenza se apoderó de mí. Y ahí decidí que tenía que hacer algo. Como un resorte, me levanté de golpe, casi sin mirarlo.

—Voy a hacer el desayuno.

—Te acompaño.

—No, tú quédate aquí. Es… mi forma de darte las gracias.

—Nina, no hace falta que…

—Cállate y déjame hacerlo.

Levantó las manos en señal de rendición, aceptando la oferta.

Una hora y pico más tarde, nos habíamos tomado un desayuno que, para sorpresa de ambos, estaba bastante decente para haber sido yo quien lo había preparado. Las tostadas se quemaron un poco, pero raspándolas con el cuchillo quedaron estupendas. Lo mejor, sin ningún tipo de duda, era poder comer con la calma del mar y esa brisa tan agradable a nuestro alrededor.

Era la definición de paz absoluta.

Después del desayuno, aprovechamos para recoger, ordenar juntos el camarote y arreglarnos para salir. Yo opté por un vestido corto blanco con florecitas rojas, unas deportivas a juego y un medio recogido con un lazo como toque final. Si yo no me compliqué, Scott menos aún. Se puso un par de bermudas negras de lino, a juego con una camisa blanca de manga corta bastante fina, deportivas del mismo color y su gorra roja hacia atrás, como siempre.

Como Scott llamó ayer al puerto y le habían dicho que a partir de las nueve y media de la mañana tendríamos una dársena para poder amarrar el barco, decidimos ir hasta allí. Una vez que llegamos y lo amarramos, solo nos quedaba cumplir la promesa de salir a explorar Formentera.

—¿Has estado alguna vez aquí? —le pregunté mientras caminábamos por el puerto y nos alejábamos de lo que sería nuestra casa durante a saber cuántos días.

—Nunca —contestó, mirando en todas direcciones como si buscara algo—. He mirado en internet y, en teoría, por aquí cerca hay un sitio para alquilar motos.

—¿Desde cuándo sabes conducir una moto? —Lo miré extrañada.

Cada vez me daba más cuenta de que me había perdido demasiadas cosas de él y eso… ¿dolía?

—Te sorprendería la cantidad de cosas que he hecho estos años, ojos claros.

—Deja de hacer eso.

Paré en seco, sentí como el agujero de mi pecho se hacía más y más grande.

«Deja de hacer eso. Deja de llamarme así porque no lo soporto. Y si no lo puedo soportar, no sé qué va a pasar entre nosotros, porque no debe pasar nada. Somos amigos. Nos hemos hecho una

promesa. Así que, Scott… No me llames más así porque me trae demasiados recuerdos y, cada vez que lo haces, el corazón se me ablanda un poco más».

—¿Qué?

Frenó a mi lado y me miró confundido.

—Que pares.

No emitió ningún sonido que me diera pista alguna sobre lo que estaba pensando en este instante.

—¿Que pare de qué, Nina?

Centró su mirada en mí. Tenía esos ojos color miel sobre los míos. Y, por primera vez en años, no supe descifrar su expresión.

—¡Que no me llames más «ojos claros», Scott! No soy tu «ojos claros» más. Haznos un favor a los dos y llámame por mi nombre —dije con dureza. —¿Te lo recuerdo? ¿O se te ha olvidado en este tiempo?

Fui bruta. Me estaba pasando con la dureza de mi tono de voz. Estaba siendo una estúpida y era muy consciente de que estaba fuera de lugar hablarle así de mal, porque nadie se merece que le hablen con tal desprecio.

Lo peor de todo, es que adoraba que me llamara «ojos claros». Pero no sabía cómo hacer mejor las cosas después de todo. No era capaz de entenderme ni yo misma, y mucho menos, comunicarme bien. La manera más fácil que encontré fue apartarle con la dureza de las palabras. Mi lamentable manera de lidiar con cualquier tipo de problema era huir y esta era yo, poniéndome una coraza para impedir que Scott entrase de nuevo en mi corazón y lo revolucionara todo a su paso.

Era mi manera de impedir que el fuego me volviera a arrasar. Porque, si lo dejaba volver a entrar, si me volvía a abrir en canal a él, lo iba a tener muy jodido ¿verdad?

—Pero… ¿Qué narices, Nina? —Una repentina sorpresa y confusión inundaron su cara y la sonrisa y el buen humor desaparecieron, creando un ambiente incómodo entre nosotros.

Aunque me doliera, esa era la reacción que buscaba en él.

«Bien. Enfádate conmigo. Deja de ser tan tú conmigo. Deja de ser el Scott de siempre. Porque, si tú eres el Scott de siempre, yo volveré a ser la Nina de antes y no lo voy a poder soportar».

Poco más de veinticuatro horas a su lado habían sido suficientes para desestabilizarme. No podía correr el riesgo de que fuera a más.

¿Por qué tenía que despertar tanto en mí? ¿Por qué era incapaz de resistirme a él? No podía permitírmelo. En un día y un par de horas mi realidad sobre lo que había pasado cuatro años atrás había cambiado por completo. La verdad había salido a la luz y me había estallado en la cara. Y, por supuesto, me había empezado a sentir más cerca de él de nuevo. Lo había vuelto a sentir. Lo había cuidado y calmado por sus migrañas. Lo había abrazado y había buscado su contacto en el agua.

Mi cuerpo estaba reaccionando a él, volviendo a acostumbrarse a él. Mi cuerpo estaba buscando su hogar. Pero si seguía permitiendo que mi cuerpo tomase el control en vez de mi cabeza, iba a acabar destrozada. Otra vez.

—Lo que has oído. No me vuelvas a llamar así.

Le di la espalda, eché a caminar y lo dejé con la palabra en la boca.

«Lo siento, Scott. Lo siento de verdad. Pero eres el único capaz de hacerme bajar las defensas y eso es lo último que puedo permitirme ahora».

No conseguí alejarme ni siquiera tres pasos cuando una mano fuerte me agarró por la muñeca. Scott me obligó a volverme para

quedar justo enfrente de él. Las durezas de sus callos me rasparon la piel del brazo.

Adoraba esta sensación, pero no quería que se me notase.

—Vale, está bien. Pero no entiendo nada, Nina ¿A qué viene esto ahora? —La confusión le recorría el rostro—. Por favor, explícamelo, porque ayer no pareció importarte, ¿no?

Estábamos tan cerca que una corriente eléctrica me recorrió de la cabeza a los pies. Me fue imposible moverme o articular más de dos palabras seguidas.

—Scott…

—No, Nina. Quiero oírlo.

Una distancia ridícula separaba nuestras bocas.

Sentía que las piernas me iban a fallar en cualquier momento. También sabía que Scott no me dejaría caer nunca. Joder, eso era justo lo que quería evitar. El único motivo por el que estaba comportándome como una niñata. Tenía que evitar caer una y otra vez por él. Sabía que era capaz de mantenerme a flote yo misma, pero, por más que quisiera negarlo, él siempre sería mi debilidad. Y empezaba a darme cuenta de que negarlo me iba a traer más problemas que otra cosa.

—Me has oído perfectamente —dije.

Levanté la cabeza y me enfrenté a sus ojos, a él. Si tan solo él pudiera saber que lo último que estaba sintiendo era enfado… Que no estaba molesta por que me llamara «ojos claros». Al contrario, me encantaba. Nos rozábamos la nariz por la ridícula distancia que nos separaba.

—Dilo en voz alta. Dime por qué no quieres que te llame así.

—No tengo que darte ninguna explicación. No lo hagas y punto. —Alcé el mentón con desafío.

—Dame una sola razón y no lo haré, porque me estoy volviendo loco, joder. Ayer sí, hoy no… Hostias, Nina, sé clara conmigo. ¿Qué quieres de mí?

Sus ojos danzaban entre los míos y mis labios, incapaz de mantener la mirada en los unos o en los otros. Me flaquearon las piernas.

—¿Qué yo te estoy volviendo loco?

Tenía que intentar mantener la compostura.

—No tienes ni idea de cuánto, ojos claros.

—Te acabo de decir que…

Me cortó, impidiendo que terminase la frase.

—Te he oído.

—Pues deja de llamarme así.

Mis ojos también danzaban desde los suyos a sus labios. Para mí, sus facciones eran la definición del deseo. Sus labios rosados, su mandíbula marcada con esa barba de pocos días, esos ojos color miel… Había sido y seguía siendo el tío más guapo que me había cruzado en la vida.

—¿Sabes qué? Que tus palabras dicen una cosa, pero tus gestos dicen otra muy distinta.

—¿Qué se supone que dicen mis gestos? —respondí intentando sonar seria.

Me puso una mano en la nuca y con la otra me tiró suavemente de la cintura. Noté su aliento y como su incipiente barba me rozó la mejilla cuando se acercó a mi oído.

—Tus gestos no hablan, gritan cariño… Gritan que sientes lo mismo que yo y que no has dejado de quererme.

—Pufff, por favor…

Quise apartarme, pero él insistió en que nos miráramos a los ojos de nuevo. Y, con ese simple gesto, el hormigueo volvió.

—Dices que seamos amigos, pero tu cuerpo grita cosas muy distintas. Te estremeces cuando te toco, te relajas cuando estoy cerca de ti… Y buscas mi contacto casi tanto como yo el tuyo.

—Ni de coña, Scott. Dejar de ir tan de sobrado.

—Di lo que quieras, pero sé leer a las personas. Sé leerte a ti.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Ah, ¿no?

—Claro que no.

—Si te beso ahora mismo, ¿te apartarías?

Me quedé helada, de piedra. Y a pesar de que el calor que me subía por el cuerpo me estuviera diciendo que reaccionase, que contestase a su pregunta, yo era incapaz de mover los músculos.

—No me vas a besar.

—Voy a hacerte mi tercera pregunta y me temo que vas a tener que responder porque no te quedan cartas blancas.

Afianzó su agarre sobre mi cintura. Y yo sentí que me moría.

—No te atreverás.

El corazón me latía a mil por hora. Un poco más y se me saldría del pecho.

—Si te beso ahora mismo, ¿te apartarías, ojos claros?

No podía responder a eso. No podía pronunciar esas palabras. Decirlo en voz alta era hacer que todo cambiase de nuevo. Era abrir una puerta a un nosotros y… ¿estaba preparada para eso?

Era culpa de la carta. Leerla había hecho que la venda se me cayera de los ojos. Descubrir que él vino a por mí, que había vuelto buscarme, que me quería. Que no había dejado de hacerlo y estaba dispuesto a todo con tal de mantenerme a su lado. Llevaba cuatro años creyendo que no lo hacía, que no lo había hecho nunca y que se había olvidado de mí para empezar una nueva vida. Conocer la verdad había trastocado todo. De hecho, la verdad estaba siendo un

arma de doble filo. Y me estaba cortando con ella. Me estaba desangrando.

—Scott…

Él posó ambas manos sobre mis mejillas y me inundó con su calor corporal. Lo que sentía por él era como un tsunami sobre mi cuerpo.

—Solo dímelo —suplicó—. Y si me dices que sí, no volveré a acercarme a ti jamás. Tienes mi palabra. Pero si me dices que no. Si me dices que no te apartarías, nada ni nadie que no seas tú me va a volver a alejar de tu lado.

Pensar en Scott lejos de mí otra vez era mucho peor que una puñalada en el centro del pecho. No lo quería ni a más de veinte centímetros después de esa carta.

No podía mentir. Ni a él ni a mí misma.

—No… No me apartaría.

Todo lo que nos rodeaba pasó a un segundo plano.

Yo tenía el corazón a punto de salírseme del pecho. Las piernas temblándome y él estaba frente a mí, con sus manos en mi cara y sus ojos clavados en los míos. Vi a cámara lenta que una sonrisa de pura felicidad y orgullo se dibujaba en su cara y en las mejillas se le formaron esos hoyuelos tan bonitos. Fue como si mis palabras le quitaran un peso de encima.

—Lo sabía, Nina. Lo sabía.

Pegó su frente a la mía y yo no dije nada, no podía. Me dejé llevar por su tacto. Sus ojos eran un imán para mí, sus labios más de lo mismo. Estaba clavada en el suelo, sintiendo que las palabras que acababan de salir por mi boca me atravesaban lentamente.

«No sabes las ganas que tengo de que me beses, Scott. Pero ahora mismo no puedo darte lo que te mereces. Te mereces a alguien que pueda abrirse y darte el cien por cien de su amor y yo

ahora mismo no soy la persona que recuerdas. No soy quién tú crees».

Estaba deseando sentir de nuevo sus labios sobre los míos, recordar su sabor y su calidez. Recrearme en sus besos. Lo deseaba junto a mí. Lo deseaba por encima de todo. Pero antes tenía que ser sincera, como él lo había sido conmigo.

Su voz volvió a captar toda mi atención.

—Te aseguro que no hay nada que quiera más ahora mismo que besarte, pero no voy a hacerlo —dijo él.

Se separó y se lo llevó todo consigo.

—¿Qué? —balbuceé—. No puedes hacerme decirlo y después cargarte el momento como si nada.

—Tienes dudas. Y no pienso besarte si no estás segura, Nina.

No contesté y eso confirmó todas mis preocupaciones. Scott tenía razón: estaba dividida. Anhelaba su contacto, pero también necesitaba ser justa.

No dudaba por él, era obvio cómo me sentía con Scott, lo que sentía por él. Dudaba por el pasado, por la mochila que llevaba a cuestas. Era pesada. Estaba llena de piedras. Pensé que las piedras se sacaban una a una, no todas de golpe. Aunque estaba en ello, aún no me había librado de todo el lastre necesario. Cargarle con eso era injusto. Y si algo tenía claro era que, si en algún momento este chico de pelo oscuro y yo volvíamos a estar juntos, no quería ninguna mentira ni medias verdades de por medio.

—Si alguna vez nos damos nuestro segundo primer beso —dijo Scott—, ni una sola duda va a cruzar tu mirada, Nina. Es una promesa.

Su voz tenía otra vez ese tono serio y autoritario, y yo seguía sin poder articular palabra. ¿Cómo había sido capaz de leerme tan bien? Acababa de decirle que no me iba a apartar y, aun así, él… Mi

corazón seguía acelerado, latiendo a toda prisa. Latiendo cada vez más por él. Latiendo por el chico que lo había sido todo para mí y que, a esas alturas, era imposible negar que lo seguía siendo.

«Cuánto te he echado de menos, Scott…», pensé.

Me cogió de la mano y tiró de mí, me despertó de ese trance. Así, sin saberlo, sacó una pesada piedra de la mochila invisible que cargaba a la espalda.

—Ahora, vamos a explorar la isla, ojos claros.

Los latidos de mi corazón volvían a tener nombre y apellido.

«Scott Hovland, vas a acabar conmigo».

Capítulo 22

Scott



Te quiero. Pero te quiero libre, sin ataduras ni dudas.

Necesité hasta el último ápice de mi autocontrol para no besarla en ese mismo instante. Me moría por volver a sentir sus labios sobre los míos, sus brazos sobre mis hombros y sus finos dedos en mi pelo mientras nos perdíamos el uno en el otro. Me moría por volver a tenerla así de cerca. Su olor y toda ella me desestabilizaba como nunca antes nada lo había hecho.

Aun así, si algo tenía claro, era que no pensaba tocarla si existía el más mínimo retazo de duda en su mirada. Si nos volvíamos a besar, quería y necesitaba que ella lo tuviera claro. Más que claro. No tomaría una decisión que nos afectase a los dos yo solo. Nunca más.

Lo nuestro iba a ser juntos o no sería.

—Y ahora vamos a explorar la isla, ojos claros —dije y la arrastré conmigo.

Se rio algo avergonzada mientras avanzábamos hasta la tienda de alquiler de motos.

—Increíble…

—¿Qué?

La miré dedicándole una sonrisa de lado. Esas que sabía que tanto le gustaban.

—Tú… Lo que acaba de pasar. Cómo estábamos hace dos segundos y cómo estamos ahora, como si no hubiera pasado nada. Has hecho que la tensión de esto… —hizo un gesto, señalándonos a ambos —desaparezca.

—Ya me conoces.

Le guiñé un ojo, intentando que no se me notase lo vulnerable que me sentía en este instante. Me sonrió y ese simple gesto me llenó de vida.

«Nina Marín, vas a acabar conmigo».

Llegamos a la tienda de alquiler de motos. Elegimos una de color azul marino. Una sencilla que nos permitiera movernos por la isla sin dificultad, hacer un poco de turismo y llegar a tiempo para dormir en el puerto.

Una vez en la calle, dejé que Nina se sentara de paquete. La idea de tenerla agarrada a la espalda todo el trayecto me ponía los pelos de punta.

«Hostias, Scott, que te enfrentas a situaciones estresantes y peligrosas todos los días. Solo vas a tener a tu ex agarrada a ti mientras conduces. Estás jodido… Relájate. O, al menos, inténtalo».

—No sé si fiarme. ¿Seguro que has conducido un cacharro de estos alguna vez?

Nina usó un tono burlón. Estaba intentando provocarme. Pufff. Si tan solo supiera la de cosas a las que les había plantado cara en los últimos años…

—Anda, calla y agárrate bien —respondí—. No quiero que te me caigas por el camino, pequeño koala.

Nada más pronunciar esas palabras, sus brazos me rodearon la cintura con suavidad. Apoyó el pecho sobre mi espalda y dejó caer la barbilla contra mi hombro. Noté cada curva de su cuerpo contra el mío, como si nos amoldáramos y encajáramos a la perfección.

—¿A dónde vamos?

—¿Tienes algo en mente?

La miré de soslayo. Disfruté de esos cortos segundos.

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—¿Arranco y vamos viendo?

—¡Hecho!

¡Cuántas veces habíamos hecho eso mismo en el pasado! Empezar un trayecto sin rumbo fijo y parar dónde se nos antojase. Perdernos por ahí y regresar a las tantas de la noche, felices a más no poder y con una sola cosa en mente: disfrutar de lo que estábamos viviendo. Lo había echado tanto de menos. Todos los planes y a toda ella.

Nos pusimos el casco y empezamos a recorrer kilómetros, disfrutando de las vistas y de esa sensación cálida de verano que tanto había anhelado. En Edimburgo, casi cada día era frío y lluvioso. Escocia tenía cielos grises y encapotados, pero Formentera era todo lo contrario. Me estaba dando años de vida. Si me hubieran llegado a decir horas antes que iba a estar conduciendo por las carreteras de la isla con el viento en la cara y con Nina pegada a la espalda, habría jurado que mentían.

Sabía que lo de solo amigos era una coraza. Lo entendía. Enterarse de golpe de que los últimos cuatro años habían sido una mentira, y que vivías en una realidad paralela al resto… Hostias, era

muy duro. Pero yo sabía leer muy bien a las personas. En especial a mi Nina de ojos claros.

Quería respetar sus tiempos, demostrarle que lo que sentía por ella no había cambiado ni un ápice. Necesitaba hacerle ver que la iba a esperar siempre, que iba a estar a su lado y, si lo que necesitaba en ese momento era un amigo, estaba dispuesto a serlo.

Por otro lado, sabía que no era Nina quién realmente hablaba, sino sus miedos. Estaba dispuesto a darle todo el tiempo que necesitara, aunque fueran años. Me bastaba saber que decía la verdad cuando me decía que no se habría apartado del beso. Ya nada ni nadie iba a alejarme de su lado.

Nadie que no fuera ella, por supuesto.

No sabía a dónde íbamos, pero me parecía bien ir averiguándolo. Como no teníamos rumbo fijo, tampoco estábamos perdidos, ¿verdad?

Conduje un buen rato. Llegamos a una zona bastante acogedora, con bares y establecimientos a ambos lados de la calle. No habíamos intercambiado ni una sola palabra en lo que llevábamos de trayecto. Tampoco había hecho falta. Nos valía así: con ella apoyada en mi espalda, agarrada a mí, yo conduciendo y sintiendo cada roce de su agarre, sintiendo cada una de sus respiraciones contra mi espalda.

Parecía tranquila y eso me gustaba. Me volvía loco notar que su cuerpo se relajaba cuando entraba en contacto con el mío. Se sentía segura conmigo, y me encantaba ser consciente de ello.

Desde que puso un pie en el barco, me di cuenta de que su mirada cambió. Más bien después del incidente con el pequeño barco pesquero. Nina parecía más relajada. Ya no veía en ella ese mismo gesto de agobio, tristeza y preocupación que había visto la primera noche en la feria, pero tampoco era la paz que recordaba en ella. Sabía que Nina era fuerte, mucho. Que era capaz de

anteponerse a cualquier situación y que podía defenderse y luchar por su propia felicidad. Pero yo jamás iba a dejar de preocuparme por ella. Por muchos años que pasaran.

Tenía la esperanza de que me contase lo que la había hecho cambiar tanto, lo que la había dañado así. Y, si ese momento llegaba, solo quería que supiera que yo tenía todo el tiempo del mundo para escuchar su historia.

—¡Para! ¡Para!

Me sobresalté y salí de la rueda de pensamientos que me asaltaban cuando conducía. Era una sensación agradable y relajante. Adoraba tener un volante o un manillar entre las manos y salir a recorrer kilómetros.

—¡Nina! ¡Cuidado, joder!

Antes de poder frenar del todo, ella ya se estaba bajando de la moto. La vi quitarse el casco y caminar calle abajo. Frené del todo, aseguré la moto y la seguí.

—Vamos Scott, date prisa —dijo mientras se giraba hacia a mí, con el casco colgado en el antebrazo y haciéndome un gesto con la mano para que la siguiera.

Resoplé, pero corrí al trote.

—Hostias, Nina, un día te me vas a matar, joder —dije en cuanto la alcancé.

Le quité el casco para que no tuviera que cargar con él y suspiré de alivio al ver que no había ningún peligro.

—Ten cuidado, ¿quieres? Que has saltado casi en marcha y te podías haber hecho daño. No sé qué ha pasado, pero…

Alcé la vista y lo entendí de inmediato.

—Ah, claro.

Una librería. Era pequeña a la vez que acogedora. De esas en las que, a pesar de que sea verano y haga un calor horroroso, nada

más entrar te imaginas que estás en pleno otoño, con un café humeante, una manta encima, lluvia de fondo y un libro entre las manos. Sus favoritas, sin duda. Las cosas como son, la librería era preciosa, y Nina se moría por los libros.

—Solo tardo dos minutos, ¿vale?

—Como si quieres quedarte aquí toda la mañana —sonreí. Estaba más que dispuesto a esperar.

La librería no parecía muy grande. A pesar de eso, tenía una gran variedad de ejemplares. Incluso tenía un par de sillones para pararte a ojear los libros. Me recordó a una que estaba cerca de mi casa, en Edimburgo. Me invadió un deseo de enseñársela a Nina. Quizá algún día. Me senté en uno de los sillones a esperar, con la vista puesta en Nina. Ella cogía libros y más libros. Cogía uno y lo dejaba. Cogía otro y miraba otros cuantos más. Así, fue acumulando una montaña gigante entre los brazos.

Se acercó a mí cuando la cantidad de ejemplares que llevaba encima resultó insostenible.

—Toma, ¿me los aguantas, porfa?

No pude evitar reírme ante la escena. Nina con más de diez libros entre las manos, sin poder coger ni uno más y mirando en todas direcciones, buscando más y más.

—Por supuesto. ¿Te los vas a llevar todos?

—Ojalá, pero no. Estos son los que más me han gustado por ahora. Cuando termine, me sentaré a decidir cuál me llevo…

Hubiera contestado, pero antes de terminar su propia frase, Nina ya se había dado la vuelta y se había ido. Se fue hacia las estanterías del fondo.

Estaba preciosa. El vestido blanco de florecillas le sentaba como un guante, resaltaba el dorado de su pelo y el azul de sus ojos. Era

hipnótica. Toda ella. Y ahí estaba yo, consumido por su presencia. Atado de pies y manos, enterrado bajo los libros.

«¿Por qué tuve que joderlo tanto? Menudo imbécil, joder».

De repente, algo captó mi atención. Un chico joven entró en la librería, que hubiera estado desierta de no haber sido por nosotros. Rondaría los veintipocos. Era alto, castaño y llevaba gafas de sol y ropa veraniega. Cogí uno de los libros que Nina me había dejado en el regazo e hice como que lo ojeaba, alternando la mirada entre el desconocido y fingir que les prestaba atención a las páginas del libro.

El chico empezó a mirar por las estanterías con cierto aire despreocupado.

Me puse en alerta cuando empezó a acercarse a Nina. No iba a montar una escena y tampoco quería levantar sospechas.

Primera regla del manual: cuanto más relajado y despistado parezcas, mejor.

Nina no pareció darse cuenta, estaba ensimismada ojeando libros. Ya tenía entre los brazos como otros cinco o seis más. Mejor.

Por desgracia, el chico cada vez se estaba acercando más y más a ella, y no me estaba haciendo ni puta gracia. Qué casualidad, ¿no? Recorrió la distancia que los separaba mientras seguía ojeando las estanterías y apostó por coger un libro y después otro, hasta que se chocó con Nina. Ambos se miraron, incapaces de desviar la atención del otro. Como si el muy gilipollas ese no lo hubiera provocado todo, se hizo el despistado.

Despistado mis cojones.

Ante mis ojos, ambos se fundieron en un intenso abrazo y, si hubiera habido un periodista cerca, mi cara de idiota hubiera salido en todos los periódicos.

«Me cago en la puta madre. ¿Quién es este tío y por qué la está tocando con tanta confianza?».

No sabía de qué estaban hablando porque no alcanzaba a escucharlos a pesar de que la librería no era muy grande, pero, por cómo la estaba haciendo reír, parecía que se conocieran de toda la vida. Me dije a mí mismo que no iba a interrumpir. Aun así, me quedé pendiente por si Nina me necesitaba.

Me estaban llevando los demonios. ¿Cómo era posible que ese tío la estuviera haciendo reír de esa manera y tan rápido, joder? Se despidieron con otro abrazo. El chico pagó el libro que había elegido y Nina empezó a caminar hacia mí. Llegó, se sentó en el sillón de al lado y me hizo un gesto para que le tendiera los libros que antes había colocado sobre mi regazo.

—¿Alguno que merezca la pena? —dije como si nada.

—Pues tengo varios entre los que elegir.

Se la veía feliz y un pinchazo me atravesó el pecho. Quería decirle que ese chaval no me gustaba ni un pelo y que mi intuición no solía fallar. Pero ¿cómo hacerlo sin parecer un celoso de mierda?

Dejé que echara un ojo a los libros que tenía entre manos y, cuando no pude morderme más la lengua, le pregunté lo que tanto ansiaba saber:

—Oye, ¿y el chico ese qué quería?

—¿Qué?

Levantó la vista de las páginas y la centró en mí.

—El tío ese, que qué quería.

—¿Estás celoso, Hovland?

Me miró con el ceño fruncido y una sonrisa pícara en los labios.

—Ni en tus mejores sueños, Marín.

Me recosté contra el sillón para intentar restarle importancia al asunto.

—Ya…

No dejó de sonreír y analizarme con la mirada.

—Solo me ha extrañado lo que acaba de pasar. Eso es todo.

Cerró el libro de golpe.

—¿Y qué acaba de pasar? Si se puede saber…

—Ha sido raro.

—¿Qué dices…? Además, ¿tú qué sabrás?

Me incorporé en el asiento y cambié el tono a uno más serio.

—Créeme, sé de lo que hablo.

—Estás celoso, Scott. Deja de ser tan crío.

—Hostias, Nina, claro que no.

No lo estaba, ¿no?

—Lo que tú digas, pero estás exagerando. A ese tío, como tú dices, lo conocí en la universidad. Y tiene nombre, se llama Guille.

—¿Guille?

—Sí, Guille.

Empezó a deletrearlo como si fuera estúpido, pero lo dejé correr. No era cuestión de enzarzarnos con esa tontería.

—Nina, que solo te digo que me parece extraño.

—¿Y por qué, si se puede saber? —preguntó entonces con un tono serio.

—No sé, coincidir en una librería perdida a cientos de kilómetros de casa y de esta manera…

Su gesto se relajó en cuanto las palabras salieron de mi boca.

—Las casualidades existen, Scott. Deja de preocuparte por todo, ¿vale?

Dicho eso, rompió todo contacto visual conmigo para centrar toda su atención en los libros que tenía sobre el regazo.

Dejar de preocuparme era lo último que iba a hacer. Y si algo me parecía extraño, se lo iba a decir. Sabía que era capaz de manejar

todos los aspectos de su vida, no me cabía duda. Pero hay cosas que se escapan de nuestro control. Incluso las personas más fuertes necesitan ayuda de vez en cuando.

Me dirigí hacia la salida de la tienda con ambos cascos colgados del antebrazo, proyectando despreocupación. Eché un vistazo rápido, pero no vi ni rastro del tal Guille. Unos minutos después, Nina salió con su nuevo libro entre las manos.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Alcé la mirada y me topé con sus ojos azules. Decidí no darle importancia a lo que acaba de ocurrir. Igual estaba sacando la situación de contexto y no quería que las cosas se volvieran raras entre nosotros.

—Claro. ¿Algún destino en mente?

—En realidad, sí. En la librería he estado ojeando una guía de viajes y he visto que hay un faro en la isla en el que se ven atardeceres increíbles.

—¿Está lejos?

—La verdad, no lo sé. Espero que no.

Me miró con súplica en los ojos.

—No hace falta que me pongas ojitos, Nina. Sabes que vamos a ir, aunque esté lejos…

Le pasé un brazo por los hombros mientras caminábamos hacia la moto, atrayéndola más hacia mí. No pude evitar volver a echar un vistazo rápido para ver si veía al chico de la librería.

Nada.

Quizá Nina tuviera razón y hubiera sido una mera casualidad.

—Bueno, preguntar no está demás.

Le tendí el casco a Nina y ambos nos subimos a la moto.

—No has preguntado. Has afirmado, ojos claros.

—De todos modos…Gracias.

Vi por el rabillo del ojo que se acercaba más a mí y lo siguiente que sentí fueron sus labios sobre mi mejilla. El calor me inundó el cuerpo tras el roce y una corriente eléctrica se fue directa a mi entrepierna.

—No tienes que darlas, nunca.

Me coloqué el casco, Nina hizo lo mismo y se aferró a mi espalda.

Puse las llaves en el contacto, arranqué y volvimos a la carretera minutos después. Necesitaba que me diera el aire en la cara y dejar correr lo que acababa de pasar. Había sido un beso en la mejilla y nada más, pero yo lo sentía palpitar en la cara y en otras zonas del cuerpo. Sabía que no iba a ser fácil que se me pasara con Nina pegada a la espalda, pero intenté poner de mi parte.

Recorrimos la isla de arriba a abajo en moto, parando en los sitios que nos llamaban la atención y disfrutando del recorrido. Paramos también en otras zonas para contemplar las vistas. Le hice varias fotos a Nina sin que se diera cuenta. Me había pedido un par en el barco y, al verla ahí, con ese paisaje increíble, se me pasó por la cabeza que podría gustarle tener más recuerdos así.

Resultó que tenía razón, porque le encantaron en cuanto las vio.

Paramos a comer en un bar que tenía bastante buena pinta. Estaba hasta los topes de gente, cosa que parecía buena señal. Nina me estuvo contando algunas cosas de la universidad, aunque muy por encima. Aun así, abrí todos los sentidos para quedarme con todos y cada uno de los detalles. También me habló un poco de Guille y de lo mucho que le había sorprendido verlo aquí. No me dijo por qué se habían distanciado, pero supuse que no habría sido una amistad tan seria.

Nadie en su sano juicio dejaría escapar a Nina, a no ser que fueras un idiota y metieras la pata hasta el fondo, como yo.

Una vez que recuperamos fuerzas y, después de un poco de sobremesa, volvimos a la moto para acabar en una pequeña cala. No había demasiada gente y eso la hacía más agradable aún. Cuando las calas están abarrotadas y no cabe ni un alfiler, es mejor ni acercarse. Pasamos gran parte de la tarde entre el agua y la arena y, para cuando empezó a caer el sol, volvimos a coger la moto para ir a ver el atardecer al faro que Nina había descubierto.

Conforme íbamos llegando, me empecé a dar cuenta de que esta era una zona preciosa: sencilla, pero muy bonita en ese momento del día. La hora mágica que hacía que el lugar brillara.

Aparcamos en lo alto del acantilado. Lo único que veíamos era el inmenso mar, con el horizonte a lo lejos y el sol ocultándose. Eran unas vistas alucinantes. Jamás me había sentido así y eso que había estado en quizá, demasiados sitios.

—Scott, esto es…

Ambos bajamos de la moto.

—Increíble, lo sé.

—Hazme una foto, porfa —me pidió.

Asentí. Nina se alejó un poco para buscar el mejor sitio para la estampa.

Al sacar el móvil del bolsillo, me topé con un par de mensajes.

Justin: Llámame en cuanto puedas. Tengo novedades.

Catalina Marín: Hola, Scott, soy Catalina, la hermana de Nina. ¿Está bien? Llevo llamándola varias horas y no me coge el teléfono. Dime algo cuando puedas, por favor.

Tomé nota mental para llamar a mi hermano en cuanto llegase al barco y llamé a Catalina. No me gustaba demasiado intercambiar mensajes. Prefería mil veces más una llamada de un par de minutos antes que encadenar mensajes y que la conversación se hiciera interminable.

Por supuesto, tenía mis excepciones. Aun así, como normal general, prefería llamar. Ella cogió el teléfono al segundo tono.

—¿Catalina?

—¿Scott? ¿Ha pasado algo? Dime que Nina está bien… ¡Laia, ven!

Puso el altavoz y escuché a las dos hermanas Marín hablar entre ellas durante un par de segundos.

—Es Scott.

—¿Scott? ¿El cuñado fugitivo?

—¿Acaso conoces a algún otro Scott?

—Claro que no… ¿Se puede saber para qué lo llamas?

—¡Shhh! Que no he llamado yo, que ha llamado él.

—¡¿Y qué ha pasado?!

—No sé, yo…

—Chicas, sigo aquí —dije algo incómodo, mientras me pasaba una mano por la cabeza, despeinándome un poco.

—¿Que ha pasado? —dijeron a la vez.

—Absolutamente nada. —Sonreí—. Solo llamaba para que os quedarais tranquilas, que por mensaje puede ser un poco más largo y frío. Nina está bien, supongo que tendrá el móvil en silencio.

—Pásanosla, por favor.

—Laia, no sé si…

Nina seguía admirando el paisaje.

—Por favor… —suplicó Cata.

No quería que Nina sintiera que la estaba traicionando. Le correspondía a ella decidir si quería hablar con sus hermanas, no a

mí. Sabía que estaba enfadada con ellas y no quería ser yo quien la pusiera entre la espada y la pared. Cuando estuviera lista, estaba seguro de que sería ella misma la primera en descolgar el teléfono.

—O al menos dile que tenemos que hablar con ella. Es importante —añadió Cata cuando vio que me quedé en silencio.

—¿Ves? Eso sí puedo hacerlo.

Levanté la mano para saludar a Nina, que me hacía señas con los brazos para llamar mi atención.

—Gracias, Scott. Nina puede cuidarse sola, pero… cuídala tú también, ¿vale? Ha pasado por mucho.

Esas palabras hicieron que me saltaran todas las alarmas de nuevo, pero no lo demostré. Me limité a decir:

—Que no os quepa duda.

—¡Y no te pires a Edimburgo de la noche a la mañana!

Suspiré. El comentario de Laia me dolió en lo más profundo, pero ya la conocía. Estaba seguro de que no iba con maldad, solo con un deseo ardiente de proteger a su hermana pequeña. Me consolaba que al menos Nina supiera el verdadero motivo por el que me fui.

—¡LAIA, TÍA!… Nada, Scott, no le hagas caso. No sabe mantener la estúpida boca cerrada.

—Tranquila, Catalina —respondí, aunque estaba incómodo y dolido.

Corté la llamada justo cuando Nina empezó a caminar hacia mí, dejando atrás el sitio que había estado eligiendo para las fotos.

—¿Quién era? ¿Pasa algo?

Parecía preocupada.

—En realidad sí. Tengo que decirte una cosa.

—Uy… ¿Qué ocurre?

Frunció el ceño impaciente.

—Ven, nos sentamos en la moto y te lo cuento.

En cuanto llegamos, pasé la pierna derecha justo por encima del vehículo y me senté donde antes estaba Nina. Ella hizo lo mismo. Se colocó en mi sitio. Esta vez quedamos frente a frente.

—Eran tus hermanas.

—¿Cómo? ¿Y qué hacías tú hablando con ellas?

Desbloqueé el teléfono y le enseñé el mensaje que había recibido de su hermana mayor. Lo leyó en voz alta con cierto fastidio.

—Sabes que prefiero hablar antes que enviar mensajes —expliqué —. Así que, la he llamado para decirle que estaba todo bien.

No dijo nada, así que, me tomé vía libre para seguir contándole lo que había pasado.

—Y claro: Laia enseguida se ha unido a la llamada. Me han dicho que necesitaban hablar contigo y, que por favor, te pasase el teléfono. No te he dicho nada en ese momento porque no estaba seguro de si querías hablar con ellas. Sé que estáis enfadadas y no quería ponerte en un compromiso.

Nada, seguía callada, mirándome y escuchando lo que tenía que decirle.

—También me han pedido que, ya que no te pasaba el teléfono, que si por favor podía decirte que tienen que hablar contigo. Parecía importante, Nina. No quiero meterme donde no me llaman, pero creo que deberías hablar con ellas, parecían preocupadas.

—Llevan enviándome mensajes y llamándome toda la tarde.

—¿Y no les has dicho nada?

—No se lo merecen.

—Cariño, entiendo que estás dolida, pero no dejan de ser tus hermanas… —dije deslizándole el pulgar por una mejilla.

—Lo sé, pero esta vez se han pasado de la raya.

Capítulo 23

Nina



Las palabras duelen, pero el orgullo puede destruirlo todo.

Por supuesto que no les había dicho nada a mis hermanas.

Quizá era la rabia quien hablaba por mí, pero seguía dolida. Todavía tenía la discusión muy reciente. Todavía rondaba por mi cabeza que las personas en las que más confiaba me habían mentido durante años. Que me habían ocultado la verdad a conciencia. Así que sí, era posible que no estuviera siendo muy racional y que estuviera comportándome como una cría al no cogerles el teléfono o responder a sus mensajes, pero no podía ocultar el dolor que sentía.

Sin embargo, que se hubieran puesto hasta en contacto con Scott solo para hablar conmigo hacía que la vocecilla de mi conciencia empezase a ganar fuerza. La idea de llamarlas y aclararlo todo ganaba terreno. No les había dicho nada. ¿Por qué me sentía culpable al admitirle a Scott que las estaba ignorando?

Había actuado siguiendo mis sentimientos, pero ellas eran demasiado importantes para mí como para guardarles este rencor.

—Cuando te sientas preparada, llámalas y aclaradlo todo. Estoy seguro de que el vínculo y el amor que hay entre las Marín es más fuerte que cualquier problema.

—Supongo que tienes razón… Las llamaré al llegar al barco, o mañana.

Me dedicó una sonrisa mientras me peinaba con los dedos el pelo con cuidado. Lo tenía enmarañado y revuelto después de todo el día.

Estábamos frente a frente, sentados en la moto. Con el reflejo de la luz del atardecer, sus ojos eran más bonitos todavía. No quería flaquear. No debía. Pero… ¿cómo evitarlo? No había podido sacarme de la cabeza lo que había pasado esta mañana en el puerto.

Recordé su promesa de no besarme mientras yo tuviera dudas. Recordé su pregunta y mi respuesta.

Esas palabras se habían clavado en mi cabeza, en cada hueco de mi cuerpo. No había podido mentirle. Por supuesto que no me hubiera apartado. Me costaba entender que Scott fuera capaz de hacerlo. De hacer cosas así, como romper todos mis esquemas y hacerme temblar; capaz de hacerme sentir tan segura cuando estaba a su lado y no estar en alerta constante por lo que pudiera venir después. ¿Y si las cosas no eran como pensaba? ¿Acaso estaba preparada para tener una relación?

No podía ignorar la manera en la que Scott me hacía sentir. Eso significaba algo. Tenía que significarlo.

—Oye, voy a usar otra de mis preguntas —anuncié.

—Elige bien —contestó, entretenido con mi pelo.

—¿Por qué has vuelto?

Ambos alzamos la cabeza.

—Directa a la yugular, ¿no?

—Me gustaría saberlo, Scott. Pero dime la verdad.

Si las miradas hablaran, las nuestras hubieran dicho muchas cosas. Como que todavía quedaban cosas sin resolver entre nosotros. Cosas como que seguíamos siendo la Nina y Scott de siempre, pero no del todo, y que había tantas cosas que el otro no conocía que era difícil hasta pensar en cómo empezar a explicarlas.

—Toqué fondo con lo de Justin —confesó Scott—. La culpa me carcomía por dentro. No solo la culpa por lo que le pasó a él, sino por muchos de los errores que cometí en el pasado.

Alzó las cejas. No hacía falta que dijera que estaba hablando de nosotros para entenderlo.

—Eso me hizo pensar —siguió—. Lo pensé mucho, te lo aseguro. No quería que siguieran pasando los días, los meses, los años y sentir que estaba viviendo en piloto automático. Necesitaba volver para saber que había hecho todo lo que estaba en mi mano para… Creo que ya sabes para qué.

Claro que lo sabía.

—Entonces ¿has vuelto por mí?

Me temblaba todo el cuerpo. Parecía que me fueran a consumir los nervios.

—Bueno… Ahora mismo tengo mi barco cerca, tú estás aquí conmigo y no siento que haya nada en el pueblo que me haga querer volver. Así que sí. Claro que he vuelto por ti, ojos claros.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora y no antes o dentro de unos años?

—Quise volver desde el momento en el que me fui. Ahora sabes que lo hice, Nina.

Sí, ya sabía que había vuelto, pero…

—Quizá si hubieras salido tú a abrir la puerta aquel día en vez de Catalina, no estaríamos hablando de esto ahora —dijo—. Así que, no te puedo responder a la pregunta con exactitud. Llevo años

esperando que me llamaras. Estaba esperando a que tú tomaras la decisión o me dieras alguna señal. Necesitaba algo a lo que aferrarme. Pensaba que tú no querías saber nada más de mí y quise respetar tu espacio. Pero con lo de Justin… —Se pellizcó el puente de la nariz, agobiado—. Y con lo de esa pobre chica… No quería arrepentirme de nada más, ¿entiendes? No podía. Necesitaba respuestas. Por eso he vuelto.

Asentí.

—Ya… Supongo que nos habríamos ahorrado muchas cosas si hubiera abierto yo la puerta aquel día, ¿eh?

—Supongo que nunca lo sabremos.

Me acarició de nuevo la mejilla con suavidad y yo cerré los ojos, me perdí en su contacto.

—Gracias por responder.

Sonrió con pesar a modo de respuesta.

—¿Quieres hablar sobre lo de Justin? ¿O… lo de esa chica que acabas de decir…?

No sabía con exactitud a qué se refería con lo de «esa pobre chica», pero no sonaba bien.

—No, ojos claros, hoy no.

Acepté la respuesta y confié en que me lo contaría cuando estuviera preparado. Entonces, me giré en el asiento y decidí apoyar la espalda en su pecho. Así, disfrutamos de uno de los atardeceres más bonitos que había visto en mi vida.

—¿¡Nina!? No me lo puedo creer.

Me incorporé al escuchar mi nombre unos minutos después.

—¿Guille? —Miré a Scott, extrañada y sorprendida a la vez—. ¡Qué casualidad! ¿Qué haces aquí?

Bajé de la moto para darle un abrazo al que había sido mi amigo en la universidad. Siempre nos llevamos muy bien pero cuando pasó

lo de Julia nos distanciamos. Sin embargo, haberlo visto en la librería me alegró muchísimo.

—He venido a ver el atardecer —dijo—. Como todo el mundo aquí, rubia.

Sonrió y el estómago se me encogió ante ese mote que acababa de usar para dirigirse a mí. Le eché un vistazo a Scott, que seguía sentado en la moto cruzado de brazos.

—¿Tú solo?

—Sí. Bueno, no. —Exhaló—. Estoy de vacaciones con unos colegas, pero no les apetecía venir. Demasiada fiesta llevan. Así que sí, he venido yo solo a disfrutar del atardecer. Ya sabes que soy un friki de estas cosas.

Claro que lo sabía. Más de una vez, Julia, Guille y yo nos habíamos ido a la playa a ver algún que otro atardecer al terminar las clases.

—¡Qué bien! Yo estoy aquí con… —carraspeé y miré a Scott, que también me estaba mirando a mí, con las cejas alzadas y el ceño fruncido—. Ven, que os presento.

Le hice un gesto para que me siguiera y Guille obedeció.

—Guille, este es Scott, mi…

Dudé. ¿Qué era Scott para mí? Dije lo primero que me cruzó la cabeza.

—Un amigo de toda la vida.

—Amigo, claro. De toda la vida —comentó Scott con voz seria.

Guille y Scott estrecharon la mano para saludarse.

—Encantado, tío.

Scott le dio dos palmaditas en el hombro más fuertes de lo normal, con un falso gesto de alegría por verle. Le conocía demasiado bien como para saber que no estaba cómodo en absoluto. Se estaba mordiendo la lengua y ni siquiera hacía un mínimo esfuerzo por poner buena cara.

Estaba serio, pero cuando estuviéramos solos pensaba preguntarle por qué no había sido más amable.

—Oye, voy a estar con mis colegas unos días más por la isla antes de irnos —comentó Guille, amable—. Si te apetece que nos veamos en algún momento para tomar un café, ir de nuevo a la librería o lo que quieras, yo encantado.

Guille siempre había tenido una sonrisa muy dulce.

—Claro que sí, me encantar…

—Lo siento, tío, pero nos vamos mañana —interrumpió Scott.

Le dediqué una mirada asesina. Sabía qué estaba haciendo. No iba a decidir por mí. Nadie más lo iba a hacer.

—No le hagas caso —contrataqué—. Está de coña. ¿Mañana a las diez te va bien?

Yo era la única que iba a tomar las decisiones en mi vida.

—Ah. Por supuesto y… ¿dónde te recojo?

Guillé pasó una mirada cargada de duda entre Scott y yo.

—No hace falta, tranquilo. Scott me puede llevar.

Lo miré con una sonrisa en la cara que sabía que no le haría ni una pizca de gracia. Efectivamente, no estaba equivocada. Su cara era un poema.

—¿Nos vemos los tres entonces? —dijo Guille confundido.

—Tú y yo solos —insistí—. Scott solo me va a acercar.

—Genial, bueno. Pues… ¡Disfrutad de lo que queda de atardecer! Hasta mañana, Nina. Que vaya bien, Scott.

En cuanto Guille se alejó y Scott y yo estuvimos solos, me giré con furia para enfrentarme a Scott.

—¿Cuál es tu puñetero problema?

—No, ¿cuál es el tuyo, Nina? —me contestó rápido—. Te voy a decir esto a riesgo de parecer un celoso de mierda, pero ese tío no

me da buena espina y mi intuición no suele fallarme. ¿En serio te vas a largar con él?

—Pues, si me apetece largarme con él, sí. ¡Tú tampoco eres quién para tomar decisiones por mí!

—Hostias Nina, frena. —Alzó las manos—. No estaba tomando ninguna decisión por ti. Ya te dije que jamás lo volvería a hacer. Te estaba dando una salida fácil por si el pesado ese te estaba poniendo en un compromiso y no sabías qué decirle, joder.

No había pensado en esa posibilidad. Me lo había tomado como un ataque personal y había sacado las garras a pasear a la primera de cambio.

—Ya, bueno… En cualquier caso, voy a quedar con él.

Era cierto que ya no conocía demasiado a Guille, después de todo. Pero tenía preguntas sobre lo que había pasado durante la universidad. Y también necesitaba salir de mi zona de confort. Volver a vivir después de todo eso. Quizá no era la mejor idea, pero era la que más a mano tenía y quería…

—Me parece genial, Nina. —Scott se acercó a mí —. Solo voy a pedirte una cosa.

—¿Y ahora qué?

—Ve con cuidado, por favor.

Capítulo 24

Nina



Y un segundo, un solo segundo basta para que
las cosas vuelvan al punto de partida.

Lo que tan bien había empezado, mal acabó. Scott no pronunció ni una sola palabra después de que nos cruzáramos con Guille y yo, menos todavía. El viaje de vuelta lo pasamos totalmente callados. Llegamos al barco en el más absoluto de los silencios. Una vez allí, cada uno se fue a su cama sin ni siquiera murmurar un «buenas noches».

A la mañana siguiente, la cosa siguió igual.

La alarma sonó pronto. Scott ni se enteró. Estaba dormido como un tronco. Y si por alguna de esas la escuchó, se hizo el loco. No esperaba nada de él. Sabía que podía coger yo la moto e ir a donde quisiera. Tenía carnet de coche y conducir este trasto no podía ser tan difícil. Por mí, se podía quedar en el barco el día entero si quería. Podía ir a donde le diera la gana.

El asunto de Guille era una tontería de la que habíamos hecho una bola de nieve, pero, al fin y al cabo, no nos debíamos explicaciones al respecto. No éramos nada. No íbamos a serlo. Scott formaba parte de mi pasado por más que mi cuerpo reaccionase a él, por más que mi cabeza me traicionase en algunos momentos y por más que pensara qué pasaría si…

Necesitaba trazar un futuro diferente. Un futuro nuevo en el que yo y solo yo fuera quien tomaba mis propias decisiones. Uno del que no arrepentirme, sin dolor. Y Scott formaba parte de ese pasado manchado de negro y sufrimiento.

Me puse en marcha. Fui directa al baño a lavarme la cara y arreglarme un poco para ir a tomar un café con Guille y ponernos al día. Al final no había llamado a mis hermanas, pero sí que les había enviado un mensaje diciéndoles que estaba bien y que hablaríamos en cuanto pudiera. Tenía planeado llegar un poco antes a la quedada con Guille y hablar allí más tranquila.

Tampoco quería despertar a Scott mientras hablaba con ellas, pese al cabreo.

El maquillaje que me puse fue muy natural. Lo combiné con el pelo ondulado y suelto, unos pantalones largos de lino blancos y un top azul marino de tirantes. Cogí el único bolso que me había traído de casa, el móvil, la cartera y las gafas de sol y me fui.

Cuando salí del barco, Scott seguía en el quinto sueño. No quise despertarlo para avisarle de que me iba. Sabía muy bien cuáles eran mis planes.

Habíamos dejado la moto aparcada bastante cerca, así que no me costó encontrarla. Me coloqué el casco y arranqué. Para mi sorpresa, no me resultó demasiado difícil conducirla y a los cinco minutos ya le había pillado el truco.

Conduje por las carreteras de Formentera, disfrutando del camino y sintiéndome orgullosa de mí misma por hacer cosas sola. Incluso yo sentía lo bien que me estaba sentando el cambio de aires. El mar siempre había sido mi aliado, mi salvavidas, y alejarme de él solo había hecho que me fuera imposible salir del círculo de negatividad en el que estaba metida. Con el viento rozándome la cara, me sentía libre. Había vuelto a tomar el control de mi vida.

Cuando llegué al punto indicado, aparqué la moto y saqué el móvil. Vi que tenía varias notificaciones, pero ninguna de Scott. Tampoco esperaba un mensaje suyo después de irme. Además, seguramente seguiría durmiendo o haciendo como que dormía. Ya no sabía qué pensar. Pero me daba igual.

Ignoré una notificación rara de «Inicio de sesión en un nuevo dispositivo». Cata, Laia y yo compartíamos muchas cuentas en plataformas de series y en tiendas de compras web para acumular puntos. No era algo fuera de lo común. Lo borré con un gesto y sin levantarme de la moto, marqué el contacto de Catalina.

Primer tono. Segundo tono.

Al tercero escuché cómo descolgaban la llamada.

—¿Chicas? —Supuse que estarían las dos con el altavoz puesto, aunque solo llamara a una.

—¿Nina? ¿Cómo estás?

—Bien…bien. ¿Y vosotras?

—También bien.

Se hizo un pequeño silencio entre las tres. Fue Cata quien lo rompió.

—Oye, Nina, de verdad… —Empezó—. Lo siento mucho. Sé que no actué de la mejor manera y que eso te ha dolido mucho. Lo entiendo y te aseguro que lo último que busco es excusarme. Quiero responsabilizarme de mis actos, pero te juro que todo lo que hice

fue pensando en ti. Quise evitarte más dolor del que ya tenías y eso fue peor que contarte la verdad. Ahora lo sé y lo siento.

No contesté al momento. Agradecía profundamente las palabras de mi hermana mayor. De verdad que sí. Antes de que me diera tiempo a responder, Laia se unió a la conversación:

—Yo también lo siento, Nina —dijo—. Deberíamos haberte contado la verdad hace mucho y no lo hicimos. Asumo mi parte de culpa. ¿Podrías perdonarnos? Cuando tú consideres, pero… ¿podrías?

Con esas palabras, el nudo que se me había estado formando en la garganta explotó y rompí a llorar en mitad de la calle.

Me habían hecho daño. Muchísimo. Pero también se estaban responsabilizando de sus actos y las quería y las necesitaba más que a nada ni a nadie. Eran mis hermanas. Eran demasiado importantes para mí. Escuché que la llamada se cortaba de repente. Me despegué el móvil de la oreja, habían colgado.

Al instante, el teléfono empezó a vibrar con una videollamada entrante. La acepté y vi a Catalina y a Laia pegadas a la cámara.

—¿Nina?

—Hola —respondí entre risas y lágrimas. Me limpié las mejillas lo mejor que pude—. Claro que os perdono.

Vi que a ellas también se les escapaban alguna que otra lágrima. No soportábamos estar enfadadas. Con eso, ya no hacían falta más palabras entre las Marín. Ellas ya sabían que estaba todo solucionado. Si perdonábamos, lo hacíamos de verdad. Nada de rencores ni de malo rollos. Nada de abrir el cajón de mierda después.

Nosotras perdonábamos de manera sincera.

—¿Cómo estás? —preguntó Laia.

Catalina necesitaría unos segundos más antes de poder hablar. La conocía como la palma de mi mano. Además, era la más sensible de

las tres. Siempre lo había sido, y me encantaba esa faceta suya. Laia era más fría, pero no con nosotras.

Nunca con nosotras.

—Mejor. Mucho mejor. Me enfadé muchísimo cuando me enteré de todo esto. Fue demasiado para mí saber que Scott volvió y que podría haber evitado… ya sabéis qué.

—Sí… No hace falta decirlo en voz alta, ¿vale?

Agradecí que Cata lo aclarase, pero tenía que empezar a enfrentarme a mis miedos de verdad si quería superarlos.

—No, sí que hace falta. Necesito pasar página y aceptarlo es el primer paso. —Sentía que iba por el buen camino, a pesar de que una sensación incómoda se me instalase en lo más profundo del pecho. Iba a decirlo en voz alta—: Saber que Scott volvió me hizo pensar que podría haber evitado salir con Cormac. Podría haber evitado tener una relación con ese cabronazo.

—¡DILO EN ALTO! —dijo Laia—. Grítale todo lo que se merece.

—¡CORMAC ES UN CABRONAZO! ¡UN GILIPOLLAS HIJO DE PUTA!

—¡Eso es! ¡Sácalo todo!

—Ufff, creo que nunca lo había dicho en alto. Sienta bien —me reí. Empecé con una pequeña risa que se convirtió en una carcajada a pleno pulmón que mis hermanas compartieron—. Gracias, chicas…, de verdad.

—Gracias a ti por entendernos y por perdonarnos —murmuró Cata.

Si no lo decía más alto era porque el nudo que tenía en la garganta no se lo permitía. Le sonreí a modo de respuesta, no hacía falta decir mucho más.

—Oye, nos tienes que contar… ¡muchas cosas!

Si Cata no podía evitar llorar, Laia no podía evitar contenerse ante un buen cotilleo.

—Lo sé… Uf. Y vosotras solo sabéis un parte de la historia. Tengo que contaros la otra mitad.

—Empieza a soltar por esa boquita, venga.

—En realidad, ahora no puedo.

Justo entonces vi a Guille llegar.

—¿Dónde estás?

Cata se acercó más a la pantalla para intentar averiguar la ubicación.

—Esa es otra de las cosas que tengo que contaros —dije rápida—. He quedado con un amigo. Lo estoy viendo venir a lo lejos, así que… Luego os cuento.

—Eh, eh, eh… Dos segundos, florecilla. —Puse los ojos en blanco ante Laia y sus absurdos motes—. ¿Cómo que un amigo? ¿Y Scott?

—Eso es otra cosa. Es todo un poco… No sé. Os llamo luego, ¿vale?

—¡Nina!

No escuché lo que vino a continuación, porque les colgué antes de que pudieran terminar la frase.

Bajé de la moto y me aseguré de que estaba bien aparcada antes de dirigirme hacía donde estaba Guille, un par de metros por delante de mí.

—¡Hola!

Le di dos besos a modo de saludo.

—¿Qué tal estás, rubia? —Vi que miraba hacia ambos lados, extrañado—. ¿No te iba a traer tu amigo?

Sus palabras fueron como un pinchazo directo al pecho. No me gustaba estar cabreada con Scott. Había sido por una tontería y lo odiaba.

—Al final me he venido yo con la moto.

Tampoco necesitaba darle más detalles.

—Ah. —Sonrió—. Pues mejor. Me dio la sensación de que no le caí muy bien.

Me guiñó un ojo y trató de esconder una sonrisa incómoda.

—Hummm… No seré yo quién te lo niegue.

Rompimos a reír. La verdad era que la situación era un poco surrealista en general.

Scott no tenía ni voz ni voto en esto, por muy mala espina que le diera Guille. Yo quería reconectar con esa parte de mi pasado y perdonar. Sanar poquito a poco. Por eso había quedado con él.

—Vosotros no sois solo amigos, ¿me equivoco? —preguntó Guille.

Estábamos ya de camino a la cafetería más cercana.

—No, o sea, sí. A ver… —¿Cómo le explicaba todo lo que arrastrábamos Scott y yo?—. Supongo que es complicado.

Lo miré con la esperanza de que me entendiera sin necesidad de decir muchas más palabras.

—Tengo tiempo para escuchar la historia. —Hizo una breve pausa —. Si te apetece compartirla, claro.

Nos sentamos a una mesa de la terraza de la cafetería, que tenía muy buena pinta. Era monísima. Aproveché y le hice una foto rápida al lugar.

—Vamos directos a la versión corta, ¿te parece?

—Hecho. —Sonrió de esa forma suya. La que transmitía tanta amabilidad.

En los años de universidad en los que Guille y yo habíamos sido amigos, jamás le hablé de Scott. Me pareció la manera más sencilla de superarlo. Pero a esas alturas era demasiado consciente de que ni en un millón de años sería capaz de superarlo y dejar de quererlo.

—Scott es mi ex.

—No me jod…

Esperaba ese tipo de reacción, para qué engañarme.

—Pero ahora somos amigos.

—¿Amigos?

—Amigos.

Asentí, forzando un gesto de seguridad que no sentía en realidad.

—Supongo que es mejor llevarse bien con tu ex antes que ni soportar veros, ¿no?

—Eso creo…

Scott y yo habíamos aclarado nuestro pasado en ese sentido. Habíamos puesto las cartas sobre la mesa y nos habíamos sincerado. Por otro lado, también habíamos vuelto a acercarnos. Por mucho que una parte de mí quisiera estar con él, sentirlo así de cerca de nuevo…

Mi parte más racional me decía que era mejor poner distancia.

—Bueno y… cuéntame más de ti —dijo Guille, como si pudiera leerme el pensamiento—. Hace demasiado que no nos vemos. ¿Cómo te ha ido todo?

Me pareció muy tierno que me preguntara por mí. Me sentí escuchada y era una sensación agradable. Cumpliendo mi promesa de reconectar con mi pasado y sanar, empecé a hablar sin darle demasiadas vueltas.

—Para serte sincera, no ha sido mi mejor época. —Suspiré y me armé de valor para seguir con la historia—. Julia tenía razón, ¿sabes? Perdí dos amigos por estar completamente ciega.

Él sabía a qué me refería. Nuestra amistad se había roto el día que Julia y yo nos peleamos. Después de eso, todo se fue al traste. Ni Julia ni yo soportábamos la presencia de la otra y Guille se vio entre la espada y la pared, lo que hizo que nuestra amistad estuviera destinada al fracaso.

—Entonces ¿ya no estás con Cormac?

El camarero nos sirvió el desayuno. Un capuchino y tostadas para mí, y un cortado con una galleta de chocolate gigante para Guille. Le dimos las gracias y seguimos con nuestra conversación.

—Qué va. Digamos que las cosas no fueron del todo bien. —Sonreí incómoda —.Y, bueno… —Hice una breve pausa para darle un sorbo al café—. ¿Tú qué tal?

Alargó la mano, la colocó sobre la mía y trazó varias caricias.

—¿Estás bien, Nina?

—Ha sido complicado, pero estoy mejor. —Pareció quedarse tranquilo con mi respuesta—. Pero vamos a cambiar de tema: ¿cómo estás tú?

—La verdad es que no me puedo quejar.

Por la sonrisa que se dibujó en su cara, supe que había algo que quería contarme, solo tenía que insistir un poco más.

—Venga, Guille, sé bien que te mueres por contármelo.

—Bueno va, si insistes… He conocido a alguien increíble y las cosas van tan bien, Nina. ¡No te puedes ni imaginar cuánto!

Y me dio todos los detalles sobre su nueva historia.

Al poco, empecé a recibir notificaciones. A pesar de que quería prestarle atención a mi amigo, la incesante vibración del móvil no me dejaba concentrarme. Me disculpé con un gesto rápido y saqué el teléfono del bolso. En cuanto lo desbloqueé, me encontré con varias llamadas perdidas de Scott y mil mensajes.

Scott: ¿Estás bien?

Scott: Nina, por Dios

Scott: Dime algo, joder

Scott: Me he despertado y no estabas

Scott: Solo dime que estás bien

Scott: Llámame si necesitas lo que sea. Por favor

Pensé en no contestarle, ya se cansaría. ¡Qué exagerado! Pero algo me dijo que quizá… Bueno, la verdad era que no las tenía todas conmigo. ¿Y si…? Me volví a disculpar con Guille y me alejé un par de metros de la terraza. Busqué el número de Scott para llamarlo.

Contestó al segundo tono.

—Maldita sea, ¿qué quieres, Scott? Estoy ocupada.

—¿Estás bien?

Sonaba preocupado.

—Sí, Scott. Te dije ayer que había quedado.

—¿Ayer? Espera. No me jodas que te has ido tú sola con el tío raro ese… Hostias, Nina, pero ¿no dijiste que te iba a acercar yo en moto?

—Pues he cambiado de idea —le solté sin más—. Y que te quede claro: no es raro. Además, no quería despertarte. Ni que me viera contigo.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. ¿Le habían dolido mis palabras? Era lo que buscaba. Pero ¿era verdad? ¿No quería que Guille me viera con él? ¿Por qué últimamente solo hablaba mi enfado y resentimiento cuando se trataba de Scott?

—Lo pillo. No te preocupes, vuelve a tu cita.

Usó su tono serio y lo odié por ello. No soportaba ser yo quien causara esa distancia. Quería gritarle. Quería decirle que esto lo hacía por nosotros. Que lo hacía porque no creía que fuéramos capaces de soportar estar juntos. Nos íbamos a causar más daño que otra cosa y él tenía que ser también consciente de ello, ¿no?

—Bien.

Le contesté con el mismo tono cortante.

—Una cosa más —soltó de pronto—. No sé qué te está pasando de repente, Nina. A ratos estás bien conmigo y a otros me ves como la última mierda. Te juro que quiero estar ahí para ti y darte cualquier cosa que necesites, pero es muy difícil si me rechazas así. No entiendo nada y me está tocando mucho los huevos estar tan perdido, sobre todo cuando siento que pides ayuda a gritos y no sé ni el motivo ni cómo ayudarte. —Hizo una breve pausa—. Me duele escuchar que te avergüenzas de mí, ¿sabes?

Cada palabra que escuchaba se me clavaba en el pecho. Sabía de sobra que no se merecía lo que le había dicho.

—Aun así, si necesitas algo, llámame. Me da igual la hora que sea. Te hice una promesa y ahí estaré, Nina. Siempre.

Y colgó. Me dejó con la palabra en la boca y el corazón en un puño. Colgó justo cuando una oleada de arrepentimiento me arrastró con ella.

«Lo hago por nosotros, Scott. Quizá sea una mierda, pero no sé hacerlo de otra manera».

Debería habérselo dicho. Sin embargo, dejé que fuera tan solo un pensamiento revoloteando en mi cabeza.

Capítulo 25

Scott



A veces el amor se esconde en los gestos
que no queremos entender.

Me despertó el dolor de espalda. Todo estaba en silencio. Lo único que lo rompía era el agradable sonido del mar y las gaviotas. Varios rayos de sol mañanero se colaban por la estancia y me fue imposible retomar el sueño. Me giré un poco y sentí el tirón en el cuello. Y entonces me di cuenta de que Nina no estaba.

Vi las sábanas revueltas y la cama vacía.

Hice acopio de todas mis fuerzas y me levanté luchando contra la pereza. Nina y yo no habíamos hablado desde la noche anterior. Más en concreto, desde la escena en el acantilado, cuando apareció el tipo ese. No sabía cómo hacérselo saber a Nina, pero Guille no me daba buena espina y eso me tocaba mucho los huevos, porque mi intuición no fallaba nunca.

Era cierto que me daba miedo estar confundiendo lo que me decía mi instinto con los celos. Pero yo no había sido nunca una persona celosa ni mucho menos. Tampoco era un mentiroso. Ver que el chico había sido capaz de hacerla reír de manera sincera a los pocos minutos de verse, dolía. Yo llevaba intentándolo días y solo había conseguido pequeñas sonrisas. Nada de carcajadas.

Volvía a sentir a Nina a kilómetros de mí y, joder, claro que me dolía.

«No me alejes más, ojos claros», era lo que quería decirle.

Me acerqué a la pequeña cocina y preparé dos buenas tazas de café. A pesar del calor, Nina y yo éramos muy de café por la mañana. Preparé el suyo como sabía que le gustaba, largo de café, caliente y con espuma. El mío, largo de café, leche fría, y además, galletas para mojar.

Cogí ambas tazas y subí a la cubierta, esperando encontrármela en las tumbonas, como la mañana anterior. Imaginé que estaba disfrutando del mar, el sol y el frescor mañanero. Pero, para mi sorpresa, estaban vacías. Dejé las tazas y las galletas en la mesa de la cubierta. Di una vuelta rápida por el resto del barco. Incluso subí a la zona de control por si acaso estuviera allí, pero nada.

—¿Nina?

No hubo respuesta.

—¡Nina!

Volví a intentarlo, pero nada.

Empecé a asustarme. En lo que respectaba a Nina, me preocupaba pronto. Tampoco ayudaba que estuviéramos en un barco, en el puerto de Formentera, y que no hubiera llamado a sus hermanas aún, que yo supiera. Un sudor frío me recorrió la espalda, el cuello y la frente. Si se había ido, no me había dicho nada.

Como hizo con su familia.

¿Me habría hecho lo mismo a mí también?

Probé a llamarla, pero no me cogió el teléfono. Ni la primera ni las otras tantas veces que llamé. Probé a enviarle algunos mensajes. Solo necesitaba saber si estaba bien, si había pasado algo. Si…

Quizá pecaba de preocuparme en exceso, pero cualquiera que estuviera expuesto a lo que yo vivía en el trabajo se hubiera preocupado. Es indignante la cantidad de cosas injustas que pasan sin que nos demos cuenta, a personas que probablemente no conocemos pero que están a nuestro alrededor. Creo que cualquiera en mi posición me entendería.

Tampoco hubo suerte con los mensajes.

Me quedé en la zona de control. Necesitaba estar en ese pequeño espacio por encima del resto del barco. Me estaba empezando a agobiar. Una cosa era que se fuera sin decirme nada o no me cogiera el teléfono. No lo compartía, pero lo aceptaba.

Me pasé las manos por la cara, frustrado. Hice una lista mental de todo lo que había pasado desde ayer por la tarde. Más en concreto, desde el momento del atardecer en el faro.

Joder…, ¿tan mal me había portado como para provocar esto en ella?

No quería que se cerrara en banda. Quería ayudarla, porque sabía que algo le pasaba. No soportaba pensar que estaba sufriendo, pero ¿qué podía hacer para ayudarla sin que saliera huyendo?

«¿Qué estamos haciendo mal, Nina? ¿Qué nos estamos haciendo? Esto parece un tira y afloja constante que va a terminar dañándonos a los dos…».

Noté la vibración en el bolsillo del pantalón de chándal. Era Nina. Gracias al cielo.

La conversación se aceleró muy rápido: estaba molesta, estaba ocupada. No habíamos hablado desde la tarde anterior, había algo

raro entre los dos. Pero Nina no era tonta y sabía perfectamente por qué la llamaba, ¿verdad?

Solo quería que me dijera que estaba bien…

Por otro lado, ella misma me había estado buscando las cosquillas con Guille, ¿no? Provocación o no, había dicho que iba a llevarla yo en moto. ¿Acaso sabía conducir una moto? ¿Y si se hubiera hecho daño?

Las palabras se me clavaron en el pecho.

—Además, no quería despertarte —soltó—. Ni que me viera contigo.

«Ni que me viera contigo. Ni que me viera contigo. Ni que me viera contigo. Ni que me viera contigo…».

Esa última frase se repetía en mi cabeza sin cesar. Me dejó descolocado. Dolió en lo más profundo de mí. Se avergonzaba de mí. Nina se avergonzaba de estar conmigo. ¿Después de todo? Esto cambiaba las cosas a un punto que no sabía si tenía retorno.

«Nina, acabas de abrir una brecha en mí que me va a costar demasiado cerrar», pensé, aunque dije:

—Lo pillo. No te preocupes, vuelve a tu cita.

Usé el tono más serio que fui capaz de encontrar, pues estaba dolido.

Ella contestó con el mismo tono cortante y yo no pude evitar decirle la verdad y después colgar sin pensarlo demasiado.

Menuda jarra de agua fría para empezar el día. No entraba en mis planes estar así. Un momento parecía que Nina y yo estábamos acercando posiciones, que volvíamos a empezar a entendernos y las cosas fluían y, al siguiente…, esto. Había algo que no conseguía ver. Algo que se me escapaba. Porque esta no era la Nina que yo recordaba. Esta no era mi Nina.

Bajé a la cubierta, cogí mi taza de café frío y me fui directo al camarote. Al lugar más privado que tenía a mano, pues seguíamos amarrados en puerto y no quería que ningún curioso me escuchase.

Sabía de sobra que, a pesar de ser bien temprano, mi hermano llevaría despierto ya un par de horas. Cogió el teléfono al primer tono.

—Justin Hovland.

Dijo con tono serio y formal.

—Soy yo, idiota.

—Hostias, ni me he parado a ver quién me llamaba. ¿Qué pasa, hermano?

—¿Cómo que qué pasa? Anoche no pude llamarte y por mensaje dijiste…

—¿Estás solo? —Su voz se endureció.

—Sí. ¿Qué cojones pasa, Justin?

Era algo serio, lo que me hizo ponerme tenso al instante. Aunque si alguien me viera desde fuera, dudaba de que lo apreciase. Con los años había aprendido a pasar desapercibido y a camuflar mis emociones. Dependía de ello. Era una herramienta más de trabajo.

—Tenemos novedades sobre el caso Hunter —continuó mi hermano. El silencio a ambos lados de la línea fue confirmación suficiente. Tras un instante, Justin continuó—: El sujeto ha sido visto por los alrededores de Edimburgo. Se le perdió la pista enseguida. No he avisado a nadie aún. Esto es entre tú y yo, por ahora.

—Sigue.

Presentía que eso no era lo único que tenía que decirme.

—No te va a gustar.

—Suéltalo ya, joder.

No me quedaba paciencia.

—No me preguntes cómo he conseguido esta información, pero tiene que ver con Nina. Sabes que no puedo contarte información delicada por teléfono, Scott.

Se me pusieron los pelos de punta. No podía ser verdad. No podía existir ningún tipo de relación entre Nina y el caso Hunter. ¿Cómo?

«Me cago en la puta».

—Si lo que me imagino es verdad —dije—, no pienso moverme ahora mismo de su lado. Ven, Justin. Me la pela la excusa que tengas que inventarte. Ven cagando hostias.

—Dime dónde vas a estar en dos días y allí estaré.

—Gracias, hermano.

Necesitaba la información. La imaginación es lo peor en este tipo de situaciones. No sabía nada de nada y, aun así, mi cabeza se esforzaba por crear escenarios cada vez más creativos y terroríficos.

—Llegaremos al fondo de todo esto, Scott —concluyó.

Asentí, como si pudiera verme. Después colgué e intenté extinguir la rabia y la impotencia.

No lo conseguí.

Revolví todo el camarote en busca del portátil. Me hice otro café y me puse a trabajar. A recabar información por mi cuenta. A investigar. Justin me había enviado un correo con un mensaje cifrado. A cualquier otro le hubiera parecido una conversación de lo más normal entre hermanos, pero Justin y yo teníamos un método. Era nuestra manera segura de comunicarnos.

Estaba convencido de que no me iba a gustar lo que estaba a punto de descubrir. Lo que no esperaba era descubrir la auténtica pesadilla que se ocultaba bajo mis pies.

Capítulo 26

Scott



El amor sigue ahí, pero tú cada vez estás más lejos.

No sé cuánto tiempo pasó. Había dejado el móvil junto al ordenador para tenerlo a mano por si acaso me llamaba de nuevo. Podía estar dolido y enfadado con ella, pero no iba a dejarla tirada si me necesitaba. Jamás.

Ya no sabía qué pensar teniendo en cuenta que se avergonzaba de mí.

Cuando llegó como un huracán, tiró el bolso contra el sofá y se colocó justo frente a mí, con los brazos en jarras. No levanté la cabeza, así que carraspeó para llamar mi atención. Al final levanté la vista de la pantalla y fingí despreocupación.

—Tienes que dejarme hacer mi vida —soltó.

Pensé que tenía que estar de coña, aunque su expresión decía todo lo contrario.

—¿Y cuándo te he impedido yo hacer tu vida, Nina? Si se puede saber, por supuesto.

Me crucé de brazos y me eché hacia atrás en la silla mientras esperaba su respuesta. La vi vacilar.

—Deja de preocuparte por mí —insistió—. Deja de llamarme. Deja de escribirme. Déjame en paz.

Me incorporé como un resorte, por dentro estaba ardiendo.

—Mira, Nina —exploté—, te lo voy a decir una vez y no más. —La vi ruborizarse—. En ningún momento te he impedido hacer tu vida. Me fui a Edimburgo y te mandé ese maldito mensaje para, precisamente, ¡DEJARTE HACER TU VIDA!

Vi como temblaba y templé mi tono de voz para no sonar tan brusco, a pesar del dolor.

—Y lo siento mucho, pero no pienso volver a cometer ese error. Te he respetado en todo momento. He tenido paciencia con lo que sea que estuviera pasando entre nosotros, pero tampoco soy de piedra, Nina. —Señalé la cama sin pensarlo—. Me he despertado y no estabas. Ni un mensaje, ni una llamada. ¡Nada! ¡Estaba preocupadísimo…!

Me puse en pie y le di la espalda un instante, tratando de encauzar mis emociones, antes de retomar la conversación:

—Dime, Nina —insistí—, ¿qué es lo que quieres de mí? Porque yo ya no sé a dónde nos lleva todo esto, joder.

Lo dije con una voz fría y cargada de dolor. Distante. ¿Qué nos había pasado en cuestión de horas? Porque estábamos bien, sentados juntos en el acantilado hasta que…

—¡Quiero que me dejes en paz! —explotó. A mí se me cayó el mundo encima.

—Eso está hecho —dije en voz baja.

Negué con la cabeza, frustrado. Le di la espalda y me dirigí hacia el baño. Necesitaba enjuagarme la cara con agua fría. Sin embargo, cuando apenas había dado dos pasos, escuché su voz de nuevo:

—¿Scott…? —Me giré.

Sonaba sorprendentemente calmada.

—¿Qué, Nina? ¿Ahora qué?

Y de repente, lo vi claro: no había duda en su mirada. Sus ojos no mentían, estaban llenos de determinación.

Iba a destrozarme en mil pedazos.

—Lo siento —murmuró.

«No me hagas esto, Nina. Así no».

Sus labios se estamparon contra los míos. Nos fundimos en un beso cargado de pasión. Porque estaba tan perdido en ella, era tan adicto a ella, la había echado tanto de menos que apartarme no parecía siquiera una opción. Nuestras lenguas jugaron a encontrarse, a reconocerse. Y, aunque sabía que este beso me iba a destrozar en mil pedazos, no podía evitar sentir que habíamos vuelto a nuestro hogar. Solo hacía falta ver las reacciones de nuestros cuerpos al entrar en contacto. La cogí por la cintura y tiré de ella, luego le coloqué la otra mano en la nuca, y la acerqué más a mí, como si así pudiera fundirme más con ella. No había más espacio físico entre nosotros y, aun así, necesitaba sentirla más.

Necesitaba saborearla todo lo que pudiera y más, porque sabía que iba a terminar. Habían pasado cuatro años desde nuestro último beso. Cuatro años desde la última vez que la había tenido así de cerca.

Nos perdimos otra vez a un ritmo frenético, sin rumbo. Nina me besó como nunca antes. Entrelazó los dedos en mi pelo. Atrapó mi labio inferior entre los dientes y un pequeño jadeo se me escapó de la boca. Le devolví la jugada y, por el ligero tirón de pelo que me dio

y por cómo apretó las caderas contra las mías, supe que estaba tan perdida en mí como yo en ella. Muerta de deseo.

No quería que este momento terminase jamás. Quería tenerla entre mis brazos por y para siempre. No quería sentirla a miles de kilómetros de mí. Ansiaba que la Nina y el Scott del pasado encontrasen el camino de vuelta. Le metí la lengua hasta el fondo, besándonos sin control, deshaciendo las ganas acumuladas. La besé como jamás había besado ni besaré a nadie que no fuera ella.

Mi Nina de ojos claros y pelo dorado.

Pero, por supuesto, tan rápido como su contacto llegó a mí, desapareció. Nina se retiró y me dejó resacoso de ella. Sentí el frío en los labios y los ojos llorosos por el deseo. Se alejó de mí como si jamás hubiera estado ahí, pegada a mí.

—Lo siento —dijo cabizbaja—. Tenía que comprobar una cosa.

Me limpié la boca para borrar todo rastro de ella. Aun así, no pude evitar que se me rompiera la voz.

—Nina, yo…

—Necesitaba comprobar si seguía sintiendo algo por ti.

—Tienes que estar de coña, ¿verdad? —negó con un gesto casi imperceptible. Me froté la cara con las manos. Incapaz de creer que lo que estaba escuchando era cierto. Alcé la cabeza y retomé la conversación—: ¿Y…?

—Nada.

Me rompí.

Eso es lo que provocaron sus palabras en mí. Me rompí.

Y tan roto como estaba yo, estaba lo nuestro.

Porque esto había sido demasiado.

Acabábamos de darnos nuestro último beso.

Capítulo 27

Nina



Éramos todo y ahora no somo más que un
simple recuerdo que duele.

Me desperté pronto, como cada mañana.

Después del beso, Scott no había vuelto a dirigirme la palabra. Yo a él tampoco. La había cagado a lo grande. Y lo que es peor: le había contado la mentira más grande que nunca antes había salido por mi boca.

Al besarlo, lo había vuelto a sentir todo.

Sabía que lo que había hecho estaba mal. Sabía que no me lo iba a perdonar tan fácilmente. Y me lo merecía. Me merecía su silencio, y quizá por eso lo había hecho. Porque estaba acojonada por poner las cartas sobre la mesa y tener *esa* conversación. Era más fácil vivir entre silencios.

Esa fue la segunda noche que nos fuimos a dormir en la misma habitación sin hablarnos.

¿Cómo podía Scott estar tan ciego? ¿Acaso no veía tan claro como yo que lo nuestro no iba a funcionar? Besarlo había avivado demasiadas cosas en mí. Casi me había olvidado de sus labios, de lo suaves que eran. Casi no recordaba cómo era que se abriera hueco en mi boca, que me pegase a su cuerpo con esa fuerza, que me cogiera por la nuca, sentir sus manos callosas sobre la piel y saber que no quería despegarse de mí. Besarlo ayer hizo que las murallas que estaba intentando construir se desmoronasen por completo. Había sido un error, pero no en ese sentido.

«¿Por qué tienes que ser capaz de despertar tanto en mí, Scott?», pensé.

Me giré hacia donde se encontraba el sofá cama, pero Scott no estaba ahí. En su lugar solo había un revoltijo de sábanas y la almohada.

Me sentía tremendamente culpable por lo de la noche anterior, así que decidí preparar el desayuno y, de paso, armarme de valor para sincerarme con él. Estaba dispuesta a abrirme en canal y contarle todo lo que llevaba por dentro.

Apenas había dormido. Había estado pensando y me había dado cuenta de que estaba cometiendo el mismo error que Scott había cometido conmigo cuatro años atrás: estaba mintiendo y estaba decidiendo por los dos. Estaba poniendo un muro entre ambos. Le estaba dejado fuera de la ecuación. No estaba teniendo en cuenta cómo se sentía él. Tenía que ser coherente conmigo misma y con él.

Se lo debía.

Nos lo debíamos el uno al otro.

Por eso mismo preparé dos tazas de café, el suyo con galletas y el mío con espuma, me armé de valor y subí a la cubierta para hablar con él.

Esperaba verlo nada más llegar, sentado en la zona de tumbonas, pero no fue así. Di una vuelta. Incluso subí a la zona de control, pero nada. Ni rastro de Scott. ¿Se había ido sin decirme nada? Imposible. Él no haría algo así, ¿verdad…?

—¿Scott?

No estaba.

—¡Scott!

Insistí, pero nada de nada.

Dejé ambas tazas en la mesa de la cubierta y lo llamé por teléfono. No hubo respuesta. Volví a intentarlo.

—Joder Scott… —dije en voz alta, preocupada.

Necesitaba hablar con él.

Ser justa con él.

—No me hagas esto ahora… —supliqué marcando otra vez.

—Es una putada, ¿a que sí?

Me giré hacia el sonido grave de su voz. Estaba en el muelle del puerto, subiendo los escalones hacia la cubierta con varias bolsas llenas de comida. Sentí alivio. Porque no se había ido. No me había dejado tirada, sola.

—Despertarse y ver que no hay nadie, digo —recalcó. Su tono era tan frío como un témpano de hielo.

Me lo merecía. Yo le había hecho lo mismo y, cuando él me había llamado preocupado, solo se me pasó por la cabeza hablarle fatal. Le había dicho cosas que no pensaba en realidad. El peso de la culpabilidad que sentía me iba a aplastar de un momento a otro.

—Lo siento, Scott.

Estaba arrepentida de verdad. Necesitaba hablar con él.

—¿Ese café es para mí? —Se acercó, dejó las bolsas en una tumbona, y cogió la taza que estaba sobre la mesa. SU taza.

—Sí, he pensado que…

—Tiene gracia, ¿sabes? Porque esto es lo mismo que hice yo ayer.

Se llevó la taza a los labios y dio un pequeño sorbo antes de dejarla de nuevo sobre la mesa

—No te vi en el camarote al despertarme, nos preparé café y subí con intención de hablar contigo, de aclarar lo que había pasado en el acantilado, pero no estabas. No me cogías el teléfono. No me respondías los mensajes. Solo quería saber si estabas bien. Y cuando llamaste… —se acercó a mí, parecía dolido—. Me dices que te avergüenzas de mí. Al menos, en eso, tu experiencia no ha sido tan desagradable como la mía, ojos claros.

No podía soportar que me llamara «ojos claros» con ese tono frío y distante. Me estaba matando por dentro. Pero no le iba a decir nada. Scott tenía razón y lo sabía.

—Scott, escúchame…

—No. Déjame terminar, por favor —respondió—. Te avergüenzas de mí, Nina. ¿Qué sentido tiene entonces todo esto? ¿Qué sentido tenemos? Pensaba que necesitabas marcar los tiempos e ir despacio… y he intentado respetarte y darte eso mismo. Pero no entiendo nada, joder. Me siento perdido y no sé cómo ayudarte. —Se pellizcó el puente de la nariz —.Quizá hacer este viaje juntos ha sido un error. Todo esto ha sido un error.

Me quedé sin palabras. Me quedé enganchada en esa última frase.

«Todo ha sido un error. Todo ha sido un error. Todo ha sido un error…».

—No lo dices en serio… No puedes decirlo en serio…

Creo que nunca antes había escuchado tanta dureza y dolor en su forma de hablar, en su forma de dirigirse a mí.

—La Nina que yo conocí jamás se avergonzó de mí —soltó—. Esa Nina jamás me habría hecho sentir como una mierda. Y duele ver que eso ha cambiado, ¿sabes? ¿Acaso queda algo de ella por lo que

merezca la pena seguir luchando? Porque te aseguro que, si me dices que sí, seguiré remando por los dos hasta el final. Sin importar las consecuencias. Pero si no es así, no sé qué hago aquí…

—Estás muy equivocado, yo…

Mi voz era un susurro y mi corazón palpitaba cada vez más deprisa.

—¿Tú qué? —siguió impaciente, como buscando respuestas.

—¡Que no me avergüenzo de ti, Scott! ¡Nunca lo he hecho y jamás podría! Solo estoy… Tengo mucho dentro y no sé cómo sacarlo, joder.

Pum, pum.

Pum, pum.

Pum, pum.

Parecía que el corazón se me fuera a salir del pecho.

—Quiero ser sincera contigo. Contártelo todo. Solo escúchame, por favor —supliqué.

—Nina.

Se acercó y me cogió la barbilla. La alzó para que nuestros ojos se encontrasen de nuevo. El color miel de su mirada provocó que una corriente eléctrica se me extendiera por todo el cuerpo.

—No me avergüenzo de ti, Scott… No quiero cargarte con todo lo que llevo dentro y dije esa estupidez para mantenerte al margen, ¿vale?

Mi mirada desprendía súplica, pero no me importaba.

—Cariño… —dijo Scott—, ¿qué te está pasando? Cuéntamelo. Déjame ayudarte.

Rompí a llorar desconsolada y, antes de poder darme cuenta, estaba acurrucada contra su pecho. La mano que antes estaba sobre mi barbilla me acarició el pelo con cuidado. Intentaba tranquilizarme, sin mucho efecto.

Un trueno me sobresaltó de repente. Con todo, no había prestado atención al tiempo. Las nubes de tormenta habían eclipsado la luz matutina. Era cuestión de tiempo que la lluvia nos empapara. Y yo no podía estar cerca de una tormenta. Así de simple.

Sin mediar palabra y, siendo consciente de ello, Scott me llevó hacia el camarote con un brazo en mi cintura. No conseguía dejar de llorar. No era capaz. Había intentado ser fuerte esos días, avanzar, dejar el pasado atrás. Pero necesitaba soltarlo todo para poder caminar de verdad. Necesitaba vaciar la mochila, deshacerme de la carga que me ataba al dolor.

Me senté en la cama. Scott se arrodilló frente a mí. Me secó las lágrimas que caían sin control, ignorando todo lo que pasaba entre nosotros en favor de… Bueno, de mí. Me colocó las manos sobre las mejillas y, tras un suave beso en la frente, se separó de mí.

Me había portado como una auténtica imbécil y, aun así, esto era lo que recibía de él. Calidez y calma.

—Voy a asegurar todo bien antes de que vaya a más y enseguida vengo, ¿vale? —Lo miré desconcertada y me explicó—: Viene tormenta, Nina.

—No, no, no… Scott.

Me aferré a él con fuerza y miedo ante la simple idea de que una tormenta se nos viniera encima.

No siempre había sido así. Antes de todo aquello, me encantaba notar el olor a lluvia, la luz de los rayos al caer, la calma que venía después…, pero ya no era así. Mi cabeza relacionaba las tormentas con cosas que no quería recordar.

—Ey, tranquila. Es solo una tormenta. Vamos a estar bien.

Su voz había vuelto a ser cuidadosa y podía sentir su preocupación infinita. Le cogí las manos, pues quería notar su piel contra la mía.

—No me dejes sola, por favor —supliqué entre sollozos.

Podía sentir la presión en el pecho, la falta de aire. La ansiedad estaba tomando el control y no sabía cómo frenarla. Me dio un beso rápido en la frente.

—No lo voy a hacer, ojos claros. Nunca más. —Se apartó—. Solo voy a asegurar todo para que estemos a salvo durante la tormenta. Tenemos suerte de que nos ha pillado en puerto. Te prometo que no tardo más de cinco minutos. Confía en mí.

Esas tres simples palabras habían significado mucho para nosotros en su momento y lo seguían significando. Estaba convencida de ello.

Asentí y, con ese pequeño gesto, Scott salió corriendo hacia la cubierta. Desde donde estaba, escuché que movía cosas, cerraba escotillas y comprobaba que todo estuviera en su sitio. No lo veía, pero conocía el procedimiento de memoria. Y así, concentrándome en los sonidos de los pasos de Scott, dejé de llorar. Conseguí calmarme y que el aire volviera a llegarme a los pulmones con normalidad.

Scott no mintió. En menos de cinco minutos, bajó las escaleras hasta el camarote y cerró la trampilla.

—Ya estoy aquí —anunció.

Estaba empapado de la cabeza a los pies. Los mechones de pelo negro le caían sobre la frente, el pantalón de chándal pasó de gris claro a gris oscuro y la camiseta blanca, también empapada, se le pegaba al cuerpo, así que se le veían todos y cada uno de los músculos. Volvió a arrodillarse enfrente de mí, como si nada. Yo ni siquiera había sido capaz de cambiar de postura.

Seguía sentada en el borde de la cama, con la mirada medio perdida. Una sensación fría me sobresaltó cuando volvió a ponerme las manos sobre las mejillas.

—Ey, Nina… Mírame, cariño. ¿Qué te pasa? —Estudió cada milímetro de mi cara, cada centímetro de mi cuerpo con impaciencia —. Me estás asustando.

Si hubiera podido decirle que las heridas que tenía no se podían ver desde fuera…

—Estás empapado, Scott —dije, aunque fuera obvio.

Fueron las únicas palabras que encontré.

—Mierda. Perdona.

Se levantó y se quitó la ropa de camino al armario. Sin molestarse en alejarse demasiado de mí. Ni un minuto después, volvía a estar a mi lado, seco. Sin embargo, otro trueno hizo retumbar el barco.

Fue ensordecedor, mucho más fuerte que el anterior. Provocó que los malos recuerdos volvieran a despertarse en mí. Recordaba cada palabra, cada sensación, cada olor, cada trueno.

No podía soportarlo.

—No, no, no… Otra vez no.

Me tapé las orejas como pude. Intenté no oír la tormenta que se desataba fuera. Scott se acercó más a mí, con un gesto que conocía bien. Me indicó que nos tumbásemos. Le hice caso, porque no sabía qué más podía hacer. Él se tumbó boca arriba y abrió los brazos para invitarme a que me acercara.

No dudé.

Apoyé la cabeza en su pecho y me escondí en él. Él me tapó con una fina manta. Podía oír su corazón a la perfección. Tenía mi mano izquierda sobre el oído que quedaba libre. Él cogió uno de los cojines de la cama y lo colocó también sobre mi oído izquierdo, con su mano por encima, para ayudar. Con ello, consiguió aislarme todo lo posible del ruido de la tormenta.

Lo agradecí infinitamente. En ese casi silencio, pude concentrarme en el latido de su corazón y no en lo que pasaba fuera.

Pum, pum.

Pum, pum.

Es Scott.

Con él estoy a salvo.

Pum, pum.

Pum, pum.

Cormac no está.

Pum, pum.

Cormac murió.

Pum, pum.

Scott, perdóname.

Pum, pum.

Scott, lo siento.

Pum, pum.

—No te voy a dejar sola. Ni ahora ni cuando pase la tormenta, Nina. Nada ha sido un error, ¿vale? Nada. Lo siento mucho, cariño. Era el dolor quien hablaba por mí, pero te aseguro que cada segundo que estamos pasando juntos, merece la pena. Cada uno. No sé qué te pasa, pero si tú quieres, voy a estar a tu lado. Siempre, mi niña.

Escuché cada una de las palabras de Scott, aunque con cierta dificultad por los almohadones. Mi respiración se empezó a acompasar a la suya. El cansancio se apoderó de mí.

—Nunca he dejado de quererte, ojos claros.

No sé si lo que escuché fue verdad o solo se trataba de un sueño. Pero fuera lo que fuera, me hizo sentir en calma.

En paz.

En casa.

Capítulo 28

Scott



Siempre hay alguien que es el hogar al que queremos volver.
Y tú eres el mío, ojos claros.

El enfado y decepción pasaron a un segundo plano al ver a Nina en ese estado. Me acojonó vivo verla así, tan vulnerable y destrozada. Las tormentas nunca habían despertado ese pánico en ella. Entonces ¿qué le había pasado durante los últimos cuatro años? ¿Por qué, aún entre mis brazos, la sentía casi como la Nina de siempre pero no del todo? La sentí rota. ¿Había sido todo fachada? Su rabia, su todo.

Nina se estaba guardando demasiadas cosas dentro y yo no sabía cómo ayudarla.

En cuanto noté que se le calmó la respiración, le dije lo que tanto me moría porque supiera.

—Nunca he dejado de quererte, ojos claros.

Estaba seguro de que no lo había escuchado. Y, por el momento, prefería que así fuera. Pero, si no lo hubiera dicho, hubiera

reventado. No podía más. La quería con toda mi alma y sentirla más lejos que nunca me destrozaba. Le había dicho que estar aquí era un error, pero no era verdad. No había lugar en la tierra donde quisiera estar que no fuera con ella.

Estaba muy pero que muy jodido.

Le acaricié el brazo con la yema de los dedos con cuidado. Estaba prácticamente seguro de que se había dormido, pero por si acaso. No quería que se sintiera sola y me salió sin pensar. ¿Instinto de protección? Yo qué cojones sabía ya… No me importaba. Solo quería que estuviera bien. A salvo.

Una hora y media después, mientras le daba vueltas a cómo hacer para que se sintiera más tranquila pese a la tormenta que no amainaba, escuché la vibración de mi teléfono. Por suerte, Nina ni se inmutó. La tenía apoyada contra el pecho. Con una mano puesta sobre el cojín en la oreja izquierda, procurando tapar hasta el último ápice de ruido provocado por la tormenta, alcancé el móvil con la otra y me topé con una ristra de mensajes inesperados.

Laia Marín: Hola, Scott, soy Laia. No sé si sigues teniendo mi número. Yo no lo tenía. Lo borré y me lo acaba de pasar Cata.

Laia Marín: Ups. Cosas que pasan.

Laia Marín: Bueno, voy al grano. No sabemos si Nina te lo habrá contado ya, pero justo ayer solucionamos nuestro temita.

Laia Marín: El caso, nos gustaría darle una sorpresa e ir a verla un par de días. Reunión de hermanas, supongo. Pero, como está en tu

barco, nos parecía de mala educación aparecer sin más.

Laia Marín: Bueno, a Cata le parecía, a mí me daba un poco igual, para serte sincera.

Laia Marín: Eso es, básicamente. Que sepas que vamos a ir igual, al menos yo. Pero nos parecía apropiado avisar. Bueno, ya sabes, a Cata.

Laia Marín: jeje

Me reí ante la espontaneidad de la mediana de las Marín. Por supuesto que no me importaba que vinieran. Si eso iba a hacer que Nina estuviera mejor, como si venía medio pueblo. Me daba igual.

Yo: Hola, Laia. Tranquila, tu número seguía vivito y coleando entre mi lista de contactos.

Yo: Podéis venir sin problema. Justo pasado mañana viene mi hermano también y seguro que Nina se alegra de veros.

Yo: ¿Os viene bien venir hasta Menorca y os recogemos allí?

Laia Marín: ¡De locos, excuñado fugitivo!

Laia Marín: ¿Va Justin? Ni una palabra a Catalina que se me baja del barco… Literalmente. Ya la aviso yo.

Yo: Soy una tumba.

Yo: Excuñada.

Yo: Dame un momento y os mando los billetes.

Laia Marín: No, Scott, nosotras los compramos. Ni te rayes.

Uno tiene sus contactos, así que, unos cinco minutos después, tenía dos billetes de barco comprados a Menorca. Desde el pueblo, la mejor combinación era que fueran a Valencia y desde allí, hasta la isla en barco y recogerlas allí. No quería ser un sobrado ni mucho menos, pero no me costaba nada hacerlo. Tenía muchísimo más dinero del que necesitaba para esta vida y cinco más.

Yo: ¡Ahí los tenéis!

Yo: ¡Nos vemos en un día y medio! Avísame cuando lleguéis al puerto y os recogemos.

Laia Marín: Joooooder, cómo se porta el excuñi. Solo por la vergüenza que le ha dado a Catalina que nos compres los billetes, ya merece la pena.

Laia Marín: Gracias, Scott. De verdad.

Yo: ¡No hay de qué!

Si eso iba a hacer feliz a Nina, merecía la pena gastar hasta el último céntimo.

Volví a mirarla. Seguía acurrucada en mi pecho. Durmiendo plácidamente como años atrás. Si supiera lo feliz que me estaba haciendo solo con regalarme este pequeño momento de confianza.

Odiaba verla así, asustada y pequeña, pero tenerla entre mis brazos otra vez…

No podía describir la sensación. Siempre le había gustado estar así. Decía que escuchar mi latido era una calma enorme para ella. Me alegraba saber que seguía teniendo el poder de hacer que se sintiera de esa manera. Me dije a mí mismo que eso era señal suficiente de que quizá, y solo quizá, no estábamos tan rotos como pensaba.

Al rato, sentí que se revolvía inquieta entre mis brazos. La tormenta no había amainado y el barco se zarandeaba de un lado a otro a pesar de los seguros que había puesto. Le acaricié lo que quedaba a la vista de su rostro bajo el cojín, procurando transmitirle la mayor calma posible, pero no fue suficiente para impedir que se despertara.

—¿Aún no ha parado? —dijo algo ronca.

—No, Nina. Lo siento mucho. —No paré de acariciarle la mejilla.

Me daba pánico que la tormenta despertase en ella lo mismo que antes. Cuando se incorporó, me dejó una sensación fría y un hueco enorme en el pecho.

—Joder, es muy fuerte, ¿no? El barco no para de moverse, Scott. Como siga así, voy a potar.

—Nos hemos visto en peores. ¿O acaso no te acuerdas de la tormenta de Peñíscola? Tranquila, estaremos…

No pude terminar la frase porque se levantó como un resorte de la cama, pálida como un fantasma y corriendo hacia el baño.

Oh, no.

Salí corriendo detrás de ella, y llegué justo a tiempo para sujetarle el pelo mientras ella se abalanzaba sobre la taza del váter y lo echaba todo.

Con la mano que me quedaba libre, alcancé una toalla como pude y la coloqué debajo del grifo para empaparla con agua fría. Me agaché a su lado y se la coloqué sobre la nuca con la esperanza de que eso la calmara.

—Tranquila, ojos claros. Estoy aquí. —No paraba, la pobre—. No me voy a ir de tu lado.

Sin dejar de sujetarle el pelo, le deslicé la toalla mojada por el cuello, para tratar de refrescarla y calmarla. No sé si surtió efecto o es que no le quedaba nada más por echar, pero paró al poco.

—Scott… —dijo casi si fuerza.

—Estoy aquí, Nina. Estoy aquí. —El corazón me iba a mil por hora.

Me coloqué lo mejor que pude y la cogí en brazos para levantarla del suelo. Era como un peso muerto y la palidez de su rostro no me daba buena espina.

—Ey, cariño. No me hagas esto, por favor…

Estaba demasiado pálida y casi sin fuerza entre mis brazos.

La senté sobre el lavabo y también le pasé la toalla por la cara para que el frío la despejase un poco.

—No tengo fuerzas… —susurró.

—Ya te veo. —Solté una pequeña risa para intentar animarla, pero no funcionó.

—Scott…

Acuné sus mejillas entre mis manos. Era incapaz de mantener los ojos abiertos. Joder.

—Dime…

—Lo… siento… mucho —arrastró las palabras y un pinchazo me atravesó en cuanto cerró los ojos.

—No, Nina. Lo siento yo —le alcé el mentón, pero seguía con los ojos cerrados —. Ojos claros… ¿Me oyes?

Me acerqué más a ella, la abracé e hice que apoyara de nuevo la cabeza en mi pecho.

—Te lo digo… enserio.

—Tranquila. No hay nada que sentir, ¿vale? —Asintió contra mí.

—No sé… cómo gestionarlo. Y… te estoy haciendo daño —murmuró.

—Calla, ojos claros. —No quería que gastara fuerzas.

—Lo digo en…

—Shhh… Ya habrá tiempo para hablar de lo que quieras, mi niña. Durante horas si lo necesitas, ¿de acuerdo? Ahora necesito que guardes fuerzas para que te recuperes poco a poco —la interrumpí y le deslicé los dedos por el pelo.

Noté que volvió a asentir contra mi pecho. Yo estaba clavado en el suelo, incapaz de moverme hasta que ella me lo pidiera.

Unos minutos después, la ayudé a incorporarse cuando me lo indicó y me tranquilicé al ver que había recuperado algo de color.

Aun así, no me separé de su lado ni un milímetro. Le acaricié la espalda mientras se lavaba la cara y los dientes. Me daba miedo que se volviera a quedar sin fuerzas o que le volvieran a entrar ganas de vomitar.

Una vez que terminó, la agarré por la cintura y la acompañé de nuevo a la cama. Coloqué varios cojines sobre la pared que hacía de cabecero para que estuviera cómoda. Después, me senté a su lado, incapaz de desviar la mirada de ella.

—¿Qué te ha pasado, Nina?

Se frotó los ojos con un gesto que buscaba liberar tensión.

—Un ataque de ansiedad, supongo.

—Eso ya lo sé. Me refiero a qué te ha pasado en este tiempo. Es evidente que no eres tú. Algo te está machacando por dentro. Cuéntamelo —le pedí—. Déjalo salir cariño… déjame ayudarte.

La luz de un rayo iluminó todo lo que nos rodeaba y, menos de dos segundos después, el sonido del trueno llegó y ambos nos estremecimos. Teníamos la tormenta justo encima y el constante movimiento del barco no ayudaba, y más después de lo que acababa de ocurrir. Me coloqué a su lado y alargué el brazo para invitarla a acercarse de nuevo. No lo dudó. Se colocó de la misma manera que antes, apoyada sobre mi pecho, y dejó que la ayudara a taparse los oídos de nuevo.

—¿Podemos no hacer esto ahora?

—¿Hacer el qué? —pregunté extrañado.

—Esta mañana, cuando he preparado el café, tenía intención de contártelo todo. Pero ¿podemos dejarlo para después? Por favor…

—Claro que sí, Nina. Claro que sí —respondí, estrujándola más contra mi pecho.

Nos quedamos así hasta que amainó la tormenta. Se seguía escuchando a lo lejos, pero parecía que lo peor ya había pasado. Durante las casi tres horas que duró, mi cabeza no paró de darle vueltas a posibles escenarios. ¿Qué le habría pasado a Nina? ¿Cómo era posible que tuviera relación con el caso Hunter? La sola idea de que lo que me imaginaba se pareciera en lo más mínimo a la realidad me estaba volviendo loco.

«¿Qué me estás ocultando, Nina?».

Capítulo 29

Nina



Lo siento. Es lo único que puedo decir.

La noche en la que maté a Cormac también hubo una tormenta tan fuerte como la de Formentera. Por eso, con cada relámpago que sonaba, me inundaban imágenes de lo ocurrido en aquella casa. Con cada trueno, salían a flote fragmentos de aquella conversación. El tiempo no había sido capaz de borrar ni el más mínimo detalle y la tempestad me obligaba a volver a ese momento, a ese lugar.

Maté a un hombre.

Por mi culpa murió un hombre.

Cormac Hunter no era una buena persona, pero no se merecía morir, ¿verdad?

No sentía pena, al contrario. Cormac se había portado fatal conmigo. Me trató como un escombro. Sabía que había hecho lo que tenía que hacer para salir de ahí. En mí no quedaba ni un solo ápice de pena. Lo que sí se extendía por mis venas, de la cabeza a los

pies, era la culpa. La culpa de tener las manos manchadas de sangre.

Los últimos cuatro años de mi vida habían sido un auténtico caos.

La relación con Scott, el que creí el amor de mi vida, se había roto y eso me hundió. Me costó mucho tiempo recuperarme, superar el dolor, la pérdida y dejar de pensar en él con tristeza. Jamás había sentido algo así y dudaba de que volviera a hacerlo con ninguna otra persona.

Scott siempre sería mi primer amor y la persona que me hizo entender lo que era amar. Nuestros caminos se separaron, pero el hilo rojo que nos unía no se rompió.

Para cuando me sentí fuerte y capaz de empezar una relación con otra persona, todo volvió a torcerse. Cormac y yo no éramos compatibles y, al darme cuenta de ello, quise huir, pero ya era tarde.

Un calor sofocante me hizo salir de ese duermevela en el que llevaba varias horas sumida. Estaba apoyada sobre el pecho de Scott, aun tapándome los oídos y cobijándome de la tormenta con la mano y el cojín. Teníamos las piernas enredadas, apoyados el uno sobre el otro. Nuestros cuerpos acomodados, encajaban a la perfección. Scott tenía el brazo libre debajo de la cabeza y parecía estar profundamente dormido.

Como ya había comentado que se levantaba hecho polvo después de dormir en el sofá cama, decidí no despertarlo.

Me levanté con cuidado. La tormenta no había parado, pero, por lo menos, no era tan intensa como antes. Me dirigí al baño. Necesitaba lavarme de nuevo la cara con agua fría para despejarme. En el camino, me recogí el pelo y al llegar vi que la imagen que me devolvía el espejo era un absoluto desastre.

Tenía unas ojeras que llegaban hasta el suelo y una cara de cansada que no podía con ella. No era solo la falta de sueño: eran el

estrés y el agobio acumulado. El sonido ensordecedor de otro trueno me sobresaltó y me hizo volver de nuevo a la realidad. Tenía que sincerarme, sacarme todo eso y respirar.

Me dije a mí misma que Scott lo entendería. Me conocía. Además, por lo poco que sabía, él mismo lidiaba con situaciones peligrosas, ¿verdad? Igual podría ayudarme… A pesar de eso, me intimidaba mucho decirlo en voz alta. Aun así, me decidí: en cuanto se despertase, le confesaría todo.

Tras lavarme la cara, me puse crema, me preparé una infusión y me senté en el que fue y seguía siendo mi sillón favorito a leer el libro que compré en la librería de la isla.

Todavía no había tenido oportunidad de empezarlo y prefería dejar dormir a Scott.

A veces, las cosas pasan por algo, ¿no crees? Y es inevitable preguntarse por qué. Últimamente he estado pensando en el pasado, en lo que fuimos. Dime, Jaxon, ¿de verdad crees que hacemos buena pareja? Amarte ha sido uno de los peores errores que he cometido. Me voy, no me busques, no me llames, porque yo ya no estoy para ti. Olvídanos. Olvídame. Éramos una bomba a punto de explotar y este es el final.

Cerré el libro de golpe, era incapaz de continuar leyendo. Las primeras frases habían sido como una jarra de agua fría. Durante mucho tiempo, había ido construyendo una coraza como esa misma sobre mí y mis sentimientos no eran los de antes.

Había estado mareando a Scott, ¿verdad? Ahora sí, ahora no. Ahora puede y después ya no. Me daba miedo admitir la verdad. No me sentía suficiente. Me daba miedo admitir que quizá jamás había

dejado de sentir amor por él. Quizá nunca había dejado de quererle. Eso lo cambiaba todo y no estaba al cien por cien segura de estar preparada para ello.

También me daba miedo permitirle entrar de nuevo en mi vida, porque me daba pánico perderlo otra vez. Pero eso no era más que una coraza. Miedo a decir la verdad en voz alta.

Como un resorte, me levanté del sillón, movida por una fuerza que no sabía que tenía dentro. Movida por el impulso de empezar a vivir de nuevo, por el impulso de sincerarme con el chico que vivía en mi corazón.

Me dirigí hacia la cama, donde Scott seguía durmiendo. Me senté en el borde, justo a su lado. Varios mechones de pelo negro despeinado le cubrían la frente. Sentí un pinchazo de nostalgia.

—Si tú y yo hubiéramos hecho las cosas diferentes —dije en voz alta, convencida de que no podía escucharme.

Estiré una mano para acariciarle la cara, le deslicé las yemas de los dedos por las mejillas y acabé el recorrido en los labios. Eran tan suaves como recordaba y estaban ligeramente hinchados por el sueño. El recuerdo de nuestro último beso, con sus labios recorriéndome entera, buscando mi contacto y ansiando que no terminase nunca, seguía bien vivo.

Ese momento había sido un antes y un después. No podía sacármelo de la cabeza. No paraba de darle vueltas y vueltas, mientras que mi cuerpo me instaba a dejarme de chorradas y a buscar su contacto como el aire para respirar.

Sin esperarlo, Scott me agarró con un golpe seco y fuerte por la muñeca. Me inmovilizó la mano que segundos antes había estado deslizando por su rostro. Se incorporó casi a la velocidad de la luz, con los ojos inyectados de pura rabia. Me hizo perder el equilibrio en

cuanto colocó su antebrazo contra mi cuello en un gesto veloz. ¿Qué estaba pasando?

—¡SCOTT!

Abrí los ojos como platos. Estaba paralizada y era incapaz de comprender lo que fuera que se le pasaba por la cabeza. Intenté encontrar una explicación coherente, pero no lo logré. Y no encontré a Scott tampoco. Esa mirada fría no era la suya. O al menos, no la reconocía.

—Scott, soy yo… —La fuerza que ejercía sobre mi cuello era cada vez mayor—. ¡Soy yo…!

—¿Nina?

Me soltó en cuanto la realidad de lo que estaba ocurriendo lo aplastó de golpe.

—Joder, Nina. —Se pasó las manos por la cara. Después se lanzó a buscarme con las manos. Dudó, pero tiró de mí, me abrazó y me estrujó contra su pecho—. No sabes cuánto lo siento… Joder, perdóname.

—¿Scott?

—Estaba soñando con la noche que dispararon a Justin. Con el hijo de puta que le disparó a sangre fría a esa inocente y después a mi hermano.

Rompió el abrazo, me cogió por los hombros y trató de encontrar las palabras.

—Me miró a los ojos cuando disparó, Nina. Las dos veces. Tenía una maldita sonrisa en la cara. No consigo sacármelo de la cabeza, yo…

Con un gesto brusco, se secó las lágrimas de rabia que se le deslizaban por las mejillas y la barba de varios días. Le acaricié el pelo para tratar de calmarle y que viera que no estaba allí. Aquella noche ya había pasado y su hermano estaba bien.

—¿Tú estás bien? —preguntó.

Me colocó una mano en la mejilla y empezó a revisarme la muñeca y el cuello, aunque me clavó la mirada en los labios unos segundos de más. Siguió revisando que todo estuviera bien. Y lo estaba, pues a duras penas me había inmovilizado tres segundos. Pero no le dije nada, me gustaba verlo acariciándome y mirándome por todos lados.

—Nina, respóndeme, ¿estás bien?

—Tranquilo, sí. Solo ha sido el susto. No me lo esperaba.

Me dejé caer contra su mano.

—Lo siento muchísimo. —Un pensamiento cruzó su mente y su actitud cambió de pronto: alzó una ceja y no pudo esconder la sonrisa que empezaba a formársele en los labios—. Nina…, ¿me estabas mirando mientras dormía?

—No.

Me incorporé y me tensé al instante. Su sonrisa se hizo más amplia y confirmó lo que era evidente. Me había pillado.

—Me estabas mirando.

—Que no, Scott.

—Nina…

—Bueno vale, sí —resoplé—. ¿Contento?

Se abalanzó sobre mí. Me tumbó de nuevo contra la cama y se quedó justo encima de mí. Escuché su risa ronca y sentí su boca cerca de la mía, con el consecuente escalofrío que me recorrió de arriba a abajo. Sabía que ese sonido no se me iba a ir de la cabeza, porque lo había echado demasiado de menos. Es lo que pasa con las cosas que añoras, que se te clavan dentro y es imposible sacarlas.

Noté cada uno de los músculos de su pecho contra el mío, sentía el peso de su cuerpo y su respiración acompasada.

—Mucho —admitió y de repente preguntó—: ¿Te encuentras mejor?

—¿Eh? —Estaba demasiado absorta con la imagen de tenerlo encima como para centrarme en otra cosa.

—Que si te encuentras mejor… ¿O te tengo que acompañar a volver a echar la pota?

Muerta de la vergüenza, me tapé la cara. Era consciente de lo que había ocurrido y de lo que él había visto.

—Ay, no… —dije entre las manos.

—Ey… —me apartó las manos del rostro y, con voz dulce, dijo—, no te escondas de mí, ojos claros.

Clavé la mirada en sus ojos color miel.

—Qué vergüenza, Scott… —Noté que me ardían las mejillas.

—Olvídate de eso, Nina. —Puse los ojos en blanco—. Hace años te dije que te iba a cuidar. Sigo manteniendo mi promesa.

Sus palabras se me fueron directas al maltrecho corazón. ¿Cómo no iba a quererlo?

—Vale —murmuré.

—Y ahora… —todavía seguía encima de mí—, ¿te encuentras mejor?

—Sí —admití.

—Estupendo, entonces tengo carta blanca. —Una sonrisa pícara se dibujó en su rostro.

—¿Eh? —dije confundida.

Acto seguido, empezó con un ataque de cosquillas que de antemano sabía que no iba a ser capaz de soportar.

Reímos juntos, como lo habíamos hecho años atrás. Era como si no hubiera pasado ni un solo segundo. En instantes como ese, sentía que podíamos volver a ser la Nina y Scott que habíamos sido.

Sin embargo, entre una carcajada y la siguiente, recordé lo que me había propuesto.

Tenía que hablar con él.

—Para, para… ¡No puedo respirar! —exclamé entre risas.

Scott se tumbó a mi lado dejando las cosquillas atrás. Giré la cabeza y me lo encontré mirándome. En ese instante, me guiñó un ojo, un gesto que me sacudió por dentro.

«Ay, madre», pensé.

Me incorporé, me quedé sentada sobre la cama y crucé las piernas. Scott se quedó tumbado a mi lado, los brazos detrás de la cabeza y las largas piernas cruzadas.

Todavía estaba riéndose.

—Tengo que hablar contigo —dije.

Mi tono de voz rompió la magia del momento. Scott se dio cuenta, porque se incorporó al instante. Me miró con el ceño fruncido y se colocó a mi altura.

—¿Qué pasa?

—Es hora de que sepas toda la verdad.

Capítulo 30

Nina



Tengo que encontrar la manera de volver a ti.

Decirlo en voz alta no iba a ser fácil, pero una corazonada me decía que todo iba a salir bien.

Scott no me iba a juzgar. Confiaba en él. Así que me armé de valor y empecé a hablar.

—En primer lugar —dije—, quiero pedirte perdón de nuevo. Por haberte hablado como te hablé y por haberte mentido. Por supuesto que no me avergüenzo de ti. Pero, sobre todo, por haberte besado de esa forma. No debí haberlo hecho así…

Se me entrecortó la voz, pero conseguí pronunciar todas y cada una de las palabras.

—Aunque no te voy a negar que me gustó —confesé con vergüenza.

Me miró con chulería.

—Es que estos labios son irresistibles, ojos claros…

Sabía lo que estaba haciendo y se lo agradecí. Quitarle hierro al asunto, hacerme sentir tranquila, siempre fue y seguía siendo su especialidad.

—Hablo en serio, Scott. No debí haber hecho las cosas así.

—Tranquila, ¿vale? —Me acarició el pómulo—. Yo también he dicho cosas que no pensaba, y por eso, lo siento muchísimo—me siguió deslizando los dedos por la mejilla. —Nada entre nosotros es un error. Jamás podría serlo.

Ambos asentimos, aceptando las disculpas del otro. Era momento de abordar el tema. El que me quemaba.

—Me has estado preguntando mucho estos días qué me ha pasado…

—Sí, pero Nina…

Le corté antes de que dijera nada más, necesitaba coger carrerilla para contar la historia. Si no, no me veía con fuerzas para seguir.

—Escúchame primero y después lo comentamos todo.

—No, escúchame tú —dijo con tono serio—. No quiero que digas nada que no quieras. No hables de algo para lo que todavía no te sientes preparada, por favor.

Le cogí las manos con cuidado, pues le agradecía el gesto. Apreciaba que estuviera en su naturaleza pensar en los demás antes que en él mismo. Que me cuidara incluso con las palabras.

—Confía en mí, Scott.

Cruzamos miradas y vi su rostro relajarse, se sentía seguro de que le contaba esto porque de verdad quería compartirlo con él. Sabía cuál era el peso de esas tres palabras, cuánto valor había en ellas para nosotros.

Me tomé un instante para mí y organicé mis pensamientos, quería buscar el momento exacto en el que empezaba la historia.

—Cuando lo dejamos, el mundo se me vino encima —empecé a decir y él bajó la mirada, parecía dolido—. Fue un golpe muy duro que encajar. Sentí cómo mi corazón se partía en mil pedazos. Te fuiste y te llevaste todo contigo. Ahora sé la verdad, Scott, pero en aquel momento pensaba que te habías ido sin mirar atrás. Me sentí como si… Bueno, estabas huyendo de mí y de la vida que habíamos estado creando juntos para empezar una de cero. Y aquel mensaje…

Se me escapó una risa incómoda y él me acarició las manos, diciéndome sin necesidad de palabras que estaba ahí conmigo. Que no se iba a ir.

—Aquel mensaje no ayudó demasiado. —Suspiré—. Ya habrá otro momento para hablar más en profundidad sobre eso si quieres, pero necesitaba empezar por el instante en el que nuestros caminos se separaron porque creo que ese fue el primer golpe que no supe encajar. A partir de ese momento, todo fue de mal en peor.

Scott me prestó atención, sin perder detalle y sin dejar de acariciarme el dorso de las manos. Trazaba círculos con el pulgar, me calmaba y me daba fuerzas con cada roce.

—Pasaron dos años largos, casi tres, hasta que me sentí preparada para empezar una relación con alguien. Durante todo ese tiempo, me cerré a cualquier tipo de relación, pero sentía que era hora de rehacer mi vida —seguí—. La cosa es que conocí a un chico los primeros días de universidad. Nos hicimos muy amigos y ese chico seguía en mi vida unos tres años después. Las cosas cambiaron y empezamos a tener algo serio. Todo iba bien, hasta que dejó de ser como al principio. Para ese entonces, Catalina y Laia ya se habían graduado y, como no quería vivir sola en el piso, le propuse al chico que se viniera a vivir conmigo. —Hice una breve pausa para coger aire y continué—. Él ya se había graduado y, aunque su trabajo no estaba cerca del campus, quiso venirse

conmigo. Yo lo invité. Ese fue uno de los peores errores de mi vida… Como habíamos sido amigos tanto tiempo, estaba convencida de que todo iría bien. Pero el chico con el que empecé una relación y el chico con el que empecé a vivir no tenían nada que ver. Él no era quien yo creía que era. Se volvió paranoico. Era como un perro rabioso de celos, Scott. Tendrías que haberlo visto… Era controlador y, bueno…, supongo que también manipulador.

—¿Supones?

Un tono de preocupación y seriedad inundó sus palabras.

—Lo fue.

Era como si la rabia me consumiera por haber permitido ese tipo de comportamientos en mi vida. Pero no había sido mi culpa. Toda la responsabilidad la tenía Cormac.

Scott asintió.

—¿Qué más pasó? —insistió con cuidado.

—Empezó a comportarse de manera muy rara. —Me daba vergüenza admitirlo, pero continué—: Parece surrealista, pero puso cámaras en el piso, controlaba mi ubicación y siempre estaba a la defensiva. Se le fue la jodida cabeza, Scott… Era como si…

—Como si fuera otra persona completamente diferente.

—Exacto. Y para cuando me di cuenta, cuando quise salir de ahí… Cuando al fin reuní las fuerzas para alejarme de él, las cosas se pusieron muy feas. No me lo puso nada fácil y cedí. Me quedé. Siguieron pasando las semanas, hasta que, un mes después, no pude más con la situación.

—Cariño… —me acarició la mejilla—. Nada de esto es culpa tuya, lo sabes ¿verdad? —asentí nerviosa—. No te merecías estar en un lugar así ni que no se te tratara con respeto ni aguantar todas esas locuras… Grábatelo a fuego en esa cabecita tuya tan bonita —me dio dos toquecitos suaves en la frente, acompañados de *esa* sonrisa con

hoyuelos que tanto me calmaba—. No me está gustando nada esto, Nina, pero… ¿te ves con fuerzas para continuar? —dijo con un tono cargado de preocupación.

—Sí. Quiero contártelo.

Siguió acariciándome las manos. Dándome las fuerzas que me faltaban para que siguiera con la historia.

—Un mes después, volví a reunir el coraje necesario para alejarme de él, porque vivíamos juntos y eso solo me complicaba las cosas. Esa noche, empezamos a discutir. Me estuvo siguiendo todo el día sin que me diera cuenta y, cuando llegué a casa de la universidad, me montó un pollo gigante porque, según él, me había pasado todo el día tonteando con otros chicos. No era verdad, yo lo sabía y eso era lo que me importaba. Lo que me asustó fue que me estuvo siguiendo todo el día… Todo el día, Scott… ¿Quién en su sano juicio hace eso?

Cada vez se me hacía más difícil respirar. Tocaba la parte más complicada de toda la historia, la más difícil de explicar.

Scott lo notó, porque me abrazó con fuerza, como queriendo borrar todo rastro del dolor que sentía. Me ayudó a respirar con calma y a acompasar la respiración. Con su ayuda conseguí que el aire me volviera a entrar con normalidad en los pulmones. Me sentía segura entre sus brazos. Eran cálidos y fuertes, y sabía que él no iba a dejar que algo así volviera a ocurrir. Unos segundos después, su mano me acarició el pelo con suavidad y en un susurro dijo:

—Dime su nombre, ojos claros. —Me sorprendí al escuchar esas palabras cargadas de preocupación.

—Scott, no te voy a decir su nombre. No es relevante para lo que te estoy contando.

—Oh, ya lo creo que lo es. —Sin romper el abrazo, pasó a acariciarme la espalda, consiguiendo que el nerviosismo de antes no

volviera con tanta fuerza—. Te hizo la vida imposible, cariño. Te amargó tu último año de universidad. Y, sobre todo, te aterrorizó. Nadie te hace eso y se queda impune. —Volvió a acariciarme el pelo con delicadeza, consiguió, sin darse cuenta, que el nerviosismo de antes no volviera—. Puedo ayudarte, Nina. Solo dame el nombre y me encargaré de que se pudra entre rejas.

—No, Scott, no hace falta. —Me colocó ambas manos sobre los hombros, rompiendo el cálido abrazo, para segundos después acunarme a las mejillas.

—Nina, ese gilipollas te trataba como la mierda. Te manipulaba y te controlaba hasta el más mínimo movimiento. Lo pienso investigar y sacar hasta el último de sus trapos sucios. Se va a pudrir en la cárcel, eso te lo juro.

—De verdad, Scott… Que no hace falta.

De repente, me sentía calmada. Igual un pelín demasiado, pese a que las palabras me pesaban. Me concentré en el calor que desprendían las manos de Scott sobre mis mejillas.

—Cariño… pero te lo hizo pasar de puta pena. No me digas que no hace falta, porque me mata saber que pasaste por ese infierno sola. Voy a hacer lo que tenga que hacer hasta que ese cabrón lo pague. Lo pienso hundir, Nina. Podemos abrir una investigación, o…

—Scott, déjalo —le interrumpí.

Imité su gesto y le acaricié la mejilla.

—Vale —agachó la cabeza—. Si es lo que necesitas, no diré nada más sobre el tema —susurró, y acto seguido me estrechó de nuevo entre los brazos.

—Tengo que decirte algo más… —Me dio un beso en la cabeza y añadió:

—Dime.

—Aquella noche ya me lo cargué yo.

Y ya está. Ya lo había dicho. Y a Scott no pareció afectarle lo más mínimo.

—Nina…, ¿qué pasó? Puedes contármelo. —Me separó de su pecho para poder mirarme a los ojos. Me colocó tras la oreja el mechón que siempre se me salía. Cuando terminó, no quitó la mano, sino que la dejó en mi mejilla mientras la recorría con el pulgar con movimientos suaves.

Sabía que podía contárselo.

Sabía que podía confiar en él.

—Lo maté. O al menos eso creo.

Su rostro se tensó, pero no se apartó de mi lado.

—Vale… Vamos poco a poco. ¿Qué pasó aquella noche, Nina? Discutisteis y…

No pude contener las lágrimas. Fue como romper una presa: el dolor empezó a salir de mí después de todo ese tiempo. Estaba harta de llorar, pero a la vez, era liberador. Entre sollozos y caricias de Scott, continué con la historia:

—Yo no le hice nada físicamente. Te lo juro, Scott. Jamás me atrevería a eso, yo…

—Lo sé, cariño, lo sé. Tranquila, ¿vale? Estoy aquí. Estás conmigo. Estás salvo.

Me pegó a su pecho de nuevo y me abrazó con fuerza. Alargamos el abrazo más de lo normal, pero sabía que tenía que terminar de contárselo todo.

—Le dije que no yo podía continuar así —confesé y me aparté un poco de su pecho para acabar la historia—, que había sobrepasado demasiados límites y que no iba a tolerarlo ni un segundo más. Ni podía ni quería vivir así. Quería cortar. Que cada uno hiciera su camino y olvidarnos el uno del otro.

Paré dos segundos para coger el aire que tanto necesitaba.

—No se lo tomó bien. No me tocó ni un pelo, pero una rabia oscura que no había visto en mi vida se apoderó de sus ojos. Y eso me confirmó lo que ya sabía, que ese chico era peligroso. Me dijo que, si lo dejaba, me olvidara de él para siempre. Eso era justo lo que yo quería, borrármelo de la cabeza, pero no se refería a simplemente eso. Lo siguiente que recuerdo fue su: «Si sales por esa puerta, mi vida se acaba, pero la tuya correrá peligro».

Cuantas más lágrimas me caían por el rostro, más se acercaba Scott, más caricias me recorrían las mejillas.

—En ese momento, no podía pensar con claridad. Solo quería alejarme de él y eso hice. Salí por la puerta, los nervios y el miedo me comían viva, y dejé todas mis cosas atrás. Y a él. En cuanto puse un pie en la calle, ¡me sentí tan aliviada…! Pensé que estaba haciendo lo correcto, pero no llegué a dar ni tres pasos fuera del portal cuando le escuché gritar a través de la ventana.

Scott estaba serio, con la cara desencajada por lo que le estaba contando, pero no dejó de acariciarme ni darme fuerzas para continuar en ningún momento.

—«Te vas a arrepentir toda la vida. Jamás vas a dejar de pagarlo» —repetí las palabras de Cormac recordando su voz—. Y después escuché el disparo.

Tomé una bocanada de aire.

—Yo le maté, Scott. Lo maté. Por mi culpa está muerto…

No podía parar de llorar. Scott me acurrucó en su pecho de nuevo y me acarició la espalda. Cuando empezó a hablar noté la vibración grave de su voz.

—Tú no hiciste nada, ojos claros —dijo tranquilo—. No es culpa tuya. Nada de aquello lo fue. Él tomó la decisión que quiso. Tú huiste de ahí, hiciste lo correcto y luchaste por ti. Eso es lo único que importa y no sabes lo orgulloso que estoy de ti por tener esa

fuerza. Fuiste muy valiente. Y, gracias a esa valentía, ahora estás aquí.

Asentí contra su cuello, intentando interiorizar sus palabras.

—Pero hay algo que no entiendo, ¿por qué yo no sabía nada de esto?

Me separé de su cuello, mirándole con los ojos llorosos.

—¿Y cómo lo ibas a saber? Acabo de contártelo…

—No, Nina. Me refiero a… ¿Por qué no salió en las noticias? Si un chico se quita la vida y más por los edificios cercanos a una universidad, hubiera salido en todos los telediarios.

—Pues, no lo sé… Estabas en Edimburgo, Scott. ¿Cómo te ibas a enterar de las noticias de España? —Me sorbí la nariz.

—Por trabajo. Nos enteramos de más cosas de las que podrías imaginarte, sobre todo si se trata de noticias españolas. Muchos de nuestros clientes son de aquí y cualquier tipo de información es oro. Y te aseguro que a nosotros no se nos escapa nada…

—No lo sé, Scott… Ni siquiera sé si lo contaron por las noticias, tenía demasiado miedo como para encender la tele los siguientes días.

Me latía la cabeza de la llorera.

—Me llamó un policía al día siguiente y me dijo que le contara mi versión de los hechos —le expliqué.

—Pero… espera que me aclare. ¿Viste algo? ¿Volviste a subir al piso después de oír el disparo?

—¡Claro que no! Yo solo corrí todo lo rápido que pude. Quería huir de ahí, y no paré hasta que me topé con el primer hotel que vi. Cogí una habitación y pasé allí la noche.

—Entonces ¿te llamó un policía al día siguiente para que se lo contaras todo? —asentí—. ¿Y qué le contaste, cariño? Me gustaría saberlo para poder entenderlo y ayudarte.

—Pues claro que se lo conté… ¿qué iba a hacer? Era la policía.

Scott me miró sorprendido y trató de encontrar las palabas.

—Estaba asustada —insistí—. Le hablé sobre la discusión y sobre lo que escuché al llegar a la calle. Me dijo que al no estar en la casa cuando ocurrió todo aquello no me podían considerar culpable, pero que, bueno, que yo había causado aquello. Me dijeron que, moralmente, sí era culpable.

Él me sostuvo la cara entre las manos.

—Escúchame bien, Nina. La policía no llama por teléfono para hablar con posibles testigos o culpables. La policía te lleva a declarar a comisaría y te lee tus derechos. No sé quién te llamó, pero te aseguro que no era quien decía ser.

—¿Cómo no va a ser la policía, Scott?

A estas alturas, los nervios ya eran como una extensión de mi cuerpo.

—Créeme… no lo era. Pondría la mano en el fuego porque te engañaron. Por favor ojos claros, dime el nombre. Esto es demasiado raro como para no investigarlo…

Estaba perdida. ¿Qué estaba pasando?

—Que no, Scott. No lo necesitas. Solo quería contártelo para quitarme el peso de encima… Para poder empezar de cero contigo.

Scott se levantó de la cama, dio unos cuantos pasos por la habitación y después se arrodilló frente a mí con cuidado.

Carraspeó antes de empezar a hablar.

—Cariño…, tú y yo ya estamos empezando de cero y lo sabes. Si lo pensamos bien, desde hace días, ¿no crees? —Me sostuvo las manos con una sonrisa tímida. Yo asentí. Tenía razón—. Pero esto es muy serio, Nina. Necesito el nombre, por favor.

—No, Scott, esto…

Antes de terminar la frase, Scott me asustó.

—Nina, creo que estás en peligro.

El escalofrío más macabro que había sentido en toda la vida me recorrió de la cabeza a los pies. Estaba pasando otra vez, ¿verdad?

—Confía en mí, cariño. —Me acunó las mejillas entre las manos.

Solo podía confiar en él. Con mi vida entera.

—Cormac. Cormac Hunter.

Todo el color desapareció del rostro de Scott.

—Me cago en la puta…

Capítulo 31

Scott



De repente mi vida se había convertido en una
mezcla de mis peores pesadillas.

Cormac Hunter.

El hijo de puta que disparó a mi hermano.

El malnacido que mató a esa chica inocente delante de mis narices.

Cormac Hunter era… ¿el exnovio de Nina?

Eso era lo que Justin no podía contarme por teléfono. Esa era la relación de Nina con el caso Hunter. Joder. Eso no era tener relación, ¡era estar en el centro de todo!

Nina me estaba mirando, asustada y dolida, sin llegar a comprender la magnitud de lo que le estaba ocurriendo en realidad.

Era mi turno de explicarle cosas.

—Escúchame, ojos claros.

No separé las manos de sus mejillas. Necesitaba su contacto, que sintiera que no estaba sola mientras le contaba lo que tanto me acojonaba.

—Cormac no está muerto —dije severo.

—Pero… el disparo…

—Tengo pruebas suficientes como para creer que lo hizo para hacerte sentir tal y como te has sentido todo este tiempo. Me basta con saber lo que te dijo. Si hay algo más fuerte que el miedo, eso es la culpa, Nina. Te estaba amenazando.

—Eso no explica que siga vivo, yo oí…

Me apoyé en sus rodillas y me pasé las manos por los ojos, estaba nervioso. Solo era una teoría lo que se me había ocurrido, pero…

—Vale, escúchame: él fue quien disparó a Justin.

Una risa incómoda se le escapó de los labios.

—No. No, Scott, no lo entiendes, yo escuché el disparo en casa.

Nina estaba en *shock*, en pleno estado de negación. Era incapaz de aceptar lo que le estaba contando, pero era la verdad.

—Disparó a Justin y mató a una chica justo delante de nuestras narices hace unos meses. No diría algo así porque sí. Te aseguro que es él. No viste el cadáver porque saliste corriendo, y menos mal que lo hiciste. Porque te aseguro que, si hubieras vuelto a subir, te lo hubieras encontrado vivito y coleando.

No me cabía duda de que hablábamos del mismo hombre, pero quizá necesitábamos asegurarnos. Me levanté, busqué el teléfono y le enseñé una foto que tenía de él.

—No. —Su cara perdió todo el color—. Eso no puede ser. Yo… yo lo escuché.

—Llevamos meses trabajando en su caso. El caso Hunter.

—Está muerto.

—He hablado hoy con Justin —expliqué—. Ha encontrado nueva información sobre él. Me dijo que, de alguna manera, tú tenías relación con el caso. No me podía dar más detalles por teléfono por cuestiones de seguridad, así que está de camino para ponerme al día y contármelo todo en persona. Pero presiento que es justo de esto de lo que pretende informarme.

Nina tenía la mirada perdida, era incapaz de reaccionar.

—¿Nina? —Coloqué ambas manos sobre sus hombros—. Habla conmigo. Sé que te estoy diciendo algo muy difícil de encajar, pero no te encierres en ti misma. Dime cualquier cosa, lo que sea. Estoy aquí, contigo. Siempre, ¿vale? —Le di un beso en la frente, ahogándome en el dolor de pensar en lo que tuvo que vivir…

—¿Quién era la chica?

—Eso no importa ahora. No quiero hacerte partícipe de eso también. Suficiente te ha pasado ya relacionado con ese hijo de puta.

Vi que las lágrimas volvían a inundarle los ojos. Recogí todas y cada una de ellas en cuanto se le deslizaron por las mejillas.

—Scott, por favor, me dijo que lo pagaría toda la vida. ¿Y si lo hizo para castigarme? ¡Merezco saberlo!

Lo consideré. ¿Era buena idea? Le acaricié la cara y le seguí enjuagando las lágrimas. Tenía razón, cabía la posibilidad de que no conociera a la chica de nada, pero…

—Julia Cabrero.

Su cara palideció aún más. Se tapó la boca con una mano y, tras un sollozo, se quedó en silencio. Después se levantó como un resorte de la cama y recorrió el camarote hasta llegar a las escaleras que conectaban con la cubierta. Antes de que me diera tiempo a alcanzarla, quitó los seguros de la compuerta que nos protegía de la lluvia y salió al exterior.

—¡Nina, espera!

La seguí, descompuesto por la preocupación y el terror de lo que acababa de descubrir, pero con el instinto de protección más alerta que nunca. Si le pasaba algo, no me lo iba a perdonar jamás. En cuanto llegué a la cubierta, me la encontré caminando de lado a lado, con las manos en la cabeza y empapada.

—Era mi amiga.

La abracé por la espalda, sin importar que la lluvia nos estuviera calando hasta los huesos mientras ella repetía lo mismo una y otra vez.

—Era mi amiga, Scott…

Sus sollozos eran como latigazos. Sentía rabia e impotencia de que eso le estuviera pasando a ella. ¡Se lo estaba haciendo él! ¿Por qué a Nina? ¿Por qué justo a ella? La giré despacio, con cuidado, y la abracé con gesto firme contra mi pecho para intentar calmar su dolor.

—Lo sé cariño, lo sé.

Acaricié su pelo mojado y revuelto por la lluvia. Intenté resguardarla del chaparrón como pude.

—Discutimos hace un año más o menos —dijo—, unos meses antes de que lo dejara con Cormac y… No volví a saber nada más de ella. Pero era mi amiga. ¡Fue mi amiga!

Sentí una corazonada.

—¿Por qué discutisteis?

Me miró y me clavó sus ojos azules como el mar en los míos. Le coloqué la mano sobre la frente, a modo de visera para evitar que el agua se le metiera en los ojos.

—¿Qué más da eso ahora?

—Importa, tengo un pálpito. Confía en mí, Nina. ¿Cormac estuvo involucrado?

—Pues… Sí, en cierto modo supongo que sí.

Tiré de ella para llevarla de vuelta al interior, donde no pillara un resfriado.

Una vez resguardados, le volví a insistir que me lo contara mientras yo buscaba toallas.

—No me preguntes cómo, porque no lo sé, pero Catalina se enteró de que Julia iba hablando fatal de mí por todo el campus —dijo—. Decidí hablar con ella, porque no entendía qué había pasado entre nosotras como para que actuara así de repente. Ese mismo día me dijo que Cormac no era de fiar, que debería dejar de verme con él por mi bien porque lo pagaría muy caro. —Me coloqué de nuevo a su lado y empecé a secarle el pelo con una toalla mientras ella seguía hablando. —En aquel momento me sentó fatal, no entendía cómo una amiga mía podía hacer y decirme eso… Una cosa llevó a la otra y lo que empezaron como días sin hablar se convirtieron en meses. Tenía razón, me avisó y ahora está… está muerta.

Tiré la toalla al suelo y junté mi frente con la suya, en un intento de hacerle sentir que estaba a su lado y que no iba a enfrentarse sola a lo que fuera que estuviera por venir.

—Llegaremos al fondo de todo esto, ojos claros —dije—. Te aseguro que me voy a encargar personalmente de hundir a ese cabrón.

Capítulo 32

Nina



Y en un abrir y cerrar de ojos, el dolor vuelve
a salir a la superficie.

Llevaba tanto tiempo convencida de que la muerte de Cormac era mi culpa, que la idea de que la historia fuera distinta me resultó aterradora. ¿Podía quitarme ese peso de encima? Esa carga que había estado arrastrando todo este tiempo, las palabras desde la ventana, ese sonido estremecedor…

Scott no se apartó de mi lado, a pesar de que teníamos una conversación pendiente. Fue capaz de dejar eso a un lado por estar junto a mí en un momento como ese.

No lo merecía.

Me había estado portando fatal con él. No estaba siendo clara, no estaba siendo justa, y no podíamos seguir así.

Se merecía una explicación de verdad, no esa historia.

La tormenta no cesó, pero amainó a medida que avanzaba el día. Scott insistió en que me diera un momento para mí, para relajarme y

deshacer el enorme nudo que tenía en el pecho. Después de que nos hubiera obligado a salir a la lluvia sin pensarlo demasiado y calarnos hasta los huesos, nos aseamos en silencio.

No me pasaron desapercibidas las miradas que me echaba Scott de vez en cuando, que parecía estar atento en todo momento a cómo estaba. Y cada vez que lo hacía y lo pillaba, cada vez que notaba sus ojos clavados en mí, mi corazón cedía más y más, me pedía a gritos que aclarásemos el enredo que teníamos encima.

Pasaron las horas. Comimos, pasamos la tarde y cenamos en completo silencio. Parecía que ninguno de nosotros quería romper el extraño equilibrio, pues romperlo y hablar significaba que las cosas iban a cambiar, que se iban a poner difíciles, y eso nos asustaba.

Al final, nos fuimos a dormir sin haber tenido la valentía de hablar.

Así es. Me fui a la cama sin haber sido capaz de decirle todo lo que me carcomía por dentro. Sin haber tenido la valentía de ser sincera.

El sonido de la lluvia repiqueteando sobre la cubierta y el estruendo de los truenos se colaba en el camarote, así que me costaba ignorar el eco de la habitación. Me tapé la cabeza con el almohadón, tratando de evadirme del ruido y de lo que me rodeaba. Para cuando lo conseguí, cuando sentí que el sueño se apoderaba de mí, la cabeza empezó a jugarme malas pasadas.

«*Te vas a arrepentir toda la vida, jamás vas a dejar de pagarlo*».

«*Julia Cabrero*».

«*Nina, creo que estás en peligro*».

«*Si sales por esa puerta, mi vida se acaba, pero la tuya correrá peligro*».

«*De alguna manera, tú tenías relación con el caso*».

«*Me voy a encargar personalmente de hundir a ese cabrón*».

Me desperté de golpe, muerta de miedo. ¿Cómo se había podido torcer todo tanto? Apoyé la espalda sobre la pared que hacía de cabecero de la cama, dejé caer todo el peso contra ella y me empapé del frío que la impregnaba. Intenté calmarme. Scott estaba durmiendo a escasos metros, en el sofá y vuelto de cara a mí.

Incluso en la oscuridad podía apreciar sus facciones, la dureza de su mandíbula, sus labios carnosos y su nariz recta.

—¿Scott? —susurré.

Tenía la esperanza de que no estuviera dormido, pero lo único que escuché fue su respiración profunda y acompasada.

No quería despertarlo, así que, tiré de la manta que tenía encima y agradecí el frío que me recorrió el cuerpo. Me dirigí al baño para enjuagarme la cara, calmarme y deshacerme del torbellino de pensamientos que no me dejaban tranquila.

Fue tarea imposible. Con los brazos apoyados sobre el lavabo y la cabeza agachada, fui consciente de que jamás iba a conseguir quitármelos de la cabeza. Que tenía que aprender a vivir con ellos y, con el tiempo, conseguir que no me hicieran tanto daño.

El calor me recorrió la espalda de arriba abajo en el mismo instante que sentí su pecho firme contra mí y sus largos brazos rodeándome la cintura. Cuando levanté la cabeza, vi en el espejo sus ojos color miel clavados en los míos, incapaces de romper el contacto visual a través del reflejo. Pegué aún más mi espalda contra su pecho, a pesar de que no había más espacio físico entre nosotros. Bajó la cabeza y me dio un beso suave en la coronilla.

Sentí su respiración junto a la oreja y otro suave beso ahí mismo.

—Tranquila. —Su voz ronca consiguió calmarme por un instante—. ¿Las pesadillas no te dejan dormir?

Un segundo beso, su dulce voz.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo también las tengo.

A sus palabras les siguió un cálido reguero de besos que me recorrió todo el cuello.

Tan suave, tan cuidadoso, tan Scott. Notaba cada uno de sus músculos contra la espalda. Cada uno de sus besos en la piel, cada respiración, cada caricia. Me giré despacio y me senté en el borde del lavabo frente a él. Me colocó las manos en las piernas y se pegó a mí sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento. Sin pensarlo, le pasé los brazos por el cuello, le deslicé los dedos por la nuca y tracé suaves caricias entre su pelo.

No sabía qué estábamos haciendo o qué estaba pasando entre nosotros, pero sí sabía que no quería apartarme. Que necesitaba sentirlo cerca.

Me puso las manos en las mejillas y me dio un largo beso en la frente. En cuanto apartó los labios, escuché su voz:

—No estás sola, ojos claros. Estoy contigo, ¿vale? Jamás vas a volver a pasar por aquello. Es una promesa.

Asentí con fuerza, hice un esfuerzo titánico por que los pensamientos de antes no volvieran a tomar el control.

—Parece que la tormenta está parando.

Me acarició la mejilla y, entonces, lo vi demasiado claro.

—Duerme conmigo.

—¿Qué? —susurró desconcertado.

—Duerme conmigo, Scott, por favor.

—¿Estás segura?

Me bajé del lavabo y le tiré de la mano.

—Sí.

Mi agarre se hizo más firme y, juntos, empezamos a caminar hacia la cama grande.

El colchón se hundió con el peso de los dos y su calor corporal me ayudó a sentirme algo más tranquila. Me acurruqué contra él, buscando el hueco de su cuello y me quedé con los labios a menos de dos centímetros de su piel. Solo llevaba su camiseta blanca como pijama y, en el momento en el que me rodeó la cintura, la prenda se levantó un poco, pero no me importó. Solo nos pegamos el uno al otro todo lo que pudimos.

—Me lo estás poniendo muy difícil, ojos claros.

—Lo sé y lo siento.

—Dijimos que solo amigos.

Apoyé los antebrazos sobre el colchón y me impulsé para mirarlo en la oscuridad.

—No creo que pueda ser solo tu amiga, Scott.

Con un movimiento rápido y ágil, se colocó sobre mí y me envolvió con todo su cuerpo.

—¿Qué acabas de decir?

—No soporto pensar que somos solo amigos.

Estábamos tan cerca que algunos mechones de su pelo negro me caían sobre la frente, me rozaban la piel y me acariciaban a su paso.

—Te echo demasiado de menos cuando te miro. No puedo negarlo más. Todo este tiempo, cada vez que me pasaba algo, daba igual que fuera gracioso o un mal momento… a cada rato, Scott. A cada rato quería coger el teléfono y contártelo. Pero nunca tuve el valor. No he dejado de pensar en ti en estos cuatro años, por mucho que me haya mentido a mí misma. Te quiero. En ningún momento he dejado de hacerlo y estoy cansada de ocultarlo.

—Nina…

—Te merecías que fuera sincera contigo.

Me pasó los dedos por los labios, por las mejillas, recorriendo cada rincón de mi cara y, con cada caricia, era más consciente de lo que

sentía. Era más consciente de que lo quería y de que jamás había dejado de hacerlo.

—Te quiero, mi niña. Te quiero tanto, joder.

—No podía callármelo más.

Pegó su frente a la mía y, en ese momento, pensé que iba a explotar. Necesitaba sentir sus labios contra los míos. Sentirlos en ese momento y no dejar de sentirlos nunca más.

—¿Esto es real, Nina? ¿O es solo algo temporal?

Le puse las manos sobre las mejillas y le acaricié con los dedos la barba rasposa de pocos días.

—Es real, Scott. Nunca ha dejado de serlo.

Vi que una amplia sonrisa le recorría la cara en el instante en el que su boca se acercaba a la mía. Sin embargo, frenó en seco. Me dejó con las ganas.

—Espera… Te lo prometí y necesito saberlo… ¿Tienes dudas, Nina?

—Ni una sola —confesé.

Mi voz era casi un susurro.

Y tras pronunciar esas palabras, sus labios se estamparon contra los míos. Su lengua se abrió paso en mi boca y sentí que el deseo nos consumía a ambos. Sentí que una parte de mí se hinchaba de absoluta felicidad. Le mordí el labio, incapaz de contenerme, y se le escapó un gruñido de puro placer, el mismo placer que se extendió por todo mi cuerpo. Necesitaba más de él, besarlo hasta que me dolieran los labios, hasta que me doliera todo y sentir su peso sobre mi cuerpo. Lo necesitaba a él. Ya no tenía ninguna duda.

Con un hambre voraz, Scott me besó el cuello, provocando incesantes olas de calor en mí. Nuestros labios se reencontraron de nuevo y el beso se hizo más intenso, más profundo durante varios minutos. Una sensación fría me recorrió los labios en el momento en que el que se rompió el contacto.

Apoyó la frente contra la mía y me deslizó el pulgar sobre el pómulo.

—Vamos a ir despacio, Nina. Vamos a recuperar el tiempo perdido, porque ya nada me va a separar de tu lado. Pero poco a poco…

Se dejó caer a mi lado y yo me giré para mirarlo. Me acerqué de nuevo y me acurruqué en el hueco de su cuello.

—Me parece bien —susurré.

Me sentía viva. Estaba siendo sincera conmigo misma, cogiendo al miedo por los cuernos, enfrentándome a él y apostando por lo que me hacía sentir plena. Apostando por Scott. Con un movimiento firme, me pegó aún más a él y me abrazó con fuerza. Nuestras piernas enredadas, sus manos sobre mi espalda y las mías entre los mechones de su pelo.

—No eres consciente de lo feliz que acabas de hacerme, ojos claros.

Al deslizar mi pierna sobre la suya, noté el bulto que se interponía entre nosotros.

—Creo que me lo imagino. —No pude evitar soltar una risilla.

Scott se pasó la mano por la cara, sin esforzarse por ocultar la risa.

—¿Qué quieres que haga? Ya sabes cómo me pones.

—No he dicho que tenga ninguna queja… —admití sin dejar de reírme.

—Dejando eso a un lado… Te lo decía en serio, Nina. —Me estrechó más fuerte sobre su pecho.

Le di un beso rápido en el cuello, pues comprendía que huir del pasado no me había traído nada bueno. Sabía que tenía que enfrentarme al dolor. Y reconocer que quería a Scott en mi vida era el primer paso.

Capítulo 33

Scott



Cada una de las decisiones que tomamos y cada uno de los caminos que elegimos nos acercan un poco más a nuestro destino. Quizá a veces lo veamos todo borroso. Quizá nos sintamos perdidos y fuera de lugar en demasiadas ocasiones. Pero todo pasa por algo. Cada momento, cada cosa que vivimos, tiene un motivo que quizá nunca lleguemos a comprender, pero ahí está.

Una sensación extraña pero conocida me despertó. Nina estaba apoyada sobre mi pecho, profundamente dormida. Tenía un brazo alrededor de mi cuello y los dedos finos enredados en mi pelo. Respiraba tranquila, el cabello dorado estaba esparcido por la almohada y los ligeros rayos de luz que tanto echamos de menos el día anterior le acariciaban la piel. La tormenta había amainado y había desaparecido. Estaba preciosa.

Esto.

Justo esto.

Eso era lo que tanto había echado de menos durante este tiempo. La horrible sensación de despertarme con un hueco a mi lado había desaparecido. La tenía a ella entre mis brazos. No pude resistir el impulso de acariciarle la cara de lo agradecido que me sentía por estar así, por la conversación de la noche anterior. Seguía sin poder creer que su confesión fuera real. La quería. Jamás había dejado de hacerlo. Mi corazón latía por y para ella. Y ella me quería a mí. Me seguía queriendo después de todo y yo me sentía el tío más afortunado del planeta.

Nina se removió en sueños ante el tacto de las caricias y, aunque mi intención no era despertarla, fue inevitable.

—Buenos días, ojos claros —susurré.

Me miró extrañada, como si ella tampoco pudiera creérselo. Después, su gesto se relajó, probablemente ante el recuerdo de lo que había pasado la noche anterior.

—Buenos días.

Ninguno dimos señales de querer romper el contacto. Nuestras piernas seguían entrelazadas, al igual que nuestros brazos. Nos sentíamos cómodos el uno con el otro, como las piezas de un puzle que encajan a la perfección.

—¿Has conseguido dormir bien? —pregunté.

—Desde que viniste a la cama, sí. No recordaba lo cómodo que eras.

Me reí. Adoraba que durmiera pegada a mí y que me usara de almohada. Éramos incapaces de romper el contacto visual. Era una mirada que decía mucho sin necesidad de una sola palabra. Le acaricié el pelo y disfruté del momento.

Incapaz de aguantarme, la subí más hacia mí y quedé a la altura perfecta de sus labios. Sin decir ni una sola palabra más, envolví su

boca con la mía y una corriente eléctrica me recorrió de la cabeza a los pies.

Atrapé su labio inferior entre los dientes con un gesto lento para disfrutar de esos soniditos tan sexis que salían de su boca cuando incrementaba un poco la presión. Le deslicé la lengua por los labios, para después abrirme paso en toda ella y hacer el beso más profundo.

No me cansaba de ella. Nunca tenía suficiente. Necesitaba más.

Le enredé las manos en el pelo y la atraje más a mí, la besé con más intensidad y saboreé cada rincón de su boca.

Nina se separó y clavó esos ojos cargados de deseo en mí. Qué preciosidad… Me iba a volver loco.

—¿Quieres que le pongamos etiqueta a esto? —Se incorporó con los antebrazos apoyados sobre el colchón y me miró desde arriba—. ¿Puedo volver a decir por ahí que eres mi novio?

No pude evitar que una sonrisa de imbécil enamorado me recorriera la cara.

—Cariño…, puedes decir lo que te dé la gana —dije socarrón.

Con una mano sobre su mejilla y la otra sobre su cintura, la acerqué de nuevo con gesto firme a mí. En ese momento, nuestros labios se volvieron a juntar. No estaba del todo seguro sobre quién había empezado el beso, pero ¿acaso importaba?

¡Cuánto lo había echado de menos! Cuánto había echado de menos a la chica que, desde el primer momento, arrasó mi vida como un huracán. Ella había sido y seguía siendo la única capaz de despertar algo así en mí: amor, deseo, confianza, admiración, respeto, compromiso, pasión… Todo eso y más era lo que me provocaba esta chica de pelo dorado y ojos de color del mar.

En este momento, con sus labios sobre los míos y los nervios revoloteándome por todo el cuerpo, me prometí a mí mismo que

jamás volvería a renunciar a ella. Pasara lo que pasara, nada ni nadie conseguiría despegarme de su lado.

En cuanto el beso terminó, ambos nos quedamos sin habla. Éramos conscientes de que ya no había mentiras ni verdades a medias entre nosotros. No quedaba nada por confesar.

Me incorporé y apoyé la espalda sobre la fría pared de la cama. Lo último que quería era salir de debajo de las sábanas que habíamos estado compartiendo. Solo quería volver y comérmela a besos durante horas. Pero teníamos planes que ella desconocía.

—¿Te apetece un café o tienes algo mejor que hacer?

Se rio, ¿cómo no iba a hacerlo después de las últimas mañanitas que habíamos pasado?

—Solo si no desapareces… —bromeó con una sonrisa cargada de chulería.

—Anda, procura no largarte con la moto y volverme loco.

Le guiñé el ojo y me fui directo a la cocina para prepararnos el desayuno con Nina pisándome los talones.

—Así que…, ¿te vuelvo loco?

Me abrazó por la cintura y su piel sobre mi piel provocó un cosquilleo que se extendió por todos los rincones de mi cuerpo. Me giré, incapaz de resistirme a la tentación de cogerla en brazos y sentarla sobre la encimera de la cocina. Quedó a la altura perfecta.

—Sabes bien que sí… —Susurré contra su cuello—. Pero esto va a tener que esperar, porque tengo una sorpresa para ti.

Ya sabía que la sonrisa de Nina era preciosa, pero la que me regaló en ese momento, se clavó en lo más profundo de mí.

Capítulo 34

Nina



¿Era posible que todo estuviera volviendo
a cobrar forma en mi vida?

Despertarme junto a Scott fue como un viaje al pasado. A un pasado en el que todo estaba bien y en el que no estaba rodeada de mil y un problemas. Un pasado en el que fui completamente feliz. A su lado. Ese había sido mi pasado y, en ese momento, volvía a ser también mi presente y mi más que posible futuro. Ansiaba despertarme cada mañana a su lado, compartir cafés o cualquier cosa. Que me despertara a besos, a caricias, a cosquillas o como quisiera, pero despertarme con él. Hubiera aceptado cualquier cosa mientras fuera con él.

—¿Una sorpresa?

Scott asintió. Me bajó de la encimera y empezó a preparar el desayuno.

—¿Y qué me tienes preparado, si se puede saber? —Le puse mi mejor sonrisa, tratando de descifrar sus gestos en busca de pistas.

Me tendió la taza de café humeante.

—Anda, tómatelo y empieza a arreglarte, preciosa.

Estaba convencida de que podía sacarle alguna pista, por mínima que fuera, con una miradita. Sin embargo, eso solo nos llevó a que me rodeara la cintura con sus brazos fuertes. Me levantó del suelo otra vez y me acercó a la pared más cercana. Parecíamos incapaces de contenernos. Arrinconada entre la pared y sus brazos, con sus labios sobre el cuello, recorriéndolo entero con besos sensuales cargados de deseo, se me olvidó lo que andaba buscando. En cuanto sentí su respiración contra la oreja, sus susurros hicieron que todo el vello del cuerpo se me erizara

—Esta batalla la tienes perdida —murmuró—. No vas a conseguir que te diga nada, ojos claros.

Sacando ventaja del trance en el que me encontraba, separó los labios de mi piel y sonrió orgulloso al ser consciente de lo que acaba de provocar en mí. Hice una nota mental para devolvérsela en algún momento. También se tomó la libertad de darle el primer sorbo a mi café. No tenía ni idea de cómo no se había derramado la taza con todo el ajetreo.

Una vez me recompuse, desayunamos juntos en la cubierta. Aprovechamos que por fin el cielo estaba despejado y el sol de la mañana empezaba a calentarnos la piel. Al sentir esa conocida sensación de cosquilleo sobre la piel mientras disfrutaba del primer café del día, pensé en el presente y en lo afortunada que era por estar donde estaba en ese momento. A pesar de todo lo que había tenido que pasar hasta llegar hasta ahí, nadie iba a ser capaz jamás de hacerme cambiar de idea.

Cada una de las decisiones que tomamos y cada uno de los caminos que elegimos nos acercan un poco más a nuestro destino. Quizá a veces lo veamos todo borroso. Quizá nos sintamos perdidos

y fuera de lugar en demasiadas ocasiones, pero todo pasa por algo. Cada momento, cada cosa que vivimos, tiene un motivo que quizá nunca lleguemos a comprender, pero ahí está.

Al terminar de desayunar, bajé al camarote para arreglarme mientras Scott se quedaba en la zona de control organizando a saber qué. Todavía no se había dignado a decirme ni una sola palabra sobre la supuesta sorpresa. La única información que había sido capaz de sacarle era que nos íbamos de Formentera, pero no tenía ni idea de a dónde íbamos ni por cuánto tiempo.

Esa era una de las cosas que más estaba disfrutando. No saber qué me deparaba el día de mañana. Vivir pensando en el momento inmediato, de una manera que jamás antes me había permitido. Y, siendo sincera, me estaba salvando de hundirme de nuevo.

Me estaba ayudando a sacar de la cabeza las mil y una preocupaciones que había tenido hasta la fecha. Estando aquí, disfrutando del sol y del mar, nada me parecía tan grave, y eso me hacía sentir viva.

Me maquillé de manera muy natural, resaltando el azul de los ojos y con extra de colorete. Decidí dejarme el pelo suelto, con las ondas que me hacía el aire de la playa. Me puse con unos vaqueros cortos y una camiseta básica roja. No sabía cuál era el plan, ni a dónde íbamos a ir los próximos días, pero definitivamente, necesitaba encontrar algún sitio para comprar algo de ropa. Y un pijama. Bueno, en verdad, eso último ya no me hacía falta. Con lo poco que me había traído, no iba a ser capaz de sobrevivir, a no ser que empezara a atracar el armario de Scott. Cosa que tampoco me parecía tan mala idea.

Media hora más tarde, estábamos saliendo del puerto con cero pistas o indicios en mi poder. Y no era por no haber insistido.

Scott controlaba el barco de una manera espectacular, con cuidado y firmeza. Y si él estaba al mando de los controles, yo podía estar tranquila. Le dejé el espacio que sabía que tanto le gustaba y necesitaba para navegar. Sabía lo que significaba para él y también era importante para mí que tuviera ese momento. Era su manera de reconectar consigo mismo. El mar, el viento y él. Eso era lo único que el chico de pelo negro y ojos miel al que jamás dejé de querer necesitaba y yo quería dárselo.

No estaba segura del tiempo que teníamos por delante, pero estaba segura de que tenía suficiente para tomarme otro café y para leer un poco.

La zona de las tumbonas era una de mis favoritas, pues el mar quedaba a ambos lados. Era como si no hubiera nada más: el cielo azul y despejado sobre mí y el sonido característico del barco rompiendo el agua.

Después de ver a Guille, nos habíamos asegurado de intercambiar nuestros números otra vez. Le envié una foto rápida de las increíbles vistas, puse el móvil en modo no molestar y abrí el libro por la página en la que lo había dejado.

Si me hubieran avisado de que Jaxon se colaría en mi vida de la noche a la mañana, que cambiaría y se llevaría todo lo conocido a su paso, jamás los hubiera creído. Pero así fue. Aunque no estoy segura de que siga siendo así…

Una sensación agradable me recorrió la piel. Los brazos, el cuello, las mejillas. Notaba que ese tacto cálido trazaba círculos suaves sobre mí y me hacía cosquillas. Los mechones que recordaba que me habían estado rozando la cara, desaparecieron tras una ligera caricia.

—Nina…

Una voz grave y conocida pronunció mi nombre, entre caricias.

—Hummm…

—Cariño, ya hemos llegado.

Y fue en ese momento cuando reaccioné.

Me había quedado dormida después de leer varios capítulos. ¿Cómo no iba a hacerlo con lo a gusto que se estaba ahí? Con la brisa del mar rozándome la cara, el sol calentándome la piel y el sonido del mar tan cerca. Me incorporé y miré alrededor en un intento fallido de reconocer el lugar.

—¿Dónde estamos?

Ya no aguantaba más la incertidumbre.

—En Menorca.

—Así que Menorca, ¿eh?

—Es un buen comienzo.

La sonrisa que se dibujó en su cara me descolocó.

—¿Un buen comienzo para qué? —El corazón empezó a latirme con fuerza, como si se me fuera a salir del pecho ante los nervios de lo que había sucedido entre nosotros hacía escasas horas.

—¡NINAAA!

No. No podía ser cierto.

—¡Nina!

Reconocería sus voces en cualquier lugar, su inconfundible mezcla. Una llena de energía y la otra siempre más calmada.

Me giré como un resorte y corrí hacia las voces de mis hermanas. Mientras dormía, Scott hasta había amarrado el barco en el nuevo puerto donde ahora me estaban esperando. Las vi saludando.

Miré a Scott y me lancé a sus brazos. Lo abracé con fuerza. Él me rodeó la cintura con una mano y me colocó la otra sobre mi cabeza para cerrar el abrazo de forma perfecta.

—Gracias, Scott. Gracias —le susurré contra el cuello.

—Ha sido idea suya, ojos claros, no mía.

—Igualmente, gracias.

Me separé de él y observé esos ojos color miel que me devolvían la mirada. Me fijé en esa sonrisa ladeada que encajaba a la perfección con sus facciones y que provocaba que una oleada de cosquilleos se me extendiera por la tripa, por las piernas… Traté de ignorar esa sensación y le di otro corto beso en los labios. Después, salí corriendo hacia donde estaban mis hermanas.

Aún desde la distancia podía apreciar lo guapas que estaban. Cata, con su pelo largo rubio oscuro recogido en una coleta, y Laia, con su pelo rubio claro por encima de los hombros. Ambas iban con una maleta de mano y un bolso grande sobre el hombro. Vestían ropa cómoda, seguramente por el viaje.

Que estuvieran aquí en ese momento significaba mucho para mí. Sobre todo después de lo ocurrido la última vez que nos habíamos visto.

En cuanto las alcancé, me faltó tiempo para rodearlas con los brazos y fundirnos en un cálido abrazo. Uno de esos que solo pueden darte tus hermanas y nadie más. Volver a tenerlas a mi lado era como volver a encajar las piezas que me faltaban.

Yo, sin mis hermanas, simplemente no podía vivir.

—No me puedo creer que estéis aquí —les dije sin soltarlas.

—No, Nina, nosotras sí que no nos creemos que tú estés aquí.

Me separé ligeramente para mirarlas.

—¿Qué dices, Laia?

Intercambiaron una mirada entre ellas, hablando sin palabras de algo de lo que yo no tenía ni la más remota idea.

—Pero si ya os dije dónde estaba.

—No es exactamente el dónde, sino el cómo y con quién —puntualizó Catalina.

Me giré y busqué a Scott con la mirada. Estaba en la zona de control, la más alta del barco, apoyado en la barandilla y nos saludó. Y estaba tan guapo.

Mis hermanas le devolvieron el saludo y yo le sonreí. Me sentía en una especie de burbuja íntima que solo nos pertenecía a nosotros.

—Pasó todo muy rápido, ¿vale? —me defendí—. Me subí al barco sin pensarlo. Fue un impulso.

—¿Un impulso subirte al barco?

La mirada acusatoria de Laia fue imposible de esquivar.

—Bueno, vale, fue un impulso buscarlo —admití—. ¿Contenta?

—Nos lo tienes que contar todo. Vete olvidando de excusas, ¿eh?

—Que sí, Cata, que sí. No os preocupéis, que vais a ser las primeras en enteraros de todo, como siempre.

Dejé escapar una risa y puse los ojos en blanco. A veces Catalina actuaba como una segunda madre con nosotras. No lo podía evitar. Le salía solo y, en el fondo, me sentía muy agradecida por ello.

—¿Os habéis liado?

—¡Laia! —grité por encima de ella en un intento por evitar que nadie la escuchara.

—Coño, ¿qué? —Se encogió de hombros—. Tienes toda la cara de que os habéis estado comiendo la boca hasta el fondo todos estos días. De hecho… —se acercó más a mí—. ¿Eso de ahí es un chupetón?

En cuanto me señaló el cuello, noté cómo los mil calores me subían por todo el cuerpo. No tenía escapatoria. No sabía si tenía un chupetón o Laia solo me estaba vacilando. Lo que sí que tenía claro era que, mi respuesta no verbal había sido confirmación más que suficiente para saber lo que había ocurrido entre Scott y yo.

—¿Lo ves, Cata? Tenía razón.

Laia puso una mano delante de nuestra hermana.

—¡Aaagh, qué rabia me das…!

Y Catalina sacó diez euros del bolso y se los puso en la palma de la mano con rabia.

—Pero… ¡NO ME LO PUEDO CREER! ¡¿Habéis apostado?!

—A ver, apostar lo que es apostar no se le puede llamar.

Miré a Laia, que se guardó el dinero en el bolsillo.

—No es apostar si ya sabes el resultado —soltó. Y con eso, me guiñó un ojo y se quedó más ancha que nada la tía.

—Sois increíbles…

—Ya sabes que todas las malas ideas se le ocurren a esta de aquí —dijo Cata, mientras Laia se encogía de hombros.

—Culpable.

Podían ponerme de los nervios mil y una veces y, aun así, sería incapaz de negar lo mucho que las había echado de menos.

—Anda va, vamos para el barco.

Al menos, esa era mi idea. Sin embargo, antes de dar media vuelta, algo me llamó la atención. Bueno, más bien alguien.

Una cara que, a pesar de no haber visto en años, jamás podría olvidar.

—Vaya, vaya, vaya… ¿El clan Marín al completo?

Me quedé sin habla por unos instantes.

—¿Justin?

La alegría que me había provocado ver de nuevo a mis hermanas se multiplicó al verlo a él.

—Cuánto tiempo, cuñada.

Negué con la cabeza, divertida.

—Perdón, excuñada. —Enfatizó el «ex» a la vez que me guiñaba un ojo.

Fue imposible que no se me escapara una sonrisilla. Justin era dos años mayor que Scott y se notaba por las facciones más maduras y

serias, a pesar de que era todo lo contrario. Era una de las personas más graciosas que había conocido nunca y, cuando Scott y yo estábamos juntos, siempre nos habíamos llevado fenomenal. Llevaba el pelo un pelín más largo que su hermano, pero era del mismo color negro azabache. Los ojos eran idénticos, aunque algo que los diferenciaba era que Justin siempre llevaba barba de un par de días. Siempre.

Lo abracé con cariño y sin pensarlo demasiado, porque hacía demasiado tiempo que no lo veía y el día estaba siendo un cúmulo de sorpresas.

—¿Qué tal tu hombro?

No hacía falta dar más detalles. Imaginé que él sabía que estábamos hablando del disparo.

—Bien, aún me duele un poco, pero mucho mejor.

Me revolvió el pelo para quitarle hierro al asunto. Después se acercó a mis hermanas y le dio primero dos besos a modo de saludo a Laia. Supe al instante lo que venía a continuación. Catalina estaba roja y no era del todo capaz de distinguir si era por vergüenza o rabia.

—Catty Cat…

Justin hizo el amago de darle un beso en la mano, pero ella la retiró con brusquedad. Él alzó una ceja, dejó atrás la broma y empezó a ser consciente de lo que se le venía encima.

—Tú por tu camino y yo por el mío, Hovland. Y no me llames más así, gilipollas.

Con eso, cogió la maleta, le dio la espalda y se subió al barco.

—¡¿Te has mareado o algo en el viaje, Catty Cat?! ¡No te recordaba así!

Justin alzó la voz para que Catalina lo escuchase, pero no le sirvió de nada. En vez de girarse y hablar con él, Cata le hizo la peineta

desde lejos.

Catalina y Justin siempre habían tenido una historia. Más que una historia, un algo recurrente. Un ahora sí, ahora no. Ahora te quiero, ahora te odio. Y a juzgar por la escena, parecía que se habían quedado estancados en la etapa del odio.

—Se le pasará, ¿vale? —le dije a Justin.

Le acaricié el brazo, pues me compadecía un poco de él. Justin podía esconder con palabras lo que fuera que Catalina despertaba en él, pero yo los conocía a ambos y sabía que había algo que los unía, aunque nunca acabara de funcionar.

—¡Claro…! —Laia fue a machete—. Tú no te preocupes, hombre. Solo lo dejasteis como tropecientas millones veces, chaval. —Laia le guiñó un ojo al mayor de los Hovland—. Seguro que mañana os estáis comiendo la boca también. Anda mira, como estos dos. ¿No tenéis una prima o algo?

Suspiré al sentir el dedo acusador de mi hermana. Noté que se me subían los colores. Por suerte, en ese mismo momento, Scott llegó a donde estábamos. Sentí su cuerpo junto al mío.

—¡Hermanito! —Justin sonrió con malicia—. Así que comiéndoos la boca ya, ¿eh? Bien, avanzamos bien.

Tiró de él y lo abrazó con fuerza, cosa que lo pilló totalmente desprevenido.

—¿Qué cojones…? ¡Justin!

Scott me miró, parecía completamente desubicado entre los brazos de su hermano. Me encogí de hombros, yo también descolocada ante lo que estaba ocurriendo.

—Shhh, shhh. Tranquilo, hermanito… —dijo Justin con tono burlón.

Deshizo el abrazo, le pasó un brazo por los hombros y lo guio hacia el barco. Se lo llevó así, diciéndole cosas tan bajito que no

llegué a oír nada.

Laia y yo nos quedamos en el sitio.

—¿Qué vamos a hacer con Cata? —aproveché para preguntar—. No sabía que ella y Justin habían acabado tan mal…

—Yo tampoco. Pufff. Sabía que no era santo de su devoción y ya sabes que, cuando quiere, la tía tiene una mala leche que te cagas pero ¿esto…?

Ya. Yo pensaba lo mismo.

—Por si no había suficientes cosas de las que hablar encima de la mesa ya… —dije.

Ambas rompimos a reír ante la incomodidad del momento.

—¿Tú sabías que iba a venir?

—Sí, Scott me avisó.

—¿Y ella lo sabía?

—También. Se lo conté antes de subirnos al barco. No le hizo gracia, pero creo que para ella era más importante verte a ti, aunque tuviera que aguantar verle el careto a ese unos cuantos días.

—A esta le sigue molando, eh.

Saltaba a la vista. Conocía demasiado bien a mi hermana mayor y, por la reacción tan descarada que había tenido al reencontrarse, sabía que seguía pillada hasta las trancas.

—Y que lo digas. ¿Diez pavos a que no tardan en volver a liarse?

¿En serio? Catalina tenía razón, Laia era siempre la que nos arrastraba hacia las malas ideas.

—¿Tu idea es desplumarnos a ambas o qué? Pero, venga va, hecho.

Me guiñó el ojo, consciente de que esta apuesta también la tenía ganada y, en el fondo, tampoco es que yo tuviera demasiadas dudas de ello.

Capítulo 35

Scott



Era hora de enfrentarse a lo que más temía. Era hora de plantarle cara al miedo y abrirme camino. Por ella.

En cuanto Justin me colocó el brazo sobre los hombros con un gesto más fuerte de lo habitual, como cuando alguien te quiere dar ánimos, supe que estábamos de mierda hasta el cuello.

—No te gires y disimula —susurró—. Esto es más gordo de lo que pensábamos, Scott.

Seguimos caminando, mientras él hablaba en susurros.

—Quiero detalles. —La única voz que conseguí que saliera de mi garganta era dura y seria. Estaba de los nervios.

—Esto no es una conversación de dos minutos, hermanito. Mientras tanto, no perdamos de vista a Nina, ¿vale?

Me giré de sopetón, pues era consciente de que la estábamos dejando en el muelle. Intenté localizarla, pero Justin me apretó los hombros y me impidió moverme demasiado.

—Disimula, hostias —protestó—. Tengo controladas a las tres hermanas. Que el pardillo enamorado que llevas dentro no te traicione. Necesitamos al Scott táctico, no al impulsivo.

—Gilipollas.

—Otro que tal con el gilipollas… ¿Qué os pasa hoy, por Dios?

Lo miré extrañado, pero enseguida retomó la conversación.

—Mira ligeramente a tu derecha —dijo—. ¿Ves a esa guiri que parece perdida con camisa hawaiana y manchurrones de crema solar en los mofletes?

Seguí sus indicaciones y lo que me encontré fue lo último que esperaba encontrar. Verla fue lo que terminó de poner todos mis sentidos alerta.

—¡Me cago en la puta, Justin! ¿Te has traído a Ramírez?

Bajé el tono de voz todo lo que pude y le propiné un golpe en el pecho. Para cualquier otra persona podríamos haber sido dos colegas entre broma y broma, pero lo que realmente estaba ocurriendo era muy distinto.

Justin tosió.

—Error. He infiltrado a Ramírez —enfatizó las palabras con aires de superioridad.

Me pellizqué el puente de la nariz e intenté calmarme para tratar de conseguir que el aire me entrase en los pulmones.

—Hostias, Justin… ¿Tan serio es esto como para infiltrar a una agente? ¿No nos podíamos apañar los dos? Como siempre hemos hecho, joder.

—Ramírez es la mejor y lo sabes. Por detrás de nosotros, claro. —Se rio como para quitarle hierro al asunto. En realidad, era verdad que la chica era brillante.

Mi hermano soltó una risilla a la vez que me daba una palmadita en el pecho con la mano libre para mantener la coartada.

—No estoy para coñas —dije.

Pareció ver la preocupación que recorría cada rincón de mi cara y, con el brazo que aún tenía sobre mis hombros, me acercó más a él.

—Scott, no le va a pasar nada, ¿vale?

Asentí, confiaba en cada una de sus palabras.

—Somos tres. Ni tú ni yo nos vamos a separar de ellas, y Ramírez nos cubrirá las espaldas. Se quedará en sitios cercanos a donde estemos y lo tendremos todo bajo control.

Volví a asentir, incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

Me limpié con rabia una lágrima que amenazaba con delatarme, pues no podía dejar de pensar en otra cosa que no fuera Nina.

Me recompuse como pude.

Si le pasara algo, no me lo perdonaría jamás.

Capítulo 36

Nina



Y, de repente, mi vida parecía más normal que nunca.
¿A caso todo lo que había vivido había sido real?

Lo que había empezado como un día normal, se había convertido en un viaje de cinco. Y no de cinco cualquiera.

El barco estaba lleno de vida. En él estaba la gente que era y seguía siendo la más importante para mí, a pesar del tiempo y la distancia. Si necesitaba alguna señal más para convencerme de que las cosas estaban cambiando para bien, de que parecía que estaba dejando los problemas del último año atrás, solo tenía que mirar a mi alrededor. Me bastó con pararme a escuchar el ruido de sus voces, graves y agudas, entremezclándose y creando una armonía perfecta entre sí.

Había descubierto que Cormac seguía vivo. Pero ya no era un problema en mi vida, ¿verdad? Por lo menos, esperaba que no lo fuera jamás. No sabía lo que le había pasado en realidad, pero lo que sí que tenía claro era que yo no había tenido nada que ver.

Nada de aquello había sido mi culpa.

Scott probablemente tuviera razón. Cormac había jugado conmigo. Me había manipulado y me había hecho creer que yo había provocado todo lo que ocurrió. Incluso lo de la última noche. Así que, vivo o muerto, cuanto más lejos estuviera de mí, mejor.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón al escuchar la notificación de un mensaje nuevo.

Guille: ¡Menudas vistas, rubia! ¡Pues sí que te cuida bien tu ex!

Recordé la foto que le había enviado del paisaje. Un pinchazo me atravesó el pecho al leer la última palabra. La última vez que había visto a Guille, Scott y yo no éramos nada. De hecho, habíamos estado sin dirigirnos la palabra en todo el día. Hasta que me llamó y discutimos por teléfono. Pero la situación había cambiado. Habíamos puesto las cartas sobre la mesa.

Yo: La verdad es que es increíble.

Guille: ¿Las vistas o tu ex? ;)

Yo: Me refería a las vistas, pero sí, Scott también se está portando genial conmigo.

Guille: Oye, ¿te apetece que nos veamos algún rato? Tú y yo solos, no quiero que Scott me parta las piernas, JAJAJAJAJAJA

Empecé a escribir que Scott no era así, que no se comportaría de esa manera con un amigo mío. Que parecía un tipo duro. No. No solo lo parecía, también lo era. Aunque en realidad todo era fachada.

Una máscara dura para proteger y cuidar a la gente que le importaba de verdad. Pero, en el último momento, antes de darle a enviar, lo borré todo.

No había nada de malo en ese mensaje. Sin embargo, lo que estábamos pasando Scott y yo en ese momento era tan íntimo, tan nuestro, que sentí que prefería no compartirlo con gente que no fuera de mi círculo más cercano. Tampoco tenía que darle explicaciones a Guille, ¿verdad?

Al final opté por algo más simple.

Yo: ¡¡MUY GRACIOSO!!

Yo: Me encantaría, pero no estoy en Formentera. Nos hemos venido a Menorca.

Guille: Vaya, pensaba que podríamos coincidir alguna vez más por aquí. Pero ¿sabes qué? El destino es caprichoso, rubia.

Yo: ¿El destino?

Yo: ¿Qué dices? JAJAJA

Guille: Tú y yo estábamos destinados a reencontrarnos en esa librería y ponernos al día ;)

Yo: ¡Anda, va!

Guille: Te lo juro y algún día te darás cuenta.

Abrí la foto que me envió con curiosidad. Era una especie de itinerario o guía de viajes, no estaba del todo segura.

Yo: ¿Y esto? ¿Mirando nuevas vacaciones aunque no hayas acabado las anteriores?

Guille: Son los sitios a los que vamos a ir los próximos días mis colegas y yo. Si por casualidad coincidimos y te apetece que nos veamos, ya sabes cuál es mi número.

Yo: Eso está hecho ;) ¡Que vaya fenomenal, Guille!

Guille: Lo mismo te digo, rubia.

Guardé el móvil en el bolsillo en el instante en el que sentí un carraspeo a la espalda, seguido de unos brazos fuertes que me rodearon por la espalda recorriéndome despacio la piel mientras me depositaba suaves besos por el cuello. No pude evitar que una sonrisa se me dibujara en la cara. Era Scott jugando con la sensibilidad y estremecimiento que su cercanía provocaba en mí. Me dejé llevar ante esta repentina oleada de placer que me recorría cada rincón del cuerpo, centrada únicamente en el siguiente punto en el que los labios de Scott se iban a parar. Consumida por lo que me hacía sentir.

—Te echaba de menos —me dijo con voz ronca al oído.

—¿Después de lo de anoche no eres capaz ni de estar más de cinco minutos separado de mí?

—No te equivoques. He sido incapaz de estar sin ti desde que te conocí.

Me giré despacio, impaciente por mirarlo a los ojos. Transmitían sinceridad y vulnerabilidad. Sabía que me estaba diciendo la verdad. Esa mirada no podía ser de mentira. Lo cogí de las manos, despacio, rozando y entrelazando nuestros dedos sin romper el contacto visual.

—Ven.

Despacio, lo guie hasta el único sitio del barco en el que sabía que podríamos estar un rato a solas.

—¿A dónde me llevas, ojos claros?

Su mirada cargada de deseo y anticipación me hizo sonreír. Bajamos hasta el camarote, tratando de evitar que tanto mis hermanas como Justin nos vieran encerrarnos en el estrecho baño.

—¿Qué haces? —dijo en el momento en el que sonó el clic del pestillo.

—Estar un rato a solas contigo —susurré.

Rompió la poca distancia que nos separaba colocándome ambas manos sobre las mejillas, alternando la mirada entre los labios y los ojos. Me mordí el labio para esconder una pequeña risa cargada de nerviosismo y deseo.

—Vaaaya… Ahora eres tú la que no puede estar ni cinco minutos separada de mí, ¿eh? Me gusta —dijo contra mi cuello y procedió a dejar un reguero de besos sobre la fina y sensible piel.

Unimos nuestros labios con fuerza, en un beso profundo y sensual. Volvimos a saborearnos, volvimos a perdernos en ese extraño limbo en el que estábamos. Sin romper del todo el beso, dije algo lo que me rondaba por la cabeza:

—¿Qué se supone que vamos a decirles, Scott?

Él me mordió el labio y después me dio un beso suave.

—No lo sé. —Me metió la lengua en la boca, buscándome una y otra vez—. Pero volver a estar así contigo es algo que he querido

demasiado tiempo y no pienso ocultarlo.

—Ah, ¿sí?

—Sabes bien que sí.

Volvimos a sumergirnos en este intenso beso que éramos incapaces de romper. Ese intenso beso que hacía que me derritiera de placer.

—Scott…

Él separó los suaves e hinchados labios de los míos un instante, aunque solo fuera para unir nuestras frentes con un gesto dulce.

—Te quiero, ojos claros.

Se me hinchó el pecho de pura felicidad al escucharlo. Sentía que todo volvía a tener sentido, porque querer a alguien de la manera en la que yo quería a este chico no podía traer nada malo. Querer nunca debería traer nada malo.

—Y yo a ti, no sabes cuánto.

Me acerqué un poquito más y le di un besito en la nariz, para después rodearlo con los brazos y sumirnos en un largo abrazo.

«Ay, Scott… Ojalá no te hubieras ido nunca de mi lado. Pero ¡qué feliz me hace que vuelvas a estar así de pegadito a mí!».

—Y ahora vamos —dijo—, que Laia no es de las que ponen orden y con el amor que parece haber entre Cata y Justin, si nos despistamos, nos hunden el barco.

«Nos». Sonreí. El plural sonaba genial. Me gustó que diera por hecho que era nuestro y no solo suyo, porque él lo veía así. Nuestro espacio seguro. Eso era algo muy bonito porque el barco siempre había sido un lugar importante para nosotros, en el que habíamos compartido y vivido muchas cosas.

En cuanto salimos del baño, empezamos a escuchar los gritos que venían desde la cubierta. Miré a Scott con los ojos como platos y,

solo con la mirada, supimos que nos iba a tocar hacer de mediadores entre nuestros hermanos mayores.

Llegamos a la cubierta tan pronto como pudimos y nos topamos a Laia con una bolsa de patatas, acomodada en una de las tumbonas, viendo el espectáculo que se producía ante nuestros ojos.

—¿No vas a hacer nada?

La asesiné con la mirada.

—Déjala que lo saque todo, ¡si le va a venir bien…! —dijo bajito para evitar que los otros dos la escucharan.

Scott y yo nos quedamos de pie junto a Laia, observando lo que ocurría entre nuestros hermanos.

—Catty Cat, no puedes enfadarte por eso…

Sabía que el tono burlón que estaba usando Justin no le iba a hacer ninguna gracia a mi hermana. Y tampoco ayudaba que la siguiera llamando Catty Cat. De hecho, ¿de dónde salía ese apodo? Porque hasta donde yo sabía, Catalina odiaba los motes. Pensaba que solo toleraba el de nuestros padres, pero parecía ser que…

—¡No me digas por lo que puedo o no puedo enfadarme!

—¡Exacto, no le digas eso a mi hermana! —soltó Laia desde la tumbona.

Volví a lanzarle una mirada asesina. Ella se metió tres patatas más en la boca, disfrutona.

Yo la mataba.

—¡Laia, vete a la mierda y cállate una año y medio! —respondió Catalina.

La aludida fingió un saludo militar.

—A sus órdenes, sargenta Marín.

Tenía cero dudas de que, en cuanto Catalina terminase la bronca con Justin, le esperaba otra muy distinta a Laia. Puse cara de

circunstancias viendo a Justin y Catalina echarse los trastos a la cabeza.

Scott me pasó un brazo por la cintura y me acercó más a él.

—¿Qué les pasa a estos dos?

—Ni idea. Quizá es que…

—Shhh. —Laia, por supuesto—. Callaos, tortolitos, que no me entero. Y está a punto de soltarle un guantazo.

No quería, pero me fue imposible contener una sonrisilla ante lo surrealista que estaba siendo la situación. En especial con Laia de fondo comentando la jugada. A Scott le pasó lo mismo. Me dio un corto beso en la cabeza, escondiéndose un poco para que no le vieran esa sonrisilla, aunque sabía que seguía pendiente de su hermano.

—Eres un egoísta, Justin. Y estoy cansada ya.

—Eso no es verdad y lo sabes.

—Ah, ¿no? ¿Te refresco la memoria?

—Adelante, Catty Cat.

Si mi hermana cada vez sonaba más seria, el tono de Justin no hacía más que volverse dulce y provocador.

—¡Me llamaste para decirme que te habían disparado y después me dejaste tirada, otra vez!

La cara de Justin cambió radicalmente. Perdió todo el color de golpe.

—Y un cojón y medio, Catalina. No, no, no. Eso no es…

La dureza en su voz se hizo de notar.

—«Me han disparado, Catty Cat, y no estás aquí conmigo… Te necesito, por favor» —se burló mi hermana, dolida—. Tus palabras, no las mías.

Vi que Justin miraba a su hermano, descolocado y sorprendido. Scott me había contado lo del disparo, pero también me dijo que era

confidencial y que nadie podía saberlo. Así que no entraba en los planes de nadie que Cata lo supiera, ni siquiera en los de Justin. Aunque estaba lejos, pude apreciar lo tenso que estaba.

—Eso es imposible, no me acuerdo.

—¿Cómo te ibas a acordar? Si ibas hasta el culo de calmantes —le reprochó Cata—. Y, por si eso te parece poco, saca el móvil.

—Catty Cat, escúchame…

Ella no le dejó terminar la frase.

—¡Saca el puñetero móvil y deja de llamarme así, joder!

A esas alturas, la discusión era demasiado grande como para fingir que no estábamos escuchando. Decidí quedarme cerca de Cata, por si me necesitaba. No nos había contado nada al respecto, pero, aun así, no pensaba moverme de su lado. Bueno, Laia tampoco, porque nadie la sacaría de ahí ni a rastras.

Justin se sacó el móvil del bolsillo trasero con una expresión de duda e incomprensión.

—Busca mi contacto y envíame un mensaje. —Desde donde estábamos, ninguno de los tres veíamos la pantalla. Sí vimos los dedos de Justin deslizándose por ella—. No puedes, ¿verdad?

—Pues claro que no, Catalina, te tengo bloqueada. Como tú a mí, hostias.

—Desbloquéame.

—Explícamelo primero.

—¡Desbloquéame y punto!

—¡Ya está, ya está, nada! —Justin le mostró la pantalla. —. No hay nada. Es que no te entiendo, joder.

Catalina empezó a reírse mientras desbloqueaba su teléfono y los dedos empezaron a deslizarse por la pantalla. La conocía demasiado como para saber que esa risa no era real. Yo sí podía oír el nudo en

la garganta y que se estaba aguantando las lágrimas. Siempre le había pasado lo mismo.

Esa era la risa que amenazaba tormenta, como la llamaba Laia.

—Es lo que tiene que bloquees a la gente, Justin. Que no te llegan sus mensajes ni llamadas. —Con un golpe brusco, le estampó su teléfono contra el pecho—. Aunque te acaben de decir que les han disparado y que te necesitan.

Justin cogió el móvil de Catalina antes de que se cayera al suelo y empezó a leer lo que fuera que había en la pantalla. A cada segundo que pasaba, el rostro de Justin se volvía más y más serio.

—Catalina, lo siento muchísimo. Yo no…

Nunca había escuchado a Justin hablar con tanto dolor.

—Tú nada, Justin. Tú ya nada.

—Catty Cat, por favor.

—Haznos un favor a los dos y déjame en paz.

Con eso, mi hermana le dio la espalda por segunda vez hoy. Ni siquiera nos miró a la cara cuando pasó entre nosotros tres y se fue directa hacia el camarote.

Nos quedamos todos en silencio. Justin con la mirada clavada en Cata, con los ojos llorosos, la cara descompuesta y el móvil en la mano. Los demás nos miramos los unos a los otros, desconcertados.

—Pero ¿qué coño acaba de pasar aquí? ¿De dónde ha salido lo del tiro? —soltó Laia, rompiendo el *shock* en el que estábamos todos.

—Laia —le llamé la atención.

—En marcha.

Le indiqué a Scott con un simple gesto que íbamos a ir a ver cómo estaba Cata y él me devolvió el mismo gesto, como diciéndome que él iba a hacer lo mismo con Justin. Tiré de mi hermana Laia y la arrastré conmigo hacia el camarote.

Antes de bajar, frenó en seco.

—Nina, ¿tú sabías algo de lo que estaba pasando entre estos dos antes de todo este drama?

—Pues claro que no —dije, aunque era una verdad a medias, porque si sabía lo del disparo—. Esto era lo último que me esperaba.

—Joder, yo igual. ¿Y por qué no nos ha dicho nada?

—No lo sé, Laia. Pero vamos a hablar con ella. Y déjate de bromitas, eh, que nos conocemos.

Mi hermana asintió, era consciente de que no era el momento ni el lugar. Hizo como que se cerraba los labios con cremallera y tiraba la llave por la borda.

En cuanto bajamos, nos bastó un rápido vistazo para ver que Cata no estaba en el camarote. Un sollozo me hizo darme cuenta de dónde estaba.

Abrí la puerta del baño sin problemas. Cata no era muy fan de los pestillos. Más de una vez habíamos entrado en el baño que compartíamos las tres sin querer, mientras ella se duchaba o lo que fuera por su estúpida manía.

Nos la encontramos sentada allí, llorando. Vimos los lagrimones y la máscara de pestañas recorriéndole las mejillas. Laia entró detrás de mí y, al estar ya las tres en el reducido espacio, echó el pestillo para que nadie nos molestara.

Estaba casi segura de que ni Justin ni Scott nos abrían interrumpido, pero fue un detalle por su parte.

Nos arrodillamos frente a nuestra hermana mayor y la abrazamos con fuerza. Tratamos de consolarla y que sacara todo lo que llevaba dentro. Fue difícil. No pude evitar pensar que, si no nos había contado algo tan gordo, si se lo había estado guardando para ella, ¿qué otras cosas no habría compartido con nosotras?

La entendí mejor que nadie.

—¡Le dispararon! Y yo no pude estar ahí cuando…

Los sollozos eran cada vez más fuertes. Le aparté el pelo de la cara, consciente de que lo que le podía era la impotencia, la culpa. Catalina siempre había sido tan sentida y tan empática desde niña…

—Bueno, pero estás aquí y ahora, ¿no? —le dije tratando de consolarla.

—¿Y ahora ya qué más da?

Laia podía pecar de bromista o de soltar el típico comentario inoportuno en el peor momento, pero si era algo era leal a nosotras y siempre nos defendía. Aunque saliera herida.

—Tienes que contárnoslo todo. Necesitamos entender lo que está pasando entre vosotros para poder ayudarte.

—Aquí no, ahora mismo no puedo verlo.

—Pero, Cata, si acabamos de llegar. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Bomba de humo?

Cata sollozó de nuevo, así que entré al trapo:

—Bueno, pero veníais a verme a mí, ¿no? Y aquí estoy. Así que… Vale, escuchadme. Bomba de humo Marín. Vamos a usar el dinero del premio y nos vamos a alquilar una habitación de hotel para pasar la noche. Y ya mañana, veremos qué hacemos, ¿vale?

Intercambiamos una mirada cómplice y, tras otro abrazo, secarle los lagrimones a Catalina y retocarle el maquillaje, salimos del baño como si no hubiera pasado nada. Guardé todo lo que iba a necesitar para pasar la noche en la mochila y subimos al camarote.

Escuché las voces de los hermanos Hovland en la zona de control. Salimos del barco sin hacer ruido para que no nos vieran. Decidí que le enviaría un mensaje a Scott para que no se preocupase cuando llegara al hotel, pero en ese momento, Cata me necesitaba más que él.

Las chicas cogieron las maletas a pulso en vez de arrastrarlas porque cualquier precaución era poca. Si nos veían, nos tocaría

darles explicaciones y eso no era posible ahora mismo. El puerto no era muy grande, así que no nos costó demasiado llegar a la parada de taxis. Le lanzamos un último vistazo al barco y comprobamos que nadie nos seguía. El problema era que esa zona era más abierta y el barco no estaba muy lejos. Si alguno de los dos se giraba, nos verían de lleno.

Laia consiguió parar un taxi antes de que eso ocurriera. El conductor nos ayudó a guardar las maletas y fue en ese exacto momento cuando los oímos. A Scott gritando mi nombre. A Justin dejándose la voz llamando a Catalina. Y en vez de responderles, nos subimos al taxi sin mirar atrás y le metimos toda la prisa que pudimos al señor.

—Insisto —dijo Laia, sentada en medio—, no tendrán esos dos una hermana escondida o algo, ¿no? Es que me siento una sujetavelas, coño.

Cata soltó una carcajada. Yo, también. A veces Laia podía ser un poco inoportuna, pero había que reconocer que muchas de sus salidas eran bastante graciosas.

Vi en el retrovisor que los hermanos Hovland corrían hacia nosotras. Scott corría hacia mí, hacia el taxi que cada vez estaba más y más lejos. Llamándonos una y otra vez.

Se me cortó la risa y dejó de parecerme gracioso.

No pude evitar sentir una punzada de dolor en el pecho, al ver la mirada descompuesta de Scott. La mirada cargada de tristeza al comprender que me volvía a alejar de él sin avisar.

Capítulo 37

Scott



Otra vez no, por favor.

Ver a Nina alejarse en ese taxi con sus hermanas fue desconcertante, aunque lo que me acojonó de verdad no fue eso. Después de lo que acababa de pasar, me imaginaba por qué y por quién lo hacían. Lo que me acojonaba era que se alejara después de lo que me había contado Justin.

Se suponía que no íbamos a perderla de vista. Nina estaba relacionada de lleno con el caso Hunter y yo todavía no sabía al cien por cien por qué. Solo tenía teorías basándome en la información que había conseguido. Lo único que tenía que hacer era no perderla de vista y ella acababa de largarse delante de nuestras narices.

El estridente tono de llamada del móvil hizo que me sobresaltara. Al ver la pantalla, mis sentidos se pusieron alerta.

—¿Ramírez? —saludé.

—Voy detrás del taxi, Scott.

Suspiré. El ansiado alivio me recorrió todo el cuerpo.

—Joder, menos mal. ¿Sabes hacia dónde van?

—Acaban de parar en la puerta de un hotel que no está muy lejos del puerto. Aparco, me pillo una habitación y os informo.

—Genial. —Me aparté el pelo de la frente—. Muy buen trabajo. No las pierdas de vista, por favor.

—Descuida.

Y, con esa última palabra, colgamos.

Me giré hacia Justin, que parecía un alma en pena después de lo que había pasado con Catalina. No había conseguido que me contara nada antes de ver que se estaban largando.

Quería ayudarlo, pero necesitaba que empezase a hablar.

—Emilie está con ellas, lo ha visto todo —le conté enseguida.

—Te dije que era buena.

Era más que consciente de ello. A esta chica no se le escapaba ni una. Era jodidamente profesional y táctica en el trabajo.

—Justin, ¿qué mierdas está pasando con Catalina?

Le puse una mano en el hombro en un intento de hacerle ver que estaba con él y que podía confiar en mí.

—Joder… —Se frotó la cara con las manos—. Hay mucho que contar.

—Tengo tiempo. —Le golpeé el hombro—. Empieza a largar.

Una vez dentro del barco, preparé dos tazas de café y confié en que Emilie Ramírez nos llamaría si pasaba cualquier cosa. Subí a la cubierta, Justin me esperaba en la zona de las tumbonas. Le tendí la taza y me senté a su lado.

Los Hovland éramos mucho de café. Y, mientras lo preparaba, no pude evitar acordarme de Nina y lo mucho que a ella también le encanta.

—Soy todo oídos —insistí.

Justin dio un pequeño sorbo.

—Catalina y yo nunca dejamos de vernos.

—¿Qué dices? Pero si estábamos en Edimburgo.

—¿Te acuerdas de los viajes a los que me mandaba papá?

—Sí, claro.

—Pues nunca existieron.

Me quedé de piedra. Lo miré extrañado y en parte dolido porque no me hubiera contado nada. Durante todo este tiempo, confié en él más que en nadie con lo de Nina. Pensé que él haría lo mismo.

—¿Y por qué nunca me dijiste nada? —pregunté dolido.

—Porque no queríamos que nadie lo supiera. Habíamos estado juntos y cortado muchas veces, tú lo sabes. Nuestras idas y venidas fueron demasiado públicas. —Chasqueó la lengua—. Siempre había alguien cerca que opinase sobre nosotros y estábamos hartos, así que decidimos llevarlo en secreto.

—¿Las chicas lo saben?

—Creo que también acaban de enterarse. Y con lo que pasó el día del disparo, ya no me extraña que Catalina no quiera ni verme —suspiró—. La he jodido a lo grande.

—Pero no lo entiendo. Si no habíais dejado de veros, ¿por qué la tenías bloqueada?

—Hacía unos seis meses que no hablábamos. Nos dimos cuenta de que llevar una relación a distancia y en secreto no estaba funcionando demasiado bien. Pero no lo dejamos como dos personas civilizadas, claro. Discutimos y, para no caer en la tentación de volver y hacernos más daño, nos bloqueamos. —Negó con la cabeza—. Supongo que ella me desbloqueó en algún momento.

Abrí las manos en el aire, estaba sin palabras.

—Joder, Justin. Lo siento, tío, pero eres gilipollas.

—i¿Te crees que no lo sé?! —explotó—. Debería haberla desbloqueado poco después, pero sabía que estaba harta de no pasar página nunca. Y la entiendo, hostias. Lo peor es que la entiendo. —Negó con la cabeza, frustrado—. Llevábamos así años, incapaces de construir algo juntos sin hacernos daño en el intento. Así que pensé que, si no la desbloqueaba y manteníamos el contacto cero, ambos podríamos pasar página. Pero supongo que no he podido.

—La quieres, ¿verdad? —pregunté a pesar de que sabía la respuesta.

—Catalina Marín se me metió hace años en la cabeza y ni quiero ni puedo sacármela de ahí —confesó mientras jugueteaba con la taza.

—Te entiendo mejor que nadie. —Le di un pequeño golpe con el hombro—. Pero ¿qué pasó el día del disparo para que esté tan cabreada contigo?

Expulsó todo el aire que había estado conteniendo y se tomó su tiempo para responder. Aproveché esos segundos para darle un par de sorbos al café.

—Pues no lo sé, porque no tenía ni idea de que la llamé para decirle que me habían disparado. Ni de que le pedí que viniera. —Negó con la cabeza otra vez—. Supongo que la desbloqueé cuando estaba hasta arriba de calmantes para llamarla y después la volvería a bloquear. Yo qué sé, Scott. No me acuerdo de nada.

—Hostias…

—Sí, hostia la que tengo encima —resopló. Me miró con dolor en los ojos y le hice un gesto con la cabeza para que siguiera hablando, cosa que hizo—. Cuando me ha enseñado el móvil, lo he visto todo. Me llamó mil veces, joder. Me mandó un huevo de mensajes preocupadísima por lo del disparo. Y yo no le contesté. —Cerró los

ojos—. Ni siquiera era consciente de que Catalina había intentado volver a entrar en mi vida hasta hoy. Y todo porque la tenía bloqueada.

—No. Porque la llamaste drogado, no te olvides.

Me asesinó con la mirada.

—No te pases, que tú también tienes una buena encima, imbécil.

Me puse serio al instante.

—Ni una sola broma con eso, gilipollas.

—Pues no te pases de listo con lo mío.

Tras un momento en silencio, le pasé un brazo por los hombros para disculparme con él sin palabras.

—¿Qué piensas hacer?

—No tengo ni puñetera idea. Esta fijo que no me la perdona, joder.

—Hasta donde yo recuerdo, Catalina no es rencorosa.

Viendo el historial, era una confirmación.

—Me estuvo llamando durante días, Scott. ¿Tú sabes la angustia que debió de sentir? ¿Sabes lo mal que lo tuvo que pasar al no saber nada?

—Me lo imagino, sí.

—Pues entonces sabes de sobra que no me va a perdonar tan fácilmente.

Tenía razón. Catalina habría pasado por un infierno en ese tiempo. Solo de pensar que yo hubiera recibido una llamada así de Nina y después silencio al otro lado de la línea… se me ponían los pelos de punta. Tenía claro que hubiera puesto medio mundo patas arriba solo por encontrarla.

—Yo creo que te sigue queriendo —dije entonces—. Si no, ¿por qué estaría tan enfadada?

—Yo qué sé, Scott…, yo qué mierdas sé ya.

Justin se levantó y subió directo hacia la zona de control.

Desde la tumbona, vi que se apoyaba sobre la barandilla y contemplaba el mar en un intento de, probablemente, despejarse la cabeza. Lo conocía como a la palma de mi mano. Éramos hermanos. En algunas cosas éramos clavados. Por eso desamarré el barco y, silbando la corta melodía que nos inventamos cuando éramos niños, supe que entendió qué iba a ocurrir. Unos minutos después, estábamos saliendo de puerto y navegando.

Justin era como yo.

Necesitaba el mar para vivir.

El sonido de un mensaje nuevo hizo que dejase de contemplar el paisaje para centrarme en el teléfono.

Era Nina.

Nina: Siento haberme ido sin avisar. Estamos bien, solo que después de lo que ha pasado, Cata no podía estar allí.

Yo: Lo entiendo. ¿Está mejor?

Nina: Bueno… Nos la hemos traído a un hotel para pasar el día y dormir. Se está dando una ducha y después nos lo contará todo. ¿Tú sabías lo de Justin?

Yo: Acabo de enterarme. Está muy jodido, la verdad. Estamos navegando un rato, seguro que le viene bien para calmarse.

Nina: Vale, id con mucho cuidado.

Yo: Lo mismo te digo.

Yo: Y oye…

Nina: Dime.

Yo: Cualquier cosa, me da igual la hora que sea. Me llamas. ¿Vale?

Nina: Prometido.

Nina: La idea es volver mañana al barco, cuando las cosas se calmen un poco.

Yo: Cuando queráis y necesite Cata. Pero no tardes, ojos claros. Que según tú, no puedo estar ni cinco minutos separado de ti.

Nina: Solo digo verdades.

Yo: Sabes bien que sí.

Yo: Mañana te quiero durmiendo en mi cama.

Nina: Ahí me tendrás, pegadita a ti y enredada en tus sábanas.

Yo: Te quiero, mi niña.

Nina: Y yo a ti!!!

Me descubrí a mí mismo con una sonrisa de tonto dibujada en la cara. Estaba a punto de explotar de felicidad, aún sin ser del todo consciente de cómo habían cambiado nuestras vidas en solo un instante. Unas simples palabras habían podido darle la vuelta a todo.

Estaba rebosante de felicidad.

Era la primera vez en cuatro años que volvía a respirar de verdad. La primera vez que volvía a sentirme vivo.

Capítulo 38

Nina



Podíamos discutir, alejarnos o matarnos a palabras.
Pero jamás dejaríamos de estar las unas para las otras.
Cuando una Marín cae, las otras la levantan.

Unas horas más tarde de la bomba de humo, ya instaladas en la acogedora habitación del hotel, Laia, Cata y yo sabíamos que era el momento de tener una conversación. Bueno, más bien las varias conversaciones pendientes.

Habíamos cogido una habitación con cama de matrimonio y una supletoria individual. Además, el pequeño balcón con vistas al mar le daba el último toque. Nos sentamos las tres en la cama grande, preparadas para poner las cartas sobre la mesa.

—¿Quién empieza?

Laia era la única que no tenía nada que contar o, al menos, que nosotras supiéramos.

—¡Ella! —exclamamos Cata y yo a la vez señalándonos la una a la otra.

—Catalina, lo tuyo es más fuerte tía —dije—. Además, acaba de pasar y no puedes dejarnos así.

—¿Perdona? Te recuerdo que te has pirado sin avisar con tu ex en barco… En el que, por cierto, solo hay una cama.

Puse los ojos en blanco.

—Agh, vale —suspiré—. Pero luego nos vas a contar hasta el último detalle, eh.

Cata asintió y les conté todo lo que había ocurrido en los últimos días.

Empecé por el principio y no escatimé en detalles. Les hablé del día en que Scott volvió de Edimburgo, de la carta y de lo equivocada que había estado durante esos años. De lo que me pesaba no haber podido pasar todo este tiempo con él, ajena a la realidad. Me abrí en canal con ellas y les conté cosas sobre Cormac que no me había atrevido a hablar antes con ellas antes. Cosas como el miedo que tenía con él, pero lo segura que me sentía con Scott, del bien que me hacía tenerlo cerca. Les hablé de las peleas de esos días atrás, y también les hablé de la noche anterior. De que cogí al miedo de la mano y tiré para delante. De que aposté por mí y por mi felicidad. Que aposté por nosotros, por el chico al que no había dejado de querer.

Para cuando terminé, a Catalina le caían las lágrimas por las mejillas y, aunque las de Laia estaban secas, aprecié que los ojos se le pusieron vidriosos.

Ambas se abalanzaron sobre mí y me estrujaron lo más fuerte que pudieron.

—Siento muchísimo haber impedido que fueras así de feliz antes.

Las palabras de Cata me llegaron a lo más profundo. No quería que se sintiera culpable. La vida me había llevado por un camino áspero, pero también me había traído al momento presente y, a pesar de todo, estaba agradecida por ello.

—Te prometo por Quesito que vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para que lo vuestro no se rompa nunca más.

Si las palabras de Catalina me calaron hondo, las de Laia me llegaron aún más adentro. Reí y lloré a la vez con la tontería.

Cuando éramos niñas, teníamos un perro. Se llamaba Quesito y era el golden retriever más bonito del mundo con su pelaje tan dorado como mi pelo y esa mirada tan sincera, nos acompañaba en cada trastada, en cada momento difícil y en nuestro día a día. Cuando hace un par de años falleció, fue un duro golpe para las tres, incluso para nuestros padres. Al principio no habían querido un perro en casa, pero con toda la tristeza que provocó lo de nuestro hermano mayor… necesitábamos un poco de luz en casa. Y acabó convirtiéndose en el amor de nuestra vida. Así que, que Laia lo hubiera incluido en la promesa, hizo que no pudiera contener las lágrimas más.

Para cuando conseguimos recomponernos, nos dimos cuenta de que se había hecho bastante tarde y todavía no habíamos comido. Sin embargo, como era día de hermanas, de sincerarnos, de apoyarnos y de estar juntas, pedimos que nos subieran algo de comida a la habitación y continuamos poniéndonos al día.

Catalina no se cortó ni un pelo. Soltó todo lo que llevaba dentro sobre Justin. Había estado años con él. Yo seguía flipando por lo bien que lo había ocultado todo. No pensaba juzgarla ni lo más mínimo, pues sus motivos tendría.

Nos contó que Justin y ella no habían dejado de verse, que solo le hicieron creer al resto del mundo que sus caminos se habían

separado para intentar hacerlo mejor. En el fondo, los entendía. Solo querían llevar su relación en privado, sin que nadie opinase o se interpusiera. Pero la distancia era un arma de doble filo y ellos se cortaron en pedazos.

Por cómo hablaba de él, con ese amor que el odio era incapaz de ocultar, supe lo jodida que estaba mi hermana. Justin no había sido un algo pasajero para ella. A pesar del tiempo que había pasado, estaba enamorada de él.

Los ojos no engañan.

Y yo conocía esa sensación.

Para cuando llegó la parte del disparo y la llamada, no podía creer lo que escuchaba. No podía llegar a imaginar el dolor y la desesperación que tuvo que sentir al enterarse. Y le hizo frente sola a algo así…

La entendía, ¿cómo no iba a estar cabreada con Justin? Pero lo que de verdad mataba a mi hermana era la culpabilidad. La culpa de no haber estado allí cuando él le dijo que la necesitaba. Si tan solo Justin le hubiera cogido el teléfono, si no la hubiera tenido bloqueada, quizá la situación entre ellos dos hubiera sido muy distinta.

Cuando acabó de ponernos al día, ya era de noche. Decidimos quedarnos en la habitación, hacernos compañía y apoyar a Cata. Ella no era ninguna cobarde, siempre había admirado su capacidad para anteponerse a los problemas con entereza, pero sabía que ver a Justin después de todo lo ocurrido la había hecho colapsar.

Así, decidimos que volveríamos al barco para desayunar y que le haríamos frente a los problemas.

Juntas.

Capítulo 39

Scott



Si algo tenía claro era que los Hovland teníamos
las manos manchadas de sangre.

Dormir esa noche fue tarea casi imposible. La ansiedad me carcomía por dentro, me aplastaba el pecho y me llenaba la cabeza de pensamientos terroríficos. El duro entrenamiento que había recibido durante años me había preparado para lo peor, así que, a esas alturas, estaba hecho de piedra. Era capaz de mantener la calma en situaciones inimaginables, pensar con claridad y actuar deprisa. Pero no cuando se trataba de Nina. Era mi talón de Aquiles. Y también era el objetivo principal de un loco que andaba suelto.

Ramírez nos había mantenido informados de cada movimiento que habían hecho las hermanas. Para mí tranquilidad, fueron pocos, se habían quedado todo el día en el hotel. Solo era cuestión de tiempo que volvieran al barco. O eso esperaba.

Cuando no parar de dar vueltas en la cama se hizo insoportable, me levanté a tomar aire fresco. Justin estaba al otro lado de la cama, pero solo desde hacía un par de horas. No había bajado al camarote hasta bien entrada la madrugada, lo cual no me había extrañado demasiado. Sabía que necesitaba espacio después de todo lo ocurrido. Y, con todo lo que teníamos encima, yo también sentía que necesitaba aclararme los pensamientos.

No me molesté en vestirme. Me daba igual que alguien pudiera verme en bóxers, solo quería tomar el aire. Mi barco, mis normas. Y punto.

Apoyé los antebrazos sobre la barandilla de la cubierta, fue agradable sentir el frío metal contra la piel. Las vistas chocaban con la situación que estábamos viviendo. Por un lado, había un amanecer precioso, el cielo estaba pintado de colores anaranjados, la cálida luz de un nuevo día nos daba la bienvenida. Y, por otro lado, estaba la amarga bienvenida a un día que para nosotros iba a ser gris.

Tanto como los ya conocidos días de lluvia y cielo encapotado de Edimburgo.

Justin aún tenía que poner las cartas sobre la mesa e informarme de todo. Después, juntos, teníamos que elaborar un plan. Lo habíamos estado aplazando por motivos obvios, pero no podíamos esperar mucho más. Pensé que lo dejaría dormir un par de horas más y después tendríamos la amarga conversación.

Hostias, el plan siempre había sido volver y recuperar a Nina, no esta pesadilla. Resoplé mientras contemplaba el paisaje, con la mirada perdida en la calma del mar. Entonces, el carraspeo de una voz ronca me sobresaltó.

Me giré y justo unos pantalones de chándal me golpearon en toda la cara.

—Vístete. Tenemos mucho de lo que hablar.

La tristeza en los ojos de mi hermano se había transformado en frialdad y determinación. Me extrañó la urgencia que desprendía su voz. No habría dormido más que un par de horas y ya estaba exigiendo que abordásemos el tema.

Obedecí. Me puse los pantalones con prisas, sentía la ansiedad en la boca del estómago. Decidí ignorar que me hubiera traído unos pantalones que no eran míos. Se me caían un poco, me quedaban sobre las caderas, pero teníamos cosas más importantes en las que centrarnos.

En cuanto bajé al camarote, me inundó el olor a café recién hecho. Cerré la puerta. Íbamos a hablar de un tema delicado y, cuanto más resguardados estuviéramos, mejor. Alcancé una de las tazas y me senté a la mesa. Justin empezó, sin rodeos.

El golpe que dio Justin sobre la mesa al dejar unos papeles no me pilló desprevenido. Estaba cabreado y tenía cero dudas de que, cuando terminara de ponerme al día, esa sería mi misma actitud o peor.

—En agosto del 2019, se incauta un alijo de veintidós kilos de droga en el Mediterráneo y no hay ni un solo sospechoso. —Le miré con curiosidad—. En septiembre del 2020, se incautan treinta kilos y se da la misma situación.

Traté de sacar algo más de información por los gestos de su cara, pero era una muralla fría e impenetrable. Una mezcla de terror y orgullo se formaron en mi pecho al ver el gran profesional en el que se había convertido mi hermano.

—Ve al grano, Justin.

Sostuve los informes con decisión.

—Ha ocurrido lo mismo en el 2021, 2022 y 2023 —explicó él—. Se incautan diferentes tipos de droga en varios puntos del Mediterráneo

y no aparecen culpables. Es extraño, ¿no te parece?

Alcé las cejas para indicarle con la mirada que siguiera hablando.

—Ha ocurrido lo mismo durante cinco años consecutivos. Sigue un claro patrón y no hay responsables sobre la mesa.

Justin cogió su taza de café y dio un corto sorbo mientras se sentaba delante de mí.

—Bueno, hay narcotráfico en el país, vale. Lo pillo. ¿Qué cojones tiene que ver eso con Nina y el caso Hunter?

—Lo más curioso de todo esto, hermanito, es que tú y yo estamos de mierda hasta el cuello —concluyó.

Un gancho de derecha. ¿Qué tenía que ver eso con nosotros?

—¿Qué cojones estás diciendo?

Cogió uno de los folios y lo estampó contra la mesa. Aparecía un borrón de números y varias líneas irregulares subrayadas en amarillo fosforito. Solo necesité echarle un vistazo rápido para que la cruda realidad cayera sobre mí.

—Este es el número de cuenta de la empresa…

Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

—Bingo. Y si te fijas, es siempre la misma cantidad. Treinta millones de euros. Año tras año, aparece el mismo ingreso. Año tras año, Hovland Security se enriquece más y más. Y año tras año, hay incautaciones de droga sin sospechosos ni culpables.

Me levanté de la silla. De repente, las paredes empezaron a estrecharse. No era información simple de procesar. Era una bomba a punto de explotarnos en la cara.

—¿Quién hace las transferencias?

Me llevé los dedos al puente de la nariz. Intenté respirar y atar los cabos sueltos.

—Ya casi lo tienes. Solo tienes que estrujarte un poco más el cerebro, hermanito.

Justin también se levantó de la silla, con una sonrisa incómoda en la cara. Apuró el café.

—No me toques más los huevos, por favor. ¿Quién hace las transferencias? —pregunté marcando cada palabra.

Mi voz era tan afilada y dura como el filo de una daga. Mi hermano se encogió de hombros e ignoró la amenaza.

—Cormac Hunter.

Shock, desconcierto. Cada nuevo dato era más confuso e impactante que el anterior.

—¿Y de dónde mierdas has sacado esta información, tío?

—Ah, hermanito —suspiró—. Esa es otra de las cosas que tampoco te va a gustar.

Me dio un suave golpe en el hombro con socarronería. Ese simple gesto, que en el fondo sabía que era para apoyarme, provocó que perdiera todo el autocontrol que me quedaba. Me puse delante de él y lo encaré con la mirada. Estaba harto. Justin era dos años mayor que yo, pero ninguno era más alto que el otro, así que nuestros ojos quedaron frente a frente.

—Te recuerdo que soy tu jefe —gruñí—. ¡No me trates como a un maldito chiquillo y dímelo, joder!

No necesitaba ni compasión ni protección. Tenía que entender que lo único que ansiaba en ese momento era información y actuar. En ese instante, sin acordarse de la herida de su hombro, alargó el brazo para darme un pequeño empujón y apartarme de él. Sin embargo, vi la sutil mueca de dolor en su gesto. Miré su hombro. Pensé en el disparo.

—Joder Justin. ¿Estás bien? —me acerqué para verle el hombro, ya no tenía herida ni venda, pero imaginaba el tipo de dolor que seguiría teniendo.

Justin se recolocó la camiseta.

—¿Quieres saber de dónde lo he sacado o no? —dijo con una sonrisa cargada de malicia y orgullo, dejando atrás el pequeño incidente.

—No juegues más conmigo y dímelo, por Dios —me froté la cara con las manos, sintiendo como los nervios se me extendían por el cuerpo.

—De los archivos clasificados de papá.

El mundo se congeló bajo mis pies al comprender la magnitud del problema al que nos enfrentábamos.

¿Eso significaba que mi padre estaba colaborando con la mafia? Si eso era mínimamente de verdad… Los Hovland estábamos de mierda hasta el cuello y teníamos las manos manchadas de sangre.

Capítulo 40

Scott



Lo peor de una traición es que no
viene de un enemigo.

—Por eso nos sacó del caso… —dije—. Por eso papá nos echó a la puñetera calle.

Todo encajaba: el operativo improvisado que monté con Justin el día del disparo podría haber acabado con Cormac y, si eso hubiera ocurrido, el negocio se hubiera ido a la mierda.

—Sospecho que sí. Papá nos sacó del caso para que no le desmontáramos el chiringuito —confirmó Justin.

Se recolocó la camiseta de nuevo mientras se apartaba. Lo miré fijamente y me disculpé con él sin necesidad de palabras. Por su cara, y por la colleja que me dio, supe que lo entendió.

—¿Y qué cojones pinta Nina en todo esto?

—Pues Cormac es su exnovio.

—Eso ya lo sabía, pero tiene que haber algo más.

Aproveché los segundos en los que Justin se acercó a la mesa para respirar hondo en un intento desesperado por mantener la calma. Me tendió otra carpeta de documentos. La abrí: incluía varias hojas grapadas y ordenadas a la perfección.

—Es la ficha y perfil psiquiátrico de nuestro amiguito —dijo—. Échale un vistazo.

Delitos de arma blanca, robos a mano armada y dos órdenes de alejamiento. Además de actitud agresiva, violenta, manipuladora y victimista. Por lo que iba leyendo, parecía un perfil con aires de grandeza, egocentrismo, superioridad y tendencia a la obsesión. Este tío tenía un claro perfil psicópata. De repente, sentí como un sudor frío se me extendía por todo el cuerpo.

—Está obsesionado con Nina.

Alcé la mirada con una expresión de pánico. Justin asintió con pesar a modo de respuesta.

—Y no va a parar, Scott. Si lo que pone en ese informe tiene una mínima parte de razón, no podemos perderla de vista. Esto no es más que un juego para él.

«Me cago en la puta».

—Vale. ¿Esto era todo lo que tenías que contarme?

Me miró con cautela.

—No te equivoques. Lo que tenía que contarte creo que ya lo has descubierto tú solito. Esto lo he averiguado esta misma noche —confesó—. Lo que te dije por teléfono no era ni un diez por ciento comparado con esta mierda.

—¿Esta noche? ¿Cómo?

Puso los ojos en blanco.

—No podía pegar ojo, tío —confesó—. He tirado del hilo de Cormac y la bomba nos ha explotado en la cara.

Lo miré con pesar. Incapaz de contenerme más, me lancé a sus brazos para buscar el apoyo y cobijo de mi hermano mayor. Al final, era una de las personas que más admiraba, y si lo de nuestro padre era verdad, se acabaría convirtiendo en la única familia de sangre que merecería la pena mantener al lado. Estaba desconcertado, abrumado y aterrado por lo que teníamos entre manos. Me devolvió el abrazo con fuerza y me hizo saber sin palabras que estábamos juntos en eso.

Me sentí más agradecido que nunca.

Iba a decir algo cuando escuchamos voces y ruidos en la cubierta. En una fracción de segundo, Justin me lanzó la pistola que tenía en la mesilla de noche. Nos pusimos alerta, preparados para lo que fuera.

Mi naturaleza impulsiva e inconsciente me hizo adelantarme y caminar por delante de Justin. No iba a permitir que esta vez le pasara nada. El primero en la línea de fuego iba a ser yo, por lo que pudiera ocurrir. Sin embargo, al acercarme con sigilo a las escaleras del camarote, escuché la voz que tanto había echado de menos esa noche.

Suspiré.

—Son las chicas. —Y después me volví a toda prisa—. Guarda todos los papeles. YA. Vamos, Justin, guarda…

Enfundamos las pistolas. Mientras él recogía los papeles, todo lo rápido que podía yo salí a recibirlas para ganar tiempo. Me interpuse entre ellas y el camarote con una sonrisa enorme.

—¡Chicas! ¿Qué hacéis aquí tan pronto?

Fui directo hacia Nina, la rodeé por la cintura y le di un beso suave en los labios. Me miró con una sonrisa y un brillo en los ojos que me robó el aliento. Era la chica más preciosa que había visto en mi vida y estaba en peligro.

—Habrá que aprovechar el día, ¿no?

Muy a mi pesar, aparté la mirada de los hipnóticos ojos de Nina y vi que Laia me guiñaba un ojo con chulería. Soltó la bolsa que llevaba al hombro como si no le importara lo que hubiera dentro y se fue directamente a la zona de control. Nina se rio ante la espontaneidad de su hermana.

Solos de nuevo, Nina me puso una mano en la nuca, acercó los labios a los míos y me besó otra vez. La agarré con fuerza y la pegué más a mí para sentir cada rincón de su firme y pequeño cuerpo contra el mío. El beso se hizo más intenso. Nuestras lenguas jugaron la una con la otra y lo único que sentí era felicidad. Una felicidad absoluta porque la vida hubiera hecho que nuestros caminos se volvieran a cruzar, porque tuviéramos de nuevo la posibilidad de construir una vida juntos.

—Anda, vamos a subir si no quieres que Laia hunda el barco —dijo.

Le di otro beso corto en la nariz y la agarré de la mano. Después de lo que había descubierto Justin, sentía pánico ante la idea de que estuviera a más de dos centímetros de mí, así que decidí no moverme de su lado.

Apenas habíamos echado a andar cuando Catalina nos cortó el paso.

—Ey… —Casi nos chocamos.

Parecía hecha una fiera y entendí de dónde venía el mote de sargento Marín.

—¿Dónde está? —dijo seria.

No necesité más para saber de quién estaba hablando.

—Está abajo.

Asintió y se alejó hacia el camarote con seguridad. Nina me dedicó una mirada de apuro y yo no pude evitar intentarlo.

—¿Cata…? —la llamé.

—¿Hm?

—No seas demasiado dura con él, por favor.

Ella puso los ojos en blanco, pero asintió. Después retomó su camino escaleras abajo.

Capitulo 41

Catalina



Inspira. Espira. Mantén la calma.

Bajé las escaleras hacia el camarote con una angustia y nervios descomunales, aunque al hablar con Scott hubiera fingido seguridad. Tenía muy claro lo que quería decirle a Justin. Me había pasado todo el día anterior hablando con mis hermanas de ello. Me había sido casi imposible pegar ojo pensando en que en unas horas lo tendría enfrente de nuevo, desestabilizándome una vez más.

Cuando crucé el umbral de la puerta del camarote, lo vi. Él no me vio a mí, pues estaba de espaldas cerrando un armarito. Aún tenía para mí un par de segundos para coger fuerzas y hacer un repaso mental de lo que tenía que decirle.

Justin se giró sorprendido y me clavó sus ojos color miel directamente en los míos. Eran iguales que los de su hermano.

—Catty Cat…

Lo asesiné con la mirada. Quería que se acabara la tontería del mote, porque me recordaba cuánto la habíamos cagado.

Y no quería más de eso en mi vida.

Justin me lo vio en la cara y carraspeó.

—Perdón. Hola, Catalina —se corrigió. Usó cierto tono burlón. Aunque prefería mil y una veces ser Catty Cat para él, eso era algo que no podía ser y punto. Y mucho menos, podía decirlo en voz alta.

—Hola.

Un silencio incómodo se instaló entre ambos. Habíamos discutido nada más vernos, como siempre. Parecía que eso era lo único que sabíamos hacer bien y estaba cansada de que fuera así.

—Catalina —empezó a decir Justin—, lo siento muchísimo.

Trató de acercarse a mí, de deshacer la distancia que nos separaba y tocarme, pero no se lo permití. Di un paso atrás y él se detuvo. Me pareció ver algún que otro gesto de… ¿dolor en su cara? No podíamos seguir así.

—Da igual.

—No, no da igual. —Se puso serio—. Tienes toda la razón. Fui un gilipollas, un imbécil y todo lo que tú quieras. No debí haberte llamado, pero resulta que iba puesto hasta las cejas de calmantes y no lo pude evitar.

Negué con la cabeza y media sonrisa tonta dibujada en los labios. Claro, hablaban los calmantes, no él. Fueron los calmantes los que quisieron verme.

—Supongo que da igual el tiempo que pase —dijo entonces—, soy incapaz de sacarte de mi cabeza.

—No. No te atrevas a seguir por ahí, Justin.

—Es la verdad, Catty Cat.

—¡Que no me vuelvas a llamar así!

—Mientras siga viendo en tus ojos lo mucho que te encanta, no pienso dejar de hacerlo —replicó.

No era de piedra, claro que me encantaba escuchar esa manera tan suya que tenía de llamarme. Pero, si lo seguía permitiendo, volveríamos a la casilla de salida una y otra vez.

Aprovechó esos pocos segundos para acercarse más a mí y, esta vez, no me aparté. Coloqué ambas manos sobre su pecho para impedirle que se acercase más. Sentí que me cubría y supe cuál sería nuestro siguiente error si no le ponía freno.

—Justin, solo he bajado aquí para ofrecerte una tregua.

El desconcierto recorrió su cara.

—¿Y en qué consiste, si se puede saber?

—Estoy aquí para ver a mi hermana y pasar unos días juntas. Para nada más. Hacía tiempo que no la veía tan bien y no quiero ser egoísta ni estropear eso —expliqué—. Así que, te ofrezco una tregua.

—De nuevo, ¿en qué consiste?

Cada una de las notas graves de su voz se me clavaba en el pecho.

—No quiero que discutamos más. Creo que ya lo hemos hecho suficiente estos años. Quiero que convivamos como dos personas civilizadas. Que toleremos la presencia del otro y no demos más la nota. Esa es mi propuesta: vamos a dejar nuestras diferencias a un lado y vamos a hacer como si lo de la llamada no hubiera pasado. Fingiremos que yo no estoy cabreada y que tú no fuiste un gilipollas, ¿de acuerdo?

Rodeó con sus anchas manos las mías, que todavía descansaban sobre su pecho para mantenerle lejos.

—Ya veo. —Asintió—. Pero es que sí ha pasado y quiero que estés cabreada conmigo. Quiero que me grites si es lo que sientes. Que

me eches la bronca por ser un gilipollas. Porque, si no lo haces y si me tratas con indiferencia, significará que te he perdido de verdad.

—Justin.

—Y me niego —dijo con impaciencia—. Quiero que estés ahí, Catalina, y quiero estar para ti.

—Pero no así, Justin. Así no…

—Escúchame, asumo toda mi culpa. Toda, Catty Cat. Si hubiera sido consciente de lo que hacía, te hubiera desbloqueado al instante. De hecho, te habría vuelto a llamar porque la verdad es que me moría porque estuvieras ahí. Y si hice lo que hice, si no te desbloqueé en todo este tiempo, fue porque me dijiste que querías pasar página. Y no quería ser un obstáculo para ti. Tuve un momento de flaqueza del que ni siquiera me acuerdo y lo siento.

Contener las lágrimas estaba siendo tarea complicada y, cuando no pude aguantarlas más, noté como Justin se abría paso hacia mí. Antes de poder detenerle, se aseguró de limpiarme las mejillas en silencio.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque no puedo darte la tregua que me pides sin que sepas que no he dejado de pensar en ti ni un solo segundo en todo este tiempo y dudo de que alguna vez deje de hacerlo. Verte aquí, enterarme de todo… No quiero ser yo quien te cause más dolor. Yo tampoco quiero más peleas ni asaltos como los de siempre. Solo quiero…

—Es un poco tarde para eso, Justin.

Pude ver el daño que le estaba causando cada una de mis palabras. A pesar de todo, coincidíamos en algo: yo tampoco quería ser quien le causase dolor a él.

—Pero yo tampoco estoy libre de culpa —cedí—. Nos hemos hecho mucho daño los dos durante este tiempo.

—Ahí te doy la razón.

Nos dedicamos una corta sonrisa. Solo él y yo sabíamos todo por lo que habíamos pasado.

—Acepta la tregua y vamos a intentar empezar de cero.

Se le iluminaron los ojos al escucharme y me arrepentí al instante de haberlo dicho en voz alta.

—¿Quieres que empecemos de cero?

—Quiero que nos comportemos como dos personas civilizadas y que no discutamos a cada minuto por tonterías, pero si a lo que te refieres es a empezar de cero con lo que fuera que teníamos… No, Justin. Eso ya está muerto.

—No… —se pasó las manos por el pelo, dolido. Por el tiempo que se tomó para retomar la conversación supe que los engranajes de su cabeza irían a mil por hora tratando de encajar lo que acababa de decirle—. No te creo, Catty Cat… No puedo hacerlo… Si lo nuestro está tan muerto, ¿por qué estamos teniendo esta conversación? ¿Por qué te preocupaste tanto por lo del disparo? —Vi que se le teñían los ojos de ese dolor que tanto odiaba causarle.

Cogí aire lo mejor que pude y continué con la conversación.

—Es la verdad. Lo que había entre nosotros ya no existe. Solo somos dos personas con gente en común. ¿Puedes darme eso?

—Te voy a dar lo que me pidas —respondió cansado.

Noté sobre la mejilla la caricia del pulgar que todavía no había retirado. Con disimulo, cerré los ojos ante su contacto y me armé de valor para continuar con la conversación.

—En ese caso… Encantada de conocerte. Soy Catalina Marín —dije.

Si empezábamos de cero, lo haríamos bien. Nada de líos, solo dos personas con gente en común y una relación cordial. Dos míseros conocidos.

Lo vi dar un paso atrás. Le ofrecí la mano y él me la estrechó con un gesto cordial y sonrió con ese carisma tan suyo.

—Encantado —respondió—. Justin Hovland: tu futuro marido.

Capítulo 42

Nina



Mi amor por Scott era como el mar:
infinito e impredecible.

Habíamos decidido explorar algunos rincones de Menorca en barco. Scott se puso atacado de los nervios en cuanto vio a Laia tocar todos y cada uno de los botones de la zona de control. Mi hermana podía ser muy puñetera, pero así era ella con la gente que le importaba: te tocaba las narices, pero porque te quería.

Saber que Scott le importaba me hacía tremendamente feliz. Porque la realidad era que este chico medio escocés de pelo negro y ojos color miel era el amor de mi vida.

Lo tenía más claro que nunca.

—Que sepáis que estoy hasta el mismísimo de ser una sujetavelas, eh… Pero estoy contenta de estar aquí con vosotros y veros así otra vez —dijo.

La abracé con fuerza, pues yo también estaba agradecida de que estuviera conmigo en mis mejores y peores momentos. Me devolvió

el gesto, pero yo lo alargué un poco más, consciente de lo poco que le gustaban a mi hermana las muestras excesivas de cariño.

—Ay, Nina, ya…

Se rio tratando de zafarse de mi agobiante abrazo.

—Scott, dile a tu novia que me suelte.

—A mí no me metas en tus follones, cuñada —respondió él enseguida.

Me guiñó un ojo con chulería y se centró en el panel de botones que tenía enfrente.

—Oye, ¿por qué no me habéis avisado?

Catalina apareció entonces. Se acercó a nosotras, nos envolvió con sus brazos y ayudándome a retener a Laia.

—Sí, hombre, la que faltaba… ¡Me estáis agobiando!

Cata y yo no pudimos aguantar la risa, pero tampoco rompimos el abrazo.

—Laia, Laia… ¡ten un gesto bonito con tus hermanas!

Justin apareció por detrás y no me pasó desapercibida la mirada cómplice que cruzaron Cata y él.

—¡Quítamelas de encima, Justin! —suplicó Laia teatrera.

Pero Justin, en vez de hacerle caso, se unió al abrazo. De hecho, se colocó en el punto exacto que más cerca quedaba de Catalina. Definitivamente, nos habíamos perdido algo entre ellos.

—¡No! ¡No! ¡Justin, joder! ¡Scott…, ni se te ocurra! ¡No! ¡Os odio a todos!

A estas alturas aguantar la risa era imposible.

Scott se colocó a mi lado y se unió a este extraño abrazo que tanto me estaba reconfortando, a pesar de las quejas de mi hermana. Podía refunfuñar todo lo que quisiera, pero en el fondo, sabía lo mucho que le gustaba sentirse querida por su gente, como a todo el mundo.

Y si me dieran la posibilidad de volver atrás, si pudiera retroceder en el tiempo, este sería uno de los momentos que elegiría.

Rodeada de los míos.

Alejada del infierno que nos aguardaba.

Capítulo 43

Nina



Me da igual todo, porque he guardado este momento en mi cabeza y eso es lo único que necesito para cerciorarme de que todo está bien.

Navegando hacia el norte de Menorca, nos dimos de bruces con una playa preciosa. Estaba rodeada de acantilados y tenía metros y metros de arena blanca. En esa época del año era difícil encontrar una playa sin bañistas, pero tuvimos la suerte de que esta no estaba demasiado concurrida. Tenía pinta de que el acceso a pie no era sencillo, cosa que jugaba a nuestro favor.

Eso era lo bueno de ir en el barco, que podíamos llegar a donde nos diera la real gana.

El sol nos calentaba cada poro de la piel, el agua lucía una tonalidad azul brillante y estaba tan cristalina que hasta podías ver el fondo. La cima de los acantilados estaba repleta de vegetación y por

el cielo sobrevolaban varias gaviotas. La increíble mezcla de colores hacía que ese lugar fuera tan especial.

Mientras Scott y Justin se encargaban del barco, nosotras aprovechamos para bajar al camarote a ponernos el bikini y el protector solar. Y ahí abajo, en el camarote, aproveché para preguntarle a Cata lo que no me podía sacar de la cabeza.

—¿Cómo ha ido con Justin?

Laia se giró al instante, pendiente de lo que fuera a decir nuestra hermana.

—Nos hemos dado una tregua.

—¿Una tregua de qué? ¿De comeros la boca?

—Qué bruta eres cuando te lo propones, hija —respondí por nuestra hermana mayor.

—Para que os quede claro, no voy a volver con él —dijo Cata—. Lo nuestro se acabó hace tiempo y punto. Le he propuesto una tregua: nada de discusiones y nada de malos rollos mientras estemos aquí. Empezamos de cero, como dos conocidos que tienen gente en común y se llevan bien. Ya está.

—Catalina, te quiero con toda mi alma —dijo Laia—, pero ¿tú estás segura?

Sabía por dónde iba nuestra hermana mediana, sabía exactamente en lo que estaba pensando, por eso insistí:

—Cata, sabes que te vamos a apoyar hasta el final si es lo que quieres, pero ayer en el hotel estabas llorando a lágrima viva por él —insistí—. Lo sigues queriendo… ¿Crees que vas a ser capaz de algo así?

—Pues no lo sé, pero lo voy a intentar —soltó—. Porque me lo debo a mí misma. Nos lo debo a los dos. Tenemos que pasar página y avanzar.

Le cogí la mano y se la apreté con cuidado. Era un gesto simple con el que entendió que estábamos ahí para ella.

«Siempre», le dije sin palabras.

En cuanto subimos, los brutos que tenía por novio y cuñado estaban zarandeándose y peleándose por ver quién tiraba antes al otro al agua. En ese momento una mueca que parecía de dolor recorrió la cara de Justin. Scott palideció, acercándose a su hermano para ver si estaba bien. El hombro, supuse. Pero al contrario de lo que parecía, aprovechó ese momento de flaqueza de su hermano para tirarle al agua y ganar esa extraña competición suya. Era raro volver a pensar en Scott como mi novio. También era reconfortante. Justin saltó justo detrás de su hermano. Una vez en el agua, la competición entre los Hovland tampoco llegó a su fin. Se estaban riendo y disfrutando como niños, y eso era lo bonito de la vida muchas veces: vivirla como si nada más importara. Como hacen los niños.

Laia saltó corriendo detrás de ellos. Era otra chiquilla más que solo estaba viviendo el momento presente, feliz de estar aquí.

Ni Cata ni yo habíamos sido nunca unas lanzadas. De hecho, éramos más bien lo contrario. Éramos de esas que pensaban y repensaban las cosas, nos preocupaba el futuro y lo que pudiera venir, pero nos bastó intercambiar una mirada para saber que ese día íbamos a dejar todo eso atrás.

Aunque fuera por un rato, íbamos a ser dos niñas más.

Nos lanzamos también al mar y, en el momento en el que mi piel tocó el agua, una fría sensación de calma me invadió. Disfruté del silencio por unos segundos, y esa paz se hizo más notable en cuanto salí a coger aire. Los brazos de Scott me esperaban fuera. Me envolvió y me hizo sentir más viva que nunca.

Al fin y al cabo, eso es lo único que importa: estar rodeada de la gente que quieres, sentirte segura, querida y valorada.

Más tarde, Laia, Scott y Justin decidieron saltar por el acantilado. No era un salto muy grande, pero, aun así, impresionaba. Cata y yo nos volvimos a subir al barco juntas. Nos sentamos cada una en una tumbona a ver el espectáculo.

—Oye, Nina… —Giré la cabeza siguiendo el sonido de su voz—. ¿Estás mejor?

La miré extrañada.

—¿Mejor de qué?

—Ya sabes…, por lo de Cormac y todo lo que eso causó. No hace ni una semana, aún te costaba levantar cabeza y ahora te veo tan bien…

Oh, ¿eso? Estaba mejor, sí, no había lugar a dudas. Scott había sido una pieza clave para ello. Para asimilar de verdad que yo no había tenido la culpa, que no tenía por qué cargar con algo así, pero ese dolor se había reemplazado por otro sentimiento.

Recordé lo de Julia, además del engaño de Cormac. Había dolor y miedo e incertidumbre, pero estaba harta de vivir con miedo y parecer una muerta en vida.

—Sí, creo que estoy mejor.

Le sonreí a mi hermana. No necesitaba darle más detalles. No quería que se preocupara más de la cuenta. Además, tampoco me entusiasmaba la idea de compartirlo.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? —tanteé.

—Justin ya es el pasado —sentenció.

Quería creerla, pero también sabía el amor que habían sentido el uno por el otro y eso no se borraba así como así. Si no, que me preguntaran a mí.

Entre unas cosas y otras, echamos el día en ese rincón de playa: comiendo, riendo, nadando en esas aguas cristalinas y disfrutando de la compañía de esta extraña familia en la que nos habíamos convertido.

Horas más tarde, volvimos a puerto.

Esta vez fue Justin quien llevó el barco. Eso me hizo comprobar que prefería mil veces cuando era Scott quien estaba al timón. El mayor de los Hovland tampoco era mal capitán ni nada por el estilo… Aunque en cuanto empezó a acelerar, sospeché que lo hacía para alejarse un poco de Cata y respetar esa extraña tregua que se habían dado.

—¿Cómo se supone que vamos a dormir en este sitio? No nos toca ni un cuarto de cama por cabeza.

Reaccioné ante el comentario de Laia. La verdad, ni se me había pasado por el cabeza ese detalle, pero tenía razón.

—Nina y yo nos vamos a un hotel —dijo Scott, decidido.

«Primera noticia», pensé. Pero acepté. Lo miré con una sonrisa que ya llevaba días sin borrarse de mis labios y él me pasó el brazo por los hombros para acercarme más a él. No se me pasó desapercibida la mirada seria que le dedicó a Justin y que este respondió asintiendo con la cabeza. Esos dos se llevaban algo entre manos y pensaba averiguarlo. Scott no me iba a dejar en vilo.

—Bueno, pues me tocará quedarme con los de la tregua —soltó Laia—. Guapito de cara, creo que el sofá cama es tuyo.

Le guiñó un ojo al mayor de los Hovland y este se rio.

—Lo daba por hecho. A no ser que Catty Cat tenga otros planes…

Estaba de broma, pero le dedicó a Cata una mirada cargada de súplica, como si quisiera despertar alguna emoción en ella. No lo consiguió. Mi hermana era un bloque de hielo e indiferencia con él. Tanto que la tía ni siquiera se dignó a responderle.

—Disfrutad la noche, parejita —nos dijo solo a nosotros.

Cata se acercó a mi lado, me dio un abrazo que duró más de lo esperado y un beso fuerte en la mejilla. Después empezó a peinarme y apartarme el pelo de la cara como si de una madre se tratara. Fruncí el ceño en respuesta, y le pregunté con la mirada si iba a estar bien. Me entendió sin problemas, porque asintió.

—Catalina hija, que se va a un hotel, no a la guerra. —No pude evitar reírme ante el comentario de Laia.

—Llámame si necesitas algo, ¿vale? —insistí.

—No te preocupes. —Me apretó la mano con un gesto cariñoso, ignorando el comentario de Laia. Luego señaló a Scott con el dedo índice—: Y tú… Cuida de mi hermana pequeña.

—Siempre.

Podía cuidarme sola, pero escuchar que lo decía de nuevo me hacía sentir bien.

Me preparé la pequeña mochila con las cosas que iba a necesitar, todas ellas de mis hermanas. Ya no me quedaba nada limpio de lo que me había traído. También cogí varias cosas de aseo y la camiseta de Scott que usaba como pijama.

Salimos al muelle del puerto y caminamos por la pasarela de madera hasta la explanada que teníamos en frente.

—Así que… nos vamos a un hotel, ¿eh?

Me miró con una sonrisa cargada de chulería.

—¿Me vas a negar que no te morías de ganas?

—Por supuesto que no.

Se acercó a mí con paso vacilón y me pasó los brazos por la cintura.

—De hecho —dije socarrona—, me parece una de las mejores ideas que has tenido en mucho tiempo.

—Ah, ¿sí…?

En este punto, la distancia que separaba nuestras bocas era ridícula.

—Ajá —murmuré.

Alterné la mirada entre sus ojos cargados de brillo y deseo y sus labios carnosos. Eso era exactamente lo mismo que estaba haciendo él.

Incapaz de aguantar más, me puso una mano en la nuca y me besó. No pude evitar atrapar su labio inferior entre los dientes para provocarlo. Podía sentir ese deseo que no paraba de crecer dentro de mí. Oí que se le escapaba un gemidito de puro placer. Aún en este estado de deseo, pude alcanzar a escuchar que alguien nos gritaba a lo lejos:

—¡Largaos a un hotel!

Cuando nos separamos para ver de quién se trataba, ambos vimos a Justin en la zona de control, apoyado sobre la barandilla y observándolo todo.

Negué con la cabeza. Me daba un poco de pena por lo que estaba pasando entre Cata y él. Esa indiferencia por parte de mi hermana, esos intentos por parte de él de llamar su atención… Quererse no debería ser tan doloroso, pero ellos eran los únicos que podían decidir su camino. Solo esperaba que, juntos o separados, consiguieran ser felices de verdad algún día.

Scott le hizo la peineta a su hermano y, con la mano libre, agarró la mía con un gesto firme.

Nos montamos en un taxi. Scott se hizo cargo de la ruta porque, al parecer, ya había elegido el hotel. Nada más salir del coche, la mandíbula se me cayó a los pies.

—Scott, esto es… demasiado.

—¿Qué te pensabas? —Me agarró la mano con firmeza de nuevo y nos guio a través del imponente y enorme vestíbulo del hotel—. No

entra en mis planes llevarte a ningún sitio que tenga menos de cinco estrellas

Como no podía ser de otra manera, Scott había reservado la habitación más alta y lujosa de todo el complejo. Se trataba de una suite con una enorme cama blanca y gigante en el centro, una terraza de varios metros cuadrados, vistas al mar y una piscina infinita para nosotros solos.

Era un sitio de película, claro. Pero al instante, un nudo bastante molesto se me instaló en el estómago.

—Oye…, yo no tengo dinero para pagar esto.

—Parece mentira que no te acuerdes de cómo funcionan las cosas, ojos claros. Tú limítate a disfrutar.

Era consciente de la fortuna que amasaban Scott y su familia, pero no por ello me iba a saber menos mal.

—Te lo digo en serio. Quiero contribuir.

Scott pegó su musculado cuerpo al mío, me puso las manos en las mejillas y me apartó el pelo de la cara.

—Que estés aquí conmigo ya es más que un regalo para mí, Nina —dijo—. No sabes la de veces que he soñado con este momento. La de noches que me he quedado dormido pensando en lo mucho que me dolía no haber hecho las cosas mejor, no poder tenerte entre mis brazos tal y como te tengo ahora… Cuánto cueste y quién pague la habitación de hotel es una mierda en comparación con lo feliz que me estás haciendo ahora mismo. Solo me importa esto. —Me pasó una mano por el pelo enredado—. Solo me importas tú. Déjame darnos este capricho, por favor. Déjame que recuperemos el tiempo perdido.

Solo pude asentir. Era incapaz de emitir ni una sola palabra después de lo que acababa de decir en voz alta. Le rodeé la cintura con los brazos y apoyé la cabeza en su pecho, él apoyó la barbilla

sobre mi cabeza. luego respiré hondo y disfruté de la mezcla de olores que lo rodeaban. Su olor corporal, mezclado con ese perfume amaderado que no había dejado de usar desde que nos conocimos la primera vez, me volvía loca.

Él me volvía completamente loca.

—Está bien. —Asentí contra su pecho—. Pero que sea la última vez que me haces una encerrona para traerme a un sitio tan caro. No necesito tanto.

—Ni en tus mejores sueños, ojos claros —soltó—. Vete reacostumbrando.

—Scott…

Levanté la mirada para enfrentarme a él. Había que admitir que este tipo de planes eran una gozada, pero tampoco quería que lo pagara él todo.

—Esto no ha hecho más que volver a empezar —dijo con cierto reto en la mirada.

Estar ahí con él era como vivir en una pequeña burbuja. Una burbuja perdida en medio del océano, flotando entre las olas sin que nadie se diera cuenta. Éramos él y yo en medio del caos. Pero no me importaba nada más. Me daba igual que ese caos existiera a mi alrededor si Scott estaba a mi lado.

Como ya se había hecho un poco tarde y nos daba un poco de pereza bajar al restaurante, pedimos que nos subieran la cena a la habitación.

Cuando tenía tanta hambre, comía por los ojos. Así que Scott no se extrañó cuando pedí más platos de los que seguramente seríamos capaces de terminarnos. Aprovechando que la cena no iba a tardar mucho, Scott se metió en el baño para darse lo que, según él, iba a ser una ducha rápida. Pero estaba siendo de todo menos rápida. Para cuando me di cuenta, llevaba unos diez minutos escuchando el

agua correr y yo no podía parar de pensar que lo tenía desnudo pared con pared.

El sonido de la puerta me sacó del trance. Me acerqué y, al abrirla, el glorioso olor a comida me inundó las fosas nasales. Era como estar en el cielo de lo bien que olía.

El chico joven que empujaba el carrito con la cena pasó con cuidado a la habitación y lo colocó justo en el centro.

—Cualquier cosa que necesite, no dude en avisar.

Escuché que el agua dejaba de correr y asumí que Scott había acabado con la ducha. El chico se dio la vuelta con paso firme y se dirigió a la puerta. Me sabía fatal haberle hecho venir hasta aquí al pobre. Sabía que era su trabajo y que, por el lujoso hotel en el que estábamos, era probable que le pagasen muy bien. Pero, si hubiera estado en su lugar, me hubiera gustado que por lo menos los clientes fueran amables conmigo.

—¡Espera!

Consciente de que no llevaba nada encima, me tomé la libertad de coger la cartera de Scott y sacar un billete para el muchacho. Me pareció lo propio. Podía devolverle el dinero a Scott en cualquier otro momento.

Alargué el brazo para tenderle la propina. Entonces, él me cogió la mano, pero no para retirar el billete, sino para darme un papel que me dejó en la palma de la mano. Me pareció la cosa más extraña del mundo. Sin embargo, cuando alcé la vista para preguntarle qué era lo que me acababa de dar, ya se había ido.

La puerta se cerró con un golpe seco. No quedó ni rastro del chico.

Me había dado un cuadrado pequeño de papel grueso y duro, con unos números que no me sonaban de nada impresos en tinta roja. No estaba escrito a mano, lo que hacía imposible averiguar quién era

el emisor de la nota. Estuve observándolo un par de segundos, no tenía ni idea de qué podía ser. ¿Un número de teléfono? No, era demasiado largo y raro como para serlo.

En cuanto Scott salió del baño, solo con una toalla envuelta sobre la cintura y el pelo negro mojado y revuelto, me olvidé por completo de la nota.

Sería algo del hotel, algún código para pagar el servicio de habitaciones cuando nos fuéramos. Era la primera vez que venía a un sitio tan lujoso y no tenía ni idea de lo que era normal aquí o no. Me guardé el papel dentro de la funda del móvil y pensé que ya le echaría un ojo después. Borré de mi mente cualquier tipo de preocupación y me fui directa hacia Scott para buscar el suave contacto de sus labios.

Capítulo 44

Scott



Estar con ella era como volver a nacer.

Como estábamos muertos de hambre después de pasar todo el día en la playa, devoramos la cena en un abrir y cerrar de ojos sin intercambiar muchas palabras. Nina había pedido varios platos, un poco de todo.

Para mi sorpresa, sobró mucha menos comida de lo que pensaba.

—¿Cómo crees que estarán en el barco? —preguntó de repente, mientras terminábamos el postre. Era una de las mejores tartas de queso que había probado nunca.

—Pues supongo que Laia está poniendo orden, Justin está tratando de llamar la atención de Cata por todos los medios y ella estará pasando olímpicamente de él.

Me levanté de la cama. Hice un gesto con la cabeza y señalé la piscina infinita de la terraza para que me acompañara.

—No es nada fácil para ella, ¿sabes? —me dijo.

Noté su voz a escasos metros de mí, contento de que hubiera decidido acompañarme. Por el camino me fui deshaciendo de la poca ropa que me había puesto tras la ducha hasta quedar solo con en ropa interior. Ella hizo lo mismo.

—¿Aún lo quiere? —pregunté.

Nos metimos con cuidado en el agua. Tenía la temperatura ideal.

—¿Tú que crees?

Nina hundió la cabeza y salió completamente mojada segundos después.

Su cabello rubio había adoptado un color más oscuro. Tenía la cara mojada, las pestañas, los labios carnosos… y no pude evitar contar todas y cada una de las gotas que se le deslizaban por la piel atrapado por lo preciosa que era.

—Creo que después de todo lo que han pasado, necesitan tiempo para encontrar su propio camino —dije—. Pero aún hay mucho amor entre ellos y dudo de que ninguno de los dos sea capaz de olvidar eso.

Me acerqué a ella y la arrinconé en la esquina más cercana de la piscina colocando ambos brazos sobre el bordillo. Nos quedamos así, ambos éramos incapaces de separar la mirada de los labios y ojos del otro. Estaba nervioso y ese molesto cosquilleo en el bajo vientre, junto con el ligero temblor de manos, me delataba.

Pero no me importaba mostrarme vulnerable con ella.

Cómo habían cambiado las cosas, cómo habíamos sufrido tanto y cómo habíamos encontrado el camino de vuelta el uno hacia el otro.

—Tú tampoco fuiste capaz de olvidarlo… —susurró ella.

Por cómo le temblaba la voz, supe que estaba igual de nerviosa que yo.

—Jamás, ojos claros. Jamás.

Incapaz de aguantar un solo segundo más sin el contacto de la chica más bonita, inteligente y sexy que había visto y veré en mi vida, me lancé directo a sus labios. Me volvía loco lo suaves y carnosos que eran. La cogí por la nuca y enredé los dedos en su pelo mientras nos besábamos con intensidad y jugábamos con nuestras lenguas a saborearnos enteros. Solo nos deteníamos el tiempo justo y necesario para coger aire y seguir comiéndonos a besos.

Nina pegó las caderas a las mías y ese simple movimiento hizo que unas intensas oleadas de placer me sacudieran y un cosquilleo me recorrió todo el cuerpo. La imité y nos apretamos más el uno con el otro, buscando con ansia sentirnos más cerca. Entreabrió los labios y dejó escapar un gemido que me devoró por dentro, así que me fue imposible ocultar lo que se escondía bajo el bóxer negro.

—Nina…, para un segundo. —Le coloqué ambas manos sobre las mejillas, perdido en esos ojos azules que brillaban con deseo—. ¿Estás segura?

Me rodeó el cuello con los brazos y se lanzó de nuevo a mis labios besándome con ganas

—Cariño, respóndeme —pedí sin deshacer el beso.

—Estoy muy segura, Scott. Contigo nunca tengo dudas.

En ese preciso instante, ambos sabíamos que íbamos a ir con todo hasta el final, consumidos el uno en el otro, ansiosos por sentirnos aún más.

Hundí las manos bajo el agua y la alcé para que me enredara las piernas sobre la cintura. Así nos sentíamos mucho más. El gemido que se nos escapó a ambos fue de pura lujuria. Besé cada uno de los rincones de su cuello, los puntos que sabía que la llevaban al límite. Besé su pecho y su boca hasta que la ropa interior que aún teníamos puesta empezó a molestarnos. La sujeté todavía con más

fuerza para que mantuviera bien enredadas las piernas a mi alrededor mientras nos sacaba de la piscina subí las escaleras resbaladizas sin dejar de besarla.

Orgulloso de no haberme tropezado con nada en el corto trayecto, la tumbé con cuidado sobre la cama, aunque lo mojara todo a nuestro paso, y me coloqué encima de ella. En ese momento, me fue bajando la mano desde el pecho hasta la tira del bóxer. No se anduvo con rodeos y me bajó la prenda de un tirón. Después procedió a acariciarme como solo ella sabía hacerlo. Con movimientos firmes y rápidos, entre besos. Así que decidí que yo tampoco me iba a quedar atrás.

Tironeé de su ropa interior. Tan solo me detuve un momento para buscar un cojín. Paré un instante, con anticipación, esperando a que arqueara la espalda para colárselo justo en la parte baja de la espalda.

—¿Mejor?

Ella asintió, sin detenerse, jadeando contra mi boca. Murmuró mi nombre una y otra vez. Me volvía loco oírlo. Me volvía loco toda ella.

—Scott, dime que tienes condones —suplicó.

—Estás de suerte, ojos claros.

Le di un beso rápido en la punta de la nariz y me estiré hacia el neceser que descansaba sobre la mesita de noche. Rasgué el envoltorio con cuidado y la vi que no apartaba los ojos de mí.

Nos sonreímos.

Me lo puse con un movimiento rápido e insistí en hacer buen uso de la almohada. La oí reírse justo antes de que se le cortara la respiración. Me coloqué exactamente donde tantas otras veces y la miré una última vez, buscando la seguridad que necesitaba ver en sus ojos.

Ella asintió y buscó mi boca. Nos perdimos poco a poco el uno en el otro conforme fui entrando. Acompasamos la respiración. Con cada movimiento, asegurándome de mantener el ritmo, deshice la poca distancia que quedaba entre nosotros. Estábamos bañados en cloro y sudor, éramos incapaces de dejar de jadear nuestros nombres. Una simple mirada me bastó para reconocer su lenguaje corporal y saber que ella estaba tan al borde del abismo como yo.

Le atrapé el labio inferior entre los dientes y disfruté del gemidito que se le escapó de entre los labios. Cegado por el placer, la besé de nuevo. Hasta que el calor que sentimos fue insostenible. No podíamos más. Unos segundos después, ambos explotamos en perfecta sincronía.

Solo se escuchaban los jadeos y las respiraciones aceleradas. Hasta que Nina rompió ese agradable silencio.

—Te quiero, Scott.

Sentí sus labios contra la clavícula y sonreí.

—Y yo a ti, cariño, y yo a ti.

Qué feliz mi sentí.

Era curioso que no hubiera sentido felicidad en tanto tiempo y que ese fuera el único sentimiento que cabía entonces en mi pecho.

Capítulo 45

Justin



Y, cuando menos te lo esperas,
las cosas vuelven a torcerse.

Un rayo de sol criminal se me reflejó en la cara sin piedad. Resoplé e intenté esconderme. Estaba amaneciendo y había podido dormir lo justo esa noche. Conciliar el sueño con todo lo que tenía encima me resultaba tarea imposible. Por un lado, estaba el asunto de que Nina, el amorcín de mi hermano, que estaba en peligro. Pero, por otro, estaba el hecho de que mi padre estaba involucrado en un asunto turbio. Era desconcertante y difícil de digerir. ¿Estaría involucrado en algo más?

Me encantaba el oficio familiar. Me gustaba sentir que podía ayudar a la gente y evitarles cualquier tipo de mal. Me gustaba prevenir desde las sombras. Pero que la situación se pusiera así de turbia… Me hacía sentir incómodo. ¿Habíamos ayudado a alguien jamás? ¿Contaba si Hovland Security se embolsaba dinero a costa de hundir a más gente en el mundo de las drogas? A esas alturas, era

incapaz de no poner en duda todo el valor de todas y cada una de las misiones que habíamos hecho.

Mi mundo entero pendía de un hilo. Todo podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos, y no tenía buena pinta.

Y a todo eso se le sumaba Catalina.

Mi Catty Cat, que estaba durmiendo en la cama de al lado y la sentía más lejos que nunca. Había aceptado su tregua, ¿qué otra opción me quedaba? Pero la realidad era que comportarnos como dos completos desconocidos me estaba matando por dentro. A ella se le daba mejor, desde luego. No importaba lo que hiciera. Daba igual las veces que tratase de llamar su atención con alguna gilipollez o si intentaba tener cualquier detalle con ella, Catalina me giraba la cara cada una de esas veces.

Me levanté del sofá cama hecho una mierda, me dolían el cuello y la espalda. Scott ya me había avisado de lo mal que se dormía en él. Pensé que estaba exagerando, como en tantas otras cosas, y me topé con la verdad: tenía razón.

Por eso, incapaz de pegar ojo, cogí la tablet y la carpeta con los documentos del caso Hunter que guardé ayer en el pequeño armario. Con un café caliente en mano, subí a la cubierta a estudiarlos en profundidad. La clave era encontrar un nuevo hilo del que tirar y, hasta que no lo hiciera, no pensaba parar. Mi hermano y yo nos merecíamos respuestas, así que no pensaba parar hasta conseguirlas.

Me senté en el suelo de madera. Coloqué las hojas a mí alrededor con cuidado de que no se las llevara la fría brisa de la mañana. Era un intento de construir una especie de mapa que conectase todo lo que teníamos hasta la fecha. Para mi desgracia, no me había traído hilo rojo para unir las pistas. Quizá era de peliculero, pero colocar las

cosas en un espacio físico y unir las pistas con hilo rojo me ayudaba a verlo toda la hostia de claro.

Le envié un mensaje a Scott para avisarle de la que tenía montada en el barco por si acaso. Dudaba de que vinieran en mitad del amanecer, pero nunca se sabe. Era mejor asegurarse de que Nina no viera nada de eso. Al menos por ahora.

Además, todo el del asunto del hotel era algo que Scott y yo habíamos acordado llevar a cabo precisamente por nuestra investigación. No había sido lo que se dice una idea espontánea. Lo habíamos hablado en un momento que tuvimos a solas en la playa: hasta que tuviéramos más información, era más seguro que Nina estuviera en un sitio público pero privado, rodeada de gente. Un hotel era el lugar perfecto. Mucho mejor que el barco, que estaba a oscuras y apartado en medio del puerto.

Por encima de su cadáver Scott se separaría de ella y Ramírez no andaba lejos. Si ese cabrón intentaba cualquier cosa, lo pillaríamos.

Le había hecho una promesa a Scott y, por ende, a mi cuñada. Él quería contárselo todo a Nina. Quería que estuviera al tanto de lo que estaba ocurriendo. Le mataba no poder hacerlo y lo entendía. Sin embargo, en el fondo, era tan consciente como yo de que hasta que no tuviéramos más teorías a las que agarrarnos, más hilos de los que tirar, era muy arriesgado soltarlo así, a bocajarro. Había ganado un poco de tiempo para tratar de averiguar cualquier cosa más antes de que Scott se lo contara, como era inevitable, pero tampoco tenía demasiado tiempo.

Estaba preocupado. Nina era parte de la familia para mí y a la familia se la protege con tu vida. No concebía otra manera de existir.

Me terminé el café entre documento y documento: movimientos bancarios, coordenadas, rutas marítimas, modelos de las lanchas, kilos exactos de la mercancía, incluso documentos clasificados de mi

padre al respecto. Si mi padre se llegara a enterar de que tenía su maldita contraseña, esa de la que presumía tanto por ser supuestamente tan segura, me cortaba las pelotas.

Pero ese era el menor de mis problemas entonces: dentro de esa carpeta había varios documentos cifrados a los que era incapaz de acceder por más que lo intentara. Probé mil y una combinaciones de números sin éxito.

A esas alturas, era evidente que el viejo escondía algo. Harto de perder el poco tiempo que me quedaba, llamé a la única persona que sabía que me podía echar un cable.

Descolgó al primer tono.

—Ramírez, necesito tu ayuda.

Esa chica era brillante en su trabajo y confiaba a ciegas, tanto en ella como en el papel que desempeñaba en ese tablero de juego, por eso la había traído de infiltrada conmigo. No solo era buena como agente de campo, sino que también era brillante con las tecnologías.

—Voy a ignorar el hecho de que son las putas seis y media de la mañana, Justin —gruñó—. ¿Qué quieres?

—Esas formas, Emilie… —Solté una risilla—. Que soy casi tu jefe.

Emilie Ramírez se había criado en una casa bilingüe, con padre español y madre escocesa. De ahí su mezcla de nombre y apellidos.

—Tu hermano es mi jefe —contestó brusca—, bájate de la nube, Hovland.

Rechacé el puesto en cuanto me lo ofrecieron. Estaba convencido de que no valía para ser jefe. De hecho, no tenía ninguna intención de serlo. Scott tenía mucha más madera de líder que yo y lo había demostrado con creces. Así que sí, la teoría y varios contratos kilométricos decían que mi hermano pequeño era mi superior, pero

nosotros pasábamos de esas formalidades. Éramos un equipo y punto.

—Bueno, bueno… ¿Puedes darte prisa y venir al barco? Es importante.

Sabía que se estaba poniendo en marcha.

—Me estoy vistiendo —confirmó—. Informo al jefe y voy de camino.

—Acuérdate de venir de incógnito —bromeé.

—No me des órdenes. Sé cómo hacer mi trabajo.

Me colgó sin despedirse. Emilie era una chica bastante seria, pero tan inteligente y empática que cualquiera hubiera querido tenerla a su lado.

La vi aparecer a los veinte minutos con una peluca pelirroja bastante convincente, unas lentillas marrones y vestida de punta en blanco con pantalones de traje negros y una blusa blanca. Estaba irreconocible. Si no la hubiera visto en mi vida, jamás hubiera dudado del disfraz, cosa que lo hacía todo un poco raro, la verdad. Porque Emilie tenía el pelo corto castaño oscuro, los ojos y verdes y no la habría imaginado llevando tacones en su vida.

Lo que decía, era una profesional de los pies a la cabeza.

Al llegar, Emilie se puso las gafas de sol en la cabeza y se sentó con las piernas cruzadas frente a mí, esa pose era mucho más natural en ella.

—A ver… —dijo—, vamos al lío, que le he prometido a Scott que volvería pronto. ¿Qué era eso tan importante que no podía esperar?

Todavía sentado en el suelo, le tendí la tablet. La vi ojear la pantalla, más en concreto, los archivos cifrados que me estaba siendo imposible abrir. No había que ser muy listo para saber que, si estaban tan ocultos y protegidos, era por una buena causa o por

todo lo contrario. Aún tenía fe en que todo tuviera una explicación lógica y razonable. Porque hostias, al fin y al cabo, era mi padre.

—Esto está cifrado a cal y canto, Justin —dijo entonces. Golpeó la pantalla con los dedos en busca de algo—. Me va a llevar un tiempo conseguir abrirlos.

—Imagino. ¿Cuánto crees que vas a tardar?

Me acerqué para observar mejor los archivos y códigos de la pantalla, a pesar de que no entendía nada. Yo era más de calle y acción que de aparatejos.

—No es seguro. Puedo tardar horas o días —explicó—. Depende de lo que me encuentre cuando lo conecte y analice bien.

—¿Puedes hacerlo antes de que nos explote en la cara?

Dibujó una sonrisa pícara, había aceptado el reto.

—Que no te quepa la menor duda.

Asintió, segura de sí misma.

Era más que consciente de que haberle hecho venir al barco ponía en cierto peligro la infiltración. No podíamos fiarnos ni de nuestra propia sombra a estas alturas, porque nunca sabíamos quién o qué podía estar vigilando. Pero sabía que ella era la única capaz de abrir los archivos cifrados y merecía la pena correr el riesgo.

—¿Buenos días?

Escuché el carraspeo y cerré los ojos con fuerza durante un instante, consciente de quién salía del camarote: Catalina.

Aún iba en pijama y era muy sexy, para ser sincero. Aunque a mí me parecía que todo lo que se pusiera le quedaría como un guante. Con un té humeante entre las manos y su pelo rubio oscuro en una coleta alta despeinada, Catalina nos miró a Emilie y a mí con una ceja alzada. Pero estaba jodidamente preciosa, así que yo me quedé quieto como un gilipollas, admirándola.

Al menos hasta que noté un golpe seco. El puño de Emilie se me clavó en las costillas con un golpe más fuerte de lo normal, pero consiguió sacarme del trance. La miré extrañado y, solo por cómo abrió los ojos, supe lo que venía a continuación. Chasqueé la lengua.

Pocas cosas me apetecían menos que hacer eso.

—Catalina, esta es Emilie, una…

No sabía cómo terminar la frase sin poner más en riesgo la infiltración. Emilie, por eso, le puso remedio.

—Una amiga de Justin. Encantada.

Se levantó para darle dos besos, qué cordial. Su lenguaje corporal era totalmente distinto. Cata, por eso, se lo tragó. El verdadero problema fue que a quien no dejó de asesinar con la mirada fue a mí.

—Pero yo ya me iba —dijo Emilie—. Un placer, Catalina. Nos vemos, Justin.

Asentí en respuesta. La vi llevarse la tablet con el mayor disimulo del mundo y desapareció. Asumí que volvería al hotel.

—¿Te apetece que desayunemos juntos? —le sugerí a Cata.

Levanté la taza vacía. No tenía ninguna esperanza de que dijera que sí, pero tampoco perdía nada por intentarlo.

—Podrías cortarte un poco, ¿sabes?

Y ahí estaba mi jarro de agua fría.

—¿Perdona?

—Por si no te acuerdas, mi hermana y yo seguimos aquí, durmiendo a un par de metros de ti. Si te apetece verte con tus amiguitas, te vas a un hotel —soltó cortante.

Estaba… ¿enfadada? Era la primera reacción que había conseguido despertar en ella desde la conversación de la tregua. Sonreí.

«Aleluya», pensé.

—No sabía que el barco era tuyo —solté, fui directo a la yugular—. Que te quede claro que voy a traer a quien me dé la gana. No acepto órdenes de nadie.

Alargué un poco más la situación. Cuantas más emociones consiguiera despertar en ella, más posibilidades tenía de que dejase de tratarme como a un completo desconocido, ¿verdad?

—No te estoy dando ninguna orden, Justin. Solo te digo que dejes de ser tan cerdo y tengas un poco de respeto, joder.

—Ay, Catty Cat… ¿Acaso estás celosa?

Abrió mucho los ojos, consumida por la rabia y vergüenza. Había dado en el clavo.

—Ni en tus mejores sueños, imbécil.

—Resulta que, en mis mejores sueños, estás tú. —Le guiñé un ojo con descaro.

Si las miradas mataran, yo habría sido un cadáver feliz. Me daba igual su rabia. Era mejor eso que la indiferencia.

—Además, ¿sabes qué? —seguí.

Me acerqué un poco a ella, con la carpeta bajo el brazo. Caminaba con chulería, aunque por dentro estaba rezando para que no se apartara. No lo hizo. Se quedó en el sitio, firme, seria. Me plantó cara. Ninguna cosa me gustaba más que el hecho de que no se achantara por nada.

Mi Catalina, tan fuerte y orgullosa como siempre.

—¿Qué? —Directa, dura.

—Primero —empecé—, mi «amiguita», como tú dices, no me tocaría ni con un palo. Pero ni a mí ni a ningún hombre. Y segundo, no tengo ningún interés en tener nada con nadie que no seas tú.

Vi que se le ruborizaron las mejillas y apartó la mirada al instante.

—Oh, pensaba que…

Empezó a mirar hacia todos lados. Estaba tan nerviosa que su voz era casi un susurro. ¿Y dónde estaba toda esa determinación de hacía medio segundo?

—Siempre pensando lo peor de mí, ¿eh, Catty Cat?

Di un paso más hacia ella.

—Yo solo…

—Estabas celosa.

—No.

—Te consumía la rabia verme con ella —seguí—. No soportas verme con una mujer que no seas tú. Y créeme cuando te digo que tengo tan poco interés en que eso ocurra como tú, pero me lo pones difícil.

Aun a riesgo de que me rechazara, le deslicé el pulgar con cuidado por la mejilla. Y, para mi sorpresa, en vez de apartarse, cerró los ojos, como sintiendo cada una de las caricias que dibujaba mi piel contra la suya.

—No olvides la tregua —contraatacó.

—Quiero que esto funcione, Catalina. Esta vez va a salir bien. Te aseguro que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ello. Sea lo que sea que necesites, lo vas a tener. —Cedí un poco y dejé caer la mano—. Así que, cuando estés preparada para enfrentarte a lo que sientes y romper esta tregua de mierda que has montado tú sola, me avisas. Porque yo voy a seguir aquí.

Una sonrisa de suficiencia y orgullo se me dibujó en la cara. Me llevé la carpeta hacia el interior del camarote y sonreí como un idiota.

Se había puesto celosa. No había sido capaz de controlarlo. Y eso tenía que significar algo, ¿verdad?

Guardé la carpeta en el mismo armario de antes, intentando no hacer ruido. Laia estaba durmiendo a pierna suelta en la cama.

«Y yo con la espalda destrozada, hay que joderse».

Tampoco es que quisiera molestarla, porque tenía una pinta que te cagas de despertarse de mal humor. Suficiente tenía ya encima.

—Catita…, dile al hermano herido que cierre la bocaza. Intento dormir.

Cerré las puertas del armario y me giré, sorprendido.

—¿Hermano herido? —pregunté.

Sin molestarse si quiera en levantarse de la cama, Laia siguió hablando.

—Mira por dónde…, el susodicho. Cierra la bocaza, guaperas. Tengo tu voz clavada en el cerebro. —Se frotó los ojos—. Y deja de ligar con mi hermana, anda.

—Explícame por qué me llamas hermano herido y me lo pienso.

—Sé que te cuesta un poco, pero usa la cabeza…

Lo que decía: Laia no tenía ni pizca de amabilidad por las mañanas. Pues se iba a cagar con la mía.

—Anda va, sorpréndeme.

Me dirigí hacia la cocina, decidido a preparar café. Se incorporó de golpe en cuanto escuchó la cafetera.

—Porfa, hazme uno, Justin —suplicó.

—Empieza a hablar primero, víbora.

La vi entrecerrar la mirada y considerarlo.

—Hummm… Si es a cambio de café, me renta —admitió—. Te acuerdas de que te dispararon, ¿no?

—Como para olvidarme…

—Además, mi hermana te tiene como un perrillo malherido.

Au. Era verdad.

—¿Y qué te hace pensar eso? —pregunté burlón.

Ella soltó una carcajada.

—Solo hay que verte… Eres hombre herido de manual.

Le tendí el café, impaciente.

En ese instante, escuché los pasos de Catalina bajando las escaleras. Abrió la puerta justo cuando Laia le daba su primer sorbo al café y como ya me esperaba, escupió y el líquido salió disparado en todas direcciones.

No pude evitar descojonarme.

—¡Laia! —Cata se acercó deprisa—. Pero ¿estás tonta o qué? ¡Has llenado la cama de café y babas! ¡Qué asco!

Seguí riéndome a pleno pulmón mientras Laia me asesinaba con la mirada.

—¡¿Sal?! ¿En serio?! ¡Me has jodido el café mañanero!

Le guiñé un ojo a la mediana de las Marín.

—Justin…, ¿qué has hecho? —Los ojos de Catty Cat se posaron sobre los míos.

—Lo que hacen los hombres heridos.

Sonreí con picardía. Al segundo, Laia salió de la cama a toda velocidad y se abalanzó hacia mí.

—¡Lo que eres es hombre muerto, Justin Hovland! —la esquivé.

—Madre mía, estoy rodeada de críos… —sentenció Catalina.

—¡Y yo estoy de sujetavelas! ¡Y no me quejo! —contraatacó Laia.

—¡No estás de sujetavelas, porque no estamos juntos! —gritó.

—Por ahora, Catty Cat… Por ahora.

Le dediqué una sonrisa pícara mientras pasaba por su lado. Y, con esas, me fui a la cubierta a disfrutar de mi segundo café del día.

Capítulo 46

Nina



Y de nuevo mi corazón hacía pum, pum.

Me desperté junto a Scott, con la cabeza apoyada en su pecho y sus brazos firmes a mi alrededor a pesar de que estaba en el quinto sueño. Dios, ¡cómo me encantaba que ni durmiendo me soltara! Como si necesitase mi contacto para estar tranquilo.

Lo quería.

Lo quería como a nadie.

Él avivaba ese amor tan intenso que volvía a ocupar mi pecho.

Solo él.

Me incorporé y le acaricié la cara, admirando cada una de las facciones: la mandíbula recién afeitada, la nariz recta, esos ojos rodeados por frondosas pestañas y la piel más suave de lo normal por el agua del mar. Me tomé mi tiempo. Le di un pequeño beso en el pómulo, en la mejilla, en la punta de la nariz, en la comisura de los labios…

Entreabrió los ojos, incapaz de contener esa sonrisa tan bonita. Esa en la que, cuando no llevaba nada de barba, se le marcaban unos hoyuelos monísimos.

—¿Acaso me he muerto y estoy en el puto paraíso? —murmuró.

Incapaz de aguantar la felicidad que sentía, ataqué con más ganas. Le llené la cara de besos. Él se pegó a mí con más fuerza.

La noche anterior había sido increíble. De hecho, había sido una forma de refrescar la memoria. Scott se acordaba de todo. Recordaba perfectamente cuáles eran los puntos que me hacían caer rendida en el más absoluto placer. Volver a sentirlo de esa manera fue confirmación suficiente de que ya no estaba dispuesta a que nada ni nadie nos separase. Iba a pelear con uñas y dientes por él. Por lo nuestro. Y, si tenía que mudarme a otro país, lo iba a hacer.

Ni muerta pensaba volver a renunciar a él.

—Paraíso sería despertarnos así todas y cada una de las mañanas, ¿no crees? —dije al final.

Volví a apoyar la cabeza en su pecho, esta vez más cerca del hueco de su cuello. Sentí los pectorales desnudos contra mi pecho, piel con piel. Acurrucada, me dediqué a buscar el latido de su corazón.

—Nada me gustaría más, ojos claros.

—Hablo en serio, Scott.

Noté que dudaba, quizá empezaba a comprender lo que le estaba diciendo. Se incorporó, apoyó la espalda en el mullido cabecero de la cama y me atrajo de nuevo hacia él.

—Nina…, tú sabes que en algún momento tengo que volver a Edimburgo, ¿verdad?

—Sí. —Sonreí—. Por eso mismo te lo digo.

—De acuerdo. Vale, vale. Entonces, tenemos muchas cosas de las que hablar. Vamos a hacer que esto funcione y que funcione bien. Te

lo prometo. Va a haber más comunicación que nunca entre nosotros, porque, cariño… —Me levantó el mentón con delicadeza—. Nadie que no seas tú me va a volver a apartar de tu lado.

—Scott…, eso no va a hacer falta.

Frunció el ceño, no entendía lo que quería decirle.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

Así que lo solté de golpe, pues no estaba dispuesta a perder más tiempo.

—Que me quiero ir contigo —dije directa. No tenía nada que perder—. Me da igual a dónde vayas. Si a Edimburgo, a Estados Unidos o a China. Te voy a coger de la mano, nos vamos a subir al avión que sea. Pero juntos. No pienso quedarme aquí ni separarme más de ti.

Acunó mi cara entre sus grandes y callosas manos y estampó sus labios contra los míos, el contacto me provocó un gran escalofrío. Me besó con un hambre voraz. Con amor. Porque eso significaba ese beso: que me quería. Eso era lo que hacía Scott, decirme que me quería con besos y caricias.

—Sabes que allí hace un frío de cojones, ¿verdad? —dijo con una sonrisa enorme.

—No me importa.

—Y que te vas a hartar de ver llover.

—Bueno…, así puedo cumplir mi sueño de niña y comprarme unas botas de agua rojas hasta las rodillas —bromeé—. Me hace ilusión.

Esa sonrisa preciosa no se le borraba de la cara.

—¿Estás segura?

Se me aceleró el corazón. Era un antes y un después.

—Más segura que nunca.

—En ese caso, tenemos que hacer una copia de las llaves. Mi casa es tu casa. Hoy y siempre, ojos claros.

Quizá todo había ocurrido así por un motivo. Quizá era para que pudiéramos volver a estar así. Puede que hubiera un motivo oculto y quizá el universo nos había dado un pequeño rodeo para llegar a este momento exacto. Quería un cambio de aires, claro. Pero, sobre todo, quería a Scott en mi vida todos y cada uno de los días del año. Y si para eso tenía que aguantar el frío, la lluvia y alejarme de mi bonito Mediterráneo, estaba más que dispuesta a ello. Sin ningún tipo de duda, la peor parte iba a ser estar separada de mis hermanas, pero estaba segura de que, con tal de verme feliz, su alegría iba a ser tan grande como la mía en cuanto se lo contara.

Edimburgo.

Jamás me había imaginado mi vida allí, pero podía empezar a soñar con que la ciudad se convertiría en nuestro nuevo hogar.

Después de eso, desayunamos con calma en la cama, enredados entre las sábanas y disfrutando el uno del otro, del café y de los dulces. Un par de horas después, cogimos un taxi hasta el puerto, para volver con los demás. Ni sabía que nos íbamos a encontrar ni podía quitarme de la cabeza lo mal que lo estaba pasando Catalina. Quería ayudarla, acompañarla en este mal momento tal y como ella me había acompañado a mí.

Nada más poner un pie en el barco, la calma me sorprendió. Esperaba un gallinero, no esa paz. Catalina estaba en una de las tumbonas, disfrutando de los rayos de sol, apartada de todo y todos. Me pareció ver a Justin arriba, en la zona de control.

No había ni rastro de Laia.

—¿Hola?

Levanté un poco la voz para tratar de avisar de que habíamos llegado. Cata se quitó las gafas de sol y nos saludó con la mano. Después volvió a su posición inicial. Justin se asomó por la barandilla de la zona superior y le hizo un gesto a su hermano para indicarle

que subiera a hablar con él. Algo me decía que esa cara de circunstancia tenía que ver con mi hermana mayor.

Scott me dio un suave beso en los labios y desapareció. Yo aposté por acercarme a las tumbonas. Me senté en la de Cata y le quité uno de los auriculares que llevaba puestos.

—¿Cómo estás?

Se incorporó y se lo vi en la cara.

—Todo esto es muy raro. Lo llevo como puedo —susurró para que solo la escuchara yo, cosa que era señal suficiente de lo mal que estaba.

Chasqueé la lengua y la rodeé con los brazos, pues quería transmitirle toda la calma posible. Agradecía con toda mi alma que hubiera hecho el sacrificio de venir y tener que estar pasando por eso solo por estar conmigo, pero no soportaba verla sufrir.

—¿Necesitas hablar?

Asintió, nos levantamos a la vez de la tumbona y bajamos al camarote.

—Laia sigue durmiendo. Encárgate tú de ella y de su humor de ogro mañanero, ¿puedes? —suspiró—. Lo último que me apetece ahora es volver a lidiar con eso.

Nuestra hermana no era muy fan de las mañanas, más bien, todo lo contrario. Si el refrán «a quien madruga, Dios le ayuda» hubiera sido real, Laia hubiera tenido algo así como siete maldiciones y media, porque lo suyo no era ni medio normal.

Me preparé para el exorcismo. Le preparé un café, a riesgo de que me lo tirase encima, y opté por dejarlo en la mesita antes de sacudirla un poco por los hombros. Nada de brusquedades. Susurré su nombre un par de veces y me fijé que en la cama había un enorme manchurrón.

—Cinco minutos más…

Eran casi las once y media de la mañana y tenía la poca vergüenza de seguir pidiendo cinco minutos más. Suspiré. Sabía que se iba a cabrear, pero Cata necesitaba hablar.

—Laia, es importante —pedí—. Abre los ojos y siéntate. Te he hecho un café, venga.

—Como si fuera tan fácil… —gruñó—. Me pesan demasiado los párpados. Dejadme un rato más. Luego hablo.

Estaba a punto de insistir otra vez cuando un chorro de agua cayó por mi lado, sobre el bulto que era Laia. Ella se levantó de golpe y soltó un grito que debió de escucharse hasta en la isla más lejana. Cuando se dio cuenta de lo que pasaba, le lanzó a Catalina una mirada asesina.

—¡Que os den por culo! —se quejó, secándose la cara.

Le tendí el café para mediar entre ellas. Esperaba que eso calmase la tensión, aunque por dentro estaba muriéndome de la risa.

—¿Este también lleva sal?

—¿Qué dices, Laia? —pregunté extrañada.

—Arriésgate y lo averiguarás. Anda, cámbiate y lávate la cara. —Catalina se quedó ahí de pie.

Su voz era dura. Había dicho que no quería hacerse cargo de despertar a Laia, pero le había dado igual. Eso solo podía significar que de veras necesitaba hablar. O que el cabreo se había apoderado de ella.

Laia se levantó y se fue directa al baño hecha un basilisco y maldiciendo por lo bajini.

—¿De verdad era necesario, Catalina? —La miré desde la cama y le eché un poco la bronca.

—Le está bien empleado por todas las que ha ido soltando ella. Además, la cama ya estaba hecha un desastre.

Si algo tenía Catalina, era paciencia por un tubo, pero cuando explotaba, lo hacía en serio. De todas maneras, me tranquilizó ver una sonrisa en la comisura de su boca. Le sonreí.

—No voy ni a preguntar….

Después del drama, nos sentamos a la mesa del camarote para tener esa charla.

—Le he montado una escenita de celos a Justin.

Cata soltó la bomba. Laia y yo nos miramos la una a la otra, sorprendidas, pero no intercambiamos palabra.

—Ahí va. El premio gordo, Catalina —bromeó Laia casi con la taza de café en los labios.

Lo que significaba que era mi turno.

—Me mudo a Edimburgo con Scott —solté yo.

Laia escupió el café.

—Pero ¡cómo estás hoy! ¡¿Puedes dejar de escupir, Laia?! —exclamó Cata. Entonces se hizo el silencio Y pareció procesar lo que había escuchado—. Espera… ¡¿QUÉ HAS DICHO?!

Capítulo 47

Scott



Ahora sí que puedo morir en paz.
Porque lo tengo todo.

—¿Se puede saber qué era tan importante para hacer que Emilie dejara su posición y poner en riesgo la infiltración?

Estaba cabreado, Justin se había pasado por el forro de los cojones una de las reglas más básicas de infiltración y no saber por qué me ponía de peor humor. Confiaba en él a ciegas, pero no tener el control de las situaciones me resultaba muy difícil y más en casos como ese.

Más en concreto, cuando Nina estaba involucrada.

—Todavía no lo sé. Respira, mastodonte.

Usó un tono cargado de indiferencia que no me gustó ni un pelo. No podíamos actuar sin más. Y menos a espaldas el uno del otro.

—¿Perdona?

Me pellizqué el puente de la nariz, tratando de calmarme.

—Estoy seguro de que hay algo, joder. Tiene que haber algo y no podía averiguarlo yo solo. Necesitaba que me ayudara con unos archivos.

Asentí, algo menos nervioso. Cabrearme y alzar la voz no me iba a aportar nada bueno. De hecho, todo lo contrario.

—Escúchame, te acuerdas de que le robé la contraseña de los archivos clasificados a papá, ¿verdad?

—Por supuesto y tú sabes que, como se entere, te corta las pelotas, ¿no?

Me puso la mano en el hombro sonriendo con suficiencia. Estaba orgulloso de sí mismo.

—Eso no va a pasar, hermanito.

—¿Cómo estás tan seguro?

Ignoró mi pregunta con un gesto de indiferencia, estaba confiando en que no había dejado ningún rastro a su paso.

—Vamos a ver… —dijo cruzándose de brazos—. La cosa es que, dentro de la carpeta de archivos clasificados, donde encontramos lo de los ingresos sospechosos, hay también archivos cifrados.

—¿Y qué se supone que…?

—No lo sé.

La cosa era cada vez más extraña. ¿Por qué iba a tener mi padre archivos cifrados sin que nosotros, los supuestos herederos de la compañía, lo supiéramos? A no ser que…

—Por eso le he hecho venir a Emilie. Ni tú ni yo tenemos ni puta idea de cómo abrirlos, pero ella sí.

—Esto es una locura, Justin. Una jodida locura. —Chasqueé la lengua.

Me llevé las manos a la cabeza. Me revolví el pelo y di un par de vueltas por la zona de control antes de empezar el siguiente tema.

—Tengo que contarte algo —dije.

—Dispara.

El semblante de mi hermano se puso serio y frío como un témpano de hielo.

—Me he pasado toda la noche revisando archivos con los huevos de corbata por si Nina me descubría…

—¿Y?

—Tenemos que largarnos de aquí cagando hostias.

No me preguntó por qué. En lugar de eso, Justin empezó a trazar una nueva ruta en la pantalla. Se dispuso a prepararlo todo para salir del puerto cuanto antes. Me coloqué a su lado, agradeciendo que no se lo cuestionara ni por un segundo. Que confiara en mi palabra tanto como en la suya propia. Nos entendíamos bien, tanto en el campo de trabajo como en el mar.

—He estado investigando los movimientos bancarios —continué mientras trabajábamos codo con codo—. Tenías razón, Hovland Security ha estado recibiendo dinero sucio del narcotráfico. Lo que averiguaste de las lanchas de droga sin sospechosos y los ingresos recurrentes a la compañía… Las fechas coinciden, pero hay más. ¿Tú sabías que tenemos un almacén en Sicilia?

—¿En Sicilia?

Justin frenó en seco intentando digerir la información que le estaba dando. Él era muy de mapas mentales. Casi podía ver cómo le giraban los engranajes de la cabeza.

—Bueno, digo «tenemos» porque lo paga la empresa, pero adivina a nombre de quién está…

Justin suspiró. Volvió a la faena de trazar la ruta en la pantalla mientras yo preparaba el resto de las cosas del cuadro de mandos.

Paró un segundo para mirarme. Hizo un primer intento a la desesperada.

—¿De papá?

—Piensa a lo grande, hermano…

—¡Yo qué sé, Scott, suéltalo ya hostias!

Hice un gesto con la mano.

—Cormac Hunter.

—Tienes que estar de coña. Dime que es una maldita broma.

—¿Tengo pinta de que bromearía con algo así? Hovland Security le está pagando un almacén a Cormac Hunter en Sicilia. Y Cormac Hunter le está pagando millones a Hovland Security.

Mi voz era dura y seria, por la gran rabia y preocupación que sentía.

—Y por tu cara de culo, deduzco que has averiguado lo que hay ahí, ¿me equivoco? —respondió él un tanto brusco.

Le guiñé un ojo, estaba orgulloso de mi trabajo y de que me conociera tan bien.

—Es un almacén de barcos, veleros, lanchas… Ha comprado de todo, Justin.

—No tiene ningún sentido. ¿Para qué los querría? ¿Y qué tiene que ver la empresa con todo esto, hostias?

—Tengo varias teorías, como que esos barcos, lanchas y demás son los que usan para el narcotráfico. Es probable que los tengan sin registrar y por eso no hay culpables sobre la mesa. Pero sigue habiendo cosas que no me cuadran.

Asintió.

—¿Y eso que tiene que ver con irnos de aquí? —preguntó.

Fastidiado, me aparté de la zona de control me dirigí a la barandilla y apoyé los antebrazos sobre el metal frío. Traté de respirar con normalidad, contemplar el mar y relajarme. Pero no pude, y cada vez el aire entraba a mis pulmones de manera más irregular.

No me importaba que Justin me viera así, perdiendo los estribos. Era muy poco profesional por mi parte, pero era mi hermano de quien estábamos hablando, no un subordinado más. Se acercó a mí y me colocó las manos sobre los hombros para que me centrara en él, tratando de ayudarme a respirar.

—Scott… Sé que es muy difícil, pero ella está aquí. Está bien, ¿vale? Tranquilízate y dímelo. —Me seguía costando que el aire me entrara con normalidad.

—Que mi barco salió de allí —admití—. Según el número de serie y especificaciones técnicas —me saqué el teléfono del bolsillo y le enseñé la captura de pantalla— el barco que me regalaron papá y mamá por los dieciocho salió del puto almacén.

Justin echó un vistazo a las fotos. Era todo tan raro… Estaba empezando a montarme historias que no me gustaban ni un pelo.

—Para un momento… Pero ¿no habías dicho que los demás no estaban registrados? ¿Por qué Bruma sí? —Me encogí de hombros, que el resto no estuvieran registrados solo era una suposición porque no había encontrado más información. Él afianzó el agarre sobre mis hombros—. Eso es una locura, Scott. ¿Quién iba a tener interés en nuestro barco? Vale que salió de ese almacén, pero han pasado años. Si hubiera algo raro, nos habríamos dado cuenta. ¿No crees?

Me tensé al escuchar sus palabras. No quería que se echase atrás porque solo no iba a poder con todo. Lo miré a los ojos con un gesto firme y serio.

—No tengo ni puñetera idea de qué problemas puede acarrear eso. Pero Nina está aquí, en un barco que salió del puto almacén del loco de su exnovio. Que puede que trabaje con nuestro padre. El mismo tipo que te pegó un tiro y mató a Julia, la amiga de Nina, a sangre fría delante de nuestras narices. Nada de esto me da buena

espina y, cuanto menos tiempo estemos en el mismo sitio, mejor. Me siento más tranquilo así, joder.

—Espera, espera… ¿has dicho que Julia era amiga de Nina?

Consciente de que se me había olvidado contarle ese detalle, empecé a hablar:

—Sí. Se conocieron en la universidad y no sé por qué, pero Cormac la mató delante nuestra.

—Joder, Scott… —se pasó las manos por la cara, agobiado.

Traté de bajar la voz todo lo que pude para que las chicas no me escucharan.

—Justin, tenemos que irnos.

—Scott, piensa las cosas en frío, ¿vale? No tenemos nada que nos indique que el barco esté siendo rastreado o algo por el estilo.

—Si fuera Catalina la que estuviera en el lugar de Nina, ¿qué harías tú, eh?

No quería perder los nervios, pero la realidad era que estaba siendo muy complicado. Aun así, vi la decisión en su mirada.

—Ve y diles a las chicas que nos vamos —aceptó—. Yo aviso a Emilie.

Le sonreí con una mirada cómplice, agradeciéndole que, como siempre, se metiera en la boca del lobo conmigo sin temer las consecuencias.

Capítulo 48

Scott



¿Por qué nunca había paz?

Dejé que Justin marcara la ruta que quisiera. Lo cierto era que me daba igual a dónde fuéramos con tal de seguir en movimiento.

Justin eligió un pueblo costero, de esos con un casco antiguo medieval. Íbamos a tardar en llegar, pero eso era lo último que me importaba. Miré un par de fotos en internet y me dejé sorprender por lo bonito que era. Parecía sacado de una película. A Nina le iba a encantar.

Quería hablar con Nina sobre el caso Hunter, contarle lo que sabíamos a pesar de que fuera una investigación secreta. Al fin y al cabo, ella formaba parte del caso de una manera que todavía me tenía algo descolocado. También formaba parte de mi vida y no quería ocultarle nada. Más allá del miedo que pudiera darme ser responsable del peligro, la realidad era que Nina ya estaba en peligro.

El problema era encontrar el mejor momento para decírselo.

Cuando decidí tomar el timón, mi hermano me cedió el mando sin rechistar. Prefería ser yo quien estuviera al mando de la navegación y pensé que Justin estaría cansado después de pasar la noche en ese sofá cama.

—¿Puedo?

Nina entró en la zona de control.

—Debes —respondí con ganas.

Sabía que ella pensaba que navegar a solas era lo que más paz me daba. De lo que no parecía darse cuenta era de que lo que en realidad me daba paz era tenerla a mi lado. Le hice un gesto para que se acercara. ¿Sabía Nina que lo que mejor me hacía sentir era que se colocara en mi espalda y me rodease con los brazos?

Me coloqué la gorra roja hacia atrás, mientras ambos nos reíamos, y unas gafas de sol que le cogí prestadas a Justin. Así, salimos del puerto. En cuanto escuché el potente ruido del motor, sentí un alivio tremendo y supe que estaba haciendo lo correcto.

Si huir era la solución para poner a Nina a salvo, pensaba recorrerme el planeta entero una y otra vez.

Capítulo 49

Nina



De repente, una nueva ventana de oportunidades se abría a mi paso.

Me ofrecía una nueva y lluviosa vida.

Me quedé sin palabras cuando vislumbré el pueblo. Vi la costa y las murallas medievales. Era una combinación preciosa.

A esas alturas, podía afirmar con total seguridad que el mar era mi refugio y no me importaba pasar horas y horas en el barco navegando, pero el pueblecito costero me robó el corazón. Para ser sincera, creo que llegamos más tarde de lo que me hubiera gustado. A pesar de que era verano y anochecía tarde, se notaba que el sol había caído y que nos habíamos perdido un espectáculo de luz. Aun así, las vistas desde el puerto no se quedaban atrás.

Allí arriba, la muralla medieval estaba iluminada con luces artificiales. Aunque fuera un reclamo turístico, para ser sincera, creaba un clima mágico.

Poco después de amarrar el barco, decidimos salir a disfrutar de todo lo que el pueblo podía ofrecernos. Le robé algo de ropa a

Catalina: unos tacones de color rosa pastel y un vestido largo blanco. Me apetecía arreglarme y yo no tenía ropa. Con la llegada de mis hermanas, al final no había ido a comprarme nada. Podría haberlo hecho cuando Scott y yo fuimos al hotel, pero estaba ocupada con cosas mucho más importantes… como no llevar ropa.

Después de una charla de varias horas en el camarote y de que Cata se desahogara sobre lo de Justin, yo les conté todos y cada uno de los planes que había hecho con Scott. Y, cuando nos dimos cuenta, estábamos saliendo de Menorca.

Admiraba a mi hermana mayor por su paciencia, por todo el amor que nos mostraba a Laia y a mí, por cómo se preocupaba por nosotras siempre, por su esfuerzo y por su capacidad para encontrar soluciones para todo. Pero el orgullo era su perdición. Tal y como yo lo veía, era demasiado orgullosa como para volver a dejar que Justin entrase de nuevo en su vida. Más pronto que tarde, ese orgullo y sus roces iban a acabar dejando cicatrices.

En cuanto a mi decisión de mudarme a Edimburgo, no me sorprendió la respuesta unánime de alegría. Sabía que mis hermanas iban a ser felices siempre y cuando yo lo fuera. Pese a la distancia, claro. Pero ellas sabían tan bien como yo que después de todos estos años, dejar el pueblo atrás iba a ser un soplo de aire fresco muy necesario en mi vida.

Esa noche, los cinco salimos del barco en grupo. Habíamos decidido dar una vuelta y buscar un sitio acogedor para cenar.

Scott enlazó sus dedos con los míos.

—Estás preciosa, ojos claros.

La sonrisa socarrona que se dibujó en su cara no me pasó desapercibida.

—¿Tú crees? —dije curiosa.

Con un movimiento rápido, me hizo girar en el sitio. Quedé contra su pecho, con su mano sobre la cintura, y la otra sobre la mejilla. Nuestros labios quedaron a una distancia ridícula.

—No es que lo crea. Es una afirmación. Estás y eres preciosa.

Un escalofrío me recorrió todos y cada uno de los rincones del cuerpo. Sentí unas ganas incontrolables de besarlo. Y, tras un instante, me di cuenta de que podía hacerlo.

Atrapé su labio inferior entre los dientes, con un poco más de fuerza de lo normal, pero no escuché ni una sola queja por su parte. Al contrario, me dejó ver esa preciosa sonrisa suya. Me apretó más contra su cuerpo, y me besó con más intensidad, buscándome con ansia.

A pesar de la efusividad del beso, pude escuchar algunos resquicios de la conversación que tenía lugar unos metros por delante de nosotros.

—Nunca he visto a mi hermano querer tanto a alguien —dijo Justin—. ¿Habéis visto cómo la mira?

Scott también lo escuchó, porque separamos nuestros labios a la vez y nos sonreímos con los ojitos brillantes.

—Dudo de que tú conozcas ese sentimiento.

Nos giramos nada más escucharlo y empezamos a caminar con paso rápido hacia ellos. «Hora de intervenir», pareció que pensáramos a la vez.

—¿Y eso por qué? Si se puede saber.

Justin usó un tono sarcástico que hizo que mi hermana saltara:

—Porque eres un trozo de hielo. Tú no sientes ni padeces, solo estás hueco por dentro. No hay que mirarte mucho para darse cuenta.

Fue Laia la que intervino por una vez.

—¡Catalina!

No pude evitar desviar la mirada hacia Justin. Llegué a tiempo de ver que su mirada se apagaba de golpe.

—Podremos haber hecho las cosas mal —soltó—. Los dos. Podré haberme portado como un capullo los últimos meses, pero cuando te des cuenta de lo equivocada estás, Catty Cat, entenderás lo injusto que es que digas eso.

No le dio oportunidad de responder. Justin aceleró el paso. Miré primero a Cata, diciéndole con la mirada lo dura que había sido, y después a Scott. Me asintió como respuesta a una pregunta que no le había hecho, pero entendió a lo que me refería.

—¡Justin! ¡Espera!

Eché a correr y lo alcancé como pude.

—¡Espera…! Los tacones —supliqué—. Espera.

Justin me miró de soslayo y al final cedió en ayudarme a caminar. Yo lo miré desde abajo, con cuidado.

—No se lo tengas en cuenta, está muy dolida con lo último que os pasó…

—¿Y te crees que yo no, Nina? —soltó frustrado—. La conozco y sé que actúa así por miedo a enfrentarse a lo que siente. Ataca para protegerse. Pero eso no lo hace más fácil, ¿sabes?

Escuché con atención, caminando a su lado por las calles empedradas. Justin me había ofrecido un brazo para ayudarme a caminar por el suelo empedrado y eso nos lo ponía más fácil para hablar de todo eso un poco más en secreto.

—Vale que hemos tenido idas y venidas durante años —confesó— y que no hemos sabido hacer las cosas bien… Admito mi parte de culpa. Pero esto es pasarse. Ni siquiera era consciente de lo que ocurrió en el hospital, ¿sabes?

Le lancé una mirada comprensiva.

—Solo sé la versión de Cata —admití—. Me gustaría que algún día pudieras contarme la tuya. Tú también eres parte de mi familia, Justin. Te voy a escuchar.

—¿Me prometes una cosa antes?

Asentí, algo extrañada. Parecía serio.

—Claro.

—No vuelvas a separarte de mi hermano. Te lo pido como favor personal, Nina.

Lo miré pasmada. No me esperaba estar escuchando algo así de Justin. Sonaba serio y me resultó raro, porque él siempre hablaba entre broma y broma.

—No lo he visto tan destrozado como cuando os separasteis y no quiero volver a verlo así. Te quiere de una manera descomunal —añadió—. Y lo entiendo. Eres todo para él, sé lo jodido que es que te arrebaten ese amor de golpe. —Agachó la cabeza—. Os merecéis vivir vuestra historia de una vez por todas.

—Tranquilo. —Sonreí con algo de vergüenza—. No entra en mis planes que nuestros caminos vuelvan a separarse.

Me revolvió el pelo, como si fuera su hermana pequeña. En cierto modo, lo era.

—Me alegro, cuñada.

En ese momento, me di cuenta de que quizá, para Justin, llamarme «cuñada» no siempre había tenido que ver con Scott.

Escuché con atención su historia. Empezó a contarme su versión de lo ocurrido con Cata. Me dio detalles que no conocía y pude entender mucho mejor cómo se había sentido él en todo ese tiempo. Entendí las dudas que había tenido y el modo en que eso le había afectado. Por como hablaba de ello, era obvio que estaba enamorado hasta las trancas de Catalina. Por eso mismo, me

prometí a mí misma que haría lo que estuviera en mi mano por que ellos también pudieran vivir su historia algún día.

Tras el paseo, encontramos un sitio precioso para cenar. Era un restaurante con suelo empedrado, toldos azules, plantas y flores por todos lados. Estaba en la parte más alta del pueblo, en una pequeña colina. Veíamos el mar a lo lejos, oscuro a estas horas. Un techo de madera nos cubría las cabezas. La iluminación era cálida y le daba un ambiente íntimo. Era uno de los sitios más acogedores y bonitos en los que había estado.

Cenamos de picoteo unas raciones para compartir. Para sorpresa de todos, Cata y Justin no volvieron a enzarzarse después de lo que había ocurrido. Pero conocía a mi hermana a la perfección y sabía que, una vez pasado el momento de tensión, ella no iba a dejar de darle vueltas jamás. Laia me dedicó una mirada y deduje que ella también se había dado cuenta.

Tras dar tumbos, y como no encontramos ningún sitio en el que poder dormir Scott y yo, no nos quedó otra que hacer lo imposible para caber todos en el barco.

La conversación nos llevó a todos a la zona de control, donde había varios sillones. Charlamos sin más. Pero no me pasó desapercibido que Cata se sentó al lado de Justin, como si no tuviera importancia, mientras a él le resultaba complicado esconder la sonrisa. Sabía que estaba arrepentida y, si algo bueno tenía Catalina, era que, a pesar de su orgullo, siempre reconocía los errores y se disculpaba, aunque le costara. No me cabía duda de que, tarde o temprano, hablaría con Justin.

Quizá era solo cuestión de tiempo que su orgullo le dejara ver lo demás.

Así, apoyada sobre el pecho de Scott sus dedos trazando pequeños círculos sobre mi cabeza, rodeada de toda mi familia, me

di cuenta de lo afortunada que era, y quise quedarme a vivir en este instante para siempre.

Capítulo 50

Scott



¿Por qué no era capaz de reaccionar?

Estaba durmiendo como el culo. La caballerosidad de dejar dormir a las hermanas Marín en la cama grande me había llevado a compartir el sofá cama con Justin y estaba convencido de que iba a ser mi fin, porque me estaba dejando la espalda hecha un cuadro. Pero lo que de verdad me reventaba de todo el asunto era que tenía el codo de Justin clavado en las costillas.

—Me cago en tu puta madre que es la mía… ¡Justin! —Lo empujé —. Intenta dormir como un maldito palo y no te muevas tanto, hostias.

Solo recibí un gruñido como respuesta.

—Que te den a ti también —mascullé.

Debían de ser eso de las cinco y media de la mañana cuando, harto de compartir el estrecho sofá cama, cogí un par de mantas que guardaba en uno de los armarios y me subí a las tumbonas del

camarote. Antes, me acerqué a la cama grande, cogí a Nina en brazos y, con cuidado de no despertarla, me la llevé. Por suerte, estaba durmiendo en una de las esquinas y no en el medio.

Me negaba a empezar el día sin despertarme a su lado.

La coloqué sobre la tumbona más ancha, la tapé bien para que no cogiera frío, y me acomodé a su lado, mientras la abrazaba para sentirla aún más cerca. Sí, con el suave sonido de las olas de fondo, ese frescor tan agradable de la madrugada y Nina entre los brazos, conseguí volverme a dormir.

Varias horas después, cuando el sol cobró fuerza, noté contra el pecho ese peso que conocía tan bien. Nina estaba apoyada sobre mí, casi con toda la cabeza cubierta por las mantas y más a gusto que nadie. Recorrí su largo pelo dorado con los dedos, guardándome cada uno de estos pequeños detalles conmigo.

Acerqué mis labios a su frente y le di un beso suave de buenos días mientras empezaba a revolverse.

—¿Así que ahora eres aficionado a secuestrarme de madrugada, Hovland?

Qué sexy sonaba su voz recién levantada. Se incorporó despacio, se colocó encima de mí y me rozó los labios con los suyos.

—¿Qué te voy a decir? Te prometí que no volvería a haber una sola mañana en la que no nos despertásemos juntos, ¿no?

Nos reímos, incapaces de contener las ganas de besarnos de nuevo.

Sin embargo, no duró mucho, porque un golpe seco nos sobresaltó de repente. Cubrí a Nina con mi cuerpo, aunque todavía no sabía de qué se trataba. Escuché que alguien subía deprisa las escaleras que conectaban la popa del barco con la cubierta y me preparé para lo peor.

—¡Scott, lo tengo!

Mierda. Emilie era una profesional de los pies a la cabeza, pero que rompiera la infiltración y de esta manera tan escandalosa solo podía traer malos presagios.

—¿Emilie? ¿Qué cojones estás haciendo?

Nina me miró extrañada. La entendía, joder. Yo también me quedaría así si un tío entrase con las prisas con las que había irrumpido ella en el barco.

Emilie se acercó a donde estábamos sin que le importar lo más mínimo la presencia de Nina. Cada uno de sus movimientos desprendían nerviosismo y eso me acojonó. Ella sabía mantener la calma hasta en los momentos más chungos.

Reconocí las pisadas de mi hermano subiendo las escaleras que conectaban el camarote con la cubierta de dos en dos. Seguramente habría escuchado el inconfundible tono de voz de Ramírez.

—Hostias, Emilie… —Se llevó las manos a la cabeza—. ¿Qué mierda es esto?

El tono de sorpresa y desconcierto que teñía la voz de Justin era el mismo que yo había usado segundos atrás.

—Lo tengo —insistió ella—. Lo he conseguido.

Nina me agarró del brazo, extrañada, y me instó con la mirada a que le contara lo que pasaba. Antes de levantarme, la cogí por las mejillas y le di un pequeño beso en la nariz.

—Tranquila, cariño. Te lo voy a contar todo, ¿vale?

—¿Contarme qué, Scott? ¿Qué está pasando y quién es esta chica?

No era plan de gritar a los cuatro vientos quién era Emilie. Así que le aparté un mechón de pelo detrás de la oreja para decirle al oído:

—Trabaja para nosotros y está infiltrada.

Parecía que los ojos se le fueran a salir de las órbitas. Por supuesto que no se esperaba esa respuesta. Le di otro beso, esta

vez en los labios. Después, me levanté de la tumbona, la cogí de la mano y me la llevé conmigo. No pensaba perderla de vista ni un segundo.

Acerqué a Nina hasta Justin y Emilie, que parecía al borde de un ataque de nervios.

—Emilie, tranquilízate y cuéntanos lo que sepas.

Suspiró y empezó a hablar.

—Los archivos cifrados que me encargó Justin —dijo—. Me ha costado un riñón y medio romper el código, pero los he abierto.

Sacó la tablet que traía consigo y nos la tendió para enseñarnos lo que se escondía en esos documentos.

En uno de ellos, había una larga lista de fechas y lugares. Enseguida pude apreciar que jamás se repetían, era un viejo método para no dejar rastro. Una lástima que hubiéramos aprendido todos esos sucios trucos del hombre que los estaba usando.

Apreté con más fuerza la mano de Nina para tratar de transmitirle toda la calma y seguridad posible.

—Se van a reunir mañana por la tarde, en Mónaco —dijo Emilie. Justin y yo alzamos la cabeza a la vez—. Vuestro padre y Cormac Hunter.

Solo era capaz de sentir un frío helado recorriéndome de la cabeza a los pies. Esos documentos eran un listado de todas las veces que nuestro padre se había reunido con esa gentuza. Así que eso solo confirmaba que, después de todo, era verdad. Se había vendido al otro lado.

¿Por qué? ¿Por dinero? Se había dejado atrapar por esas tóxicas redes. De pronto, sentí como si no conociera a ese hombre de nada. Sentí como si el padre que había estado a mi lado durante toda mi vida, el que me había enseñado a montar en bicicleta y nos había animado a dar el cien por cien de nosotros por ese trabajo, el que

nos había inculcado la importancia de ayudar y proteger a los demás…

Ese hombre se había esfumado.

—¿Scott? —Solo la voz cargada de pánico de Nina fue capaz de sacarme de este trance—. ¿Cómo que tu padre y Cormac? No lo entiendo. ¿No se suponía que…?

—Tranquila, ojos claros.

La abracé con fuerza para ocultar mi propio dolor en el gesto.

—¿Qué está pasando?

Solo podía decirle la verdad. Tenía derecho a saberla.

—Aún nos falta mucha información, pero creemos que estás en peligro —le expliqué. Intenté que no se notara el miedo que sentía. Ella temblaba bajo mis brazos—. Tranquila, mi niña, no voy a dejar que nadie te ponga las manos encima.

—Nina… —Justin debió ver el miedo en su cara—. Emilie y yo tampoco lo vamos a permitir. Puedes estar tranquila, de verdad.

Las palabras de Justin me tranquilizaron más a mí que a ella. Podía notar que sus pesadillas, esas que había ido enterrando poco a poco, volvían a salir a la superficie para hacerle daño. Y, por más que la abrazase, no podía hacerlas desaparecer.

Le hice un gesto con la cabeza a Emilie para que siguiera informando a Justin de todo lo que había descubierto, pero decidí retirarme.

Sin romper el abrazo, subí con Nina a la zona de control. Busqué un rincón en el que poder estar a solas con ella y explicárselo todo. Nos sentamos en los sillones, uno al lado del otro, y empecé a contarle todo lo que sabíamos. Lo que habíamos descubierto sobre mi padre, el almacén en Sicilia, la obsesión de Cormac con Nina, y el maldito juego en el que se había convertido todo esto para él.

Cuando no me quedaba nada más que explicar, Nina me miró con una expresión helada.

—No pienso permitir que vuelva a destrozarme la vida —dijo.

El orgullo que sentí al escuchar esas palabras me hinchó el pecho. Mi chica era valiente, fuerte, inteligente, capaz de cuidarse ella sola y de anteponerse a cualquier cosa que se le pusiera por delante. No me cabía ninguna duda. Pero yo iba a estar a su lado para todo lo que necesitara.

—Te juro que no pienso parar hasta verlo entre rejas —le dije, estaba seguro de ello—. No va a ver un rayo de sol en lo que le quede de vida.

—Vamos a acabar con él.

Esa determinación en su voz era dinamita pura.

—Que no te quepa la menor duda, ojos claros.

Capítulo 51

Nina



Quien ya está muerto, no puede volver a morir.
Y eso era justo lo que pasaba. Por más que hiciera,
no iba a ser capaz de hacerme más daño.

En un abrir y cerrar de ojos, Cormac Hunter volvió a entrar en mi vida. Por la puerta grande, además.

Esta vez iba a ser distinto. Esta vez no iba a hundirme la vida. No pensaba permitirlo. Esta vez era yo la que iba a tener el control de la situación, la que iba a marcar límites y no se iba a dejar achantar ni humillar por nada. Y, si tenía que pelear con uñas y dientes, pensaba hacerlo.

Cormac Hunter estaba muerto para mí. Y a los muertos solo queda enterrarlos.

En cuanto Scott terminó de contarme todo, una determinación que no había sentido jamás se apoderó de mí. Sorprendentemente, me sentía más fuerte que nunca. Mi plan era que siguiera siendo así.

Mis hermanas se despertaron al poco y, a pesar de la insistencia de Scott y Justin, me negué a que les contaran nada. Decían que hablar de eso con ellas podría ser de gran ayuda para mí, pero la realidad era que primero necesitaba ordenar mis propios pensamientos. No tenía ni idea de cómo empezar a contarles lo que estaba pasando, porque tampoco estaba segura de haberlo entendido del todo.

Por eso, les pedí a los Hovland que actuaran con normalidad y que hiciéramos como si no pasara nada hasta que tuviéramos la situación más controlada.

Scott me contó que, una vez rota la infiltración, Emilie no podía volver a su posición. Que era demasiado arriesgado. Había venido para apoyarlos en la sombra, por lo que pudiera pasar. Pero una vez expuesta…

Así que, íbamos a ser seis en el barco. La verdad era que Emilie parecía agradable, aunque ya me había dado algo de cuenta de que también era un poco seria. Tenía el pelo castaño y tan corto como Laia y los ojos verdes. Era alta con complexión atlética y guapísima.

Algo que no supe descifrar recorrió la cara de Cata, como si la estuviera analizando con la mirada. Se acercó a mí y le indicó a Laia con un simple gesto que se acercara. En voz baja, nos dijo lo que sospechaba.

—A mí esta chica me suena de algo.

—Pero si la acabamos de conocer, Catalina.

Laia la miró como si estuviera loca.

—Os juro que yo la he visto antes —insistió—. ¿De verdad no os resulta familiar?

—Pues no, la verdad.

No sabía de qué conocería Cata a Emilie, pero tampoco estaba dispuesta a dejar que indagara demasiado. Al menos hasta que

supiera cómo abordar la situación. Quería proteger a mis hermanas de cualquier cosa relacionada con el negocio familiar de los Hovland. Ellas no se merecían verse envueltas en algo tan turbio y oscuro. Y en ese instante, el peso de lo que ellas hicieron años atrás, conmigo, con Scott, con la carta, cobró más sentido. Ahora las entendía mejor, porque yo misma quería evitarles cualquier tipo de preocupación.

Cuando les había contado lo de Cormac en su momento, me había ahorrado muchos detalles que pensaba que era mejor que no supieran. No quise cargarlas con esa información tan delicada y dolorosa, porque sabía cómo eran y cómo se hubieran sentido al escucharlo. Seguía pensando lo mismo. Si podía evitarles formar parte de esto, pensaba hacerlo. No les mentí, simplemente me guardé ciertas cosas para mí.

Pero en este momento parecía que esa decisión había vuelto para explotarme en la cara. ¿Por qué siempre que parecía que todo volvía a estar bien el camino volvía a torcerse?

Capítulo 52

Scott



Dicen que la familia es lo primero, pero...
¿qué se hace cuando tu propia sangre te da la espalda?

No sabíamos el motivo exacto por el que nuestro padre, Jack Hovland, se iba a reunir con Cormac en Mónaco. Una parte de mí todavía quería aferrarse a la esperanza de que quizá estaba infiltrado y recabando información para desmantelar lo que, basándonos en la poca información que teníamos, parecía una red de narcotráfico. Pero, con cada detalle que descubríamos, menos me gustaba el panorama que se planteaba.

Justin opinaba lo mismo.

—¿Qué piensas hacer?

Nos subimos a la zona de control para hablar más tranquilos. Al fin y al cabo, a nadie le gusta que escuchen los trapos sucios de su familia.

Y yo me sentía avergonzado de compartir sangre con alguien así.

—¿Yo?

Apoyé los antebrazos sobre la barandilla y contemplé el ancho y azul mar. Como si eso me fuera a calmar.

—Hasta donde yo sé… mi hermano pequeño sigue siendo el jefe.

Le lancé una mirada asesina.

—Esto no va de jefes ni rangos, Justin. Ni de que uno u otro dé las órdenes. Estamos hablando de nuestro padre y de un posible caso de corrupción.

—Deja de suponer, Scott. Sabes tan bien como yo lo que ocurre, pero lo que pasa es que no tienes los huevos para decirlo en voz alta, porque eso lo hace real y acojona.

Me giré de sopetón y me encaré a él.

—¿Y qué pasa con la presunción de inocencia?

—¡Por favor…! ¡No me seas ingenuo! Hay dinero de por medio. ¿Qué digo dinero? ¡Millonadas! —Suspiró—. Papá está pringado hasta las cejas y, si no hacemos nada, nos va a arrastrar con él.

Usó un tono serio y sarcástico, cosa que resumía la situación a la perfección.

Era como estar atado de pies y manos. Estaba en un estado de negación constante y me costaba razonar. ¿Cómo podía estar pasando algo así? ¿Cómo no nos habíamos dado cuenta antes? No había habido ningún movimiento sospechoso que nos hubiera hecho dudar y eso me estaba matando por dentro. Me consideraba un gran profesional, con la mente fría y un gran estratega, pero todo eso nos había pasado por delante de las narices. Ni siquiera lo habíamos visto venir.

—Vamos a prepararlo todo —dije con frialdad—. Nos vamos a Mónaco.

Necesitábamos abrir una investigación paralela. Y no pensaba parar ni conformarme hasta conocer la verdad y nada más que la

verdad.

—¿Y qué vamos a hacer? —escupió Justin—. ¿Presentarnos en la reunión como si nada? Aparecemos por allí en plan: «¡Hola, papá! Verás, resulta que nuestra invitación al evento de narcotraficantes del año se quedó rezagada en una de tus lanchas y, como no queríamos faltar, hemos decidido venir a hacerte una visitilla». —Negó con la cabeza, exasperado—. Por favor, Scott… hay un poco de plan en tus lagunas.

—Precisamente, hermanito. Eso es justo lo que vamos a hacer. —Le coloqué una mano sobre el ancho hombro—. Nos vamos a presentar allí, como si nos interesara formar parte de lo que sea que se lleven entre manos. —Y marcando cada una de las palabras, añadí—: Lo que sea. ¿Me oyes? —pregunté, a pesar de que sabía la respuesta—. Vamos a jugar sus mismas cartas, vamos a ponernos una máscara y vamos a mostrar un interés desmedido en formar parte de ese mundo.

Dibujó una sonrisa juguetona.

—Los vamos a cazar desde dentro —corroboró.

—Exactamente.

Intercambiamos una mirada cómplice.

—Vamos a sacar a relucir el duro entrenamiento de estos años. Vamos a usar las mismas técnicas y armas que nos dio papá contra él, y vamos a averiguar qué cojones está pasando.

Mi hermano y yo éramos un equipo. Uno de esos que no se rompen. Un dúo épico que iba a dar uno de los golpes más duros de su vida. Mentiría si hubiera dicho que no me dolía, que no me afectaba pensar que mi padre estaba de por medio. Pero Justin tenía razón: con tales cantidades de dinero sobre la mesa, la cosa no solía terminar bien. El problema era que, en ese caso, la mezcla de dinero sucio y familia era nuestra. Nuestra familia y nuestro dinero sucio.

Pero si algo éramos mi hermano y yo era profesionales. No íbamos a permitir que ese caos campase a sus anchas, por muy nuestro que fuera. En su momento, me había prometido arriesgar la vida por proteger la de los demás y eso era precisamente lo que iba a hacer, aunque se tratara de mi propia familia.

Por supuesto, tampoco podía olvidar que Cormac Hunter también formaba parte de la ecuación. Y era cuando menos inquietante la relación que parecía haber entre esos dos. ¿Desde cuándo? ¿Dónde se habían conocido? ¿Y cuál era el verdadero motivo que había tras ese acuerdo?

No quería que Nina formase parte de todo eso ni que viera la mierda tóxica que había detrás de cada caso. La quería a salvo y lejos del loco de su ex, pero también le había hecho una promesa: que no me volvería a separar de ella.

Y romperla… Dejarla tirada en este pueblo, lejos de casa, no era una opción.

Por otro lado, ella se negaba a contarle a sus hermanas la situación y la entendía. Si podía evitarles esa angustia, lo iba a hacer. Y aunque eso implicase que yo tenía que mantener la boca cerrada, me iba a asegurar de que sintiera que no estaba sola en esa decisión. Me iba a asegurar de que me sintiera a su lado a cada paso que diera.

Yo iba a estar ahí, velando por ella, y me iba a encargar personalmente de que no le pasase nada.

Con esas, pusimos rumbo a Mónaco, con nuestra mejor cara, pero acojonados por lo que fuera que nos íbamos a encontrar.

Capítulo 53

Nina



¿Cómo consigues que tu corazón vuelva a bombear sangre después de algo así? ¿Cómo se consigue olvidar?

El sol estaba cayendo para cuando llegamos a Mónaco.

Cuando Scott me puso al día, ni se me pasó por la cabeza no acompañarlo. A esas alturas, separarme de él no era una opción. Al fin y al cabo, ya habíamos aprendido esa lección. Estar separados no nos traía nada bueno. Él lo pasaba mal. Yo lo pasaba mal. Era mejor que nos mantuviéramos unidos. El dolor que nos causaba estar lejos el uno del otro era demasiado y no estaba dispuesta a arriesgarme. Por eso, aunque era muy consciente de que no podía ayudar en la acción, sabía cuál era mi papel.

Para ello, necesitaba un rato a solas. Tenía que volver a enfrentarme al pasado. Una vez más. Y esta vez no pensaba rascar solo la superficie. Esta vez iba a abrirme en canal, desgranar cada día, cada segundo y cada detalle de mi vida con Cormac Hunter.

Si alguien lo conocía bien, esa era yo. Si para detener lo que fuera que se traía entre manos y que le hiciera más daño a cualquier otra chica tenía que enfrentarme a mis heridas y desangrarme en el proceso, lo iba a hacer sin dudarlo.

Me bajé al camarote en busca de silencio. Encendí la cafetera despacio, como si mi vida fuera una película en cámara lenta. Saboreé cada detalle mínimo y ridículo, apreció lo afortunada que era, a pesar de todo. Llené la taza hasta arriba y, a pesar del miedo que me daba, del horror que me causaba recordar lo que había vivido con aquel monstruo, hice el esfuerzo. Cogí papel y boli y me senté a escribir todo lo que recordaba de mi vida con Cormac.

Todo.

Quizá cualquier mínimo detalle podía ayudarles a detenerle.

Desde el color de sus ojos verdes hasta la ira en su mirada. Cada uno de sus prontos. Las cosas ridículas que le hacían estallar y cómo actuaba en cada una de esas situaciones. Que siempre gritaba antes de preguntar. Cómo reaccionaba ante situaciones de estrés. Los que recordaba que eran sus lugares favoritos, sus manías más raras e incluso sus obsesiones.

El papel blanco se llenó de tinta negra. Escribí y, con ello, vi los borrones y las manchas de mi vida. Pensé de nuevo en que jamás debería haber permitido que me tratara como me trató. Ese chico se había cruzado en mi vida para arruinar un tiempo que podría haber sido maravilloso. Pero, y eso era lo peor, quería volver a intentarlo. Quería un segundo asalto.

No lo iba a permitir.

Esta vez, sería yo la que destruiría a Cormac Hunter. De verdad.

Cuando llevaba unos tres folios escritos por delante y por detrás, el sonido de un mensaje me sobresaltó.

Era un número que no tenía guardado, y una larga y extraña combinación de números y letras que no reconocía y se iba actualizando por segundos. Sin embargo, tras observarlo durante un instante, viendo que los números danzaban de arriba a abajo, cambiando y modificándose sin sentido alguno, me di cuenta de que seguían un patrón.

Mi cabeza hizo clic.

La nota de la habitación de hotel.

Con un movimiento rápido, le quité la funda al móvil y cogí el papel aplastado. Lo coloqué al lado de la pantalla para verlos al mismo tiempo y vi que los números del móvil iban cambiando y los del papel permanecían intactos.

Sin embargo, poco a poco, fueron cambiando más despacio, hasta que se detuvieron por completo. El mensaje dejó de actualizarse, en el preciso instante en el que el barco entró a puerto, y se quedó quieto por completo.

Entonces caí en la cuenta.

En ese instante comprendí lo que había sido tan imbécil de ignorar hasta ahora. Coordenadas.

Nos habían estado rastreando.

«Joder».

Como un resorte, me levanté a toda velocidad y corrí hacia la cubierta para avisar a Scott. Él sabría qué hacer.

—¡Scott…! ¡Scott! Tienes que ver esto, yo…

Levanté la vista, y un frío que no había sentido en mi vida me recorrió de la cabeza a los pies.

«No, no, no».

—A ti te estaba buscando yo…

Había seis personas vestidas de negro en el barco, una por cada uno de nosotros. Scott, Justin, Laia, Catalina y Emilie estaban de pie,

con las manos levantadas y una pistola contra la sien. Todos y cada uno de ellos.

Las mejillas de Cata estaban húmedas por las lágrimas.

Alcé la vista para verle bien la cara. Mi mundo se vino abajo cuando vi que había una última pistola apuntándome a mí.

—¿Guille…?

Me pellizqué con disimulo la muñeca, como si con ello pudiera despertarme. Pero no era una pesadilla, ¿no?

Era Guille de verdad.

Busqué a Scott con la mirada, presa del pánico. Estaba aterrorizada. ¿Qué se hacía en una situación así? La gente a la que más quería tenía una pistola en la nuca. Alguien me estaba apuntando a mí. No, alguien no, Guille. El que un día fue mi amigo me apuntaba a mí directamente. Y, aunque tenía miedo, Scott me guiñó un ojo y sonrió de medio lado. Ese gesto que él sabía que tanto me gustaba, porque cuando lo hacía, le asomaban los hoyuelos y yo sentía una calma impresionante.

Sin embargo, esta vez no funcionó.

Solo era capaz de pensar en que Scott tenía razón.

Él me avisó de que Guille no le daba buena espina.

—Nina, por favor, no me pongas las cosas más difíciles de lo que ya son —dijo Guille, acercándoseme con unos pasos que se me antojaron gigantes.

Su voz no era lo dura que esperaba y eso me descolocó.

—¿Qué es todo esto?

—¡CÁLLATE! —gritó y escucharlo hizo que me sobresaltara.

No quería hacer ningún movimiento brusco, porque a cada segundo estaba más cerca de mí y, por ende, también lo estaba el arma. En cuanto se acercó lo suficiente, noté el frío cañón de la pistola contra la piel del pecho y pensé que iba a morir.

Lo pensé de verdad.

—Aléjate de ella o te juro que lo lamentarás durante el resto de tu vida.

La voz dominante de Scott llamó la atención de Guille. Este alzó la cabeza hacia el tío que tenía cogido a Scott y le hizo un gesto con la cabeza. Ese hombre le propinó un golpe seco en las rodillas que hizo que cayera al suelo. El sonido de su cuerpo chocando contra el suelo de madera se me clavó en el centro del pecho. Acto seguido, le colocó la pistola en la cabeza. Él no dejó de buscarme con la mirada en ningún momento.

Tenía que hacer algo.

—¡No! ¡Scott! ¡Por favor, Guille, para esto!

Se dio la vuelta tan rápido que, cuando me dio una bofetada, casi ni me di cuenta. No me di cuenta hasta que sentí el horrible cosquilleo en la mejilla. Por encima del pitido de los oídos, escuché los gruñidos de Scott, que trataba de zafarse del tío ese.

—Eres hombre muerto, gilipollas —amenazó Scott.

Clavé los ojos en él y sentí un nudo en el pecho al comprobar que seguía en el suelo. ¿Por qué estaba en el suelo? ¿Por qué nos hacían esto? Guille lo ignoró y se centró en mí.

—Te he dicho que me lo pusieras fácil, Nina… —se quejó Guille—, pero te lo voy a repetir por si no te ha quedado lo suficientemente claro. Pórtate bien. Pónmelo fácil, rubia. O las cosas van a acabar muy pero que muy mal.

Dejé de sentir el frío de la pistola en el pecho y lo noté en la sien.

Miré a mis hermanas, su cara rota de miedo y dolor, y no pude evitar que un pinchazo de culpabilidad me atravesara el pecho. Justin no le quitaba ojo a Catalina, pero ni él ni Emilie parecían sentir ni una sola emoción. Mantenían la calma y la entereza con clase. Y si Emilie se le parecía en lo más mínimo, eso solo significaba

que estaban analizando la situación para contratacar. Y si Scott no estaba haciendo lo mismo era solo porque se sentía incapaz. Porque conmigo cerca, le era imposible centrarse.

Estaba tirado en el suelo, con el pie de ese tío enorme sobre su espalda, con la pistola contra cabeza. Verlo así dolía. Dolía porque estaba así por defenderme a mí. Le estaban haciendo daño por mi culpa. Dolía porque sentía que no podía hacer nada por el amor de mi vida. Por ayudarlo y sacarlo de esa situación.

La voz de Guille me sobresaltó.

—Venga, que nos vamos.

Lo miré a los ojos mientras me retiraba despacio la pistola de la cabeza. El alivio fue momentáneo.

—Guaperas uno, levántate del suelo. Guaperas dos, deja de atravesar con la mirada a Catalina. No te va a hacer ni caso, ¿no lo ves?

No me sorprendió que se acordara del nombre de una de mis hermanas. Al fin y al cabo, habíamos sido amigos durante mucho tiempo. Sentí traición y asco a partes iguales.

Me dio la espalda en el momento en el que los dos tíos que tenían cogidos a Scott y a Justin empezaron a caminar arrastrando con ellos a los hermanos, que ponían resistencia, así que los otros tres soltaron a Laia, Cata y Emilie para ayudarlos.

—¿A dónde vais? —Quise arrojarme a buscar a Scott—. ¡Guille!

—Deja de hacer preguntas y cállate de una puñetera vez, joder.

El sonido ensordecedor de un disparo me dejó clavada al suelo.

Sentí que el viento fluía a mí alrededor y que la sangre caliente me brotaba de la oreja derecha. Me había disparado. Guille, me había disparado a sangre fría y había fallado. Por poco no me dio en la cabeza.

Por poco no estaba muerta en el suelo.

—Te voy a destrozar la vida ¡No te acerques a ella, cabrón!

¿Era Scott quién gritaba?

Aún en estado de *shock*, vi que Justin y Scott se revolvían, este último presa del pánico y gritando como loco. Lo oí maldecir en todos los idiomas que conocía. Por más que lo intentaba, era incapaz de soltarse del agarre de esos tíos enormes como dos armarios, pero no dejaba de intentar comprobar si yo estaba herida.

Me llevé una mano al oído. No escuchaba nada. El disparo me había pasado muy cerca de la oreja. Me tambaleé. Sin emitir ni un solo sonido y esperando que me leyera los labios, le dije: «Estoy bien».

Me entendió. Aún en la distancia que ya nos separaba supo a lo que me refería. Y vi que él hacía lo mismo.

Me preparé para leerle los labios.

«Vuela. Te quiero».

Y lo supe. Era una palabra clave. Los recuerdos se amontonaron en mi cabeza. Era lo que Scott decía cuando era yo la que controlaba el barco. Quería que cogiera a mis hermanas y a Emilie y nos sacara de aquí. Negué con la cabeza.

No podía dejarlo solo a su suerte.

«Confía en mí», insistió.

Fue lo último que conseguí entender antes de que la distancia que nos separase fuera demasiado grande. Y ahí me quedé, incapaz de moverme mientras veía que se llevaban al amor de mi vida a punta de pistola.

Epilogo

Scott



Esto no te lo voy a perdonar en la vida.

Miré a Justin. Él me miró a mí. Los imbéciles que habían aparecido en el barco nos llevaban encorvados y con las manos atadas con bridas a la espalda hacia un coche negro. Le hice un gesto a mi hermano para que mirase la matrícula. Su semblante se volvió más serio en cuanto se dio cuenta.

Era de uno de nuestros coches. Y lo sabía porque mi padre se había empeñado en personalizar todas y cada una de las matrículas de los vehículos de la compañía. Las pequeñas estrellas doradas en cada una de las esquinas de la placa de metal eran inconfundibles.

Ese era el último clavo en el ataúd de nuestra relación con él. La última confirmación de que todo esto lo había organizado mi padre.

Nos metieron en la parte trasera del coche y nos pusieron una capucha roja sobre la cabeza para que no pudiéramos ver a dónde nos llevaban. Por suerte, mi orientación era exquisita, así que no me

costó identificar cada uno de los giros que dimos y quedarme con la localización en la cabeza.

Estaba seguro de que la iba a necesitar.

En cuanto nos bajaron del coche, una ridícula puerta de metal se interponía entre nosotros y lo que fuera que hubiera detrás.

Esta gente eran profesionales. No nos quitaron las bridas en ningún momento. Simplemente nos cogieron con fuerza por la nuca y nos obligaron a caminar. Cruzamos la puerta de metal y nos adentramos en un sitio bastante lúgubre. ¿Dónde cojones estábamos?

Nos llevaron a una sala privada. En ella, alguien escuchaba música clásica.

Alguien no.

Mi padre y Cormac Hunter.

En cuanto nos vieron llegar, intercambiaron una mirada cómplice. La misma que intercambiamos Justin y yo. Los orangutanes nos sentaron en sillas frente a ellos. Cuanto más cerca estábamos de ellos, más aumentaba la rabia que sentía.

—Hijos míos…

Mi padre colocó una mano sobre mi hombro y la otra sobre el de Justin. Me daba asco mirarlo a la cara.

—¿Qué cojones es esto? —pregunté serio.

También le escupí en los limpios y repugnantes mocasines. Justin cerró los ojos porque anticipó lo que venía. Dos segundos bastaron para que mi padre me cruzase la cara de un bofetón. Ambos nos revolvimos intentando zafarnos del doloroso agarre de las bridas.

—Habéis metido las narices donde no debíais —respondió mi padre sacudiendo la mano en el aire.

Empezó a hablar mientras se paseaba por la sala. Cormac no dejaba de mirarnos a mi hermano y a mí con una sonrisa en la cara.

—Y eso tiene sus consecuencias, queridos míos —concluyó mi padre.

Sus hombres nos agarraron con más fuerza y nos obligaron a mirar hacia la mesa de caoba que teníamos delante. Sobre ella había dos papeles en blanco. Mi padre y Cormac se colocaron justo en frente de nosotros, al otro lado de la mesa.

Cormac apoyó los puños sobre la mesa, mientras mi padre le daba unas palmaditas en la espalda. Lo hizo como si se tratase de un hijo del que estaba orgulloso porque había hecho algo que le emocionaba. Ambos intercambiaron una mirada corta y cargada de información que ni Justin ni yo teníamos.

En ese mismo instante, nuestro mundo se vino abajo. Todos nuestros planes cayeron por su propio peso.

Cormac le dio la vuelta a los dos papeles que había sobre la mesa y quedaron a la vista una foto de Nina y otra de Catalina. El pánico se apoderó de mí en ese momento. No podía moverme, era incapaz de reaccionar ante tal amenaza.

—Que empiece el juego, Scott.

Alcé la vista de la foto de mi niña de ojos claros tras escuchar la asquerosa voz de Cormac Hunter.

En ese mismo momento, supe que la había vuelto a perder, y los días que habían pasado para tenerla se esfumaban ante mí sin piedad.

Playlist inspirada en Nina y Scott

Scott Street (Phoebe Bridgers)
Sailor Song (Gigi Perez)
Iris (The Goo Goo Dolls)
This Is Me Trying (Taylor Swift)
Loml (Taylor Swift)
I Can Do It With a Broken Heart (Taylor Swift)
But Daddy I Love Him (Taylor Swift)
Invisible String (Taylor Swift)
I Miss You, I'm Sorry (Gracie Abrams)
Sin ti (Pignoise)
Te entiendo (Pignoise)
Sigo llorando por ti (Pignoise)
Copenhague (Vetusta Morla)
Best of Me (Sum 41)
How to Save a Life (The Fray)
Fix You (Coldplay)
When I Was Your Man (Bruno Mars)
I Wanna Be Yours (Arctic Monkeys)

Agradecimientos

No me creo que esté escribiendo los agradecimientos de mi primer libro, pero supongo que ha llegado el momento.

Escribir es algo con lo que soñaba desde niña. Siempre pensaba que algún día tendría mi propio libro entre las manos, soñaba con ello y me aferraba a la difícil posibilidad de conseguirlo. Y hoy puedo decir con orgullo: «Pequeña, lo has logrado».

Y eso no habría sido posible sin trabajo duro y sin todas las personas que han estado a mi lado, ayudándome en el camino.

La primera persona a la que todos y cada uno de mis días le daré las gracias, es a ti, Gabi. Gracias por estar siempre a mi lado, por confiar en mí y alegrarte de cada uno de mis logros como si fueran propios. Gracias por haberme hecho conocer lo que es el amor. Tenemos una promesa, y vamos a cumplirla hasta el final de nuestros días. Y por supuesto, gracias por ser la mejor inspiración para crear a Scott. Tiene tus ojos, como algún día los tendrán nuestros niños.

También quiero dar gracias a mis padres, a mi hermana y a toda mi familia. Gracias por haber sido el mejor ejemplo para conocer lo que es una familia unida. En las buenas y en las malas.

Por supuesto, no puedo no darle las gracias a Penguin Random House, en especial, a Ana. Gracias por aquel correo que lo cambió todo. Gracias por confiar en la historia de Nina y Scott cuando no era más que un simple borrador. Me has cambiado la vida.

Gracias también a Laura, por haberme acompañado en todo este viaje que ha supuesto la escritura del primer libro. Y por supuesto, a Paula. Gracias por ilusionarte con los personajes tanto como yo, de salvarme de mil apuros y por cuidar y respetar esta historia como si fuera propia.

No me olvido de mis amigas. Quienes me han escuchado hablar horas y horas de este gran proyecto. Gracias por escucharme y estar siempre ahí para mí.

Y por último, gracias a vosotras. Las lectoras y seguidoras que me han acompañado en este gran proceso. Espero haber cumplido vuestras expectativas y que hayáis disfrutado de la historia de Nina y Scott que tanto significa para mí. Ojalá que después de leerlos, también signifique algo para vosotras.

Nos vemos pronto <3

Una historia de amor y de segundas oportunidades.
Un viaje en barco por el Mediterráneo que podrá cambiarlo todo.
Un pasado que no los dejará escapar.



Nina y Scott eran la pareja perfecta hasta que la vida los separó. Cuatro años después de su ruptura, se reencuentran de forma inesperada, y la verdad sobre qué pasó en realidad sale a la luz. Resulta que todo podría haber sido muy distinto… Y ojalá lo hubiera sido.

Nina, deseando alejarse de todo, se embarca junto con Scott en una ruta por el Mediterráneo en el barco de él. Ninguno ha olvidado al otro, y la proximidad en un espacio tan pequeño empieza a sacar a la luz ese amor que nunca han podido superar. Pero no son los mismos que hace cuatro años. Los dos ocultan secretos que no

pueden dejar atrás, y que están más cerca de atraparlos de lo que ellos imaginan.

Cuando alguien del pasado de Nina reaparece en su vida, y resulta tener relación con un caso que lleva la empresa de seguridad de Scott, ambos deberán compartir su pasado si quieren crear un futuro juntos.

Andrea Serraz es una influencer y creadora de contenido sobre estilo de vida muy popular en redes. Cuenta con 73.5K seguidores en TikTok y 24,1 mil seguidores en Instagram. Debuta como escritora con *Los días para tenerte*, la tan esperada novela entre sus seguidores.



Primera edición: junio de 2025

© 2025, Andrea Serraz
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Imágenes de los interiores: Shutterstock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: © Margarita H. García (@margacong)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10489-91-2

Compuesto en: punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Los días para tenerte

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo
Playlist inspirada en Nina y Scott
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Lauren Izquierdo
Créditos